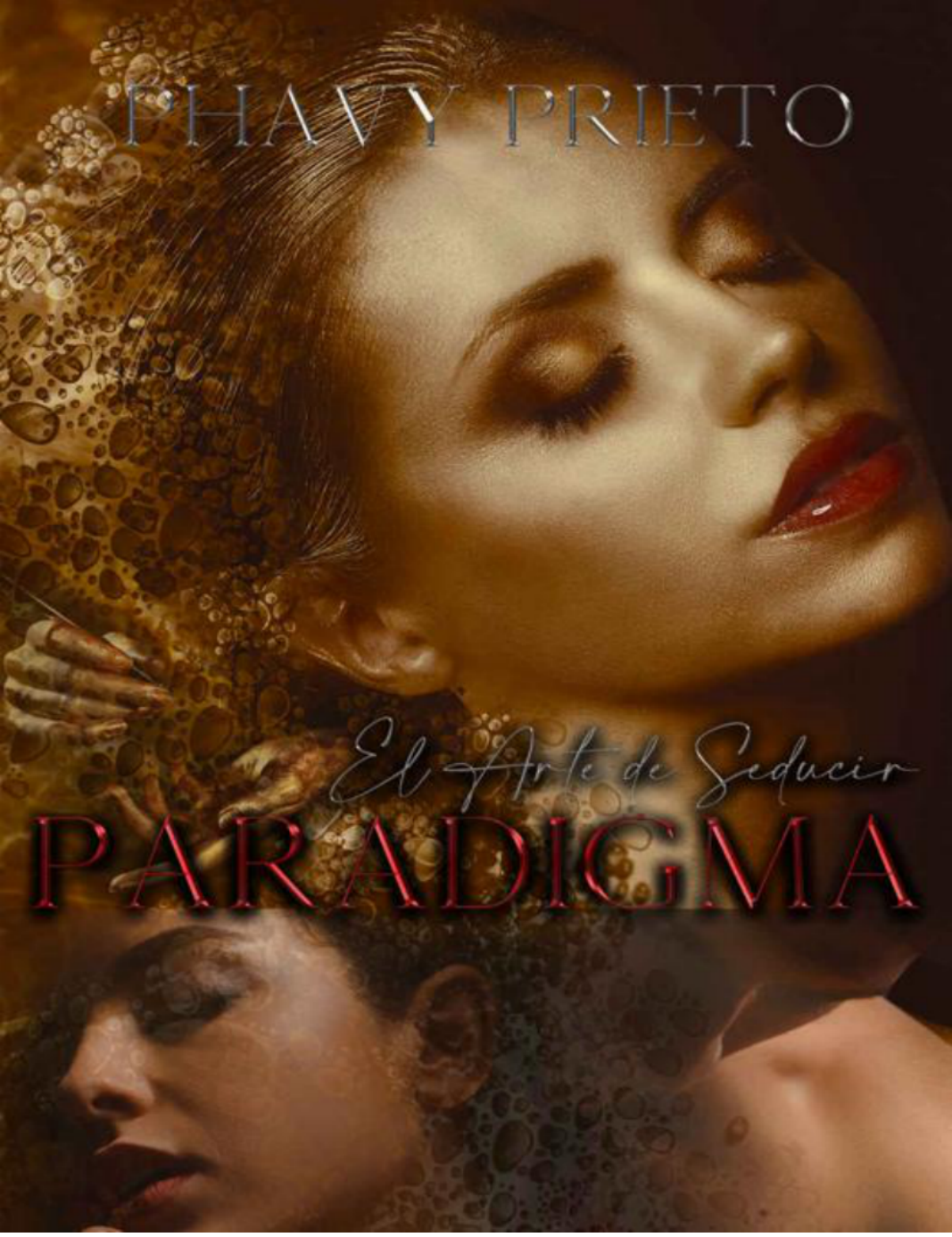

PHAVY PRIETO
El Arte de Seducir
PARADIGMA

PARADIGMA

EL ARTE DE SEDUCIR

PHAVY PRIETO

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la

propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Enero 2023
www.phavyprieto.com

Diseño de Cubierta: Phavy Prieto
Maquetación: Phavy Prieto
ISBN: 9798374642933
Sello: Independently published

A mi querida amiga Sara.

Por una amistad eterna.

“Amarse a uno mismo es el principio de una historia de amor eterna”

Oscar Wilde

SINOPSIS

Alexa ha agotado todos sus ahorros y el sueño de viajar al extranjero para hacer experiencia en su carrera se ha esfumado al igual que cada céntimo que había en su cuenta bancaria.
Admitiendo su derrota, sabe que tendrá que regresar a casa de sus padres con el rabo entre las piernas y un cartel en la frente de fracasada. Es entonces cuando una oportunidad única, surgida de la más pura casualidad aparece ante ella.

Ser la asistenta personal de un excéntrico artista no parecía complicado, pero cuando se trata de Chevalier Le Noir,
alias **el caballero negro**,
nada será como lo había imaginado... comenzando por dormir en la habitación de al lado.

Una casa que parece un mausoleo.

Un sótano al que le está prohibido el acceso.

Y personas encapuchadas que entran y salen a altas horas de la madrugada.

«Chicas... creo que mi jefe es un capo de la mafia o tiene montada una secta del copón, hablo en serio,
esto me huele a chamusquina de la mala»

Un mes Alexa, solo debes aguantar treinta míseros días con el gay buenorro que está como una chota para ver cumplido tu sueño.

ACERCA DE LA AUTORA

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, a esta joven andaluza siempre le han apasionado los libros.

En 2017 decidió probarse a sí misma en una plataforma de lectura, comenzando a publicar sus obras de diversos géneros y adquiriendo un público que, hoy día, supera los doscientos cincuenta mil seguidores.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Saga Ordinales, destacando "La novena hija del conde" o "El séptimo pecado". Entre sus publicaciones más conocidas destacan “La Belleza de la Bestia” inspirada en el cuento de Disney o “De Plebeya a princesa por una noche en las vegas” una historia monárquica con toques de humor y romance.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o próximas obras, síguela en sus redes sociales.

phavyprieto

Phavy Prieto

www.phavyprieto.com

INDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

El pobre es una mierda

¿Por qué no podía haber nacido en una familia de esas adineradas donde la única preocupación en la vida es respirar?

Lo que digo yo.

Una mierda como una catedral.

Sentí vibrar el teléfono y seguidamente varios bip continuado de mensajes que estaban entrando. Había silenciado el chat grupal de mis amigos, pero imaginaba que después de una hora sin dar noticias todos estarían ansiosos por saber que había ocurrido. No me equivocaba, en cuanto saqué el terminal del bolso vi que Ana me había escrito por privado.

«¿Te lo han dado?» preguntaba acompañado de varios emoticonos cruzando los dedos y caritas de fiesta.

Decidí no darle información privilegiada, así que volví a poner sonido al grupo y comprobé que llevaban rato hablando sobre mi entrevista, comentando que me darían el papel para el anuncio.

Pobres ilusas

Pulsé el botón del micrófono para mandar un audio, normalmente éramos más de audios que de escribir por eso de sentir que estábamos más cerca, salvo momentos puntuales obviamente donde dar voz a nuestros pensamientos en público era bochornoso, pero pasaba tres kilos de escoñarme mientras bajaba las escaleras del metro de Madrid en la estación de Sol y atestado de gente por ser hora punta.

—No me lo han dado, definitivamente me voy a vivir debajo de un puente —dije mientras bajaba los escalones en lugar de usar la escalera mecánica como hacía todo el mundo.

Y luego se preguntarán del porqué la humanidad va hacia la obesidad.

Empezaron a entrar audios en el chat grupal y me detuve lo justo para sacar los auriculares de la mochila.

Puñeteros auriculares que nunca están cuando los necesito.

¿Por qué leches se pierden en la mochila? Y eso que no es enorme, es una de esas que se cierran apretando las cuerdas, solo llevaba el monedero con un único billete y chatarra para aparentar más, las llaves de casa y un paquete de chicles.

Soy tan pobre que no me puedo permitir ni fumar.

Definitivamente me los habría dejado en casa como siempre, así que pulsé el primer audio y me lo puse en la oreja.

«¡Que les den!, ¡No saben lo que se pierden!» Era la voz de Ana que evidentemente parecía la más preocupada de todos. Ella trabajaba como recepcionista en una clínica dental y le pagaban bien, por lo que no tenía problemas de llegar a fin de mes.

«La próxima será ya lo verás» mencionó Lorena en un susurro, siempre la más tímida y prudente de las tres, otra que había tenido suerte y la habían enchufado en recursos humanos de una gran empresa a nivel internacional.

«¡Que se coman un mojón!, ¡No hay tía más guapa y pibón que tú!» gritó Charlie. «Ya sabes que en Barcelona siempre tendrás una habitación cuando lo necesites». Carlos era el único tío del grupo. Gay de los pies a la cabeza y más salao que el bacalao, le adoraba y siempre sabía subirme la moral aunque estuviera hundida en la mierda como ahora. Charlie era de esos tíos con gusto exquisito que podía combinar una bolsa de basura con lentejuelas y sacar algo extraordinario, normal que se lo rifaran las empresas de eventos para organizar las fiestas de la élite social.

Ellos tres eran lo único bueno del pueblo donde nacimos:

Villanueva de la Reina. El pueblo de las tres mentiras: Ni es villa, ni es nueva, ni tiene reina.

Y luego estaba yo: *La fracasada del grupo.*

La que iba a mendigar de un momento a otro por las esquinas.

Me importaba muy poco que no me hubieran dado el papel, ser actriz no era lo mío, ni siquiera había estudiado interpretación aunque había hecho mis pinitos en la facultad como azafata de promoción y actuando para alguna publicidad comercial, era dinero rápido y fácil para mis caprichos. Ahora a mis veintisiete años era vieja, fracasada y el mundo se me hacía cuesta arriba, tanto que ni siquiera sabía como iba a pagar el alquiler a fin de mes puesto que estaba sin blanca y según parecía; sin expectativas.

Estoy acabada, esta vez de verdad.

—Chicas, va en serio, creo que a fin de mes me vuelvo al pueblo —dije sabiendo que la cobertura se me podría ir al carajo en cuanto cogiera el metro que me llevaría hacia el pequeño apartamento.

Me fui del pueblo como todos: *a los dieciocho*. Con una maleta llena de pretensiones y ganas de triunfar en la vida. Siendo honestos a mi madre no le hacía ni puñetera gracia que me viniera a Madrid de primeras, pero papá la convenció de que tendría más posibilidades de trabajo una vez terminase la carrera universitaria.

Un mojón como un pedestal.

Él era agricultor y aunque no ganaba para darnos la gran vida a mi madre y a mi, si que podía permitir mis estudios si me concedían alguna beca o me salía algún trabajito como el de azafata, así que regresar al pueblo era como admitir la derrota, ratificar que había perdido y les había hecho gastarse un pastizal en mi supuesto futuro para nada.

Charlie estaba en Barcelona, aunque al principio se vino a Madrid conmigo y estuvimos compartiendo piso hasta que comenzó a destacar en su trabajo y le propusieron una oferta que no pudo rechazar en la capital catalana. Lorena estaba en Sevilla bien afincada y Ana en Granada, aunque estaba planteándose irse a Málaga por cambiar de aires, así que ni siquiera tenía la posibilidad de que alguno de ellos me acogiera en su casa como último recurso.

«¡Eso ni lo sueñes!» intervino Charlie «Antes de volver con el rabo entre las piernas te vienes a Barcelona, ya encontrarás algo aquí hasta que salga tu oportunidad».

Mi oportunidad.

Esa que no iba a llegar en la vida sin haber vivido en el extranjero y perfeccionar inglés o francés lo suficiente para ser contratada por una entidad internacional, pero para eso necesitaba pasta o sería inviable lanzarme a la aventura de mudarme a otro país para hacerlo.

«¿Te has pensado lo de ir de Au parir?» preguntó Lorena.

Ella insistió varias veces en que una prima suya se fue a los veintidós un verano y volvió hablando bastante bien el idioma.

—Los niños no son lo mío, ya sabéis que yo no se cuidar ni de las plantas —dije viendo como más de uno que esperaba al metro me observaba.

Una vez había intentado dar clases de inglés a un par de gemelos y casi terminé en el loquero.

En serio, los niños y yo no somos incompatibles, aunque estaba tan

desesperada que sinceramente estaba replanteándome esa posibilidad por muy poco que me gustara.

Normalmente me arreglaba poco y más aún en los últimos meses en los que no me salía ni para trabajar de camarera en un bar cutre de barrio, pero siempre que me subía a unos tacones y me pintaba los morros rojos, llamaba la atención masculina y en aquellos momentos no me apetecía en absoluto tener que lidiar con el sexo opuesto.

Bastantes problemas tenía ya como para añadir más cosas.

¿A ver porqué mierdas decidiría estudiar traducción e idiomas y no informática, contabilidad o medicina que se ganaba una pasta?

Porque ves una aguja y sales por patas… y de sistemas operativos no entiendes ni papa.

Pero sin experiencia en el extranjero y sin esa fluidez que te da el hablar con nativos en al menos uno de los idiomas que dominaba, mis expectativas de trabajo eran nulas en una buena empresa.

«Tía, hablas inglés y francés que te cagas, si no lo saben ver es que son idiotas». La voz de Ana era alentadora.

«Coincido con Ana, eso y que eres guapísima» indicó Lorena para subirme el ánimo.

Realmente el anuncio nada tenía que ver con idiomas, pero es normal que no me lo dieran porque no había estudiado interpretación, solo era una cara bonita *para según quien* y eso evidentemente no bastaba.

Había decidido acudir al casting solo para ganar dinero fácil, un chute que me permitiera resolver mi alquiler para el próximo mes y comer algo diferente a cereales con leche, aunque pensándolo bien próximamente lo sustituiría por agua al paso que iba.

La idea de irme a Barcelona con Charlie me tentaba, pero no quería ser una gorrona que anduviera mendigando en su casa, me valía una estancia corta como visita de amiga para pasar unos días, pero irme con las maletas a cuestas dejando Madrid era aprovecharme

demasiado de nuestra amistad.

—Eso díselo a la infinidad de muermos que me he encontrado a lo largo de estos tres años que me han dicho que sin experiencia en el extranjero me puedo comer un jano —bufé viendo como el metro que iría hacia mi destino se aproximaba, al igual que el tío que no había dejado de mirarme desde que llegué.

Me había puesto unos leggins de poli piel negros para la entrevista, solo porque mis amigas decían que me hacían un culazo de infarto, llevaba unas sandalias negras de tacón que me estaban matando, —mala idea no llevar un repuesto en la mochila— y había optado por una blusa blanca de florecillas para no parecer Olivia Newton Jonh en Grease, porque también llevaba una chupa de poli piel negra, que estábamos a finales de octubre y comenzaba a hacer fresquete.

—Perdona, ¿Sabrías decirme si este va hacia Rivas? —preguntó el tío que había estado mirándome todo el tiempo.

Sabía que era una excusa barata y evidentemente conocería de sobra la ruta, pero aún así sonreí y le dije que si conforme daba un par de pasos para entrar en el vagón.

—Gracias, es que soy nuevo en la ciudad y me pierdo un poco con tantas líneas de metro —sonrió una vez que me apoyé en el vagón.

No era de las que se sentaba a menos que estuviera medio vacío. Yo y mi moral de dejarle los asientos a personas más necesitadas.

El tío se quedó a mi lado a pesar de que aún quedaran asientos libres y eso ya me hizo saber *que buscaba algo más.*

«Me está entrando un tío en el vagón del metro, lo que me faltaba para rematar mi patético día» escribí al chat aprovechando que estaban todos en línea.

«Tíratelo, al menos saca algo provechoso del día, ¿Está bueno?» escribió Ana.

«Ten cuidado no vaya a ser un psicópata. Por si acaso no te lo lleves a casa» añadió Lorena y se me escapó una carcajada.

Esta ha visto demasiados capítulos de mentes criminales.

«Pasable» escribí viendo por el rabillo del ojo al moreno de ojos oscuros que se había quedado a mi lado. «Tirando a mediocre»

No era mi tipo, para que engañarnos y lo que menos me apetecía en ese momento era echar un polvo que me haría olvidarme cinco minutos de mí patética vida.

Pensándolo bien, puede que fuera mi último polvo en años…

Ni de coña pienso conformarme con la mediocridad para el recuerdo, para eso tengo a Poseidón en la mesita de noche que me deja bien satisfecha cada noche.

Así era como Charlie había bautizado al consolador que me regaló por mi vigésimo segundo cumpleaños, desde entonces lo había renovado cada año, pero siempre lo llamaba de ese modo.

En ese momento entró un audio de Charlie y dudé si pulsar o no. Si llevara los cascos no dudaría, pero eso de que todo el mundo oyera lo que me decían no molaba nada.

Pulsé con la intención de llevármelo a la oreja, craso error.

«¡Follatelo!»Su estridente voz acaparó la atención de todo el vagón. «Mientras sepa follar te da igual que sea operación gamba» oí el resto del mensaje en mi oreja pero era consciente de que medio vagón me observaba detenidamente.

Si es que soy imbécil.

«Todo el vagón acaba de oír a Charlie. Me quiero morir» escribí con caritas de horror.

Debería saber ya como son los audios de Charlie, esos que no tienen filtro alguno para no hacer ni siquiera la tentativa de oírlos en público sin llevar cascos.

Pero no escarmentaba, tal vez porque eran demasiado golosos para tener que esperar a oírlos.

Las mirada furtivas cesaron, pero como es lógico y normal, nadie mencionó nada, así que actué como si no fuera conmigo la cosa.

Miré el chat y las risas de Ana e incluso Lorena no se hicieron esperar y ni corto ni perezoso, Charlie mandó otro audio.

No. Esta vez espero a bajar del vagón por mucho que me tiente.

Bloqueé el móvil porque sabía que la tentación me podría y comencé a dar pequeños golpecitos con él en mi pierna, me quedaban solo dos paradas y luego una buena caminata hasta el apartamento donde mandaría los tacones directamente al cubo de basura.

—¿Eres de aquí? —oí a mi izquierda y supe que era el mismo tío que me había preguntado si el tren iba hacia Rivas.

—No —respondí secamente sin mirarle.

—Pero conoces la ciudad, ¿no? —insistió y me pareció demasiado descortés no mirarle.

—Un poco, llevo aquí nueve años —sonreí vagamente solo para ser cordial, total… llegaba mi parada y me iba a bajar.

Observé que tenía los ojos bastante oscuros al igual que el cabello, no era feo, tampoco guapo, pero nada en él atraía mi atención como para desear tirármelo solo por olvidarme de mi penosa carrera.

—Te invito a cenar si me enseñas la ciudad —mencionó como si fuera la gran oportunidad de mi vida.

Sinceramente no me apetecía una mierda cenar con ese tío. A ver, era normal… del montón y probablemente sería un buen chico aunque no me atrajera. ¿Igual solo buscaba un polvo? Pero al menos había ofrecido pagar una cena y parecía querer pasar tiempo conmigo, no eran de esos que van al grano y punto.

Desde luego me vendría bien comer algo que no fueran cereales por una vez.

—Solo si elijo yo el restaurante —sonreí.

Este no me va a hacer que me patee la ciudad a cambio de un mísero burguer King con patatas.

El chico pareció sonreír y sacó su teléfono del bolsillo con la intención de que le diera mi número, se lo di y pareció esperar que le dijera mi nombre.

—Soy Héctor por cierto… —dijo haciendo amago de que le revelase como me llamaba.

—Alexa —dije esperando su reacción.

Normalmente había dos tipos de reacciones, una en la que no decían nada y la otra…

—¡Anda!, ¡Como el asistente de Amazon! —exclamó y fruncí el ceño.

Te vas a cagar, voy a elegir el restaurante más caro que encuentre en la ciudad.

—¿Si? No me había dado cuenta, fíjate tú… —ironicé porque estaba harta de la bromita de los cojones.

¿Es que Amazon no podía haberle puesto a su aparato un nombre inexistente? Pues no, de entre todos los candidatos posibles que hay en el mundo —Que son unos cuantos miles—, tenía que ponerle el mío.

—Perdón, debes estar cansada de que te lo digan todos, soy poco original. —Al menos lo admitía, punto a su favor.

Vale, no el más caro, pero será caro de narices.

—Me bajo aquí —respondí dando un paso hacia las puertas.

—Te llamo y quedamos luego, ¿Vale? —insistió como si temiera haber metido la pata y que no le respondiera al teléfono.

Tú tranquilo, que hasta después de la cena pienso seguirte el rollo.

—Estupendo —sonreí pensando en el pedazo de bistec que pensaba comerme esa noche a su costa.

En cuanto bajé del vagón y me encaminé hacia el pasillo que daba a la salida de la estación desbloqueé el teléfono para enviar un audio.

—Le he sacado una cena al tío del metro, elijo restaurante a cambio de hacerle de guía por la ciudad, ¡Adivinad quien va a beber vino del caro y un buen filete esta noche! —exclamé contenta—. Al menos ahogaré mis penas en alcohol del bueno.

Solté el dedo y pulsé el audio de Charlie, entre tanta gente me importaba un cuerno que lo oyeran.

Eran risas de Charlie descojonandose la pata gracias a mi «Fijo que ahora el tío del metro tiene un empalme de tres pares de narices» dijo mientras se seguía riendo.

¡Será cabrón!, ¡Menos mal que no me dio por oírlo en el vagón!

Subí las escaleras conforme mi móvil no dejaba de emitir sonidos, estaba claro que habían oído mi mensaje sobre la cena con el tío del metro.

«¡Ese quiere que le hagas de guía pero hacia tu cama!» exclamó Ana.

¿Cómo narices mandaba esos audios si siempre había mogollón de gente en la recepción? No lo entendía, pero de un modo u otro lo hacía.

«Que majo el chico, lo mismo se merece una oportunidad y todo» soltó Lorena, la única romántica empedernida del grupo, pero aún así no le cuajaba ningún novio. Ahora mismo estaba con un compañero de trabajo, llevaban tres semanas, todos nos habíamos apostado que al mes no llegaba, sus expectativas eran demasiado altas y ningún tío moderno estaba a la altura.

«Si ha dicho que es mediocre, como mucho puede hacerle una obra de caridad» mencionó Ana acompañando emoticonos guarros.

«Espera a ver su cara tras pagar la cuenta, si no se inmuta te lo empotras y si ves que se sorprende mándale a freír monas» concluyó Charlie haciendo que sonriera ante su ocurrencia.

Me importaba muy poco que estuviera forrado o no, nunca me habían interesado ese tipo de cosas en una relación.

«Dudo que uno que tenga pasta decida coger el metro, lo más normal es que tuviera coche» concluí saliendo de nuevo al mundo terrenal y dejando el inframundo bajo mis pies.

Di dos pasos y trastabillé

—¡Putos zapatos de tacón, no le diera un dolor al que los inventó! —exclamé agradeciendo al cielo no haberme partido la crisma.

El pitido de mi móvil hizo que mirase de nuevo, era Charlie.

«Entonces no le abras las piernas, Poseidón es una mejor elección para ti, cariño» Lo había escrito, evidentemente estaría en algún lugar donde no podría hablar.

La sonrisa me duró hasta que llegue a casa y tiré el par de zapatos a la papelera. Estaban gafados, en ni una sola entrevista que los había llevado me habían contratado.

Quizá porque me hacen cara de estreñida.

Pensándolo bien, no tenía pasta para comprar otros y eran los únicos decentes que me quedaban a estas alturas.

Iba a tratar de recuperarlos cuando me entró una llamada.

Salí desesperada para cogerlo y me ajuste la voz al descubrir que era un numero no registrado. Buena señal, eso podría ser una oferta de trabajo, tal vez me habían seleccionado en algún lado que desconocía, pero había echado tantos currículum por todas partes que igual resultaba interesante para alguien.

—¿Si? —exclamé con mi mejor voz.

—Esto… hola. Soy Héctor… —silencio sepulcral ante mi decepción—, el chico que has conocido hace una hora en el metro…

—Si. Claro. Si. Hector —mencioné con un tono de voz mucho menos eufórico.

—¿Te viene bien a las cuatro? —preguntó con cierto resquemor.

Lo cierto es que no tenía nada mejor que hacer salvo autocompadecerme de mi misma, igual hasta me hacía un favor distrayéndome toda la tarde.

—Claro, nos vemos en la puerta de la estación donde cogiste el metro esta mañana, así no habrá pérdida —dije despidiéndome antes de colgar.

Bufé.

Estoy jodida de verdad.

En mi cuenta bancaria solo tenía doscientos euros y en mi monedero un billete de cinco y varias monedas de céntimos que no llegarían ni a un euro. Probablemente me daría para el billete de bus, y malvivir hasta fin de mes, será mejor ser realistas e ir llamando a la casera para decirle que me largo en dos semanas por algún asunto familiar, mejor eso que admitir que soy pobre y no podré pagar.

Ya me estaba imaginando el regreso, las cotillas de turno haciendo presión para indagar sobre que me había podido pasar en la gran ciudad para que tuviera que volver al pueblo y sobre todo el cartel de fracasada en la frente que iba a tener que llevar junto al careto con ojeras que lucía sin maquillaje.

Decidí no cambiarme. Total… ese tío ya me había visto así y no pensaba acostarme con él. Ya había tomado demasiadas malas decisiones en mi vida para añadir una más al listón. Seré una fracasada, pero al menos tengo claro lo que quiero.

Comencé a sacar todos los macutos y maletas que tenía por casa de esos nueve años en Madrid. Normalmente solo iba al pueblo en navidad y vacaciones de verano si es que el trabajo que tuviera en ese momento lo permitía, pero salvo alguna excepción por ver a las chicas, lo cierto es que solía frecuentarlo poco, mis padres ya se habían acostumbrado a venir de vez en cuando.

Comencé a meter la ropa de verano, el frío estaba por llegar y sabía que en el poco tiempo que me quedara en la ciudad no iba a usarla, en el chat Ana comentaba que acababa de entrar un pibón en

la clínica, una pena que fuera acompañado porque sino le tiraría los trastos descaradamente.

—Conociéndote, encontrarás la manera —dije soltando el botón del audio mientras metía un par de blusas importándome un comino que se arrugaran.

Definitivamente estoy hundida en la miseria si dejo que las blusas se arruguen de esa forma sabiendo que luego tendré que plancharlas minuciosamente.

Y yo detesto planchar.

Hice una foto a mi cama llena de maletas abiertas con ropa encima y la mandé al chat.

«Va en serio, me vuelvo al pueblo. Me quedan doscientos euros para acabar el mes y estaré definitivamente acabada» escribí en el pie de la foto antes de enviar.

Los emoticonos de Ana sorprendida llegaron de inmediato.

«¡Tía!, ¡No sabía que estabas tan mal de pasta!, ¿Necesitas dinero? Te hago un bizum ahora mismo de quinientos euros» escribió Lorena.

Llevaba anunciándolo meses, pero tampoco había dado cifras exactas y probablemente se habían acostumbrado pensando que mis padres me respaldaban. No quería que se compadecieran de mi o que intentaran darme dinero como mencionaba Lorena, eso solo prolongaría la agonía un par de meses y después tendría el mismo resultado con el añadido de que les debía pasta.

Si no quería pedirle dinero a mis padres, menos aún iba a hacerlo a mis amigos, ya era mayorcita para solucionar mis problemas, aunque tuviera que aceptar la derrota y regresar al pueblo de las mentiras para deprimirme e hundirme en el fango más de lo que estaba.

«Te lo agradezco, pero no. No os preocupéis, ya lo tengo asimilado, he tenido semanas para hacerme a la idea» escribí porque sabía que si mandaba el audio notarían lo verdaderamente hundida

que estaba.

Había tratado de ser optimista todo el tiempo, de pensar que saldría adelante como siempre hacía, que solo era una mala racha y que en algún momento saldría algo, pero es que ni siquiera había encontrado curro en una academia para dar ingles o francés a chavales por mucho que me desagradara la idea.

«Solo contratamos a nativos» dijo la estridente voz de la recepcionista cuando fui a dejar el currículum.

No le parta un rayo a la rubia de pelo teñido.

Nueve años perfeccionando inglés para que te suelten que no estás cualificada ni para dar clase a críos de cinco años.

Y luego dirán que estudiar idiomas tiene salida.

Y un cuerno.

Charlie no parecía decir nada, pero comprobé que había visto la foto, imaginé que estaba lo suficientemente ocupado para no poder hablar o escribir lo que deseaba y que lo haría más tarde, así que seguí llenando maletas hasta que mi teléfono empezó a sonar entrando una llamada.

Ya no me esperaba ninguna entrevista, ningún casting, ninguna llamada para ofrecerme trabajo y cuando vi el nombre de Charlie en la pantalla sonreí vagamente sabiendo que me llamaba para subirme el ánimo.

—Ni de coña te vas al pueblo de mierda —soltó en cuanto descolgué el teléfono—. Te acabo de sacar un billete en AVE para que te vengas a Barcelona en tres días, quédate aquí las dos semanas y te garantizo que te encuentro algo. Por la pasta no te preocupes, te alojas en mi casa —dijo decidido.

Mi ángel de la guarda.

—Charlie, estoy acabada. Necesito por lo menos diez mil euros para pirarme a Inglaterra, no voy a conseguir ahorrarlos en toda mi jodida vida con la basura que pagan en todos los trabajos a los que

puedo acceder ahora. Es momento de admitir mi fracaso y volver con el rabo entre las piernas —dije derrotada.

—Ni de coña. Tu no has fracasado, es este sistema de mierda que está coaccionado para que los pobres sigan siendo pobres y los ricos aún más ricos —atajó—. Tengo contactos, te colaré en los eventos como modelo, con ese culo y esa cara no te faltara trabajo y te ahorras el alquiler quedándote en mi casa, en unos cuantos meses tendrás el dinero para marcharte y sino, yo te lo presto —insistió y me mordí el labio.

Si es que Charlie es mucho Charlie.

—Estás ahorrando para montar tu propia empresa de eventos, no aceptaré un solo euro de tus ahorros, pero acepto el billete y alojamiento dos semanas solo porque tengo demasiadas ganas de verte —dije un poco más animada.

Si estaba con Charlie antes de volver al pueblo, al menos no regresaría con la cara de fantasma y ahogada en la miseria, si en algo era experto mi mejor amigo, es en subir el ánimo hasta el infinito.

Llegué tarde a mi cita con Héctor, al final el chaval no era tan malo después de todo, así que decidí no desplumarle y fuimos a cenar después de patearnos medio Madrid a mi italiano favorito, eso sí, pedí entrantes, primero, segundo y postre.

Estaba literalmente muerta de hambre y me importaba un comino que me viera comer tanto.

—Me agradará tener una amiga en Madrid —sonrió mientras regresábamos en el metro hacia nuestro destino.

—Pues me mudo a Barcelona en tres días —sonreí.

Era mentira, pero tampoco hacía falta que él lo supiera.

—¿Tres días? —exclamó.

—Si. Mi gran amor está allí —dije pensando en Charlie, no era mi amor en el sentido que él creería, pero era una genialidad para darle a entender que no pensaba ir a su casa tras aquella agradable

tarde— y ahora que mi contrato ha terminado, nada impide que me vaya con él.

—¡Ah!, ¡Vaya!, Llevamos toda la tarde juntos y no me has dicho que tenías novio —dijo decepcionado.

—No me has preguntado y teniendo en cuenta que teníamos un acuerdo y no una cita, no creí necesario tener que revelarlo —sonreí.

Alexa, eres una crack para salir indemne de una situación comprometida.

Por suerte, Héctor era de esos tíos íntegros que respetaban el hecho de que tuvieras novio, porque no intentó proponerme otra cita, ni volver a vernos, ni siquiera intentar besarme cuando nos despedimos.

Sonreí cuando salí de las escaleras de la estación y cogí el móvil para hacer el regreso a casa más ameno. Tenía varios chat en el grupo sin leer preguntando como iba mi cita con el tío del metro y si iba a dejar que me diera duro contra el muro.

—Simpático, un poco buenazo y simplón. No es mi tipo —dije enviando el audio—. Le he dicho que mi novio me esperaba en Barcelona y que me piraba en tres días.

Las chicas aún no sabían que me iba a Barcelona así que hicieron fiestas y empezaron a gritar por audios cuando lo supieron. No iba a decirles que solo eran una especie de vacaciones pagadas por Charlie justo antes de regresar al pueblo, pero esa sería la triste realidad de mi visita a la capital catalana.

CAPÍTULO 2

Me deshice de todo lo que pude por Vinted y Wallapop para tener algo más de pasta y el resto lo envié al pueblo en maletas con el argumento de que me mudaba y no tenía espacio suficiente. Dudaba que mis padres se pusieran a abrir maletas, así que con el único bolso de firma que tenía, vaqueros, zapatillas y una maleta donde llevaba toda mi vida, dejé el piso en el que había vivido los últimos cuatro años orgullosa de poder permitirme ese lujo en la gran ciudad y entregué las llaves al casero antes de irme hacia la estación de tren.

Bye Bye Madrid

Probablemente regresaría algún día, pero dejaba de ser mi hogar y eso hacía que tuviera un sentimiento de encogimiento en el estómago al tener que admitir de verdad mi derrota.

La ilusión de la Alexa adolescente por triunfar en la vida se había disipado como la pólvora y quedaba atrás, desdibujándose como

un pergamino que se perdía en el fondo del mar conforme el tren de alta velocidad se alejaba de la ciudad.

Dos tabletas de chocolate después para saciar mi ansiedad y varias lágrimas perdidas, llegué a Barcelona donde Charlie me esperaba con los brazos abiertos.

Envié la maleta a tomar viento y salté hacia él que me cogió en volandas. Menos mal que el tío está cachas, debe ser cosa de gays esto de mantenerse en forma.

Charlie tenía coche propio para moverse por la ciudad y eso era todo un lujo para no depender de transportes aunque te comieras los atascos de tu vida, pero al menos no tenías que ir oliendo el sobaco apestoso del que te tocara en el asiento de al lado.

—Te he conseguido algunos pases para un par de eventos que tenemos en el que se necesitan azafatas, no suelo encargarme de eso, pero me tiro al que lo lleva y no habrá problema —mencionó mientras conducía con la vista fija en la carretera.

—¿Te lo tiras? —exclamé dandole un ligero codazo porque no había mencionado nada de eso en el chat.

—Si contara en ese chat con cada tío que me acuesto, Lorena se escandalizaría, esa chiquilla es demasiado monjil para contarle mi vida sexual explicita —dijo riéndose y provocó que yo también me riera.

—Mira que eres zorrón —dije no creyéndome aún que estuviera en Barcelona y no regresara a Madrid nunca más.

—Como me conoces… —contestó mas calmado—. Te encantará Barcelona y además tiene playa, no te puedes quejar —dijo dándome a entender que tenía toda la intención de hacer lo posible para que me quedara allí.

—¿Tanto me has echado de menos? Seguro que me has puesto dos velas negras para que no me cogieran en ningún trabajo y así poder venirme aquí contigo —dije riéndome.

—Casi casi —admitió riéndose también—. No, en serio, me

encanta que estés aquí, echaba de menos a mi mejor amiga —admitió pasando un brazo por mi cuello y arrimándome a él.

—Que pena que seas gay, porque sino me lo montaba contigo —dije de coña y ambos empezamos a reír como locos.

El apartamento de Charlie era una pasada aunque estuviera alejado de la ciudad, pero tenía tres habitaciones, un salón enorme y una cocina americana que daban ganas de hacerse chef, eso sin contar con la terracita molona que tenía unas vistas impresionantes.

—¿A ti cuanto te pagan? —exclamé sabiendo que Barcelona no era nada barata para permitirse ese pedazo de apartamento él solo.

—Bastante bien, soy bueno en lo mío —dijo guiñándome el ojo —. Voy a comprar cuatro cosas para llenar la nevera, ¿Quieres algo en especial?

—Voy contigo —dije cogiendo de nuevo el bolso.

—Está cerca, tu ponte cómoda, deshaz la maleta y descansa, que esta noche te llevo a la primera fiesta —intervino guiñándome un ojo.

—¿A quien te vas a tirar? —exclamé cruzándome de brazos.

Charlie frunció el ceño y después sonrió.

—Me conoces demasiado bien —dijo acercándose y dándome un beso en la mejilla—. Si fueras un tío, me casaba contigo sin dudarlo —agregó dándome un azote en el culo—. Tienes el mejor culo que he visto en mi vida —mencionó sonriendo mientras movía las llaves haciendo que tintinearan entre sus dedos—. ¡Descansa que esta noche volveremos tarde! —gritó saliendo de su apartamento sin decirme a quien demonios iba a ver.

Me tiré sobre la cama sin deshacer la maleta, eso lo dejaría para otro momento, me quedé observando la habitación en la que dormiría las próximas dos semanas o quien sabe cuanto tiempo me quedaría allí ahora que no tenía prisa alguna por volver a ninguna parte, era sencilla, pero decorada con buen gusto y pensé que me depararía la vida.

¿Terminaría casándome con alguno del pueblo y siendo ama de casa el resto de mi vida? Viendo en retrospectiva a mi madre no le había ido tan mal después de todo, ella parecía feliz pero aquella vida no era para mi.

Que depresión.

Ahogué mi cabeza en la almohada y grité.

¿En que momento mi vida había ido en declive? Ni siquiera era consciente de cuando empezó a salir todo mal, probablemente fue en el preciso instante en que mandé a la mierda al dueño de aquel bar por tocarme el culo descaradamente, si pensaba que iba a dejarme sobar por ochocientos euros de porquería lo llevaba claro. Después de aquello nada me cuajaba, nada me hacía ilusión y si analizaba mi currículum en realidad no tenia una larga experiencia sobre algo

Acabada. Hundida. Y pobre, tan pobre que solo me quedaba brindar con agua del grifo.

Mísera existencia la mía.

Aunque pensándolo bien tampoco tenía nada por lo que brindar salvo unos amigos excepcionales como Charlie, Lorena y Ana.

Lorena podría ser tímida y retraída, era la que de algún modo nos hacía mantener los pies en la tierra, pero siempre se podía contar con ella para lo que necesitaras, aunque se pusiera como un tomate cada vez que daba detalles explícitos sobre sexo. Solo conseguimos una vez que admitiera que se había acostado con un tío en los aseos de la discoteca y creo que desde entonces no se ha vuelto a coger una borrachera como aquella. Ana era rebelde, inquieta y atrevida al mismo tiempo, probablemente me gustaría tener su desfachatez o descaro en más de una ocasión, pero en ese sentido era mucho más normal que ella, aunque también soltaba mis perlitas de vez en cuando si me calentaban demasiado. Y por último estaba Charlie, que el mero hecho de haber vivido juntos durante años en Madrid nos había unido un poco más que al resto, él era todo lo que yo habría deseado ser en la vida: inconformista, luchador de sueños y persistente, todo eso unido a un aura de seguridad en si mismo que no

cabía en el apartamento que ahora vivía.

Si Charlie fuera heterosexual estaría perdidamente colgada de él, era un hecho, pero para mi él era como una hermano, ese que nunca tuve ni tendría porque mis padres decidieron que sería hija única.

Abrí el chat grupal, no tenía sueño, así que decidí remolonear en la cama un rato. Charlie había colgado la foto juntos que nos hizo a ambos cuando aún no me había soltado de él y Ana se moría de envidia porque fuéramos a darlo todo en Barcelona, pero ninguna de las dos tenía vacaciones, así que era imposible juntarnos hasta navidad, donde siempre solíamos hacer una breve escapada a una casa rural y liarla hasta el amanecer.

Noche de solo chicas revelando secretos.

Así lo llamaba Charlie, que se incluía en el género como una más.

«¿Dónde estáis?, ¡Queremos todos los detalles!» Esa era la voz de Lorena.

—Me ha dejado tirada para empotrarse a no se quien, porque no me lo ha querido decir, eso es que le gusta de verdad… —dije sabiendo que Charlie lo leería.

«¡Nada de secretos!» exclamó Ana que por las horas que eran ya debía haber acabado su turno en la clínica «Por cierto, el pibón ha vuelto sin la tía que le acompañaba y me ha dado su número, ¿Creéis que sería la hermana?» exclamó indecisa.

«Pregúntaselo, pero no lo hagas después de tirártelo que te conozco» escribí acompañándolo con una sonrisa.

¡Joder! Al paso que voy voy a convertirme en monja, hasta Lorena tiene una vida sexual más activa que la mía desde que se lió con su compañero de oficina.

¿Cuándo fue la última vez que me acosté con un tío?

Si no me acuerdo ya es una mala señal… definitivamente me van a

salir telarañas ahí abajo.

Al menos tenía a Poseidón, ese nunca fallaba y te daba los mejores orgasmos sin desaparecer al día siguiente.

Ana respondió con caritas angelicales y emoticonos de cara malvada, así que en vistas de que Charlie no respondía me puse a cotillear por su apartamento.

—¡Traigo pizza y tu atuendo de esta noche! —exclamó Charlie en cuanto entró y me vio metiendo la mano en una bolsa de patatas fritas—. ¿Eso lo tenía yo? —exclamó asombrado.

—Escondido debajo del fregadero detrás de la lejía y el friegasuelos, como se nota que no limpias tu casa, *excelencia* —dije con una medio sonrisa y él se acercó para meter la mano cogiendo un puñado de patatas.

—No tengo tiempo ni de mear, menos aún de limpiar, viene una asistenta dos veces por semana. —A pesar de que hablaba con la boca llena logré entenderle, quizá porque eran años de convivencia los que me daban esa experiencia innata.

—Puedes ahorrártelo mientras esté aquí, tendré tiempo para cocinar, tener la casa recogida y hasta plancharte las camisas.

—Tú estás aquí para encontrar trabajo y descansar. Eres mi invitada, ni de coña voy a consentir que me planches las camisas. Además, lo haces fatal —arremetió y le di un puñetazo en el hombro.

Este todavía recuerda la vez que le quemé la única que tenía en su primera entrevista. Una suerte que la chaqueta le tapara el agujero o me habría achicharrado viva.

—Han pasado cinco años desde aquello, ahora plancho mucho mejor…

—No pienso correr el riesgo. Anda, ve y pruébatelo —mencionó ofreciéndome el porta trajes que aún no había soltado.

—¿Es un vestido? —exclamé curiosa.

—Si, tu uniforme de esta noche. Es una gala vip por el

aniversario de Lancôme y también lanza su nuevo perfume, solo debes caminar con una cesta ofreciendo a los invitados unas rosas que estarán perfumadas en la esencia.

Trabajo para torpes.

—¿Y no voy a firmar ningún contrato ni nada? —pregunté extrañada.

—Lo harás allí, ya le di tus datos al tío que organiza el personal, te pagarán unos ciento cincuenta por la jornada.

Teniendo en cuenta que solo era una noche, no estaba nada mal, pero que nada mal. Ya era más de lo que tenía en el banco teniendo en cuenta que había enviado algunas cajas al pueblo y eso me había dejado sin blanca.

Abrí el porta trajes y el tul rosa salió enseguida.

—¿Me voy a vestir de princesita? —sonreí al ver lo vaporoso que era.

—Algo así, te vas a mimetizar con el decorado, todo es rosa, flores, tul y similar, muy en línea con el perfume.

Mas que un trabajo, me parecía un juego, pero estaba encantada con la idea de llevarme al bolsillo algo de dinero.

A las ocho en punto estábamos en el lugar donde se celebraba el evento, comenzaba a las nueve, pero Charlie debía revisar los últimos detalles que había organizado él mismo y comprobar que nada se salía de lo previsto.

La fiesta se realizaba en unos jardines exteriores, había rosas por todas partes y como bien había dicho él, tul, flores y elegancia a más no poder. Firmé el contrato sencillo y me comentaron donde debía acudir cada vez que mi cesta se quedara sin rosas. Sinceramente no había margen de error, no tenía que decir nada, aprenderme un discurso o explicar las notas de salidas y esas cosas de las que estaban compuestas el perfume. Simplemente tenía que sonreír y ofrecer rosas a las invitadas.

Me voy a aburrir como una ostra.

Apenas pude ver a Charlie durante la noche, todo parecía ir bien, en ocasiones le veía de lejos pero me estaba vetado hablar con los invitados más de lo estrictamente necesario, así que aprovechando que tenía que reponer la cesta de nuevo, fui al baño y de paso ataqué una de las bandejas del catering.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Charlie raptándome justo antes de que entrara al baño del personal.

—Dos tíos han intentado que les de mi número, una mujer me ha estornudado en la cara tras oler la rosa y un viejales me ha sobado el culo, quitando eso todo genial, dinero fácil —sonreí y él pareció calmarse.

—Siento estar un poco ausente, tengo que asegurarme de que todo sale bien en la organización y no se convierte en un desastre, pero la fiesta acaba en una hora y nos iremos a tomar algo —sonrió y le guiñé un ojo.

—Tranquilo, me encanta observar a la… élite —dije perdiéndome tras la puerta del baño.

Allí todo era gente rica e influencers con millones de seguidores.

Todo muy cool, aunque ya me gustaría a mi tener la posición económica de alguno de ellos.

Al acabar la noche con mis ciento cincuenta euros en el bolso y un cosmopolitán en la mano brindé con Charlie mientras enviábamos audios y vídeos a las chicas para ponerles los dientes largos, algo que solíamos hacer frecuentemente cuando nos íbamos de fiesta por Madrid y ellas se quedaban en casa estudiando.

—Por los viejos tiempos —indicó Charle mirando su reloj digital para ver si tenía algún mensaje nuevo.

Brindé y bebí un sorbo.

—Ahora solo necesito cien noches más como esta y me podré

pagar el billete, alojamiento, estancia y curso en Inglaterra —dije llamando su atención, pero él parecía más pendiente del reloj y el móvil que de mi—. ¿Esperas a alguien? —exclamé al ver que no acaparaba su atención.

—Es el tío con el que quedé esta tarde cuando llegaste, en teoría debía venir al evento pero no ha aparecido y tampoco ha contestado mis mensajes, suelo trabajar bastante con él porque organiza exposiciones de artistas y conoce muy bien el mundillo, me suele dar bastantes contactos.

—Y te gusta —dije sin preguntar, sino más bien afirmar.

—Y me gusta —reconoció con una leve sonrisa.

Eso era raro en Charlie, nunca se había pillado por un tío más que por otro desde que le conocía.

En ese momento vi que un hombre guapísimo aparecía detrás de él y rodeaba con su mano la cintura de Charlie mientras le decía algo al oído y este se giraba para saludarle.

¡No me jodas!, ¡Normal que le guste!, ¡Hasta a mi me gusta!

Fueron demasiado cautos, no sé si se estaban cortando en mi presencia o no solían darse muestras de afecto en público.

—Alexa, Michael. Michael, Alexa —dijo Charlie mientras su amigo se adelantaba para darme dos besos.

—Siento el retraso y no poder haber ido al evento de Lancôme, pero Chev me tiene amargada la existencia.

¿Chev?, ¿Quién es Chev?, ¿Su pareja?

—¿Ha vuelto a despedir a su asistente? —preguntó Charlie que parecía saber de qué iba la historia.

—El quinto en lo que va de mes y cada vez que lo hace mi móvil pita cada dos minutos como si yo tuviera que resolver todos sus problemas —suspiró.

Menuda perlita el tal Chev.

—Llama a la agencia y que le den otro —contestó secamente Charlie dando un sorbo de su whisky con hielo.

—Ya no les queda a nadie que domine francés a la perfección, se desenvuelva en inglés y sea nativo español, además de aguantarle a él, obviamente.

Si, definitivamente debía ser una joyita el hombre.

—Tal vez el problema sea el sueldo —dije dando un sorbo al cosmopolitan.

—Son siete mil mensuales —soltó y escupí la bebida provocando que saliera hasta de mi nariz a borbotones.

¿Siete mil?

—¿Hay que acostarse con él? —exclamé casi atragantada.

Yo por esa cifra me lo pienso, eh. Y no estoy de coña.

—No. Al menos no que yo sepa. Es muy reservado con su vida personal, nadie le ha conocido jamás pareja, pero no se relaciona en ese sentido con sus asistentes, no que sepamos porque les hace firmar un contrato confidencial —respondió Michael como si nada.

Definitivamente ese Chev ese es un rarito.

—Pues si quieres voy yo, eh —solté sin más.

¿Por ese sueldo? *Como si era extraterrestre y venía de otro planeta.*

Charlie me miró y después abrió los ojos como si hubiera tenido una idea fantástica.

—¡Eso es! —gritó—. Alexa habla francés e inglés a la perfección y es nativa en castellano, ¡Lo hará genial! —dijo sonriente.

Por mi como si tengo que acunarle y cantar una nana para dormir con tal de conseguir el dinero.

—Ya —dijo el tal Michael sin mucho entusiasmo—. No quiere mujeres, solo acepta a hombres como asistentes, no tengo la menor idea del porqué, pero se niega en rotundo.

¿Qué tenía en contra ese tío de las de nuestro sexo?

—Por siete mil hasta me meto un calcetín entre las piernas y me pinto barba si hace falta —bufé y empezaba a notar los efectos del alcohol que me hacían no cortarme demasiado en lo que decía.

«Córtate un poco que después no te controlas» me dije a mi misma

—No creo que esté en condiciones de exigir mucho —mencionó Charlie, programadle una entrevista, ¿Qué puede pasar?, ¿Qué no la contrate? Cuando vea que reúne las cualidades que necesita la cogerá y al menos la probará unos días —sonrió mirándome conforme me guiñaba un ojo.

Y te los pagará, faltó decir.

Mi cerebro empezó a hacer cálculos mentales para saber cuanto correspondía esa cantidad de sueldo al día, no sabía cuanto era exactamente, pero mucho más que cero y eso era lo que tenía ahora. Por muy rarito que el tal Chev fuera, merecería la pena el intento.

—¿Tienes referencias como asistente? —preguntó y mi cara fue un poema.

—Me llamo Alexa, ¿En serio las necesito? —ironicé.

La enorme carcajada que dieron el par de dos me confirmó que efectivamente el alcohol se me había subido al cerebro, eso me pasa por cenar cuatro bocaos del catering que no llenan ni el estómago de un pájaro.

—Yo le doy las referencias —soltó Charlie finalmente con una gran sonrisa.

Michael pareció pensativo y le robó el vaso para dar un trago.

—No tengo nada que perder, Charlie me dará tu número y mañana te enviaré la dirección de Chev. Preséntate a las nueve en su casa. Sé puntual, odia que la gente llegue tarde a las citas, aunque él siempre llega tarde a todas. Si no te echa directamente y te concede la entrevista, trata de no responderle, dale la razón y deja que te evalúe. Si al final decide por alguna razón divina ponerte en prueba, tendrás

un listado de teléfonos en el iPad que le da a todos sus asistentes, ahí encontrarás el de su abogado, él te realizará el contrato y tendrás que firmar las cláusulas de confidencialidad. Aparte de sus extravagancias y de ser muy exquisito en lo referente al trabajo, es un buen tío.

¿Un buen tío?

No se yo, pero por lo que paga al mes no me extraña que sea un rarito y por mi como si es Grey y tiene un cuarto oscuro del dolor, yo solo necesito aguantar treinta días y mi sueño estará al alcance de mi mano.

—Genial —sonreí.

—Tendrás que instalarte en su casa, el trabajo es de lunes a domingo a tiempo completo y no permite ningún festivo a menos que él lo decida y no requiera de tus servicios.

¿En su casa?, ¿Voy a tener que vivir con el rarito?

Eso ya me gusta menos.

Siete mil euros Alexa. Son siete mil putos euros por treinta días y ni siquiera tendrás la posibilidad de salir para gastarlos. Ni en cuatro años que llevas trabajando has conseguido ahorrar eso.

—No hay problema, acabo de mudarme a Barcelona y todavía no tengo ni las maletas deshechas.

—Bueno, eso es si Chev decide aceptarte, cosa que no tengo muy claro que haga porque como he mencionado antes, no quiere a una mujer como su asistente.

—Eso déjamelo a mi… —dije ampliando una gran sonrisa.

Aceptará. ¿Por siete mil pavos? Ya te digo yo que aceptará.

—Me gusta tu amiga, parece decidida —dijo Michael observando a Charlie.

—Cuando se lo propone no hay quien se le resista —confirmó Charlie y pasamos de la barra hacia la pista de baile.

CAPÍTULO 3

Con dos copas demás era muy fácil verlo todo, pero ahora que Charlie me llevaba de camino a la casa del tal Chey no lo tenía yo tan claro.

—Lo harás bien, son treinta días y se acabó, podrás irte a Inglaterra o Francia, donde te de la real gana y empezar de nuevo, sin ir con el rabo entre las piernas de regreso al pueblo —soltó Charlie agarrándome la mano.

Cuando comenté en el chat la oportunidad que me había salido esa noche, las chicas estallaron en furor a primera hora de la mañana tras leerlo.

Un artista. Se suponía que el trabajo era ser la asistenta personal de un artista.

Ni siquiera sé que demonios hace una asistenta aparte de llevarle la agenda o programar citas.

Si no me pegaba una patada en el culo, lo averiguaría.

De un modo u otro deduje que Michael habría avisado al tal

Chev, ¡Por Dios!, ¡Ni siquiera sabía su nombre! Ni qué tipo de arte hacía y mucho menos como era.

—Es gay, ¿no? —pregunté repentinamente.

—Se cree que si —contestó Charlie.

—¿Los gays no tenéis un radar infalible para eso? —exclamé confusa.

—Chevalier es un tanto especial y muy reservado, demasiado de hecho. —Su tono era serio y eso me hizo pensar que no exageraba.

—¿Chevalier?, ¿Así se llama? —pregunté y tenía sentido lo de Chev.

—Chevalier le Noir —contestó Charlie con una medio sonrisa.

—¿El caballero negro? Y luego me quejo yo de ser Alexa, éste lo tiene peor… —dije por lo bajini.

—Michael lo llama Chev, pero lo hace cuando él no puede oírle, ni se te ocurra llamarle así, creo que siempre quiere que le llame Mr. Le Noir, pero ya te lo dirá él. No le conozco en persona, pero por Michael sé que suele ser muy quisquilloso en algunas cosas, le ha hecho llegar tarde a miles de citas conmigo.

Pues sí que tiene que ser peculiar el tal Le Noir este de las narices… ya estaba arrepintiéndome de ir.

Bah, lo más probable es que me diera una patada en el culo porque solo quiere a hombres.

—¿Y por qué no le manda a paseo? —pregunté bajando la visera para verme en el espejo delantero y asegurarme de que lucía un aspecto impecable.

Como solo quería a hombres que le sirvieran, me había vestido lo más masculina posible, de hecho llevaba un traje holgado de Charlie sin la chaqueta, pero hasta me había puesto corbata. El pelo recogido en un moño bajo, sin rastro alguno de maquillaje y con unas gafas de pega que tenía de pasta para cuando me echaba laca.

Según Charlie, hasta vestida de tío estaba buena, yo

sinceramente lo dudaba, no se podía ni apreciar mi culo, menos aún la cintura o las caderas, hasta mis tetas parecían inexistentes con aquella camisa.

—Es un cliente demasiado importante, factura millones de euros con sus cuadros así que no le queda más remedio que soportarle —puntualizó Charlie y por alguna razón no me sorprendió.

Si pagaba ese sueldo a su asistente, significaba que debía estar forradísimo.

—Está bien, ya tengo curiosidad de ver al caballero negro —susurré haciendo mover mis manos como si estuviera en la oscura cueva de Batman.

Charlie se echó a reír y al fin llegamos a zona alta de la ciudad en la zona más lujosa de Barcelona, Le Corts según Charlie, donde vivían todos los famosos o ricos de la capital catalana, el barrio Pedralbes.

Y yo que no sabía ni que este barrio existía. Más allá de la Moraleja en Madrid, vivo en la inopia.

—Suerte, aunque sé que no la necesitas, ¡A por la pasta, nena! —exclamó Charlie para darme ánimos.

—Joder, dicho así suena a que soy una scort —dije rodando los ojos y esperando que nadie nos hubiera oído a través de la verja.

Si no fuera porque voy vestida con lo más anti-sexy que podía llevar, cualquiera que le hubiera oído pensaría cosas raras.

Desde luego la mansión era enorme desde fuera y tuve que indicar dos veces que tenía una cita con Mr. Le Noir para que me dejaran pasar, aunque no parecían muy convencidos de ello.

Nueve en punto, vamos bien Alexa.

Respiré hondo y justo cuando iba a llamar al timbre de la entrada principal alguien me abrió la puerta. Era una mujer de mediana edad, ¿Sería el ama de llaves?

—¡Buenos días! —exclamé con una sonrisa.

—El señor le espera en el salón, serviré el té enseguida.

¿El té? Muy inglés, pero me valía.

Estaba nerviosa, lo notaba en el sudor de las palmas de mis manos y hacía mucho tiempo que no me sentía de aquella forma, tal vez porque estaba haciendo algo inesperado y que no habría entrado jamás en mi planteamiento de vida.

La mujer se fue y me quedé en aquel hall enorme sin saber donde demonios estaba el salón. ¿Es que no pensaban indicármelo? De frente había una enorme escalinata de vidrio y metal que llevaba a la planta superior, todo en un estilo arquitectónico moderno y vanguardista, techos altísimos, cuadros gigantescos colgando de las paredes, esculturas que flotaban del techo y quedaban en suspensión, ¿Serían todos de él? Ni siquiera le había googleado, soy lo peor.

Normal. Por eso acabo de enterarme que se llama como Batman.

Deduje que el salón estaría a través de aquellas dos puertas abiertas porque pude atisbar una chimenea, así que me acerqué y sentado en un sillón pensativo mientras parecía tener la mirada perdida había un hombre joven, mucho más joven de lo que había imaginado en un principio.

¿Por qué pensé que sería un viejales?

Su perfil era varonil, de hecho acaparaba toda mi atención y aún no le había visto de frente, llevaba una barba incipiente, el pelo bastante corto y oscuro, su atuendo era impecable, ¿Los pintores se visten de traje?, ¿No van siempre con ropas holgadas llenas de pintura y son un poco bohemios? Definitivamente estaba bueno y evidentemente no debía sería el tal Le Noir, seguro que era su abogado que debía dar el visto bueno antes de encontrarme con él.

Probablemente no era lo suficiente digna para hacer perder el tiempo al caballero negro, pero si pasaba el corte, en el supuesto Ipad estaría el número de ese bombón…

—Puntual, buen comienzo —mencionó en un perfecto francés e irguiéndose de su asiento para encararme.

Si este supiera que era la primera vez en mi vida que llegaba a tiempo ni se molestaba en dirigirme la palabra…

Mis piernas flaquearon cuando le vi de frente.

O-h D-i-o-s M-i-o

Desde luego Dios existe si ha creado a semejante espécimen.

Creo que mis piernas están temblando y mi corazón se ha frenado en seco. ¡La leche que me han dao! No está bueno, ¡Este es de edición limitada y único en su especie!

Virgen santa que me da… que me da un filichi de verdad.

Dudé por un instante de que fuera el tal Le Noir, pero lo deseché tal cual lo pensé, si debía pasar su corte, lógicamente pondría a prueba que dominaba el idioma nativo del artista para el que trabajaría y lo más probable es que sus abogados fueran franceses si le gestionaban todo el papeleo, al menos tenía lógica en mi cabeza.

—Gracias, mi nombre es Alexa Vázquez, tengo una cita con el señor Le… —contesté en francés.

Vi su gesto extrañado, frunció el ceño, pero no hizo ningún movimiento que me alertara si estaba inconforme con mi pronunciación o todo lo contrario.

—Soy el señor Le Noir —interrumpió evaluándome detenidamente.

¿Él era el tal Chev?, ¿El buenorro que tenía delante era el pintor forrado gay?

Matadme ya.

Si es que soy idiota. Solo a mi no se me ocurre ver una foto suya.

Es gay. Es gay y está como un queso para fondue.

Aquí todos los gays están buenos, ¿Por qué narices no nacería hombre?

—Si. Claro —dije adelantándome para darle la mano, cosa que

él observó con desagrado.

Si me estaba gastando una broma y realmente era su abogado, iba a quedar como el puñetero culo.

Observé que parecía mirar con desagrado mi mano. ¿Acaso le daba asco? Era la primera vez que un tío me miraba con ese grado de desaprobación como si fuera una apestosa, no sé si era mi mano, el conjunto o toda yo.

Vale que no se sienta atraído por una mujer, pero podía cortarse un poco y disimular.

Aunque mis pintas tampoco ayudaban mucho que digamos.

—Nunca contrato mujeres, dan muchos problemas y se ausentan demasiado del trabajo, algo que no puedo permitirme porque necesito a mi asistente las veinticuatro horas disponible. Michael insistió que no sucedería contigo, yo sinceramente sigo albergando mis dudas, pero en vista de que en la agencia no disponen de nadie con las cualidades que requiero puedo hacer una excepción si verdaderamente eres lo que dices ser —puntualizó no muy convencido.

¿Y que se supone que digo ser?

—Habló inglés y francés perfectamente, soy nativa española y me desenvuelvo bastante bien en Alemán, Ruso y Chino —dije a pesar de que estos últimos no parecieran servirme para nada en todos los trabajos que había solicitado.

—¿Experiencia como asistente previamente? —preguntó colocando sus manos detrás y estudiando mi atuendo.

—Si —mentí descabelladamente—. Durante seis meses.

—Imagino entonces que conocerás tus funciones.

—No trabajaba de interna y no era artista, pero puedo adaptarme a sus necesidades sin problema —contesté saliendo del paso.

¿Por siete mil euros? Como si tengo que hacer el pino puente sobre

chinchetas.

Sentí la mirada incesante de aquel hombre que recorría mis facciones e inspeccionaba mi atuendo, era directa, sin esconder mínimamente su escrutinio durante lo que parecieron minutos en lo que yo deducía que meditaba su decisión de aceptarme o no.

Podía oler su perfume.

A gloria

Nunca había pensado que pudiera ser tan masculino, tan varonil, tan… viril.

J-o-d-e-r con el caballero negro, tenía las piernas como un flan y ni siquiera me había rozado, pero ¿Que estoy diciendo?

Definitivamente bajo ese traje hecho probablemente a medida se escondía un cuerpo definido. ¿Era yo o todos los gays tenían un código no escrito en tener que estar macizorros? No había más que ver a Charlie, el tal Michael y ahora… el caballero negro, aunque ese superaba a todos los que había visto en mi vida.

—¿Entiendes de arte? —dijo llevándose los dedos al mentón y apartando la vista de mi para escuchar mi respuesta.

—Claro —solté tratando de ser convincente.

Saber que Leonardo Da Vinci pintó la Monalisa cuenta, ¿no?

—Bien, porque nunca hablaremos sobre arte y mucho menos sobre mis cuadros salvo en límites profesionales —dijo severamente.

¿A qué venía eso?, ¿Tal vez se pensaba que era una fan o algo así?

¡Ja!, ¡Si este supiera que no sabía que existía hasta anoche!

—No hay problema —sonreí.

Guardó silencio durante largo tiempo, se mantuvo erguido mirando a través de la ventana como si estuviera evaluando qué preguntar o qué decidir, así que no moví un solo músculo de mi cuerpo y la tensión me atravesaba hasta el cerebro.

¿Serían normales los silencios incomodos con ese hombre?

Algo me decía que si.

—Alexa —dijo haciendo que se me tensara hasta la columna vertebral al oír mi nombre con aquella voz ruda.

—¿Si? —contesté altiva.

—Es fácil recordarlo, eso me gusta. Recoge tus cosas y pídele a la señora Rodríguez que te indique cual será tu habitación cuando regreses con tus pertenencias. Recibirás todas las indicaciones en el iPad que encontrarás sobre la mesa, que disfrutes del té—. Vi como se largaba del salón dejándome a solas con la mujer que me había abierto la puerta al llegar y se perdió.

¿Ya está? ¿Después de despedir a cinco asistentes en un mes y no ser lo que buscaba me contrataba sin más?

Algo me dice que don caballero negro está desesperado.

Sonreí y agradecí a la señora Rodríguez el té, ella no cambió el semblante, sino que dejó la bandeja y se largó dejándome a solas de nuevo.

—La educación en esta casa brilla por su ausencia —susurré viendo el decorado ultramoderno del enorme salón.

Saqué el teléfono del bolso y vi que no habían dejado de escribir en el chat, Charlie me esperaba en el coche con la maleta en el maletero.

Que le den por culo al té.

—Chicas… ¡Tengo trabajo! —exclamé en un chillido ahogado en cuanto salí por la puerta sin esperar siquiera a que se cerrase e importándome muy poco si me habrían oído.

El caballero negro no parecía tan malo después de todo, no sé de qué se quejaban, solo tenía que aguantar un mes y mi vida volvería a comenzar de nuevo.

Charle sonreía mientras negaba con la cabeza cuando me vio aparecer.

—¡Eres una jodida zorra con suerte!, ¡El puto Chevalier!, ¡Vas a ser la asistenta del pintor más famoso del momento! Me importa un comino el contrato de confidencialidad, ¡Quiero saber todos los detalles escabrosos!, ¡Sin filtro!, ¡Quiero saberlo todo! —gritó cogiéndome en volandas y girándome como un tiovivo.

—¿Después de que te callaras que estaba como un queso?, ¡Ni hablar! —solté indignada una vez que me dejó en el suelo.

Charlie se echó a reír a mi costa.

—Así que te ha mojado las bragas el caballero negro, ¿eh? —exclamó guiñándome un ojo—. Reconozco que tiene un buen polvo —¿Solo uno?*, Yo diría que unos cuantos y me quedo corta*—. Déjale ver tu trasero y dudo que se resist….

Ya, ahora mi culo iba a tener el poder de hacer cambiar de acera a la gente.

Bufé.

No pensaba reconocer cuanto me había llegado a mojar las bragas, ya tenía suficiente con aceptar que estaba tremendamente bueno y que no le molaban las de mi sexo.

¿Qué más da? Tal vez era mejor así, de ser heterosexual, ese tío jamás se fijaría en una don nadie como yo, así que era mejor que fuera gay, era más fácil marcar los límites de mis pensamientos.

—Mejor deséame suerte y que no me eche en dos días o peor aún, que sobreviva el mes completo para cobrar la pasta.

A fin de cuentas esa era la razón por la que me había presentado en su casa, por la que estaba dispuesta a hacer de asistente por más que había odiado esa palabra desde que Amazon sacó el apatejo del demonio a la venta.

—Tendrá sus rarezas, pero seguro que lo calas en dos días y sabrás llevarle a tu terreno, a ti no hay nadie que se te resista cariño, solo te hace falta creértelo —dijo guiñándome un ojo.

Ya, eso había dicho siempre y mira donde estaba, hundida en

la mierda y aceptando trabajar de *niñera* para un excéntrico.

—Hablamos por el chat —dije dandole un abrazo.

—Llámame para cualquier cosa que necesites, sabes que para ti, siempre estoy disponible —dijo abrazándome con fuerza y después me dio un manotazo en el culo antes de perderme tras la verja arrastrando mi maleta.

La señora Rodríguez volvió a abrirme la puerta y esta vez parecía sorprendida de que hubiera regresado tan pronto con la maleta.

—Es que tengo muchas ganas de empezar —mencioné encogiéndome de hombros, pero ella no dijo nada, parecía bastante reservada.

Podía imaginar por sus rasgos de piel bronceada que era latina, incluso lo poco que había dicho me hacía pensar que tenía un acento extranjero, aunque no me hubiera dado tiempo a definir de qué lugar exactamente.

Me da a mi que es poco habladora, lo mismo es que al caballero negro no le mola que la servidumbre hable mucho.

—¿Hace mucho que sirve en esta casa? —pregunté mientras la seguía.

—Dos años —contestó escuetamente.

—Por lo menos las amas de casa le duran más que los asistentes… —admití en voz baja.

—No soy ama de llaves, soy la cocinera del señor Le Noir y no vivo en esta casa, tampoco vengo los fines de semana. A partir de ahora si llaman a la puerta, deberás abrir y también encargarte del teléfono, las averías y coordinar a los empleados que vienen de forma puntual a la casa.

Genial, ahora seré asistenta y ama de llaves, *todo el pack.*

Siete mil euros Alexa, son siete mil putos euros por treinta días. ¿También me tocaría plancharle las camisas?

—Perfecto —dije como si eso no me hubiera desalentado.

La señora Rodríguez me señaló la puerta de la que sería mi habitación para indicar que pasara y tras hacerlo lo hizo ella.

Era grande, ¡Joder era como mi apartamento de Madrid entero!

—El señor ha decidido en esta ocasión que se instale al lado de su habitación, esta estancia nunca suele estar ocupada, los asistentes se alojan al final del pasillo, pero estará cerca de él por alguna razón desconocida —soltó provocando que capturase mi atención.

¿Tal vez conmigo no temía que pudiera meterme en su cama? Quizá mantenía a los asistentes lejos de él para evitar la tentación.

—Es bonita… y amplia —dije sin dejar que el mero hecho de tener al bombón exquisito al lado fuera a robar mis sueños.

¡Mierda!, ¿Las paredes serían de papel?, ¿Escucharía a Poseidón por las noches? Ya no me gustaba tanto la idea de estar tan pegada al caballero negro…

—Tiene baño propio y desconozco si habrá toallas, ya que como he mencionado, nunca está ocupada y el señor no recibe visitas, pero si necesitas cualquier cosa, solo debes ir a la lavandería que está junto a la cocina, allí se almacena todo el textil de la casa.

Pues espero que haya champú, porque de lo contrario me veo usando el friegaplatos de la cocina…

—En el iPad está todo —dijo señalando una mesita de té que había al lado del ventanal que parecía dar a un balcón privado.

Me acerqué y comprobé que la orientación era hacia la fachada, donde podía apreciarse todo el camino de entrada que había recorrido.

En cuanto se marchó la señora Rodríguez cogí el iPad y me senté en uno de los sillones que estaba junto a la mesa. Era cómodo, realmente cómodo y ya me imaginé pasar el tiempo libre leyendo algún libro justo allí mismo.

¿Tendría tiempo libre?

Digo yo que en algún momento el tío se dedicará a pintar, ducharse, comer o dormir… *digo yo.*

Estaba encendido, así que solo tuve que desbloquearlo, no parecía tener patrón, ni claves por lo que una vez desbloqueado tenía abierto una especie de bloc de notas donde aparecía un listado enorme.

Asignaciones:

1. Queda terminantemente prohibido realizar fotos de los cuadros que se muestran en la casa, total o parcialmente, especialmente las obras de Chevalier Le Noir, incluyendo sus trabajos en curso y su estudio de creación.
2. Quedan terminantemente prohibidas las visitas personales o familiares a la casa Le Noir.
3. Gozará de tiempo libre cuando el señor Le Noir se lo indique, no se permite el uso indebido de la piscina, el gimnasio o el spa.

¿Este tío tiene spa?, ¡Esto parece un resort cinco estrellas!

Seguí leyendo…

1. Las llamadas personales quedan restringidas en las franjas horarias que se establezcan con el señor Le Noir.
2. Vacaciones y días de asuntos propios se determinaran con treinta días de antelación y nunca posterior, el asistente se encargará personalmente de encontrar a alguien en sustitución para su ausencia.
3. Durante todo el tiempo que sea el asistente del señor Le Noir se dirigirá hacia él como Mr. Noir o señor Le Noir, nunca le llamará por su nombre o su apellido “a secas”.

Definitivamente es un engreído del copón, ya lo debí vislumbrar con ese traje hecho a medida. ¿Un artista con traje? Donde se ha visto.

1. Deberá acompañar al señor Le Noir en todas sus exposiciones, cenas, galas y eventos a los que sea invitado. No llamará la atención, no hablará con los invitados y no hará alarde de su posición, permanecerá discreto y atento a las conversaciones para tomar notas en su agenda.

Si quiere me visto de camuflaje para mimetizarme en los arbustos. Evidentemente quiere ser el centro de atención.

1. Estará disponible para viajar con el señor Le Noir en todo momento. Se encargará de gestionar los trayectos, reservar vuelos, vehículos, estancias, alojamientos y equipaje del señor.

¿Iba a guardarle los gayumbos? No me lo puedo creer…

Siete mil euros Alexa. Son siete mil euros.

Si no me lo recordaba estaba segura que saldría por patas de aquella casa.

1. Mientras que el señor Le Noir esté trabajando en su estudio no le molestará, no le interrumpirá, ni le llamará por teléfono. Tiene terminantemente prohibido el acceso a menos que le haga llamar.
2. Vestirá el uniforme que encontrará en el armario y si no es de su talla, lo ajustará con el sastre personal del señor Le Noir.
3. Durante los fines de semana se encargará de seleccionar el menú que el señor Le Noir le indique.
4. Gestionará todo el servicio personal de todas las propiedades que posee el señor Le Noir incluyendo la villa en Versalles, la mansión en California y la casa de Londres y Barcelona.

¿Consideraba esta una casa y no una mansión? Habría que ver entonces lo que tiene en California este tío…

1. Gestionará la agenda del señor Le Noir y la

tendrá actualizada en todo momento. Recibirá sus notas diarias en este dispositivo y actuará en consecuencia.

2. Se encargará personalmente de todo el vestuario del señor Le Noir que incluirá el servicio de lavandería y tintorería.

Lo que yo te diga… al final me veo planchando y quemándole todas las camisas.

1. Tiene terminantemente prohibido visitar el sótano de la casa.

Fruncí el ceño. ¿Sin motivos?, ¿Simplemente no podía ir?

Joder que va a tener un cuarto oscuro como el Grey…

1. Nunca tomará una decisión en nombre del señor Le Noir, siempre le consultará primero sus deseos y después actuará en consecuencia de estos.
2. Le servirá el desayuno al señor Le Noir en su habitación a las ocho en punto a menos que le haya indicado lo contrario.
3. Se encargará de suministrar todo el material de trabajo requerido por el señor Le Noir.
4. Organizará cenas de trabajo y asuntos propios del señor Le Noir.

Eso de los asuntos propios sonaba raro, de lo más raro…

Seguí leyendo aquella lista infinita que incluía las citas del señor Le Noir con su terapeuta, masajista, dentista, entrenador personal e indicaba que debía gestionar todas ellas en su agenda, así como cambiar las flores cada tres días, poner agua nueva en los jarrones a diarioy la lista continuaba con cada detalle de la casa metódicamente. ¡Si hasta indicaba cuando debían ser cambiados los filtros de la piscina!

Esto es ridículo…

¿Por qué no tenía un ama de llaves que se encargara de todo eso? Era lo más lógico y dejar que su asistente se encargara

únicamente de los asuntos referentes a su trabajo.

Con razón no le duraba ninguno, ¿Cómo le iba a durar si eso era de locos? Cinco en un mes, ¿Acaso le había dado tiempo a alguno de ellos hacerse a la idea de todo lo que pedía el señor Le Noir.

Saqué del bolsillo mi teléfono, Charlie se había encargado de decirle a las chicas que me habían seleccionado y estaban llenando el chat de emoticonos de fiesta, de gifs con gente bailando y pidiendo que contara los chismes del famoso artista.

—Chicas, creo que no voy a durar aquí ni veinticuatro horas, acabo de leer el listado de cláusulas que requiere el tío este y eso no hay Dios que lo cumpla, definitivamente es un rarito —dije observando el iPad y apareció un email en la bandeja de entrada con el remitente del señor Le Noir.

No supe porqué, pero mis piernas temblaron.

Lo abrí y el texto del email era directo y claro.

«Llama al abogado, aparece en la lista de contactos, tendrá tu contrato preparado, una vez que esté firmado reúnete conmigo en mi despacho»

CAPÍTULO 4

Lo del abogado no era nuevo, ya me había advertido Michael, pero al caballero negro parecía urgirle que fuera firmado.

¿Qué tendría que esconder que no pudiera ser revelado?

Miedito me da ese contrato, como tenga tantas cláusulas como asignaciones, el Grey se queda corto en comparación con el caballero negro.

¿Le haría justicia al nombre? Aún no tenía claro si me quedaría el tiempo suficiente para saberlo.

Llamé al abogado y sí, era francés y al parecer estaba en Francia, me pidió mis datos y me dijo que tendría el contrato en la bandeja de entrada del iPad en menos de una hora.

Si albergaba alguna duda de que el señor Le Noir no fuera el tío trajeado que había visto antes, se esfumó por completo en cuanto lo googlee mientras esperaba el dichoso contrato.

Al parecer el caballero negro no era alguien que se dejara ver frecuentemente y según las imágenes, huía de la prensa constantemente, de hecho llegué a leer en un artículo que se había

afincado en Barcelona porque era menos conocido que en Francia y podía tener un estilo de vida más tranquilo.

"Algunos de sus cuadros están valorados en más de un millón de libras" decía un periódico inglés donde al parecer el artista también cosechaba mucho éxito.

Su popularidad había traspasado el atlántico y sus cuadros se vendían como la espuma en Estados Unidos.

Seguí leyendo por encima varios artículos donde indicaban que era un prodigio ya que pintaba desde los ocho años, a los doce hacía bocetos en la calle y a los quince expuso sus primeros cuadros al público. A los veinte explotó su fama en París y ahora, a sus treinta y tres años era el artista mejor pagado de la historia.

¿Treinta y tres?, ¿Solo tiene seis años más que yo y ya ha tocado el culmine de su carrera?

Definitivamente soy una fracasada.

Era evidente que Chevalier le Noir era un prodigio en lo suyo, Leonardo Da Vinci reencarnado, aunque este último hizo mucho más que pintar cuadros ahora que lo pensaba.

Vi algunos de sus cuadros más famosos y contra todo pronostico no era ese estilo abstracto donde no se entendía un carajo lo que estabas viendo, sinceramente, a mi eso de partirme los cuernos para entender que quería transmitir el artista cuando lo estaba pintando nunca lo he entendido, pero el estilo de Chevalier era distinto, era realismo mezclado con futurismo, sinceramente no había visto nada igual en mi vida, incluso algunos de sus cuadros parecían salir de la obra y estar en tres dimensiones.

¿Era eso posible?

Vale. Lo admito. El tío era verdaderamente bueno en lo suyo para que nos vamos a engañar.

Y encima está como un queso.

Tiene el pack completo: Guapo, rico, joven. *Menuda mierda que*

sea gay.

El contrato me llegó e hizo que me saliera del navegador donde estaba cotilleando para visualizarlo. Lo abrí esperando encontrarme una lista de al menos cien cláusulas que no debía incumplir bajo pena de ser demandada y tener que pagar una inestimable cantidad de dinero que no ganaría en toda mi puñetera vida, pero me sorprendió encontrar un contrato sencillo que establecía el horario a jornada completa, el sueldo de siete mil euros netos, es decir, que se me quedarían íntegros completamente y solo había tres cláusulas condicionantes: Aceptar mis funciones descritas en el apéndice anexo y que eran las mismas que ya había visto en el iPad previamente. No exponer públicamente ni privadamente nada de lo sucedido en esa casa. Y por último la más extraña de todas; no realizar jamás preguntas personales.

Lo que me importaría a mi la vida del señor Le Noir… *eso no te lo crees ni tu, chata. Te interesa y mucho.*

Solo iba a estar un mes, así que me importaba muy poco que hiciera orgías con veinte tíos a la vez, le molara el sado o le pusiera la asfixia erótica, sinceramente a mi me importaba un pimiento con tal de que me pagara para largarme al fin al extranjero y adquirir experiencia en lo mío.

Firmé el contrato con el lápiz táctil que llevaba imantado el iPad y le di a enviar.

¿Qué podía ser lo peor que podría suceder?, ¿Qué me echara de su casa? Tampoco tenía nada mejor que hacer.

Había estado tan embelesada que ni siquiera había tocado mi móvil, así que lo saqué antes de dirigirme al despacho de mi *oficialmente jefe* para silenciarlo y entonces vi los mensajes del grupo que aún entraban.

«Estás tardando en poner el pantallazo de las cláusulas» mencionaba Charlie.

«Le he googleado y está como un queso, ¡Tía no puede ser gay!,

¡Está tremendooooooooooooooo!» gritaba Ana y tuve que bajar la voz del teléfono para que nadie la oyera.

«Gracias por el cumplido maja, ¿Es que los gays tenemos que ser feos?» contestaba Charlie con caritas de enfado y finalmente una en la que sacaba la lengua.

Había un montón de mensajes de discusión entre Charlie y Ana sobre la supuesta orientación sexual del caballero negro y pasé de largo leyendo por encima los mensajes.

«Sabes que eres la excepción Charlie, tú nos has hecho un favor siendo gay o estaríamos coladísimas por ti» escribió Ana con corazones.

«Eso ya lo sabía yo» contestó Charlie con aires de superioridad y comencé a reír.

«¿Se puede saber que está pasando? No me da tiempo a leeros» comentaba Lorena.

«Deja de chingar con el nuevo y verás como te da tiempo maja» exclamó Charlie y se me escapó una carcajada.

«Eres un bruto» contestó Lorena, «¿Ha pasado algo con el caballero oscuro?, ¿Es que no es gay?» insistió.

«¿Ves? Ese tío te tiene frita las neuronas con tanto sexo y ni siquiera nos lo cuentas» puntualizó Ana «Es caballero negro, no oscuro y yo dudo que sea gay por mucho que Charlie insista»

«No lo digo yo, lo dice un amigo. Aunque son sospechas» escribió Charlie.

«Si si… un amigo» indicó Lorena y me sorprendió que le picara, normalmente ella era bastante tímida para meterse en la vida de Charlie.

—Puedo confirmar que ese amigo está tremendo y que Charlie se lo trinca —dije sonriendo sabiendo que eso daría que hablar un buen rato.

Finalmente metí el móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón

con la intención de no volver a leer los mensajes en un buen rato.

Dude en dejar o no el iPad en la habitación, pero algo me decía que ese aparatejo se convertiría en mi segunda piel los próximos treinta días, por lo que decidí llevármelo, ya me pondría a investigar después si tenía todo lo necesario para mi aseo personal en el baño.

¿Dónde leches está el despacho de este tío? Ya podía haber adjuntado en el mensaje un planito de la casa, con un croquis sencillo me bastaba, ¡Era enorme!

Pensé en ir a la cocina para preguntar a la señora Rodriguez, pero viendo su poca amabilidad seguramente me enviaría directamente a la mierda, así que preferí indagar por mi cuenta.

Seamos prácticos, ¿Dónde se suelen ubicar los despachos? Claro que este tío era un raro, a saber lo que escondía en el sótano para prohibir visitarlo.

¿Y si era un asesino en serie y allí tenía su cuarto de torturas particular?

Y tú te vas a quedar a solas con él en esta pedazo de mansión. Que grima me está dando todo esto repentinamente.

Descendí las escaleras a la planta inferior y supuse que por allí debía estar su despacho, tampoco sabía donde tendría su estudio, pero esperaba que me lo indicara más tarde.

Deambulé un buen rato por el salón y un par de salas más que había de buen tamaño, incluso pasé por la cocina y no había ni rastro de la señora Rodríguez, ¿Ya se había marchado? Pasé por detrás de la escalera y saqué el teléfono viendo que tenía más de veinte mensajes sin leer en el grupo, probablemente de Ana y Lorena pinchando a Charlie para sonsacarles el nombre de su amigo buenorro.

No los leí, no me daba tiempo, pero necesitaba consejo.

—Llevo dando vueltas diez minutos buscando el puñetero despacho del tío este y no hay ni un alma en toda la casa. Entre los cuadros que dan grima y el silencio sepulcral, esto más que una casa parece un mausoleo.

Una puerta se abrió y di un salto asustada.

—¿Alexa? —exclamó la voz ruda de aquel hombre y supe de inmediato que me habría escuchado perfectamente.

Mierda.

¿Quinientos metros cuadrados de casa y el jodido despacho tenía que estar justo detrás de la escalera?

Lo mío no es mala suerte, es que soy desgraciada.

—¿Si? —exclamé como si no acabara de decir que su casa me parecía una tumba y me giré para encararle.

Si que está bueno… ¡Madre De Dios!, ¡Está tremendooooo! Creo que iba a tardar unos cuantos días en acostumbrarme a semejante bombón andante.

—Hace quince minutos que la estoy esperando, pase —mencionó seriamente y asentí guardando mi teléfono en el bolsillo y actuando como si estuviera muy segura de mi misma.

Ni yo me lo creía.

—Creo que tardaré un poco en hacerme con la distribución de la casa —mencioné como si fuera toda la disculpa que iba a darle.

—Pues más le vale hacerse pronto, no tolero la impuntualidad —contestó cerrando la puerta y caminando hacia la mesa de su despacho.

Pues según Michael tú llegas tarde a todas partes…

—Por supuesto —respondí encendiendo el iPad como si me preparase para aquello que tuviera que decirme.

—He recibido tu contrato firmado por parte de mi abogado, eso me hace pensar que estás de acuerdo con todas y cada una de las cláusulas.

No sonaba a pregunta, pero parecía esperar una respuesta.

—Así es —asentí y observé su perfil serio conforme abría un cajón de la mesa de su despacho.

—Pues no lo parece, no veo que lleves puesto tu uniforme.

¡Mierda!

—Prefería darme una ducha antes de probármelo, no pensé que…

—No estás aquí para pensar, sino para cumplir mis órdenes. La próxima vez limítate a seguir las instrucciones —soltó y me quedé congelada.

¿Soy yo o este tío es un presuntuoso de tres pares de cojones?

Asentí porque si abría la boca le mandaría directamente a la mierda, y otra cosa no, pero necesitaba con urgencia el dinero.

Su dinero para ser exactos.

Ni siquiera me había percatado en la decoración. Toda la casa era con un estilo muy moderno, vanguardista y diría que hasta futurista en algunos diseños, pero su despacho era lo más conservador que había visto en mi vida. Una mesa robusta de madera antigua, probablemente de estas del siglo XVII o XVIII como mucho a pesar de estar bien tratada, estantes llenos de libros, algunos eran tan antiguos que sus tapas estaban desgastadas.

Esa estancia no pegaba ni con cola con el resto de la casa. ¿Por qué?

Nada de preguntas personales, ¿Eso incluía también la decoración? Prefería no correr el riesgo.

—Necesito que recojas de la tintorería unos cuantos trajes, tienes la dirección en el iPad y aquí está el ticket —dijo entregándome un recibo—. La señora Rodríguez se encarga de la compra, así que si necesitas algo especial se lo dirás explícitamente a ella. Te he enviado una lista de materiales que necesito con urgencia, así que de camino a la tintorería pasarás por la tienda, no me gustan las variaciones así que no deseo otras marcas que no sean las mencionadas en la lista, si no las tienen, búscate la vida para encontrarlas.

Tres pares de cojones se quedan cortos para lo arrogante que es

este tío.

—Perfecto —comenté.

Buscarme la vida se me daba de puta pena y por eso había acabado allí, pero ya me las ingeniaría de alguna manera.

—Aquí tienes una tarjeta de crédito para pagar todas las compras, no lleva nombre así que no tendrás problema y este será el teléfono que utilices para todas las gestiones mientras permanezcas en esta casa. Nada de llamadas personales o asuntos propios.

—Muy bien —asentí cogiendo la tarjeta y el teléfono que aún estaba dentro de la caja.

Joder con el millonetis, en esto de la tecnología parecía no escatimar ya que por la caja comprobé que era un iPhone de última generación.

—La próxima semana daré una fiesta en casa por mi cumpleaños, será algo íntimo y con pocos invitados, tendrás que organizarla. En el iPad tienes el teléfono de mi decorador, pídele cita para poneros de acuerdo, las invitaciones deben ser enviadas mañana.

—¿Y donde están? —pregunté desbloqueando el iPad.

—Ese es tu trabajo, no el mío.

Genial.

—¿Las hago a mi elección? —Me atreví a preguntar.

—Dado tu atuendo, es evidente que no —soltó tan abruptamente que me sentí abochornada.

¿Desde cuando las palabras de un tío me hacían sentir así de pequeña?

Cretino de mierda.

¡Me tenías que haber visto anoche para tragarte tus palabras pedazo de subnormal!

Treinta días… siete mil euros… *muérdete la lengua Alexa.*

—En tu bandeja tienes la del año pasado, intenta mejorarla si

es que eres capaz —dijo con sorna, como si fuera incapaz de hacer una mierda de invitación a una fiesta en casa.

Te vas a cagar zopenco.

—Lo intentaré —sonreí tan falsamente que hasta me dolía la mandíbula de forzarla tanto—. Si no necesita nada más…

Total, con todo lo que me había pedido ya tenia el día echado y eso sin contar con que tenía que deshacer las maletas.

—Si, una cosa más. ¿Hay algo que deba saber? —preguntó de forma inquisitoria y no sabía exactamente a qué se refería.

—No comprendo.

A ver con qué puñetas me salta ahora el rarito.

—Novio, marido, hijos, padres enfermos, problemas de drogas, mentales o enfermedades que requieran controles médicos… —comenzó a recitar—. He tenido unos cuantos asistentes y como puedes comprobar, ninguno ha permanecido demasiado tiempo, así que si existe algo que crees que pueda interferir en tu trabajo a jornada completa, quiero saberlo.

Si crees que voy a soltar información personal vas de culo.

—No hay nada que deba saber señor Le Noir —contesté sabiendo que mi respuesta era evasiva y no respondía a ninguna demanda.

Sentí la mirada intensa del caballero negro sobre mi, como si me estuviera evaluando para ver si pasaba el corte. No sabía porque razón él me hacía sentir pequeña, frágil, prácticamente una hormiga a la que podía pisotear en cualquier instante.

Y detestaba sentirme así, pero aún más el hecho de que a él no pareciera importarle.

—Está bien —dijo finalmente apartando la vista y haciendo que volviera a respirar—. Pasaré toda la tarde en mi estudio, no me molestes. Si necesitas algo comunícalo por email, lo leeré cuando tenga tiempo.

Genial, al menos no tendría que volver a verle con suerte hasta el día siguiente.

Todo lo que tiene de buenorro, lo tiene de imbécil redomado. Que lastima…

—Por supuesto. No le hago perder más tiempo entonces —dije dándome la vuelta y decidida a salir de allí.

—Alexa —dijo deteniéndome cuando puse la mano en el pomo de la puerta—. Espero que te gusten los mausoleos.

Tierra trágame.

Cerré los ojos sabiendo que solo estaba puntualizando el hecho de que me había escuchado y no sabía si sentía más vergüenza por recalcármelo o por mi metedura de pata a nivel gigantesco.

—Seguro que le encuentro el encanto —enfaticé como si me importara un comino que me hubiera oído y sin esperar una respuesta o darme la vuelta, salí de allí con mi orgullo intacto, llenando mis pulmones en cuando cerré la puerta.

Cretino o no, lo cierto es que lograba acelerarme el pulso hasta sentir la falta de oxigeno.

Eso es porque está como un tren, pero le quitas el cuerpazo de adonis y la mirada penetrante azul con la que observa y fijo que es un esperpento.

Ni siquiera yo me lo creo, pero ayudaba, más aún sabiendo que le molan los tíos y que a mi me ve como un despojo mal vestido.

Si le disgustaba el traje de Charlie a pesar de quedarme un poco grande, el uniforme que se suponía que debía llevar me sentaba aún peor. El color grisáceo me hacía parecer pálida, por no decir que parecía realmente una lechuga atada.

Me hice una foto frente al espejo y la envié al grupo.

—Esto no hay sastre que lo arregle —comenté quitándome la chaqueta—. A ver para qué leches necesito llevar un uniforme formal si no voy a salir de casa más que para hacer recados —mencioné

bufando y valorando la posibilidad de ponerme unas mallas chillonas para ir a recoger sus trajes de la tintorería.

«Dile que te lo entallen, te hará tipazo» comentó Lorena.

La verdad es que ella era muy de vestir en ese estilo para ir a la oficina ahora que lo pensaba y no le quedaba nada mal.

«Tu estás buena hasta vestida de cucaracha» era la voz de Charlie «Le Noir suele ser muy tiquismiquis con su servicio según dice Michael, tiene poca gente trabajando para él, pero suele ser muy selecto y exclusivo» puntualizó.

—Es un raro de cojones —dije sin más.

«Es un artista, los artistas suelen ser extravagantes en todo lo que hacen y no tienen una razón para hacerlo. Deja de hacerte la sueca y envíanos las cláusulas del contrato» recalcó Charlie y resoplé.

Si el tío se había hecho millonario desde luego no sería haciendo lo normal o lo que hacían los demás, por algo estaba forrado a los treinta y pocos.

—Tú solo le defiendes porque está bueno y te lo pretendes tirar —bufé quitándome la bochornosa vestimenta y haciendo caso omiso al tema cláusulas.

Adoraba a Charlie, pero sabía que no se quedaría con la boca cerrada.

Mi móvil comenzó a vibrar y comprobé que era Charlie el que me llamaba.

—¿Si? —contesté haciéndome la interesante.

—Deja de hacerte la mosquita muerta y dime que tiene ese contrato para que no sueltes prenda.

—Hola a ti también, ¡eh! —bufé entrando en el baño y comprobando a simple vista que parecía tener lo básico, no obstante no estaría mal darle una vuelta a la supuesta habitación donde siempre ubicaba a sus asistentes al final del pasillo.

—Vamos, que soy Charlie… a mi me lo puedes contar todo —

insistió.

—Eres un cotilla y sabes que me meterás en un lío si te lo cuento. Además, no me extrañaría que este tío tuviera micrófonos por todas partes.

—¿En su casa? Eres una paranoica, Chevalier es peculiar, pero no a esos extremos.

—Bueno… según la cocinera siempre instala a sus asistentes al final del pasillo y a mi me ha puesto al lado de su habitación, seguro que es porque soy una mujer y no me considera un peligro al estar cerca de su cama.

—¿Te ha dado una habitación al lado de la suya? —gritó Charlie haciendo que me quedara sorda de un oído.

—Si, pero no es para tanto, seguramente sea por si al señor se le antoja algo de madrugada —dije sin preocuparme demasiado—. Vete tú a saber…

Si soy sincera, habría preferido quedarme al final del pasillo, estar cerca de ese tío sabiendo que solo me separaba una fina pared me ponía nerviosa.

—¿Y como es él? —preguntó curioso.

—¿Además de arrogante y misógino? —exclamé—. Supongo que es todo lo que se espera de alguien que está nadando en el dólar, aunque cuando me observa en plan mirada fija me tiemblan hasta las piernas.

—Tal como lo cuentas parece una mirada matadora, ¡Dios! Como me gustaría estar en tu lugar ahora mismo, capulla —soltó su lado más perverso.

—¡Venga ya! Esto es lo más raro y patético que he tenido que hacer en mi vida, pero sé que lo dices porque le molan los tíos y a mi ese no me toca ni con un palo, solo tenías que ver la cara que ha puesto cuando le dije si hacía la invitación de su cumpleaños a mi gusto… ¿Sabes que me ha soltado? Que a juzgar por mi vestimenta era evidente que no.

—Capullo —bufó Charlie.

—Me la harás tu, ¿verdad? —exclamé.

—Eso dalo por descontado, el caballero negro se va a cagar cuando vea de lo que eres capaz.

Eso me gustaba más.

—La quiere para mañana, ¿Crees que te dará tiempo? Te envió la del año pasado para que veas más o menos lo que quiere.

—Cariño, esta misma tarde la tendrás, pero me darás algo suculento a cambio, ¿Verdad?

Suspiré…

—No sé si será suculento o no, pero me han prohibido el acceso a la Baticueva, a saber que oculta el caballero negro ahí dentro, dudo que sea un súper coche que lanza misiles.

¿Tal vez guardaba ahí sus obras maestras?, ¿Reliquias ancestrales?, ¿Oro? Seguro que era algo mucho más siniestro.

—Así que tiene una Baticueva… —dijo Charlie pensativo—. No se le conocen parejas estables, ni siquiera esporádicas, ese tío tiene que ser un reprimido sexual de la hostia y ese lugar debe ser donde se desfoga. Tienes que colarte ahí dentro como sea.

—¿Y arriesgarme a que me demande con una multa millonaria por incumplir una de sus cláusulas? No gracias, por mi como si le molan las orgías, tiene montado un club nocturno o le va el sado, me importa un cuerno porque me largo en treinta días.

—¿En serio me vas a decir que no te genera intriga?

Por supuesto que si.

—En absoluto —mentí como una bellaca.

—Te conozco. Tarde o temprano lo acabarás descubriendo —sonrió y me colgó antes de que contestara.

Quizá la Alexa de hace dos días lo habría hecho, pero la de ahora tenía mucho más en juego y por mi como si practicaba la asfixia

sexual ahí dentro o pagaba para que otros lo hicieran, me importaba un bledo.

¿De verdad podría molarle a Mr. Le Noir la asfixia sexual?, ¿Quizá el sado? Si que tenía pinta de mandón e incluso podía imaginármelo con la vestimenta y todo.

Mejor no vayas por ese camino Alexa, que gay o no está demasiado bueno para imaginártelo sin ropa puesta.

CAPÍTULO 5

Desseché a Charlie de mi cabeza y sus pensamientos, bastantes cosas me había pedido el caballero negro para hacer en lo que restaba de día y si no me daba prisa no lograría ni la mitad de ellas.

Ni de coña pensaba salir como un esperpento a la calle, antes prefería llevar las mallas fucsia que había echado sin saber porqué a la maleta. En realidad sí que sabía porqué las había echado, me hacían el culo aún más respingón de lo que era, además de ser mis favoritas para correr. Así que me coloqué de nuevo el traje que me había prestado Charlie, tenía la sensación de que si me vestía de un modo más femenino, iba a despertar la furia del señor Le Noir por no ponerme su uniforme, al menos llevaría algo con lo que él ya me había visto.

Recogí los trajes de la tintorería… siete… ¡Ya podía habérmelo dicho el muy cabrón! Pesaban tanto que tuve que regresar a la mansión para dejarlos antes de pasar por la tienda de bellas artes a buscar todo lo el material que me había solicitado.

«Pincel de la firma Da Vinci serie 5530 talla 16 madera de bambú y cerdas de pelo natural. Pintura al óleo Rembrart 314 Rojo de Cadmio. 517 Siena tostado. 628 Ocre oscuro»

¿Es que no había ni un color normal? No sé. Rojo a secas o Amarillo sin más. A ver que demonios es un siena tostado, ya puestos que digan naranja bombona butano o amarillo pollo que por lo menos es más comprensible.

Seguí leyendo la nota en el iPad.

«Papel de algodón prensado en frío 300 gr, aceite de linaza de un litro, arena de río lavada»

¿Arena?, ¿Utilizaba arena para pintar? Bueno, no soy artista, pero esto comenzaba a ser raro de narices.

«Cola de conejo»

¿Qué? Este tío me está tomando el pelo, estoy cien por cien segura de que solo quiere quedarse conmigo y que vean mi cara de cretina cuando diga en voz alta lo de aquella lista.

Leí el resto y solo era lino, un limpiador específico de pincelería y varios carboncillos.

Decidí enseñarle el iPad a la mujer de mediana edad que había tras el mostrador y para mi absoluto asombro, no pareció sorprenderse de lo que allí había escrito, pero mencionó que ellos no tenían arena lavada de río, así que ya me veía visitando el Llobregàt para sacar arena del fondo.

Tras visitar dos tiendas más de materiales de dibujo y cuatro naves industriales con material de construcción porque según Lorena era más factible que ahí la vendieran, supe que la maldita arena lavada de río no era tan fácil de encontrar si es que realmente se vendía.

—¿Si le cojo un puñao del primer parque de niños que encuentre notará la diferencia? —exclamé en el grupo mientras el taxi me llevaba de regreso a la mansión del artista.

Lo único que tenía claro es que no podía regresar sin ella si quería conservar el trabajo, algo me decía que el caballero negro no dejaría pasar ni una falta, menos aún el primer día, pero se me hacía tarde, había un trafico horrible porque todo el mundo acababa de salir del trabajo y la luz del sol se estaba evaporando, no sabía si tenía horario de regreso, pero intuía que si llegaba demasiado tarde, creería que había estado perdiendo el tiempo.

«Yo dudo que se de cuenta, vete a un supermercado y compra arena para gatos, se lo metes en una bolsa transparente y seguro que cuela» escribió Ana y me hizo soltar una carcajada.

¿Arena para gatos? No es que fuera yo muy de gatos, pero lo mismo colaba.

El simple recuerdo de aquella mirada azul y fría observándome me hizo temblar.

Mejor no corro el riesgo…

Lorena solo puso emoticonos de risas y Charlie lo secundó asegurando que debía estar tomándome el pelo.

«Definitivamente queréis verme muerta, como aparezca en esa casa con arena para gatos, me acribillará con su mirada matadora» escribí porque me daba vergüenza que el conductor me oyera.

«O te llevará al sótano y te dará lo tuyo nena. Dudo mucho que ese prenda sea gay, está demasiado bueno para serlo» Sonreí. Ana y sus ocurrencias, como si eso tuviera algo que ver para definir la orientación sexual de cada uno.

El taxista comenzó a quejarse de que siempre había mucho tráfico para cruzar el puente y entonces divisé el río.

—Disculpe, ¿Hay algún punto donde se pueda acceder al río? —La idea fue fugaz, pero no es que tuviera muchas opciones dadas las circunstancias.

Al parecer sí que existía una zona, una supuesta pasarela inundable sobre el río. El taxista se alejó un poco de la zona y me indicó cuando ya no pudo adentrarse más donde estaba, así que vacié

una de las bolsas y le pedí que me esperara dejando todos los materiales en el vehículo. No tenía ni la menor idea de lo que iba a hacer o lo que me iba a encontrar, pero de allí no me largaba sin la dichosa arena de las narices.

Aún quedaba un poco de luz, lo justo para no tener que sacar la linterna del móvil, divisé la pasarela, tuve que caminar durante unos metros para llegar al borde del río.

¿Quería arena lavada de río? Pues la tendría recién lavadita el señor.

Cogí una poca de arena seca que había en los alrededores y la metí en la bolsa, después la sumergí en el agua dejando que entrara el agua y la escurrí parcialmente para que no goteara demasiado, regresé al taxi con la mirada incrédula del conductor que no mencionó palabra alguna y metí la bolsa dentro de la otra para no mojarle los asientos del coche.

Suspiré cuando entré por la puerta de la mansión cargada hasta arriba de cosas, menos mal que todos los trayectos en taxi los pagaba el caballero negro, porque a estas alturas ya estaría en bancarrota.

Necesitaba una ducha urgente, de tanto deambular de un lugar a otro estaba completamente sudada y nada me gustaría más en aquellos momentos que darme una larga ducha caliente y plantarme un camisón para tumbarme en el sofá a ver una buena serie.

Me da a mi que no voy a volver a hacer eso en una larga temporada…

—¿Alexa? —Era la voz masculina de Mr. Le Noir y no parecía de muy buen humor.

—¿Si? —respondí sin saber desde donde demonios me hablaba.

Este tiene cámaras ocultas por la casa fijo.

—¿Se puede saber donde has estado toda la tarde? —inquirió cruzándose de brazos y apareciendo detrás de la escalera.

¿Habría sido él quien me abrió la cancela exterior y la puerta

principal? Probablemente… no había ni rastro de la señora Rodríguez por allí.

—He recogido los trajes de la tintorería y he comprado toda la lista de materiales que me había pedido —respondí como si eso justificara mi ausencia.

—La próxima vez sé más rápida. Ceno a las siete en punto y son casi las ocho.

¡Será capullo!, ¿Te cuento yo lo que he comido en todo el día? Ni siquiera me ha dado tiempo de almorzar por tu mierdiarena de los huevos.

Me había comido dos tristes barritas de muesli que llevaba en el bolso y tenía tanta hambre que me comería una vaca entera.

Aunque cierto moreno de ojos azules que tenía frente a mi con mirada inquisitoria parecía demasiado apetecible, hasta el punto de que si me excedía en ese pensamiento igual podía salivar y todo.

Es gay Alexa. No le molan las tías y encima le caes fatal, puede que solo por ser mujer.

—¿Por qué no me ha avisado? —solté y después fui consciente de que parecía una adolescente tratando de justificarme.

—Lo hice. Le envié un email que evidentemente ni ha leído, porque no obtuve respuesta.

Si es que me tenía que haber callado que estoy más mona…

—No volverá a suceder —contesté en voz tan baja que si no fuera por el bestial silencio que reinaba en aquella casa diría que era imposible que me hubiera escuchado.

—Estoy seguro de ello. Ahora si no le importa, estaré en el salón esperando que me sirva la cena. Dese prisa.

¿Qué?, ¿Y que pretendía que hiciera con todo lo que llevaba?, ¿Me lo como con patatas?

—¿Dónde quiere que deje todos los materiales? —exclamé antes de que se perdiera.

Mr. Le Noir se giró y contempló durante al menos diez segundos las bolsas, no sabía si solo se limitaba al contenido o también a mis fachas de cansada, ropa arrugada y probablemente tufillo a sudor por correr de un lado a otro con chaqueta incluida.

—Mi estudio está en el jardín, junto a la piscina. Hay una antesala, siempre deberás dejarlos allí, pero en esta ocasión hazlo tras servir la cena, ya llevo demasiado retraso —puntualizó realzando el hecho de que estaba pasando hambre por mi culpa.

No tendrás tanta hambre cuando no te has servido tu mismo, señoritingo.

—Por supuesto —dije llevándome todo el arsenal hacia la cocina.

—Alexa —mencionó y cada vez pronunciaba mi nombre con más firmeza.

Al final me voy a sentir como el cacharro de Amazon, verás tu…

—¿Si? —exclamé.

Es que encima me trataba igual, esperaba que respondiera para saber que tenía su atención.

—He dejado sobre la encimera de la cocina los códigos de acceso que abren todas las puertas a las que tienes acceso en la casa,

Su mirada era inquietante hasta el punto de querer encogerme en mi misma.

¿Por qué tenía este hombre ese poder sobre mi?

—Imagino que el código de acceso a su estudio se encuentra ahí —deduje sin más.

—Nadie entra en mi estudio si yo no estoy presente o solicito puntualmente que lo haga, en ese caso facilitaría el código de acceso

Si que es rarito si, pero teniendo en cuenta la millonada que costaban sus cuadros, hasta yo sería rara.

No pensaba contestar, sentía que si no utilizaba monosílabos

era meter la pata con ese hombre, así que asentí y me fui.

La cocina parecía impoluta. Todo recogido. Todo limpio y ni un solo cacharro por medio. Era bastante grande e incluso tenía una isla central en la que había colocado dos papeles, uno de un tamaño mas grande que otro.

Los observé tras dejar las bolsas en el suelo de mala manera, ya me preocuparía por ellas después y observé que uno de ellos era el listado con las claves, en realidad solo había cinco; cancela exterior, puerta principal, despacho, antesala de estudio y su habitación.

Espera un momento, ¿Tenía acceso a su habitación?

Eso me dio un subidón de morbo bestial y después me sentí imbécil por ello.

Para el resto de la casa o bien permanecía abierta o el caballero negro no me iba a dejar ni oler la televisión.

De momento no tenía vetado el frigorífico, al menos ya era un comienzo.

El otro papel eran instrucciones precisas de como servir la cena, pero cuando digo precisas es literalmente un manual para lerdos.

«Servir el zumo de clementinas y mango en un vaso de cristal. Acompañar una copa de vino Chateâu bellegrave. Calentar las judías cuarenta y ocho segundos en modalidad media al microondas y verter inmediatamente el queso parmigiano reggiano por encima. Cortar el queso brie y el fuet en rodajas y servir en un plato de cerámica. Cortar un trozo de bizcocho de limón, espolvorear azúcar glass y miel y servir todo en la bandeja de cristal. Adjuntar cubiertos, servilleta de algodón y pan del día horneado y cortado.

¿Y no podía limitarse a pedir una pizza? Joder con el tiquismiquis del artista.

Tardé por lo menos media hora en tenerlo preparado todo y eso que no tenía que cocinar nada, pero probablemente habría tardado menos si no estuviera todo tan escondido en aquella enorme

cocina.

Hice malabarismos para llegar al salón sin que una sola gota de vino se derramara y en cuanto aparecí vi como Mr. Le Noir dejaba el móvil a un lado y se erguía sobre la mesa.

—Es tu primer día, pero mañana no toleraré un minuto de retraso después de las siete. Espero que te quede claro y te organices para realizar todas tus tareas previa o posteriormente a dicha hora.

—Así será —*capullo*—. ¿Necesita algo más? —pregunté rogando que me dejase libre para darme una ducha.

—Por ahora no, si es así recibirá un email.

¿Qué le pasa a este con los emails?, ¿Es que no sabe llamar?

—Estaré en mi habitación. —En realidad no sé porque lo había dicho, pero como ni siquiera me miraba, supuse que su conversación conmigo había finalizado y dejándole completamente solo en aquella mesa para ocho comensales pero en la que solo estaba él, me largué de allí echando humo.

¿Qué esperaba?, ¿Una invitación a comer junto a él?

Pues va a ser que no, quizá no era la chacha que limpiaba la casa pero me pagaba por servirle, así que venía a ser lo mismo.

Me hice un par de sándwich para calmar a mi estómago, después de pasarme días comiendo pasta y cereales, aquello era un manjar, así que recogí las bolsas y me dirigí hacia el exterior, al salir me encontré de lleno con la piscina que permanecía con las luces encendidas y tenia que rodearla. Había visto ese tipo de piscinas en las revistas de decoración, era inmensa, con una terminación infinita para dar la sensación de que se prolongaba. Ni siquiera había traído bañador ahora que lo pensaba, pero ¿Quien lo necesita con una piscina de lujo? Una pena que fuera octubre, aunque ya no hacía tanto calor como en verano y se empezaba a notar el frescor, pero me lanzaría sin dudarlo de no ser porque me llevaría un despido inmediato.

Ladeé la vista para apartar los pensamientos de mi mente y me

acerqué a la estructura de madera que había al otro lado de la casa, vi que al lado de la puerta había una especie de telefonillo con números, ya lo había visto en la entrada de la casa pero pensaba que era la alarma, ahora sabía que era una puerta automática.

Saqué el papelito y metí los cuatro dígitos.

Dos, cinco, ocho, seis.

¿Serán fechas? Podría ser su cumpleaños, pero algo me decía que cambiaba los códigos cada vez que tenía un nuevo asistente, al menos yo lo haría teniendo presente que allí había una fortuna que podría volver millonario a cualquiera en el mercado negro.

Mejor no lo pienses o caerás en la tentación Alexa.

Nada más entrar las luces se encendieron automáticamente, era todo de focos incrustados en el falso techo, la habitación era completamente en blanco con unas molduras hasta media altura en madera también blanca, un par de sillas estilo renacentista tapizadas en dorado era toda la decoración a excepción de las fotografías en la pared y la doble puerta acristalada que intuía daría al verdadero estudio pero que no se podía apreciar absolutamente nada porque permanecía a oscuras.

Ni una mesa, ni un cuadro, ni una sola fotografía a color ahora que lo pensaba. Todas las fotos eran de mujeres, rostros de mujeres en blanco y negro que miraban a la cámara.

Sin saber porqué aquello me llamó la atención.

¿Por qué mujeres?, ¿Por qué fotos?, ¿Por qué no exponer alguno de sus bocetos?

Probablemente si le preguntaba al caballero negro me echaría de una patada, así que me quedaría con la duda hasta que se me olvidara.

La tentación de dejar las cosas sobre una de las sillas me atraía, pero teniendo en cuenta que la arena aún seguía húmeda no iba a correr el riesgo, así que la aparté y lo dejé todo junto a la puerta de entrada al estudio.

Que se las apañe él.

Salí de allí cerrando la puerta tras de mi y soñando con una ducha para después tirarme sobre la cama. Había sido una tarde larga e intensa, verdaderamente necesitaba quitarme aquel tufo a troglodita y volver a ser humana.

Siendo consciente de que no pagaría la factura de gas ni de agua, alargué más la ducha de lo que solía hacer en casa, me envolví en una toalla y fui consciente de que debería llevar los trajes que había recogido de la tintorería a la habitación del señor Le Noir.

No me apetecía una mierda.

¿Y si estaba allí?, ¿Y si ya había terminado de cenar?, ¿Y si estaba en la ducha y le veía en pelotas?

Eso no estaría mal ahora que lo pienso, pero que nada mal.

Me asomé al pasillo y todo estaba en silencio, sin rastro alguno de nadie, así que di dos pasos y puse la oreja en la puerta de la habitación del dueño de la casa. No parecía oírse nada por lo que metí el código y abrí la puerta.

—¿Hola? —dije en francés—. Solo voy a dejar los trajes que recogí de la tintorería y me iré —añadí por si estaba en el baño y podía sentir las pisadas aunque fuera descalza.

No parecía encontrarse allí así que respiré hondo y me fijé en las dimensiones verdaderamente gigantescas de aquella habitación.

Y yo pensando que la mía era grande…

Era una suite aunque yo nunca había estado alojada en una suite ahora que lo pensaba, pero allí había sitio para al menos tres camas de tamaño extra grande y aun así quedaría espacio para deambular tranquilamente.

No había televisión. No había muebles en general, ¿Dónde leches le pongo yo los trajes?

Si se los dejo encima de la cama se molestará, le obligará a tener que colocarlos y algo me decía que él no quería perder el tiempo

en esos asuntos, de lo contrario no me habría mandado a la tintorería como primera tarea en mi primer día de trabajo.

Todo estaba decorado en tonos grisáceos y negros, acorde a su nombre, es que le venía como anillo al dedo y entonces me fijé en que había dos puertas, una de ellas debía ser el baño, pero la otra sin duda sería el armario.

Abrí la que tenía más pinta de ser una cabina de armario y me encontré con un vestidor de esos de película.

Ni el señor Grey tiene semejante arsenal de trajes. Me cago en la hostia, ¿Para que tanta prisa si tiene trajes para vestir todo el año sin repetir?

Una mesa central acristalada dejaba ver toda una colección de relojes, zapatos bien colocados y ordenados en estantes que llegaban hasta el techo, trajes en todas las tonalidades ordenados por color, al igual que las camisas o las corbatas y cinturones expuestos según forma y tamaño. Ni siquiera sabía que un hombre podía coleccionar todo un arsenal de ropa y mira que Charlie era de los que yo consideraba peores en ese sentido.

Dejé los trajes sobre la mesa de relojes en la que me pareció ver al menos tres rolex y salí pitando de allí.

Ni de coña le cuelgo los trajes, fijo que me echa un rapapolvos por no poner el gris donde correspondía o similar.

En cuanto regresé a mi habitación escuché que el teléfono que Le Noir me había dado estaba sonando, eso me extrañó por las horas pero lógicamente debía ser él.

—¿Si? —respondí en cuanto pulsé el botón verde para coger la llamada.

—Venga inmediatamente a mi estudio. —Su voz era decidida, tanto que me habían temblado las piernas de solo oírle y posiblemente mis rodillas fallasen en cualquier instante.

—Si. Claro. Por supuesto. Deme un minuto y…

—No tengo un minuto, venga inmediatamente.

Ni siquiera pude responder porque me colgó, ¿Era una urgencia? Salí echando leches envuelta en la toalla, planchuflas de esas de tela de toalla y el pelo liado en forma de turbante.

Menudas pintas, ideales para para que te vea el caballero negro y se piense que estas zumbada.

La luz del estudio estaba encendida y la puerta permanecía abierta, así que antes de entrar ya podía ver numerosos caballetes por todas partes con cuadros en blanco, a medio pintar y algunos en los que solo había bocetos.

Había estantes con material en un lado de la pared, mientras que en el otro numerosos ventanales daban al exterior e imaginaba que durante el día llenarían todo el lugar de una cálida luz perfecta para dibujar.

Por lo demás el sitio era sencillo. Techos altos abovedados con vigas vistas en madera y ni siquiera estaba pintado, todo lucía del color natural de los listones con los que habían sido construido, lo cierto es que eso le daba todo el encanto.

¿Cuántos millones habría allí dentro? Mis ojos alcanzaban numerosos cuadros pero tampoco podía saber si estaban terminados o si eran de Mr. Le Noir.

Vi el movimiento tras uno de los múltiples caballetes, no podía verle bien así que dudaba que él también me viera por lo que me acerqué lo suficiente para que notara mi presencia y entonces vislumbré su espalda completamente desnuda.

¡Ay joder! Joder. Joder. Joder.

Se había desecho del traje al completo y en su lugar estaba descalzo, vistiendo unos pantalones deportivos en color negro y sin rastro alguno de camiseta.

Se giró y comprobé que estaba haciendo algo con las manos, pero yo ya me había perdido en esos abdominales perfectamente marcados. Mi cerebro había sufrido un espasmo, un shock anafiláctico

o algo por el estilo porque era incapaz de entender nada de lo que decía, yo estaba perdida en aquel cuerpo de infarto.

Debería estar prohibido estar tan bueno, ¡leches!

Es gay. Es gay. Es gay.

Y probablemente fuera el tío más bueno que había visto en toda mi jodida vida.

—¡Alexa! —exclamó y por algún motivo inusual volví a la realidad percibiendo su mirada de desprecio por mi atuendo.

—Perdón. Lo siento es que me quedé eclipsada por el cuadro —mentí como una bellaca, pero ni de coña pensaba admitir que me había quedado embelesada contando cuantos cuadraditos tenían sus abdominales.

Fijo que son de mentira, este no tiene mucha pinta de matarse en el gimnasio.

Con lo estirado que es, seguro que consideraba sudar cosa de pobres.

—Suelen causar ese efecto —decretó y vi que parecía estar limpiando sus pinceles con esmero—. Tu atuendo no es apropiado y siempre que te llame acudirás con el iPad que te he dado, normalmente tengo peticiones y no confío en la memoria de mis asistentes, siempre cometen errores imperdonables.

Parecía seguro de si mismo, tanto, que supe perfectamente que era consciente de que le había estado mirando a él y no al cuadro, eso me hacía sentir aún más rabia.

Ahora se creerá que soy una idiota que está coladísima por él. Si es que soy imbécil.

—La próxima vez me vestiré aunque llegue unos minutos más tarde, pero su tono parecía urgente —contesté altiva ya que había sido él quien me metió prisa, si ahora no le gustaba que fuese en toalla por la vida, que se aguantara.

—Lo es. ¿Qué se supone que es eso? —dijo señalando una

bolsa y supe perfectamente a que se refería.

—Lo que me ha pedido.

—¿Te he pedido fango? —exclamó encarándome con una ceja alzada.

—Me pidió arena lavada de río y eso le he traído —contesté aferrando mis manos a la toalla firmemente.

—¿Esto se supone que es arena lavada de río? —exclamó cogiendo la bolsa.

—Recién cogida, del mismísimo río Llobregat que pasa por Barcelona —solté esperando su reacción y parecía incrédulo.

—¿La has cogido tú?

Su mirada iba de la bolsa hacia mi como si tratara de relacionar ambas.

—Evidentemente.

Si no me pagaras lo que me pagas iba a traerte la arena de los cogollos, el congo de tu tía belga, así de claro.

—No dije que tuvieras que meterte en el río para cogerla —mencionó alejándose para dejar la bolsa sobre la mesa.

—Tampoco indicó que no lo hiciera, pero a todos los sitios a los que fui, no la encontré y supuse que si la había incluido en la lista era imprescindible para usted.

El caballero negro permaneció de espaldas sin darse la vuelta.

¿Estaría meditando sobre si debería echarme a patadas o mantenerme en aquella casa?

—Márchese. La veré mañana a las ocho y sea puntual.

Estuve a punto de fruncir el ceño, ¿De que va este tío? Vale que me lo diga si llego tarde alguna vez, pero que me lo advierta como si diera por sentado que iba a quedarme sobada me tocaba la moral.

Respira hondo Alexa, necesitas el dinero así que date la vuelta y

procura que no se te caiga la toalla.

Aunque daba un poco igual que me viera desnuda, fijo que estaría acostumbrado a ver mujeres en pelotas para sus cuadros así que ni se inmutaría.

Llegué de nuevo a mi habitación y dejé la toalla sobre la silla para que perdiera la humedad, rebusqué entre la maleta una de las camisas que usaba para dormir bien ancha y sin preocuparme siquiera por ponerme ropa interior me metí en la cama para poner al día a las chicas.

Tenía unos cuantos mensajes sin leer, entre ellos de Charlie pasando fotos de tíos buenísimos que eran gays para tirar por tierra la teoría de Ana y restregarle en la cara que el caballero negro muy a su pesar, jugaba en su liga y no en la nuestra.

Llegados a este punto, mejor que fuera gay, porque cualquiera aguantaba a ese prenda con todas sus rarezas

Y solo llevaba allí un día, aún quedan veintinueve más.

CAPÍTULO 6

Pasando por los mensajes vi que a Lorena la habían ascendido en el trabajo y que el tío con el que andaba liada le había mencionado así como así que se fueran a vivir juntos, de ese modo podían ahorrarse dinero en el alquiler.

Al ligue de Lorena le quedan dos telediarios.

Si había algo que ella detestaba, era que antepusiera la economía por encima de los supuestos sentimientos que debería sentir hacia ella.

«Eres una puta empollona, me alegro mogollón Lore!» escribí frotando mis pies en las sabanas para que entrasen en calor, pasaba de rebuscar en la maleta unos calcetines, ni siquiera la había desecho y tenía cero ganas de ponerme a ello.

Todos parecían mejorar en sus trabajos, avanzar en sus carreras menos yo, aunque eso no iba a hundirme en la miseria por más

imbécil que fuera mi jefe y tuviera que pasar un mes de mierda cumpliendo todas sus absurdas cláusulas de los huevos.

Charlie le había preguntado que respuesta le había dado al susodicho ligue momentáneo que tenía nuestra amiga en aquellos momentos y ella pareció obviar la pregunta dando largas, eso significaba lo que todos seguramente augurábamos, que la relación de Lorena con ese tío había acabado.

Vale que no era la mejor propuesta del mundo para irte a vivir con un tío, pero quizá solo trataba de ser práctico y al mismo tiempo dar un paso más en aquella relación.

Definitivamente Lore había visto muchos cuentos de Disney y jamás iba a encontrar al tío perfecto.

«Mójate Lore!, ¿Te estas pensando lo de irte a vivir con él o no?» Pregunté queriendo cotillear.

Mi vida era demasiado triste y aburrida, así que me interesaban más las de los demás.

«¡La desaparecida!, Ana ya creía que el caballero negro te habría raptado y llevado al sótano, ¿Le metiste la arena para gatos?» La voz de Charlie siempre me sacaba una ligera sonrisa.

—Ni de coña —bufé—. Fui hasta el jodido río y se la cogí yo misma.

«Estas como una regadera» respondió Ana con emoticonos de risa. «¿Ha colado?

—No se ha quejado que viniendo de él ya es un logro —dije con una ligera sonrisa al recordar su cara de sorpresa.

«Al final vas a conseguir que te adore» intervino Charlie.

—Dudo que me adore, pero en veintinueve días me largo de este mausoleo y bien lejos del pirado este. Por cierto, tiene un vestidor que ni la Kardasian tías, no sabía que un hombre pudiera coleccionar más ropa que en un Zara, si el buen gusto es cosa de gays, este es requetemega gay —solté el botón del micro y escuché un ruido.

¡No me jodas que ha vuelto a oírme!

Me quedé callada pero no sentí nada más, así que volví a respirar tranquila. El caballero negro está en su estudio pintorreando o haciendo que se yo porque andaba medio desnudo, así que es imposible que esté en la habitación de al lado.

«¿No ha pasado ni un día y ya los estás contando?» inquirió Charlie.

—Aquí voy a contar hasta las horas —dije provocando la risa de todos, incluyendo Lorena que acababa de hacer acto de presencia.

Estuve un rato hablando con las chicas hasta que comenzaron a cerrárseme los ojos. Pasé de contarles que le había visto desnudo de cintura para arriba y que estaba para mojar sopitas, pero no obvie que me hizo acudir a su estudio cuando aún estaba liada en la toalla y eso dio para un buen rato de risas con Ana diciendo que la debería haber dejado caer para estar seguros de que fuese gay.

Esta ve demasiadas pelis romanticonas.

Al final Lorena se mojó y nos contó que pensaba darle largas hasta que se cansara, algo que ya preveíamos que haría desde el primer momento que nos dijo que salía con un compañero de trabajo.

Si es que eso de las relaciones laborales no llegan nunca a buen fin.

Solo me dio tiempo a poner la alarma en el teléfono y enchufarle el cargador antes de cerrar los ojos y quedarme sobadísima.

Creo que no he estado más cansada en toda mi vida. Debe ser la tensión que este tío me provoca cada vez que estoy en su presencia.

Un grito ensordecedor me despertó.

Abrí los ojos y sentí que mi pulso se aceleraba.

¡Joder!, ¿Ha sido un sueño o era real? Me quedé en el más absoluto silencio sintiendo como mi corazón bombeaba a máxima potencia, tratando de hacer el menor ruido posible con mi respiración y sintiéndome desubicada por unos segundos hasta darme cuenta de

que estaba en la mansión del excéntrico artista.

¿Qué cojones ha sido eso?

Los segundos pasaban convirtiéndose en minutos, rocé el teléfono que marcó las cuatro y cuatro minutos de la madrugada.

Silencio. Un absoluto y recóndito silencio que ni siquiera era irrumpido por una gota del grifo de la ducha como en las pelis de terror.

Definitivamente lo he soñado… tanto misterio con este tío me provoca pesadillas de las gordas.

Nunca he tenido pesadillas y si las he tenido de pequeña ni siquiera lo recuerdo. Soy de esas personas que duermen profundo y después no recuerda nada, o simplemente no tengo sueños que también es posible, por eso precisamente estaba tan confusa en aquel momento.

Me levanté sigilosamente y puse la oreja en la puerta como si así creyera que iba a oír algo.

Definitivamente tendría que ver más pelis de terror para saber que hacer y que no en estos momentos.

Mi pulso se fue apaciguando conforme me daba cuenta de que lo que creí haber oido era irreal, hasta que el sonido de un vehículo entrando a la finca acaparó mi atención. Podía oírse perfectamente los neumáticos aplastando la gravilla que recorría todo el acceso de entrada y daban la vuelta a una pequeña fuentecilla que permanecía apagada. Me quedé observando el vehículo. Era negro, con cristales tintados y de alta gama. ¿Tal vez el caballero negro se había ido de fiesta y regresaba a deshoras? No tenía mucha pinta de fiestero, pero estaba segura de que algún tipo de movida debía de irle a ese guaperas bien vestido.

Permanecí semi oculta tras la cortina esperando a que la puerta se abriera dando por sentado que era mi jefe quien regresaba a casa y de pronto ante mi absoluta estupefacción una figura envuelta en una capa con capucha de color burdeos salió de la casa dirigiéndose hacia

ese coche.

Pero, ¿Qué demonios?

Observé como los pasos de aquella persona ondeaban ligeramente la capa, pero resultaba imposible definir si era hombre o mujer, si era alto o bajo, ni siquiera podía atisbar si llevaba tacones o era delgado. Me quedé mirando como abría la puerta, se introducía en el vehículo que permanecía en marcha y tras cerrarla continuó avanzando alejándose de la casa.

Esto pinta raro… incluso diría que demasiado.

¿Qué mierdas hace saliendo a las cuatro de la mañana envuelto en una capa?, Por qué era él, ¿no?

En cuanto esa pregunta se formuló en mi mente comencé a oír los pasos acercándose por el pasillo.

J-o-d-e-r… esto es peor que un thriller de misterio de esos acojonantes.

Vale.

No era él.

¿Sería su amante?, ¿Se esconde en una capa para que nadie sepa que se acuesta con tíos?, ¡Si lo sabe todo Cristo! Hasta yo lo sabía antes de conocerle.

Me quedé quieta. Inmóvil. Sin mover un solo músculo de mi cuerpo hasta que oí como los pasos se detenían y juraría que lo hicieron en mi puerta.

No respiraba. Sentía que me iba a ahogar de un momento a otro o a gritar de desesperación, pero entonces los pasos continuaron, oí como abría la puerta de la habitación de al lado y la cerraba de nuevo.

Suspiré.

¿Tanto miedo me daba que pudiera entrar en mi habitación?

Miedo no sería la palabra, pero lo cierto es que estar a solas en

aquella mansión con ese tío, provocaba que algo en mi se acelerara.

Mejor duérmete Alexa, que mañana te espera un día muy pero que muy largo.

Me tumbé sobre la cama de nuevo y cerré los ojos evocando la imagen de hacía solo unos minutos.

¿Quién será Caperucita Roja?

La alarma del teléfono comenzó a sonar estrepitosamente y empecé a gruñir como era habitual hasta que conseguí apagarla.

Abrí un ojo, ya era de día, la luz se filtraba a través del poco espacio que había dejado abierto a las cortinas cuando estuve espiando la noche anterior a través de la ventana, eso me recordó al encapuchado, ¿Cuándo llegaría? Evidentemente cuando estaba sobada porque ni siquiera oí el ruido del motor del coche entrando en la casa.

No es asunto mío, como si se acuesta con el rey de Tumbuctú.

Tanteé la pared hasta encontrar el interruptor del baño y la luz inundó la estancia revelando una cara de zombi total ante el espejo.

Soy un esperpento en toda regla, que venga ahora Charlie a decirme que estoy buena, ni siquiera soy competencia para una hiena y eso que no me había maquillado o sería el joker habiendo metido los dedos en el enchufe.

Nada que no arregle agua fría y un corrector de ojeras de los buenos.

Me recogí el pelo en un moño informal bien alto liado con varias gomas porque mi estado de adormilamiento no me daba para más y me lavé la cara con agua y jabón de manos, desde luego eso me terminó de espabilar.

En la cocina tenía de nuevo una hoja con instrucciones precisas para servir el desayuno;

«Zumo de pomelo» leí en primer lugar.

¿Es que no podía ser de naranja como todo el mundo?

«Dos rebanadas de pan tostado con mantequilla y mermelada de ciruela. Un huevo poche sobre tostada de arroz integral acompañada de una loncha de bacon ahumado pasada por la sartén dos minutos sobre una cama de rúcula enriquecida en salsa de vinagre de Módena»

¿Hola? Espera, espera espera… ¿Estaba de coña?

Leí de nuevo la nota.

¿Dos minutos?, ¿Se dará cuenta si son tres?, ¿Cama de qué?, Pero, ¿Qué cojones es esto?, ¿Dónde está la cámara oculta? Es una broma, ¿no?

Miré a mi alrededor como si estuviera esperando la cámara oculta que grababa mi reacción de incrédula.

¡Venga ya!, ¡Cuánta gilipollez! Ni siquiera sé lo que es un huevo poche…

Su Puta madre… ¿Dónde está mi teléfono?

—¡Oye Siri! —exclamé ofuscada al iPhone nuevo que me había dado mi jefe provisionalmente—. ¿Qué es un huevo poche? —pregunté mientras buscaba por la cocina los puñeteros pomelos de las narices.

¿Dónde se guarda un pomelo?

Para lo que he quedado, hablando con un móvil como si estuviera loca y preparando recetas fitness cuando un flan tenía más músculo que yo en todo mi cuerpo.

Y eso que no había terminado de leer la lista, había no se qué de un porridge con frambuesas que me daba hasta risa de pensar como demonios iba a salir aquello.

Cogí mi teléfono y abrí el chat de las chicas. Me urgía desahogarme y solo eran las siete y media de la mañana.

«Matadme ya» escribí adjuntando una foto de las instrucciones para el desayuno.

Miré el navegador del iPhone y comprobé que “huevo poche” era un huevo escalfado.

Pues estupendo… ¿Y como leches se hace eso?, ¿Es que no podía comerse un jodido huevo frito como se ha hecho toda la vida? Un buen sopapo le daba yo a este y se zampaba una tostá de aceite y tomate, verás como se le quitaba la tontería.

Lo de ser cocinera no venía en las condiciones del contrato, decía literalmente “servir el desayuno” nada de prepararlo…

Me han tangao.

—Si sobrevivo a esto, me hago chef. Os lo juro —dije al grupo y vi que solamente Lorena parecía haberlo leído mientras empezaba a poner caras de risas.

Pa descojonarme estaba yo… me iba a dar un ataque cardiaco.

«No me extraña que tenga ese cuerpazo» escribió Lorena.

—Con esa dieta hasta yo estaría buena —solté hastiada y abandoné el teléfono porque ya tenía distracción suficiente con buscar los jodidos pomelos de las narices, pero alcancé a leer la respuesta de Lorena diciendo que yo no estaba buena, sino buenísima.

Al menos subirme el ego me animaba y agradecí sus palabras en ese momento.

Después de pelearme con la hornilla de gas moderna que hacía mil años que no utilizaba una de esas y no tenía nada que ver con las nuevas, de dejar media cocina patas arriba buscando los pomelos cuando estaban en el frigorífico, obviamente al señor le gustaba el zumo frío, por supuesto y de buscar como demonios se hacía un porridge de avena y frambuesas en internet. Eran las ocho y un minuto cuando la bandeja estaba preparada.

Y estas en camisón, chata.

A tomar viento, dudaba mucho que fuera a reparar en mis pintas recién despierto y aunque lo hiciera, tampoco es que le interesara mucho lo que vería.

En cuanto llegué a la puerta de su habitación llamé delicadamente pensando que estaría dormido, eso jugaría a mi favor por llegar cinco minutos tarde, pero para mi sorpresa su voz indicó que pasara y maldije obrando malabares para no derramar ni el café, ni el zumo, ni el agua, porque aquello pesaba lo suyo.

Probablemente no se comería ni la mitad de lo que había en aquella bandeja, pero como no era él quien se la preparaba, le importaría una reverenda mierda que tuviera que levantarme una hora antes para hacer todo lo que el señor quisiera.

Un mes Alexa. Solo es un mes.

Al final borraría esa frase de tanto rememorarla.

Apenas había luz en la enorme habitación del señor de la casa y casi me da un patatús cuando le vi sentado en la cama tan tranquilo, completamente desnudo hasta donde mis ojos llegaban perdiéndose en el filo de las sabanas que rozaban su cintura. ¿Estaba en calzoncillos?, ¿Sería de los que utilizaban bóxer?

Como si eso me importara. Es gay y es tu jefe, así que olvídate de que está más bueno que el turrón Suchard.

Pero, ¿Cómo obviar ese pelo desordenado de recién despierto?, ¿Y esa cara de adonis total? Por no hablar de los pectorales… ¡Joder esos pectorales!, ¡Ay madre que abdominales tenía el jodío!

—Llegas tarde —soltó sin más y solo pensé en estamparle la puñetera bandeja en los morros.

¿Encima? Todavía le tiro a la cabeza la bandeja.

Me mordí el labio solo para no mandarle directamente a donde pican los pollos, pero por mi cara deduje que debía saber perfectamente lo que opinaba de su reloj.

—Nadie me dijo que tenía que preparar el desayuno, solo debía servirlo —solté sabiendo que podía jugarme un despido inmediato.

Por alguna razón pareció sorprenderle mi respuesta y torció el gesto cogiendo de buen grado la bandeja.

—Está bien, pero que no vuelva a ocurrir.

¿Ya está?, ¿Se conformaba?, ¿Y no iba a poner pegas?

A ver si resulta que no sería tan malo como pensaba…

—El huevo está frío —soltó y volví a morderme el labio para no soltar una de las mías.

No si malo no es… solo imbécil redomado.

Me calle por no soltarle cuatro frescas, pero sentía dentro de mi que de un momento a otro me saldrían subtítulos de guardarme

todo.

Si no pagara lo que pagaba, le iba a decir yo lo frío que estaba el huevo después de achicharrarme el dedo con el agua hirviendo de su poche de las narices.

CAPÍTULO 7

A este no hay Dios que lo aguante.

No solo el huevo estaba frío, sino que el café también al parecer —o eso decía él— y el zumo del dichoso pomelo no estaba todo lo frío que le gustaba al señor, por no decir que las tostadas estaban muy hechas y el porridge demasiado espeso.

En definitiva; que a todo le había sacado una *pega*.

Pues que contrate a una cocinera en fines de semana si es tan exquisito.

En realidad no sé porqué razón los fines de semana despedía al personal y en la casa reinaba la soledad a excepción de mi, por supuesto.

¿Escondería algo perverso durante estos dos días?

Saqué el teléfono de mi bolsillo trasero y me contuve solo hasta el final de la escalera porque sentía que iba a escupir sapos y culebras

si me aguantaba otro minuto.

—Os juro que este tío no paga lo suficiente para soportarle, es un capullo integral al que no le dieron una guantada bien dada antes de convertirse en un mimado de tres pares de cojones —solté en voz alta sin darme cuenta de que estaba regresando a la cocina y ni siquiera me había cambiado.

A tomar por culo, me voy a tomar un café bien cargado mirando las musarañas porque me lo merezco después de soportar su cara de amargado. Madre mía, no llevo ni un día y ya estoy desesperada, con veintinueve más termino en el psiquiátrico o tirándome de un puente, pero una de las dos seguro.

«Alex, que tu a este le le dominas en tres días, no te vengas abajo» Charlie y sus ánimos como siempre justo cuando lo necesitaba.

Que haría yo sin él.

Miré el desastre que había dejado a mi paso y no supe si debía recogerlo yo o dejarlo para la señora Rodríguez que llegaría el lunes a primera hora, pero al día siguiente iba a ser similar por lo que más me valía dejarlo adecentado o no tendría ni siquiera espacio para cocinar.

Me serví parte del café que había sobrado recién hecho para el señor tiquismiquis pensando al mismo tiempo que podría haber sido un poco más delicado por ser la primera vez que le hacía el desayuno, pero estaba claro que se había dejado los modales en Francia o quizá los había perdido por el camino al nacer viendo lo visto.

—Me ha hecho esperar a que probase todo para recalcarme cada defecto y después decirme que podía irme con viento fresco. ¿Se cree que por darme un sueldo soy escoria? Este tiene un problema con las mujeres, no me extraña que sea gay, a ver que tía en su sano juicio es capaz de aguantar a semejante misógino narcisista que está como un cencerro —dije antes de pulsar enviar al chat del grupo.

Las risas de Ana no tardaron en llegar.

—Tía, no tiene una miaja de gracia, que tengo que pasar aquí veintiocho días y voy a terminar colgada de la ventana… *que depresión*

—dije tomando el primer sorbo y recordando a la silueta con la capa roja que había visto la noche anterior.

Eso si no me ponen en una pila ardiendo antes…

¿Será el lerdo este parte de una secta? Con ese carácter engreído que se cree el centro del mundo no me extrañaría en absoluto que perteneciera a una y encima esa gente esta forrada hasta los topes, *como el Chevalier de las narices.*

No me jodas, ¡No me jodas!

De repente las imágenes de las películas basadas en los libros de Dan Brown pasaban por mi mente a cámara rápida. Mitos, leyendas, sectas satánicas, muertes extrañas, desapariciones inexplicables… encima este es francés y su nombre tiene significado… el caballero negro.

Fijo que el apellido viene de generaciones ancestrales.

Hostia que me estoy cagando de verdad.

El sótano. Tenía prohibido ir al sótano, ¿Por qué? Mira mejor no saberlo o me da un patatús del tó y salgo por patas de aquí.

¿Dónde me ha metido Charlie?

Probablemente solo eran imaginaciones mías y la persona de la capa no tenía nada que ver con sectas o rollos extraños. Chevalier era un extravagante de mucho cuidado y aquello tendría una explicación muy lógica sin historias paranormales.

Eso me pasa por ver demasiado mentes criminales y series paranormales, pero por si acaso recojo la cocina, no sea que me fiche para arder en la pila.

No era muy dada a creer en historias de sectas satánicas que hacían orgías, mataban personas o veneraban a Dioses paganos, personalmente consideraba que había que estar verdaderamente zumbado para hacer o creer en cosas así, pero estaba claro que había existido en el pasado y que el caballero negro, muy cuerdo y muy normal no era que digamos.

«Vale, pero no me vas a negar que está siendo la experiencia más extraña de tu vida» escribió Ana.

—Extraña se queda corto para lo de este tío. Si salgo cuerda de aquí, me comeré el mundo —dije antes de poner una playlist en el teléfono que encontré en YouTube y empecé a bailar mientras limpiaba aquel desastre.

Me había ensimismado tanto en lo que estaba haciendo que me vine arriba y cuando estaba dando la vuelta al más puro estilo John Travolta en fiebre sábado por la noche vi de refilón la silueta del caballero negro.

Mierda.

Casi me descoyunto tratando de llegar al teléfono y bajar el sonido, apagarlo, bloquearlo o daba igual, el caso es que se callara de una puñetera vez y de paso también el ridículo absoluto que acababa de hacer.

Este me despide. Haz las maletas Alexa porque te piras de inmediato.

En cuanto reinó el silencio alcé la vista y supe que tenía las mejillas rojas de la más absoluta vergüenza. Y más coloradas que se me debieron poner cuando le vi de aquella guisa; en vaqueros y sin camisa.

Si hiciera un molde de ese cuerpo y esa cara para venderlo en serie, me forraba.

—Te he enviado dos emails y no respondías. —Estaba convencida de que hablaba él porque sabía que sería incapaz de decir nada ante semejante bochorno.

Dios mío, yo pensaba que este tío nunca se asomaba por la cocina, que eso se lo dejaba a la plebe, de lo contrario no me pongo a hacer el monguis a lo loco.

Responder que todavía tenía el teléfono en silencio era admitir que soy una inepta y por nada del mundo pensaba darle la razón a ese cretino por más bueno que estuviera.

—La próxima vez que quieras escuchar música, utiliza los AirPods que para eso te los he dado y si vas a generar todo este lío cada vez que prepares el desayuno, busca un chef que venga puntualmente los fines de semana, ese es tu trabajo; coordinar.

En aquel momento mi cara de estúpida de remate fue brutal. ¿Tenía permiso para contratar a quien me diera la gana y me lo dice ahora?

—La bandeja está en mi habitación, encárgate de eso, también de colocar la ropa que me recogiste de la tintorería, esa es tu labor. —Hizo ademán de marcharse y no sabía si sentir alivio por no haber sido despedida.

Dudo que a los otros asistentes les diera un milímetro de margen, a mi me ve danzando en su cocina como una loca en lugar de responderle a los emails y ni se inmuta.

—Una cosa más —Ya está, ahí venía el rapapolvos del siglo—. Lee los emails inmediatamente.

¿Ya está?, ¿No me piensa decir que no soy quien para bailar en su cocina?

—Por supuesto —dije con el teléfono en la mano indicando que sería lo primero que haría en cuanto se largara de allí y yo volviera a ser Alexa en lugar de una completa imbécil en camisola con pelos de loca.

Estoy hecha un cuadro, fijo.

—Y que sea la última vez que tengo que buscarte para decírtelo —Esta vez su voz sonaba de espalda, iba de sobrado y eso era algo que comenzaba a detestar en sobremanera de aquel tío.

En cuanto su silueta se perdió de vista por la puerta solté todo el aire que estaba conteniendo.

—Esto es un puto estrés continuo, el caballero negro acaba de pillarme bailando en la cocina —envié al grupo antes de abrir los emails a sabiendas que iban a descojonarse a mi costa, pero esta vez con toda la razón del mundo.

¿Cuánto tiempo habrá permanecido callado observándome?, ¿Me habrá visto el culo cuando ponía los platos arriba?

Da igual lo que haya visto, pensado o imaginado, en cuanto recibiera los siete mil euros ese no volvería verme ni en pintura.

Me dejé caer en la encimera mientras leía el primer email.

«Llama al decorador para organizar la fiesta de cumpleaños; viernes noche. Envía las invitaciones antes de las tres de la tarde y asegúrate de que todos confirmen la asistencia antes de que acabe el fin de semana, te adjunto la lista de invitados.»

Sabía que no iba a poner reparo alguno a la invitación que me había hecho Charlie como favor porque era una auténtica pasada, a la vista estaba que no hacía mención alguna a ella porque no tenía nada que objetar.

Charlie es un puto crack en eso, por eso le pagan lo que le pagan.

Abrí el segundo email

«Comida francesa para almorzar. Asiática para cenar. Tienes los teléfonos en la lista del iPad. No quiero ser molestado hasta la hora del almuerzo, así que si surge algún problema o imprevisto, arréglalo por tu cuenta»

Desde luego que no iba a ser yo la que le molestara, eso lo podía tener claro.

Tenía toda la mañana para mi, salvo por la llamada al dichoso decorador y enviar las invitaciones, algo que no creo que me llevase más de una hora como mucho, así que tenía tiempo más que de sobra para inspeccionar la casa al completo, cada rincón de aquel lugar en el que viviría las próximas semanas y de pronto la idea de realizar una visita fugaz al sótano pasó por mi mente…

El caballero negro no podría verme, ¿verdad?

Era una idea nefasta.

Nefasta y absurda, por eso en cuanto llegué a las dos puertas metálicas que tenían un cuadro digital a la derecha señal de que

estaban cerradas con código, como casi todo en aquella casa, me di la vuelta y subí de nuevo las escaleras rezando para que el idiota de mi jefe no se diera cuenta.

En el contrato decía que el sótano estaba terminantemente prohibido, ¿Bajar las escaleras estaría incluido? Mas me valía que no tuviera cámaras instaladas por todas partes o estaba muerta.

Llamé al decorador, mencionó que esa misma tarde vendría para tomar nota e inspirarse, —un raruncio en toda regla— por teléfono parecía alguien peculiar, estaba segura de que Charlie lo podría hacer mil veces mejor, solo había que ver la invitación que me había mandado y que seguramente no le había llevado más de diez minutos. Tras colgar la llamada busqué la lista de correos y envié uno a uno la invitación a la cena de cumpleaños, Le Noir era tan peculiar, que estaba completamente segura de que me reprendería si los enviaba todos al mismo tiempo aunque estuvieran en copia oculta.

Faltaban casi tres horas para servir el almuerzo y esta vez no tendría que prepararlo sino llamar al teléfono y pedir a la carta, el caballero negro era tan tiquismiquis que había adjuntado un archivo con teléfonos y menús de sus restaurantes favoritos.

Empezaba a sospechar que era un maniaco de mucho cuidado.

Y eso me recordaba al encapuchado o encapuchada. ¿Quién sería Caperucita Roja?, ¿Un hombre?, ¿Una mujer? Apenas le vi caminar pero parecía hacerlo con soltura, sin falta de comodidad así que debía ser alguien joven, eso era lo único de lo que estaba segura. ¿Vendría esta noche de nuevo?, ¿Recibiría visitas de encapuchados todas las noches?

Demasiadas preguntas para una mente atormentada por pesadillas indeseables.

Cogí los trajes horrendos que se suponían serían mi atuendo y salí de casa en vaqueros y zapatillas esperando que el señor Le Noir no me pillara.

Seguro que si me ve usando unas zapatillas de marca la patata

viejas y desgastadas junto a unos vaqueros rotos y una camiseta arrugada pone el grito en el cielo, pero es que el traje que me había prestado Charlie olía a muerte súbita y yo no tenia ropa formal de ese tipo en mi maleta, prefería el rapapolvos del excéntrico a llevar un traje atado como una lechuga para no enseñar hasta el alma.

Mientras salía de la habitación sigilosamente como si fuera una ladrona que trataba de escabullirse para no ser pillada con las manos en la masa, podía oír el silencio apagado por un leve murmullo lejano.

¿Qué era eso?

Me acerqué a la puerta trasera que daba al jardín donde estaba la piscina y podía oír la musica que provenía de aquel lugar.

No era musica clásica.

Ni pop.

Ni country o Rock.

Era Heavy Metal a todo volumen.

¿En serio? Sonreí mientras salía de allí con los cuatro trajes colgados de un hombro y el bolso en la otra mano, pensando que el señor Le Noir era cuanto menos un pozo de sorpresas.

Quien lo diría viéndolo con aquellos trajes impecables y sin una mísera arruga en los hombros.

Mientras esperaba en la sastrería a que al menos me dejaran uno de los trajes ajustados a mi figura, recibí tres emails del caballero negro y la sonrisa con la que había salido de casa se esfumó en poco tiempo.

El primero llegó una hora después de marcharme, era para preguntar donde estaba y porque no le había avisado de que había salido de casa. ¿Tenía que dar cuentas de todo?, ¡Si me había pedido que no le molestara!

Juro que no entiendo a este hombre… ¡Es un grano en el culo constante!

El segundo email solo fue cinco minutos después del primero

—y eso que no había tardado más de un minuto en contestar—, para insistir en que cuando saliera de casa le enviara un email, así no perdería el tiempo buscándome. Y el tercer email llego quince minutos después, para indicarme que sacara los vuelos en primera clase hacia Londres con fecha del próximo martes y regreso el miércoles, no especificó el motivo, solo que debía acompañarle y casi grité de emoción porque aunque solo fuera un día, era una buena oportunidad para practicar un poco inglés.

¿Habría muchos viajes espontáneos y rápidos durante el mes que permaneciera junto al caballero negro? Esperaba que si, al menos sería más liviano tener que soportar a ese espécimen buenorro que de no ser por esos pectorales y esa mirada intensa no se le acercarían ni las cucarachas.

Cuando me vi frente al espejo, casi no reconocí que aquel fuera uno de los trajes que había llevado, de no ser por el color, habría jurado que se trataba de otro completamente distinto.

No tengo ni idea de lo que cobrará este hombre, pero definitivamente vale la pena, ¡Si hasta me hacían buen culo y todo! Algo que anteriormente brillaba por su ausencia porque solo eran bolsas por todos lados. Seguía sin ser mi estilo, pero por lo menos no me sentía una pobre indigente sin recursos.

Algo que a juzgar por mi cuenta en el banco, casi podría asumirse.

Me hice una foto y la adjunte al grupo con un mensaje de texto:

«Si algún día soy rica, recordadme que vista a medida» le di a enviar y guardé el teléfono personal en el bolso para sacar el del trabajo y encargar la comida, imaginé que si el caballero negro no había especificado que platos quería exactamente era porque le daba igual, solo había mencionado que quería comida francesa, así que pedí patés, crepes salados, patatas gratinadas, queso fundido, varios tipos de panes, un par de quichés, sopa de col, dos platos de carne, dos de pescado y tres postres entre los que se encontraban macarons, mont-Blanc y tarta de limón.

Y si no le gusta nada de lo que he elegido, que se aguante o lo hubiera pedido él.

Por suerte los del restaurante lo tenían todo bien empaquetado y preparado cuando entré por la puerta, habría tardado menos si no fuera porque el chico que me cobraba el pedido intentó coquetear e incluso me ofreció una tarjeta con su teléfono personal para la próxima vez que quisiera hacer un pedido.

Ya… un pedido *a domicilio*.

Si no fuera porque llevaba prisa, me habría quedado coqueteando un rato más, a fin de cuentas el chico era mono y tenia su aquel… nada comparable al caballero negro, pero tampoco estaba tan mal.

Miré el reloj del teléfono cuando el taxista me dejó en la puerta de casa, faltaban doce minutos exactos para servirle el almuerzo a don puntual.

¿No será que es así de estirado porque es un estreñido? Ni siquiera uno es así de áspero por ese motivo, lo suyo viene de nacimiento o quizá se dio un buen golpe de pequeño.

Dejé todo esparramado por la mesa de la cocina y empecé a sacar platos como una loca, en realidad ni siquiera combinaban entre sí, pero eso le daba un toque mas moderno, ¿no? Cuencos azules y blancos, platos llanos verdes, platos hondos negros… encontré una tabla de madera y se me ocurrió colocar todos los cuencos a modo exposición y después llevé los platos de dos en dos, ni siquiera había puesto mantel, pero jugué un poco con las servilletas de tela para darle un toque un poco más moderno fusión como veía ahora en los restaurantes.

—Trae de la vinoteca un Château Haut-Bergeron Sauternes del noventa y seis —oí detrás de mi y di un salto.

¿Este hombre era un fantasma?, ¿Por qué nunca oía sus pisadas?

—Por supuesto —advertí sin siquiera mirarle, aunque de

refilón pude ver que estaba vestido con uno de sus trajes impecables.

—¡Un momento! —exclamó y me di la vuelta para encararle—. ¿Qué se supone que llevas puesto? —preguntó recorriendo su mirada por mi cuerpo.

Me había quitado la chaqueta en la cocina para no mancharla y ahora lucía una camisa blanca algo escotada junto al pantalón ajustado del traje, eso si… en mis pies seguían las zapatillas de marca la bellota desgastadas.

—Su… ¿Uniforme? —respondí como si fuera obvio.

—Se perfectamente cual es su uniforme y no se parece en nada a esto.

—Pues si ha cambiado es cosa de su sastre, porque he pasado casi tres horas esperando a que lo ajustara —advertí cruzándome de brazos.

Mr Le Noir alzo una ceja incrédulo, como si no quisiera ceder ante su error y finalmente ladeó la cabeza y tomó asiento.

—Utiliza zapatos de tacón, no quiero volver a ver esas zapatillas de nuevo —decretó y tuve que apretar los dedos para no propinarle un puñetazo que le dejase un buen moratón.

—Puedo usar calzado masculino si se siente más cómodo —comenté solo para ver si podía librarme de los tacones.

El señor Le Noir alzó su mentón y me miró con aquellos ojos de intenso azul que cortaban la respiración de cualquiera.

—He especificado zapatos de tacón, si no tiene cómprelos y que sean de diseñador. No se preocupe por el precio, le di una tarjeta con la que puede pagarlos. —Su tono era de sobriedad, pero imponía más su mirada que su voz en aquel momento.

Asentí solamente porque necesitaba salir pitando de allí.

¿Por qué demonios causaba aquel efecto en mi? Era capaz de cortarme la respiración con una de esas miradas suyas, probablemente solo era por la intensidad, el modo que tenía de lograr dejarme

desarmada cuando imponía su autoridad.

Zapatos de tacón… y de firma… y los pagaba él. ¿Sería otra de esas manías suyas?

Escogí el vino que había pedido y busqué un abridor por los cajones, me quité las zapatillas y decidí llevárselo completamente descalza, al menos no podría volver a decirme nada sobre las zapatillas.

Me acerqué hasta él y dejé la copa vacía, la botella y junto a ella el abridor sin decir absolutamente nada, pero me sentía completamente observada.

—Abra el vino —dijo interpretando mis intenciones de marcharme y logrando detenerme al tratar de darme la vuelta.

Si esperaba que hiciera él ridículo abriendo la botella, lo llevaba claro, había trabajado de camarera y sabía como descorchar perfectamente una botella, así que bajo su atenta mirada le quité el corcho y le serví la copa volviendo a dejar la botella al lado.

—Pruébelo —indicó y esta vez si me sorprendió.

¿Quería que bebiera un vino de al menos cien euros la botella?

—Solo he traído una copa —indiqué esperando que aquello sirviera de excusa.

—No le pago un salario para que objete mis ordenes, sino para que las cumpla, pruebe el vino —insistió y me llevé la copa a los labios, en realidad ya había pensado en probarlo una vez que finalizara su almuerzo solo por catar aquel vino a escondidas, así que si él me pedía hacerlo no iba a ser yo quien me negara.

—Dulce, algo frutal y se siente el amaderado de la barrica —dije dejando la copa en la mesa—. Excelente.

—¿Ha sido sommelier? —En su voz había interés y fui consciente de que había dicho demás en mi respuesta.

—En absoluto —Si creía que iba a admitir que había trabajado de camarera en bares cutres, lo llevaba claro—. Simplemente disfruto

del vino.

—¿Y de qué mas disfruta Alexa? —La pregunta hizo que todos mis sentidos se volcasen en él.

No sabía si fue el modo en que realizó la pregunta, en como me observaba o que puñetas estaba pasando allí, pero sabía que tenía que salir corriendo de ese lugar, incluso podía notar el calor en mis mejillas sintiéndome abochornada.

CAPÍTULO 8

Soluto… on imaginaciones tuyas Alexa, no le interesa tu vida en

—De la comida, viajar, el arte… supongo que como a todo el mundo —respondí escuetamente llevándome las manos hacia atrás y frotándome los pies algo nerviosa.

—Creía que bailar se encontraba entre esos placeres —contestó con lo que pude atisbar un deje de sonrisa, porque realmente no le había visto sonreír de verdad desde que le había conocido, ahora que lo pensaba parecía que andaba siempre con un palo metido por el culo.

Igual por eso le molan los tíos ahora que lo analizaba. Puf! Mejor piensa en otra cosa, Alexa otra cosa, otra cosa, otra cosa.

Espera, espera, espera. ¡Ha dicho eso porque me vio bailando en su cocina! Evidentemente se quedó un buen rato observando el

espectáculo.

Mierda.

—Si, bailar también. ¿Quiere que le traiga otra copa? —pregunté solo porque quería desaparecer de allí.

¿Por qué me estaba entreteniendo tanto? No era de los que entablaba conversación o le apetecía conocer al servicio que trabajaba para él, así que no sabía porqué razón me preguntaba aquellas cosas.

—No será necesario, puede irse —decretó en su tono formal de orden y me di media vuelta con toda la intención de pirarme—. Una cosa más…

—¿Si? —pregunté frotándome las manos medio desesperada.

¿Por qué este tío me hacía sentir de ese modo? Como si fuera una mindundi a su lado a pesar de que en realidad lo fuera, pero era como si el lo recalcara.

—Confirma con el chef francés la reserva para la cena del viernes, mi anterior asistente era demasiado incompetente y es posible que entre sus quehaceres no lo hiciese, encontrarás su numero en…

—La lista de contactos del iPad. Le llamaré ahora mismo —apresuré sin esperar que pudiera añadir algo más, y sino que me mandase un email.

Respiré hondo en cuanto entré por la puerta de la cocina creyéndome a salvo y cogí mi telefono personal, el mismo que había dejado sobre la encimera.

—No os vais a creer lo que acaba de decirme el estirado de los huevos cuando me ha visto con el uniforme, ¡Que tengo que llevar tacones!, ¡Tacones! Y no unos cualquiera no… ¡De firma! Ahora mismo me estáis diciendo cuales son los zapatos más caros porque pienso fundir su tarjeta. Si voy a terminar con un dolor de pies de la hostia, al menos lo pagará caro —refunfuñé mientras soltaba el altavoz y miraba todos los envases abiertos de servir la comida.

¡A la porra!

Saqué un tenedor del cajón y comencé a pinchar directamente de los envases, si el señoritingo decidía que deseaba más comida, a la vista estaba que muy escrupuloso no era. ¿Por qué demonios me habría hecho probar el vino?, ¿Y porque se había negado a que le cambiara la copa? Eso era raro, pero de que me voy a extrañar si no hay nada normal en ese tío.

«Hostia. Hostia. Hostia. ¡El sueño de mi vida!, ¡Cómprate unos Manolos!» gritó Ana eufórica.

«¡Unos Louboutin!, ¡Louboutin!» exclamó Lorena.

«Nena… mañana te recojo a primera hora y fundimos la tarjeta de tu jefe» contestó con una voz de lo más sensual Charlie provocando que me riera a carcajada limpia yo sola en aquella desolada cocina.

Al menos con ellos el almuerzo se me hizo mucho más ameno.

En cuanto tuve mi estomago saciado llamé al chef, esperando encontrarme a un estirado de turno que se creía que por tener ocho estrellas Michelin habría que arrodillarse a sus pies.

—¿Oui? —exclamó al cuarto tono.

Podía sentir de fondo ruido de cocina, me pegue una patada mental por no haber llamado a una hora mas acorde teniendo en cuenta que era chef.

—Hola, ¿Hablo con el chef Durand? —pregunté esmerándome en su idioma.

—Si. ¿Quién es? —contestó directamente, aunque no parecía enfadado, eso era buena señal.

—Soy la asistente de Mr. Le Noir, me gustaría confirmar la reserva para la cena privada el próximo viernes por motivo de la celebración de su cumpleaños.

—¿Una asistente mujer?, ¿Le Noir? —exclamó sorprendido.

Al menos alguien que se atrevía a decirlo.

—A menos que haya cambiado de sexo en los últimos dos segundos diría que si, soy una mujer —afirmé y escuché su carcajada

—. ¿La cena del viernes?

Oí un bufido seguido de varios improperios y como le daba órdenes a alguien.

—El próximo viernes tengo un evento en la Royal academia de danza para el estreno de temporada, ninguna reserva de cena privada señorita…

—Alexa. Soy Alexa. ¿Y le resultaría imposible ofrecer una cena para los invitados del señor Le Noir y acudir a su evento al mismo tiempo? —pregunté mordiéndome las uñas.

Como no venga el puñetero chef, el caballero negro me echa a patadas. Aunque mi culpa no es, al final va a tener razón y el anterior asistente era incompetente.

—No puedo estar en París y Barcelona al mismo tiempo, aunque si usted sabe como hacerlo, soy todo oídos querida Alexa —incitó y supe que era un buen tío.

—Ya me gustaría a mi, llevo un día trabajando para Mr. Le Noir y esta a punto de explotarme el cerebro —susurré y después me llevé una mano a la frente porque lo había soltado sin pensar.

Las risas al otro lado del teléfono no se hicieron de rogar.

—Dígale a Mr. Le Noir que confirmo la reserva, preparare su cena —soltó repentinamente y yo abrí la boca no pudiendo creer lo que estaba oyendo.

—¿En serio?, ¡Mr. Le Noir se lo agradecerá! Le enviaré un mensaje con todos los datos y preferencias.

—No suelo leer los mensajes, preferiría que me llamaras, aunque en realidad solo he aceptado por mi curiosidad para conocerla, Alexa. Si una mujer ha sido capaz de convencer a Mr. Le Noir para ser su asistente, debe ser una autentica joya de la naturaleza.

En ese instante sentí un calor abrasarme, incluso podía notar como mis mejillas se habían vuelto rojas como la grana.

Menos mal que no es una videollamada o me da un síncope.

¿Estaría bueno el tal chef Durand?

Se de una que va a hacer una búsqueda en Google en cuanto cuelgue.

—Igual la joya resulta ser una baratija —bufé tratando de pensar que aquel tío no estaba coqueteando, sino que simplemente bromeaba.

—Algo me dice que no, pero lo comprobaré el próximo viernes —insistió—. Ahora tengo mucho lío en el restaurante. Espero tu llamada Alexa.

Colgó. Ni siquiera me dio tiempo a decir adiós.

Abrí el navegador importándome muy poco que ese fuera el teléfono del estirado de mi jefe y pudiera ver el historial de búsquedas cuando se lo devolviese, tecleé chef Durand en el navegador y en cuanto pulsé la lupa del buscador apareció una foto de un pibón.

¡Ay que joderse!

No era un maromazo nivel Mr Le Noir pero el chef francés estaba bueno, *pero que bien bueno.*

¿Tener sexo durante la jornada de trabajo sin salir de la casa de Mr. Le Noir podría considerarse romper alguna de sus cláusulas? Medité mentalmente sobre las que recordaba en cuestión y concluí que en realidad no sería ningún incumplimiento de ellas, puesto quien metía al sujeto en cuestión era él y no yo.

¿De verdad estaba fantaseando con un tío al que ni conocía y solo había hablado por teléfono durante dos minutos?

Al final me tendría que haber liado con el tío del metro para no estar tan desesperada.

En realidad ver al caballero negro con esa cara, esa mirada, ese cuerpo de infarto no ayudaba.

No ayudaba en nada.

Y que fuera gay aún menos.

Me metí el tenedor en la boca y envié una foto del chef Durand al grupo de las chicas sin mencionar quién era.

«Fiuuuu Fiuuuu, ¿Quién es ese pibón?» Ana era casi siempre la primera en contestar, vivía pegada al teléfono como si fuera un miembro más de su anatomía.

—El chef que vendrá el próximo viernes a casa para cocinar algo suculento —respondí con voz sensual y en cuanto pulsé enviar el audio comencé a reírme.

—¡Alexa! —oí y casi me caigo del taburete con tenedor en la mano incluido.

Me cagó en la leche. ¿Es que este tío no tiene otra cosa que hacer que amargarme la existencia? Ni comer tranquila me deja.

—¿Si? —respondí con aire inocente, como si no fuera ya consciente que era imposible que no hubiera escuchado mi audio al grupo en referencia al chef.

Adiós al sexo en horario de trabajo, no voy a tener un orgasmo como dios manda hasta que no salga de este mausoleo.

«Pim. Pim. Pim. Pim. Pim» los mensajes que entraban al grupo de las chicas no cesaban y en ese momento quise morirme por no haberlo silenciado.

¡Matadme por favor!

—No has servido el cuchillo de la carne —mencionó recalcando que aquello era un gravísimo error.

—Lo hice —contesté para su sorpresa—, está junto al del pescado en una servilleta.

«Pim»

No sabré de muchas cosas, pero por suerte o por desgracia de como funciona el servicio de una mesa estaba sobrada.

—Tendrías que haberlo mencionado para no hacerme perder el

tiempo viniendo a la cocina —remarcó en un tono de voz tan altivo que me hizo morderme la lengua.

«Pim. Pim»

—Lo tendré en cuenta la próxima vez Mr. Le Noir, aunque en el caso de que vuelva a suceder una situación similar puede llamarme al teléfono, así no tendrá que venir usted mismo —contesté sin amilanarme un ápice.

«Pim. Pim»

No pensaba faltarle el respeto, pero si se pensaba que iba a quedarme callada y sumisa, sus siete mil euros no lo lograban.

—¡Lo hice!, ¡Su teléfono no dejaba de comunicar! —ahora parecía enfadado.

«Pim. Pim»

—Me pidió que confirmase la cita con el chef Durand y eso hice —alegué no comprendiendo su enfado.

«Pim. Pim. Pim»

Mi respuesta no parecía calmarle, sino que más bien estaba irritado. A ver que bicho le ha picado a este ahora, me pide ser eficiente y luego se queja por tener el teléfono ocupado con cosas que son para él, no es mi culpa que seas un inepto que no sabe encontrar una servilleta con cubiertos y ¡Oh horror! Tiene que levantarse el mismo con sus pies para ir a la cocina.

Lo que yo diga, una buena hostia bien dada le falta a este mimado de los huevos.

Vi como apretaba las manos, incluso parecía que estaba intentando controlarse, ¿Tal vez porque no podía recriminarme tener el teléfono ocupado? Seguro que era eso.

—¡Muy bien! ¡Y silencie su teléfono personal! —rugió dándose media vuelta y largándose sin decir siquiera un adiós cordial.

Virgen santísima dame paciencia porque yo con este tío acabo como el rosario de la aurora.

En cuanto se largó puse el teléfono en modo vibración, tenía un sinfín de audios por escuchar y me contuve porque no sabía hasta que punto el caballero negro regresaría con alguno de sus reproches y pudiera escuchar alguna de las burradas que soltaría Charlie o Ana en aquellos audios.

Por suerte don tiquismiquis se encerró en su estudio tras el almuerzo, ni siquiera me advirtió de que no le molestara, supongo que si necesitaba algo de él tendría que enviarle un famoso email. Ni de coña pensaba molestarle, en un par de horas llegaría el decorador, que esperaba no fuera tan pedante como lo resultaba por teléfono y me estaba viendo venir que mister Le Noir no querría ser molestado con asuntos tan livianos como aquello.

En resumen, me iba a comer con patatas todo el tema del cumpleaños yo solita.

Aproveché el tiempo que faltaba para sacar los vuelos, tenía en una carpeta los datos necesarios del pasaporte de Le Noir para hacerlo, así que saqué billetes en primera clase para los dos. Por un instante pensé si su idea era la de viajar en primera clase y yo en segunda, pero como no lo había especificado, me coloqué a mi misma en el asiento de al lado saboreando el champán que me servirían en aquel vuelo.

Justo cuando dejé el iPad sobre la mesa para relajarme unos minutos sonó el timbre, miré el reloj y fruncí el ceño, o bien el decorador se había adelantado media hora por la cara o se trataba de alguien de quien no tenía la menor idea que tuviera que venir a casa.

Todavía continuaba descalza, así que ni corta ni perezosa abrí la puerta, a fin de cuentas si había pasado el corte de la entrada es porque no se trataría de un maniaco suelto.

Ante mis ojos apareció un hombre trajeado, para ser concretos llevaba un traje gris no muy oscuro que le sentaba como un guante y a su vez gritaba clase por su porte y elegancia. Cabello rubio, algo largo pero que le quedaba muy bien a sus rasgos faciales, en cuanto me vio sonrió de forma agradable, tenía el rostro angelical, casi rozaba lo

principesco y supe que sería el hombre de los sueños de Lorena, ese príncipe azul que siempre parece estar esperando en su vida.

¿Si le hago una foto disimuladamente con el móvil se dará cuenta?

—¿Se ha perdido? —pregunté viendo que no hablaba.

Su gesto fue de sorpresa y deslizo sus labios en una sonrisa aún más amplia enseñando aquellos dientes blancos.

—Debes de ser nueva, ¿Finalmente Chevalier ha contratado un ama de llaves? —exclamó metiendo las manos en los bolsillos.

—No. Soy su nueva asistente —afirmé apartándome a un lado para dejarle pasar.

—¿Asistente?, ¿Mujer? —esta vez no sonreía, sino más bien parecía contrariado.

—No soy transgénero por si te lo estás preguntando —afirmé cerrando la puerta y cruzándome de brazos.

Aquello provocó una gran risotada.

—Y además tiene humor, definitivamente debía estar desesperado —recalcó para mi asombro.

—Es todo un halago —mencioné de malas pulgas.

—Perdón. Discúlpeme. Lo siento —dijo seguidamente como si se hubiera percatado de su metedura de pata—. Es que estoy sorprendido, gratamente desde luego, pero muy sorprendido.

No era francés o al menos su acento no le delataba, ¿Quién sería y que hacia allí?, ¿Tal vez era un ligue o el novio del caballero negro?

Ay Dios... que desperdicio como sea gay también.

—Mr. Le Noir no me avisó de que vendría nadie, ¿Sabe él que está aquí? —pregunté solo para ver si finalmente me decía su nombre.

—Soy su...—fuera lo que fuera lo que iba a decir se calló—,

dejémoslo en amigo —dijo finalmente y comprendí que debía ser su amante—. No tengo que avisar cuando vengo a visitarle.

El mundo se va a la mierda. Todos los tíos buenos son gays, ¿El chef Durand también lo sería?

Por mi madre esperaba que no.

—Solo conozco a Mr. Le Noir de un día y me extraña mucho que exista alguien que pueda irrumpir su cuadriculada programación sin que muera en el intento.

El sueño de hombre de Lorena comenzó a reírse como si le hubiera hecho demasiada gracia mi afirmación.

—Me caes bien —dijo sacando algo de su bolsillo—. Soy Joan, si alguna vez necesitas algo, llámame.

Leí la tarjeta y vi que era consultor inmobiliario.

—¿Eres vendedor de casas? —pregunté.

—Soy vendedor de sueños —contestó con una voz seductora y supe que Lorena habría tenido un orgasmo de haber estado en mi lugar.

Que pena que seas gay, porque podría presentarte a la mujer de tus sueños.

—Te llamaré cuando deje de soñar —agudicé con una medio sonrisa guardando la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta y escuché su risa de nuevo mientras se alejaba en dirección al despacho de Chevalier.

—¡Eh!, ¡Espera!, ¿Dónde crees que vas? —comencé a exclamar para detenerle.

—Tranquila, me sé el camino. A esta hora siempre está en su despacho. —Y antes de que pudiera contestar, la puerta del despacho del tiquismiquis se abrió haciendo acto de presencia con su traje impoluto.

¿Qué sentido tenía tener la chaqueta abrochada si se supone que estaba relajado en su casa?

Lo mismo quería estar presentable para su... amigo.

—¡Alexa!, ¡Trae dos cafés! —ordenó incluso antes de saludar a su amigo.

—¿Alexa? —exclamó —. ¿Cómo el asistente de Amazon? Esta chica no deja de sorprenderme, como la eches pienso contratarla — agudizó entre risas dirigiéndose a Le Noir y me fui en dirección a la cocina para preparar los dichosos cafés sin decir ni media.

Mientras la maquina de café vertía el café espresso en la taza, saqué la tarjeta y busqué en el navegador del móvil el nombre, Joan Barrabeig consultor inmobiliario. No había muchas fotos suyas, pero existía su perfil en una red social de trabajo, en una web de consultoría inmobiliaria y en algunos eventos que parecían bastante importantes, ninguna junto a Mr. Le Noir... parecía que llevaban su relación en el más estricto secreto.

Si es que a lo que tienen se le puede llamar relación.

Puse los dos cafés en una pequeña bandejita y llamé a la puerta antes de entrar, lo siento mucho pero no me apetecía ver una escena con la que tener pesadillas después.

Cuando escuché la voz del estirado de mi jefe decir que pasara encontré a Mr. Le Noir sentado tras su mesa y a Joan cruzado de brazos en el alféizar de la ventana.

Los dos guardaron silencio mientras me veían entrar y dejar los cafés sobre el único hueco libre que había en su mesa. Eso de sentirme observada por aquellos dos tíos por mucho que fueran gays me ponía nerviosa, a mi no me hacían sentir la misma comodidad que lo hacía cuando estaba junto a Charlie, sino todo lo contrario, lograba que hasta me temblara el pulso y solo podía gritarme a mi misma que no se me cayeran las malditas tazas.

—¿Lo de que vaya descalza es cosa de ella o tuya, Chevalier? —preguntó Joan y casi agradecía que hablara aunque fuera en referencia a mi, pero al menos no sentía la presión del silencio sobre mis hombros.

—Suya —objetó Le Noir.

—Mañana a primera hora iré por calzado adecuado —puntualicé haciéndole entender a Joan que en realidad no era cosa mía el hecho de estar descalza.

—Ya decía yo... —susurró Joan en una medio sonrisa y me hizo un guiño.

—Cierra la puerta al salir Alexa y no me molestes en lo que resta de tarde a menos que sea algo urgente.

—Por supuesto, me las apañaré con el decorador yo sola —advertí cerrando la puerta y susurrando en voz baja que siempre quedaba como estúpida cuando estaba delante de ese hombre.

Definitivamente el tal Joan va a pensar que soy una imbécil.

No me dio tiempo a pensar mucho más, el timbre volvió a sonar, esta vez era desde fuera y eso me dio a entender que Joan debería tener el código de acceso, por eso no había escuchado llamarle a la puerta externa.

Abrí la cancela y el vehículo del decorador entró en la finca, mientras le esperaba en la puerta, escuché como entraba un email en la bandeja de entrada, así que saqué el teléfono y vi que era de Mr. Le Noir. ¿Me había enviado un email estando con su amigo? Lo abrí inmediatamente y se trataba de un texto escueto:

«Añade un vestido sobrio de color negro a los zapatos, será tu uniforme del martes por la noche»

Mi gesto fue de conmoción. ¿Un vestido negro?, ¿Sobrio?

Allá él... al fin y al cabo es su dinero.

El decorador se presentó muy escuetamente mientras se encaminaba hacia el salón para tomar detalle de todo, a pesar de que ya había preparado en anteriores ocasiones otras cenas que Mr. Le Noir había ofrecido en la casa.

Le enseñé la invitación, no la halagó pero desde luego no le disgustó. Comenzó a proponer ideas sobre lo que hacer y el modo de

decorar, algo similar a una fiesta de los años veinte modernizada, con plumas, perlas, joyas y toques de negro y dorado por todas partes.

—¿Tengo que pedir a los invitados que vengan vestidos apropiadamente para la temática? —pregunté.

—¡Eso sería fantástico! —exclamó y era la primera vez que le veía efusivo, así que apunté en el iPad como nota avisar a los invitados de los nuevos cambios y mientras lo hacía me entró otro email de Mr. Le Noir.

Para ser amantes, estos dos no parece que se estén liando en su despacho…

«Y ni se te ocurra comprar algo que no sea de diseñador, lo último que necesito leer en la prensa es que mi asistente va vestida como una mendiga»

Te vas a cagar Mr. Le Noir… la *sobriedad* puede ser muy ambigua.

CAPÍTULO 9

Cinco minutos más —rugí mientras apagaba el despertador siendo consciente de que tenía que levantarme para prepararle el dichoso desayuno a Mr. Le Noir.

Había tardado literalmente dos horas en volver a quedarme dormida, primero por el canguelo y segundo porque el chat de mis amigas no ayudaba en absoluto a conciliar el sueño a las cuatro de la mañana.

Había pasado otra vez.

Un coche que entraba de madrugada.

Un encapuchado vestido de rojo saliendo de casa que no era el caballero negro.

¿Quién demonios era?, ¿Quién narices se vestía de Caperucita Roja para venir hasta la mansión en plena madrugada? Porque no había llegado mientras yo estaba despierta y se marchaba antes del alba.

Puto loco de las narices… de normal no tiene ni el nombre este tío.

Lo peor no fue eso, sino que tenía tal mosqueo que lo escribí en el grupo y no esperaba que absolutamente todos estuvieran despiertos, pero ¿Cómo no iban a estarlo? A diferencia de mi estaban de fiesta en una discoteca, mientras que yo permanecía encerrada en la casa de un maniaco que probablemente albergaba oculta a una secta.

«Tía, pírate de allí y que le den a los siete mil euros» decía Lorena con un par de copas y un deje extraño en su voz.

Claro, para ella era muy bonito decirlo con un trabajo fijo al que la acababan de ascender y que implicaba un mayor sueldo.

«Seguro que es su amante, yo no me preocuparía. Llevará capucha para que nadie pueda identificarlo» escribía Charlie bastante calmado y quizá habían sido sus palabras las que me habían hecho volver a conciliar el sueño.

Pero si el de la capucha roja era su amante, ¿Quién demonios era Joan? Bueno, tampoco había una norma por la que el caballero negro debiera ser monógamo, quizá tenía un porrón de amantes, pero ¿A unos le importaba que les vieran y otros no? Eso no tenía ni pies ni cabeza en aquel rompecabezas.

«Eso tiene pinta de sacrilegios y cosas oscuras, tal vez el tío esté metido en algo chungo y por eso tienes vetado el acceso al sótano, seguro que ahí lo esconde todo, me juego el cuello a que monta orgías y no precisamente con tíos, sino que le da a todos los palos el caballerito negro… » decía Ana y no pude evitar pensar en si sería cierto.

¿Mr. Le Noir bisexual?

Pff la verdad es que ese tío me tenía más perdida que Pinocho en un Ikea, pero dudaba que le molaran las tías, solo había que ver la forma despectiva con la que me trataba para darse cuenta de ello.

Odiaba a las de mi género.

Aunque eso es raro ¿no? Mi mejor amigo es Charlie y es gay, por lo que sé de los chicos homosexuales no tienen nada en contra de las de nuestro sexo, sino más bien todo lo contrario.

Bueno, en realidad no iba a hacer conjeturas porque Le Noir era una rareza de la naturaleza a la que no aguantaba ni su madre.

Dejé la cocina hecha un cristo tras preparar el desayuno del franchute y esta vez no me quede a esperar su critica, sino que salí por patas antes de que pudiera decirme que hasta el agua no estaba como el señor quería.

Si tenía alguna queja, que me la mandara por email como hacía siempre.

Iba de compras, así que me vestí con ropa casual y nada de uniforme, bastante hartita terminaría de él en las próximas semanas, por lo que me puse un vestido en tono azul pastel bastante corto y unas botas de tacón altas. Recogí el cabello en una cola y me maquillé con un par de brochazos de colorete y máscara de pestañas, no tenía más tiempo, Charlie me estaba esperando y sabía que no podía perder toda la mañana solo para comprar un vestido y unos zapatos o ahí se terminaría mi contrato.

En cuanto me senté en el coche de Charlie respiré hondo, hasta el momento no me había dado cuenta de que tenía el pulso acelerado y no precisamente por correr, sino porque ese hombre revolvía mi sangre en todos los sentidos.

Era obstinado, terco e irritable, pero aún así cada vez que aquellos ojos azules me observaban directamente mis piernas temblaban. Quería convencerme a mi misma que aquello solo era la causa de falta de sexo unido a que —muy a mi pesar— el caballero negro era un hombre excepcionalmente guapo.

¿Solo guapo?, ¡Era un queso con patas!, ¡Estaba más bueno que mi top del top de modelos hombres!

Joder… necesito un tío en carne y hueso que me quite este calentón o al final me voy a volver chalada cada vez que le vea sin camisa y medio desnudo por la casa.

—¿Estás bien? —preguntó Charlie con lo que intuí que dedujo mi nerviosismo.

—No he estado mejor en toda mi vida —mentí a medias—. Voy a fundir la tarjeta y no van a cobrarme ni un euro —sonreí y obtuve su sonrisa por respuesta.

Charlie era mi mejor amigo, entre él y yo no había secretos, pero incluso revelarle a él como me hacía sentir el caballero negro resultaba casi vergonzoso, sobre todo porque le detestaba.

Casi todo el camino hacia la zona de las tiendas de lujo de la capital catalana fue un monologo de Charlie y sus ligues, aunque cuando me preguntó por el encapuchado y lo que opinaba al respecto cambié de tercio y le hablé del supuesto amante de Le Noir, el tal Joan que me parecía el hombre ideal de Lorena, incluso le enseñé una foto y coincidió conmigo, pero a diferencia de mi, él no tenía tan claro que fuera su amante, si había una peculiaridad en mi jefe es que sabía ocultar muy bien con quien se acostaba.

¿Sería Caperucita Roja su amante? Fuera quien fuera se ocultaba lo suficientemente bien para que ni tan siquiera yo le reconociera.

Dos noches llevaba y dos noches había aparecido. ¿Sería una casualidad del fin de semana o se repetiría cada noche de madrugada mientras allí permaneciera? Tampoco había que esperar mucho para descubrirlo, esa noche pensaba quedarme despierta para descubrirlo.

Al menos esta vez no me despertó un grito…

Eso era algo que no había revelado a mis amigas, ni a Charlie, pero también es cierto que no estaba segura, igual lo había soñado o fue un reflejo del ruido de una puerta que me confundió con eso.

—Valen seis veces el dinero que tengo en mi banco —refunfuñé viendo en mis pies aquellos preciosos zapatos.

Con una suela roja y el tacón un poco más ancho para no morir en el intento de caminar, estilizaban completamente mi figura y eran un absoluto deleite solo contemplarlos.

—No ha marcado límite, ¿Verdad? Eso significa que no lo hay. Chevalier tiene buen gusto, no te recriminará lo que cuestan, para él

es solo calderilla.

Eran unos zapatos Louboutin, de suela roja y color negro, pero no un negro charol básico, sino satén, con partes veteadas imitando a piel de serpiente muy sutiles. Aquellos zapatos costaban mil quinientos euros, más de lo que llevaba ganado trabajando dos días para el loco de mi jefe si hiciera la parte proporcional de mi sueldo. ¿De verdad estaba dispuesto a pagar esa exhorbitante cifra en los zapatos de una empleada?

Aquello me parecía insólito y absurdo a partes iguales, pero Charlie tenía razón, él había insistido en que fueran de firma y no me había marcado límites en cuanto al precio.

Aún así entregué la tarjeta con cierto temblor, quizá porque pensaba que iba a ser rechazada o porque en cuanto el pago se hiciera recibiría una llamada por parte de Le Noir escupiendo fuego, pero ninguna de las dos cosas sucedió y casi parecía sorprendida por ello.

Versace, Dior, Dolce & Gabanna, Chanel, Guess, Hermès, Gucci, Prada, Yves Saint Laurent, Valenciaga, Burberry, Valentino… casi iba a darme por vencida y comprar lo primero que encontrase en Zara obviando las indicaciones del pijo estirado hasta que entré en Armani y estaba el vestido negro más sobrio y elegante que había visto en mi vida.

No tenía escote. Llegaba hasta las rodillas. Tenía la espalda cubierta. No tenía brillos, ni perlas, ni decoración alguna, era liso y en un tejido similar a la seda.

Pero tenía una raja hasta la ingle que enseñaba al caminar toda la pierna.

—Es jodidamente sexy —terció Charlie.

—Y lo suficientemente sobrio —tercie riéndome frente al espejo.

Combinaba a la perfección con los zapatos y aunque no tenía ni la más mínima idea de a que demonios debía asistir junto al caballero negro, tenía claro que no podría poner objeción alguna a mi

atuendo.

—Si Chevalier no fuera gay, te garantizo que permanecería empalmado toda la noche —bufó Charlie palmeándomelo el trasero.

—Pues entonces es una suerte que sea gay —sonreí haciendo una posturita sexy y lanzándole un beso al espejo mientras veía a Charlie tocándose el corazón como si estuviera prendado por mi gesto.

—Querida… puede que pases desapercibida para él, pero no para el resto, veremos como lleva tu querido caballero negro que acapares más atención que él.

¿Acaparar más atención que Le Noir? Con esos ojos azules y su traje inmaculado hecho a medida lo dudaba. El caballero negro era de esos tipos que envolvía con su aura todo el lugar allá donde fuera.

Recibí un email tras pagar el vestido, que costaba la mitad que los zapatos, pero aún así era más dinero que el que yo tenía con todos mis ahorros.

Al menos si me echa, podré venderlos y vivir con ello una temporada.

Abrí desde el teléfono la bandeja de entrada y a pesar de las palabras de Charlie, temía que dijera algo por el extracto bancario, aunque Le Noir no parecía uno de esos tíos que controlaban cada minuto sus cuentas.

«Almorzaré fuera de casa, asegúrate de que la casa de Londres esté lista para nuestra llegada pasado mañana. Encarga sushi para esta noche y ten listo el equipaje, mi porta trajes está en el último cajón de la cómoda.

Pd: Arregla el desastre de cocina que has dejado antes de que regrese.»

—Capullo integral —bufé y Charlie me escuchó, así que no tuve más remedio que enseñarle la pantalla del teléfono—. Ese desastre de cocina es culpa de él, si no fuera tan tiquismiquis no tendría nada que ensuciar.

—Respira Alexa, solo es un mes y después te irás. —Me

consoló rodeando con su brazo mi cintura para darme un buen achuchón—. Mira el lado positivo, irás a Londres, tal vez incluso te sirva para hacer contactos, ¿Quién sabe? Igual conoces al amor de tu vida y ni siquiera lo sabes —se burló y le empujé apartándolo de mi.

—No seas tonto. Además, estoy segura de que en el hipotético caso de que apareciera, el caballero negro se encargará de espantarlo con su ceño fruncido. Seré una monja hasta que salga de ese mausoleo, ya lo tengo asumido.

—¿Y el chef francés que irá a casa el viernes? Mi radar me indica que no es gay… *muy a mi pesar* —añadió al final en un tono con retintín.

—Yo no soy tan lanzada como tu, Charlie. Tal vez pueda fantasear, bromear y coquetear, pero mi inseguridad vence la mayoría de las veces porque acabo considerándome demasiado insignificante para gustarle a la otra persona —respondí sin añadir que mi jefe me había oído mandando aquel audio al grupo y seguro que estaría con la mosca detrás de la oreja.

Aunque pensándolo bien, él estaría ocupado con sus invitados, ¿no? Dudaba que fuera a entrometerse en mis asuntos *o en los del chef* una vez servida la cena…

Charlie bufó como si no creyera que tuviera que darme aquel sermón.

—Sé que soy tu mejor amigo y que nos conocemos desde que usábamos pañales, pero no te digo que eres preciosa o que tienes el mejor culo que he visto en mi vida porque sí, Alexa —dijo serio—. Tú eres alegre, lista, divertida, espontánea y ocurrente, jamás he conocido a una mujer como tú… *y créeme que he conocido a unas cuantas*, pero además de todo eso eres gentil y honrada, un corazón que no cabe en ese pecho y por eso te quiero y te querré el resto de mi vida, *aunque solo sea como amiga* —sonrió al final y provocó que yo también lo hiciera.

—Tú siempre sabes que decir en cada momento —bufé dandole un pequeño golpecito en el pecho antes de abrazarlo.

—Si eso significa que he logrado que te vayas a tirar al chef, me vale —contestó y estallé en carcajadas.

—Para eso tengo que sobrevivir a un viaje a solas con el caballero negro y no sé si mi cerebro explotará antes —admití mientras nos dirigíamos a una cafetería aprovechando que Le Noir no estaba en casa.

Charlie y yo tomamos un brunch, básicamente un desayuno/ comida unido en uno solo, así regresaría temprano a casa y no tendría que cocinar, sino más bien recoger el desastre de cocina.

A pesar de que Le Noir no me había dado tiempo libre, supuse que estar fuera de casa o dentro de ella si hacía las mismas gestiones no importaba, así que con la ayuda de Charlie, cree un texto para los invitados al cumpleaños advirtiéndoles de la temática de la fiesta sin exigirles que se disfrazaran, sino más bien invitándoles a que lo hicieran. Después lo envié a toda la lista como hice con las invitaciones y encargué el sushi con entrega a domicilio a una hora fijada.

Listo, era libre para disfrutar de mi brunch y Charlie que había pedido por los dos se había encargado de que nos pusiéramos las botas.

—Te has pasado tres pueblos —advertí.

—Ir de compras es agotador, necesitas reponer energías —contestó sonriente—. Tranquila, que invito yo.

El tiempo con Charlie volaba, sobre todo cuando este hablaba de sus planes de futuro y todas sus ideas. Envidaba que fuera tan persistente y que nada le frenara en alcanzar sus objetivos. Tenía un curriculum perfecto, un trabajo ideal y muchos contactos… no me extrañaba que lograse tener su propia empresa antes de cumplir los treinta.

Y yo trabajando de asistente para un pirado que sepa Dios lo que tenga montado en el sótano.

Dejé el vestido y los zapatos en mi habitación y me puse ropa

cómoda para estar por casa, a fin de cuentas Le Noir no estaba. Entré en su habitación y cogí el porta trajes del lugar donde había indicado que estaba, cuando abrí su vestidor vi que ya había apartados dos trajes del resto con una nota adhesiva que decía Londres y la fecha exacta del viaje.

¿Ya está?, ¿El resto de cosas debía cogerlas yo misma? Mierda, ¿Tanto tiempo le quitaba dejar todo apartado aunque no lo metiera en un macuto?, ¿Se llevaba relojes?, ¿Corbatas?, ¿Cinturones? Lo único que daba por hecho era las camisas que tampoco estaban apartadas. Yo no había combinado ese tipo de cosas en mi vida y como lo hiciera mal me iba a montar un pollo de la leche.

Revisé todos los cajones para saber donde estaba cada cosa y al menos di con el armario donde guardaba los macutos y maletas pequeñas de viaje, me agencié una para mi misma, solo al verlas me di cuenta de que había sido una idiota por no pedírsela prestada a Charlie, pero al caballero negro no le importaría, ¿verdad?

Escribí un email para avisarle que los trajes estaban en el porta trajes y preguntarle si tenía alguna mención especial para el resto de complementos o estarían bajo elección propia.

No pensaba asumir ese riesgo sin tenerlo por escrito.

Mientras esperaba una respuesta me encaminé a la cocina, casi me sorprendía que *don perfección* no contestara de inmediato. Eso solo podía significar dos cosas a mi modo de verlo: estaba teniendo sexo o se lo estaba pasando bien y como la última no parecía encajar en el modo de vida del caballero negro, me incliné más hacia la primera.

Entrar en el chat común de mis amigas era venirme la depresión, Ana había comenzado a mandar fotos del garito en el que se encontraba tomando cocteles a pie de playa y hacía un día estupendo. Lorena la secundó desde Sevilla con unas vistas de lujo y Charlie remató desde una terracita con vistas a la ciudad y al mar que invitaban a dejar los cacharros de aquella cocina y largarse echando humo. En su lugar puse música, el mejor modo para aprender idiomas era a través de la música, así es como me había atrapado la idea de

aprender otras lenguas… *a través de las letras.*

Estaba gritando a pleno pulmón Viva la vida de Coldplay, una de mis canciones favoritas del mundo de pronto la música dejó de sonar y solo mi voz algo desentonada permaneció recorriendo todos los rincones de la enorme cocina.

Me gire pensando que todo se debería a una llamada entrante o algo similar pero me topé con Mr. Le Noir y mi teléfono personal en la mano, aunque eso no era lo peor, sino su cara de malas pulgas con aquel ceño fruncido mirándome como si me quisiera matar.

En aquellos momentos quise ser avestruz, pero el único lugar que tenía para meter la cabeza era el fregadero y no iba a funcionar.

—¿He matao alguien y no me he enterao? —susurré con las manos enguantadas y siendo consciente de que lo había mencionado en voz alta por mi acento andaluz.

—¿En que momento he autorizado una fiesta de disfraces? —exclamó finalmente ante mi estupor.

CAPÍTULO 10

Su pregunta hizo que no fuera capaz de gestionar al momento que trataba de decirme, hasta que caí en la cuenta del email que había enviado a los invitados incitándoles a vestirse acorde a la decoración de la fiesta.

—En realidad no…

—Exacto —interrumpió atropelladamente y con evidente tono disconforme—. ¡No! —gritó.

Vale. Había metido la pata hasta el fondo.

Pero *muy* al fondo.

—Pensé que…

—¡Tu labor no es pensar! —exclamó ofuscado y di un pequeño respingo ante el tono elevado—. ¡Sino acatar!

Estaba cabreado, pero cabreado de verdad.

¿Tan horroroso era una fiesta temática? Tampoco era el fin del mundo. Aún así no me había pasado desapercibido que acababa de afirmar que era una inepta.

—Enviaré un email avisando del error —propuse rápidamente pensando que así arreglaría el problema.

—Por supuesto que no harás tal cosa. Lo último que necesito es quedar frente a mis amigos como un idiota más de lo que ya lo he hecho —respondió con evidente hastío—. Jamás doy fiestas donde haya que disfrazarse y menos aún si son íntimas como lo será este viernes, ¿Ha quedado claro?

¿No iba a despedirme?, ¿Echarme a patadas por cometer la falta imperdonable de no leerle la mente?

—Clarísimo como el agua —puntualicé y él pareció mirarme fijamente, como si estuviera evaluándome.

—Añade a tu lista de tareas encontrar mi vestimenta para la fiesta y más vale que te des prisa porque el sastre tendrá que ajustarlo —afirmó de malas pulgas.

—¿Tengo que encontrar también un vestido apropiado para mi? —pregunté solo por si acaso.

—Evidentemente no —afirmó con tanta contundencia que me hizo sentir escoria pisoteada—. Te vestirás con tu traje de empleada y te asegurarás de que la cena vaya según lo establecido sin ningún tipo de incidente hasta que se vaya el último de los invitados.

Genial, iba a estar trabajando toda la noche sin descanso. Adiós al sexo con el chef.

—Por supuesto. Así será.

Ya había aprendido que con este tío lo mejor era darle a entender que estaba de acuerdo en todo.

—Tu labor es que mis invitados disfruten de la fiesta y vean cubiertas sus necesidades, así que asegúrate de que haya servicio suficiente para no sufrir demoras.

¿Tenía que contratar camareros? Mierda.. ¿Por qué no me daba una lista con todo lo que necesitaba?

—Me aseguraré personalmente —advertí como si ya lo hubiera

hecho.

Iba a marcharse sin despedirse, parecía menos molesto que al principio, pero estaba claro que aún seguía cabreado por lo de la fiesta temática.

—Sirve la cena a las nueve en punto, no quiero ser molestado hasta esa hora.

—No le molestaré, pero antes de que se marche…¿Podría responder al email que le he enviado? —insistí viendo que no tenía notificaciones pendientes en el teléfono.

Mr. Le Noir se giró como si estuviera hastiado.

—En mis casas de Londres y París tengo todo lo que necesito, limítese a hacer el equipaje con lo que le indico, nada más.

Y dejándome con la palabra en la boca se marchó.

¡Seré gilipollas!, ¡Si nos alojaríamos en su casa! Estaba claro que allí tendría ropa interior, de dormir, trajes, camisas y todo lo que necesitara, el tío estaba forrado hasta la médula, probablemente tendría otro vestidor como el que que había en aquella casa repleto de ropa.

Un par de horas más tarde serví la cena en la mesa a pesar de que estuviera vacía, pero eran sus indicaciones precisas, aún así no sabía si buscarle para indicarle que ya estaba lista o que le dieran con viento fresco y se las apañara si faltaba cualquier cosa.

Quería darme una ducha, de hecho había aprovechado mientras le servía la comida en bandejas para picotear y cenar rápidamente por mi cuenta, así que tenía saciado mi apetito y prefería ausentarme.

Subí a la segunda planta para dirigirme a mi habitación dando por hecho que el tío se habría encerrado en su estudio y se le habría pasado la hora, cuando divisé por el gran ventanal que había en el descansillo de la escalera la piscina, pero evidentemente eso no era lo que llamaba la atención, sino el cuerpo musculoso del caballero negro atravesándola con un minúsculo bañador.

—La madre que lo parió… —susurré quedándome completamente embobada.

Saqué el teléfono, desde allí era imposible que me viera, ¿Verdad? Así que le hice una foto y la envié al grupo.

—Si me queréis, encontradme uno así que sea hetero, ahora tengo las expectativas muy altas —susurré mientras seguía contemplando aquellos músculos moverse—. Por cierto, borrad la foto en cuanto la veáis o estoy muerta —advertí siendo consciente que ninguno de ellos lo haría.

Había que admitirlo, Mr Le Noir era imbécil, extravagante, idiota redomado, en definitiva; un raruncio de turno más estirado que la camisa de un sastre, pero era el tío más buenorro que había visto en mi vida y de eso no había duda alguna.

La foto encendió el chat y los emoticonos de caritas con babas y fuego se intercalaban con los audios.

«¡No jodas Alex, no me jodas! Mucho quejarte del bombón con patas pero solo por las vistas ya merece la pena el tormento» decía Ana eufórica.

«¡Y encima le paga! Vive en una mansión que llama mausoleo, el tío está cañón, es millonario ¡Y le paga un sueldazo! Para quejarse… yo no diría ni mu» dijo Lorena sorprendiéndome.

Definitivamente el caballero negro conseguía alterar hasta una estatua.

Entre Ana y Lorena continuaban la conversación halagando el físico de mi jefe sin que Charlie se pronunciara, evidentemente no estaba en línea, estaría ocupado con uno de sus ligues o con trabajo.

«A mi no me importaría ponerme una de esas capas rojas y darle lo suyo» continuaba la burra de Ana.

«¡Hasta yo me la pondría!» decía la prudente de Lorena a la que siempre saca el punto negativo de todo.

—Creo que necesitáis un buen polvo más que yo y ya es

decir… —afirmé mientras continuaba en el descansillo de la escalera contemplando la estampa.

Llevaba como cinco o seis minutos al menos allí parada viéndole hacer largos en la piscina y finalmente se quedó apoyado en el bordillo, supuse que estaría descansando, en lo que fueron unos segundos se alzó y salió de un solo movimiento sin utilizar la escalera.

—¡La hostia! —exclamé y de pronto me tapé la boca, pero vi que alzó la vista y reparó en mi presencia o no se si lo hizo porque me escondí rápidamente en la parte de muro que no había ventana.

¿Era posible que me hubiera visto? Yo no le había dado a la luz de la escalera.

Como se haya dado cuenta de que le estaba mirando en plan obsesiva compulsiva me da un chungo de los buenos. ¡Que vergüenza! Aunque probablemente le importaba un comino, estaría acostumbrado a que la gente se le quedase mirando mientras babeaba y a mi concretamente me trataba con la punta del pie, así que dudaba que la cosa fuera a cambiar aunque supiera lo que su físico me generaba.

Me escapé silenciosamente hasta mi habitación, imaginé que se cambiaría antes de cenar, así que no deseaba que me oyera cuando entrara en casa. Me metí directamente en la ducha e hice oídos sordos. No entraría en mi baño si no respondía, ¿verdad?

Salí de la habitación y me reí de mi misma pensando tal absurdez, ¿En que mundo iba el caballero negro a entrar en mi habitación? Por más que me hubiera alojado en una habitación para invitados, que probablemente lo hacía por si tenía alguna petición en plena madrugada para que pudiera escucharle estando al lado, alguien como él no se atrevería a adentrarse en las dependencias de sus empleados, sería rebajarse demasiado, así que cuando vi a Poseidón sobre la mesita cargando ni me preocupé en guardarlo.

Iba a ponerme el pijama, pero no sabía si sería una buena elección porque tendría que dar la cara antes de retirarme a dormir y sobre todo recoger la mesa de su señoría. Preferí no correr riesgos y ponerme mi uniforme aunque solo fuera para media hora, ahora sí,

con mis zapatos nuevos. Escuché el repiqueteo y cuando alcé la vista para salir de la habitación vi una nota pegada en la puerta del baño.

¿Eso estaba ahí antes?

Me acerqué no entendiendo como no la había visto al salir y la despegué leyendo su texto escrito en un perfecto francés.

«Vístase y acuda al comedor de inmediato. Tenemos asuntos que tratar»

Lo primero que hice fue girarme y ver que desde allí había una vista perfecta de mi mesita de noche y de lo insultantemente poco discreto que era mi consolador.

¡Matadme ya! ¿Cómo leches miro a ese hombre a la cara ahora?, ¿Y por qué mierdas se mete en mi habitación en vez de enviarme uno de sus puñeteros email?

A ver… que no cunda el pánico, cabe la posibilidad de que no se haya percatado, ¿no?

Pero habría que estar muy, pero que muy ciego para verlo y el caballero negro podría ser muchas cosas, pero en cuestión de detalles no se le pasaba ni una.

¿Y si me hago la sueca como si no hubiera visto la nota? Eso sería peor, le tendría en mi puerta o entrando sin llamar… así que con la cabeza bien alta aunque roja de vergüenza, recorrí la distancia hasta el salón sintiendo el ruido de los tacones amortiguando el suelo de cerámica. Al menos me sentía poderosa con aquellos zapatos que costaban un riñón.

Había dado por sentado que Mr. Le Noir estaría comiendo mientras veía su teléfono o hacía que se yo, pero desde luego no esperaba encontrármelo con la mirada fija en la puerta esperando mi aparición.

Su vista recorrió mi cuerpo hasta reparar en los zapatos e hizo un gesto incomprensible, pero se removió en su asiento y no sabía si era por estar disgustado o todo lo contrario.

—¿Qué asuntos quería tratar Mr. Le Noir? —exclamé dejando claro que había leído su nota y que si había visto a Poseidón me importaba un carajo.

Seguro que él tiene la mesita de noche llena de cachivaches de índole sexual, así que no pensaba sentir ninguna vergüenza.

—No creo haberle dado permiso para retirarse antes de la cena. —Su tono de voz no parecía una exigencia, sino más bien una reiteración.

—No pensaba retirarme, creí que tendría tiempo suficiente al ver que aún se encontraba en la piscina —afirmé solo para salir del paso.

Cruzarme de brazos me parecía un gesto abrupto, así que uní mis manos detrás de la espalda para sentirme menos vulnerable ante su mirada. ¿Por qué siempre me mira con ese gesto que era incapaz de descifrar? Normalmente cuando veía como me miraba un hombre intuía si le gustaba lo que veía, con el caballero negro casi siempre era el efecto contrario, se notaba a leguas su repulsa, pero en algunas ocasiones había algo en su mirada que me volvía increíblemente nerviosa.

—Le pago para que esté a mi servicio, no para que tenga que perder mi tiempo buscándola en su habitación porque no está por ninguna parte.

De momento no he visto un duro, así que no me has pagado una mierda, imbécil.

Aunque me había comprado unos zapatos y un vestido carísimos que costaban mucho más que el tiempo que llevaba trabajando, pero eso no cuenta, eran extras.

¿De verdad este tío había sido capaz de ducharse, vestirse y buscarme por toda la casa en solo cinco minutos?

A ver si de verdad es un superhéroe y yo llamándole Batman en modo coña… pensándolo bien, con lo rarito que es fijo que tiene algún trauma infantil o un rollo de esos que le han hecho adquirir ese

comportamiento.

Al menos es lo que pasa siempre en los libros…

—La próxima vez le pediré permiso para ir al baño —especifiqué con retintín mordiéndome la lengua para no añadir nada más.

—Toma asiento —advirtió repentinamente y aquello me contrarió.

¿Quería que me sentara a la mesa con él?

—¿Perdone? —exclamé creyendo no haber oido bien. ¿Iba a sentarme a su lado como una igual? Primero me deja muy claro que estoy a su servicio y que no puedo ni hacer pis sin su permiso ¿Y ahora me pide que me siente en la mesa donde está comiendo?

—Alexa, siéntate —dijo ahora con más vehemencia.

Pues no. Había escuchado bien.

No me dirigí hacia la silla que estaba a su lado, sino a la contigua, de forma que quedara espacio.

—A mi lado —advirtió cuando coloque la mano en el respaldo e intuyó mi intención.

¿Qué demonios quería este tío?

Di un paso hacia él y retiré el asiento sin mirarle, coloqué el iPad sobre la mesa y esperé pacientemente.

—Es extraño encontrar personal servicial hoy en día, únicamente puede darse dos motivos para hacerlo; está en su naturaleza o existen motivos económicos de por medio, ¿En cual de esos dos perfiles dirías que encajas mejor, Alexa? —preguntó sorprendiéndome de lleno aquel tipo de demanda.

—No creo que mi respuesta sea relevante para mis funciones, señor Le Noir —advertí porque me negaba a responder tal pregunta.

—Es obvio que lo hace por motivos económicos entonces, ¿Para qué necesita el dinero?

¿Perdona?, ¿Y a este que le importaba lo que hiciera yo con mi sueldo?

Para comprarle un bozal y tirar la llave al Támesis, no te jode…

—¿También va a supervisar en que decido gastar mi remuneración económica? —exclamé empezando a sentir que mi sangre hervía.

—En absoluto —contestó de inmediato y en un tono que parecía bastante apaciguador—. Únicamente quiero asegurarme de que no tiene problemas con drogas.

¿En serio?, ¿Cómo tenía tanta desfachatez?

—No consumo drogas si es su preocupación —advertí ofendida y sin mirarle.

—Muy bien, entonces dígame cuales son sus motivos y la dejaré en paz con este asunto —siguió no dando por finalizada la conversación.

Si ese imbécil creía que le iba a contar las razones por las que allí me hallaba, iba listo.

—Creo recordar todas las cláusulas del contrato para trabajar con usted Mr. Le Noir y ninguna de ellas especificaba que debía responder a sus preguntas relacionadas con mi vida privada —dije sin alterarme, sino que seguía con la vista fija en el iPad entrando y saliendo de aplicaciones solo para aparentar que hacía algo interesante, aunque en realidad era solo para no mirarle.

Y ahora si este tío me quiere echar, que me eche, pero no pienso darle el gusto de humillarme.

—No me interesa su vida privada, solo las intenciones ocultas que pueda tener.

¿Intenciones ocultas?, ¿De que va este?, ¡Ni que tuviera una doble vida! ¿O la tenía?

¡No me jodas que de verdad va a ser así de rarito por algo en concreto y se cree que me he infiltrado para averiguarlo!, ¿Será el

líder de una secta verdaderamente? De ser así habría mas gente encapuchada y no solo una persona como veía siempre… o quizá es que no se habían reunido todos para uno de esos ritos suyos.

¡Me cagó en la hostia!, ¿Quién me manda aceptar este trabajo? Siete mil euros… eran siete mil euros, ¿Lo compensaban? Ahora empezaba a dudarlo.

—Si, me ha pillado. Soy espía del gobierno y tengo una misión secreta, me estoy ocultando de mis enemigos en esta casa ¿Podemos continuar ahora? —ironicé con toda la certeza de aquello no iba a terminar nada bien.

Me da a mi en la nariz que el avión de mañana no lo cojo y el disfraz para el viernes te lo va a buscar tu tía Francesca.

Esperé pacientemente un improperio, un ataque de ira, un; ¡Haz las maletas y lárgate de mi casa ahora mismo! Porque a pesar de mi tono neutro, le había llamado subnormal en toda la cara de un modo sutil pero certero.

Lo cierto es que estaba pensando que tendría que llamar a Charlie para pedir que me recogiera y si vendiendo los zapatos y el vestido sin estrenar podría sacar un buen pico para tenerlo como colchoncito mientras encontraba algún trabajo. Me había hecho a la idea de que lograría por fin mi meta y ahora no deseaba bajo ningún concepto volver con el rabo entre las piernas.

Cuando fui consciente de que aquella voz autoritaria no expresaba ninguna palabra, alcé la vista pensando que estaba esperando ese gesto por mi parte para hacerlo, pero me encontré con una ligera sonrisa.

¡Virgen santísima! Si no llego a estar sentada, se me caen las bragas fijo. ¿Por qué tenía que estar tan endiabladamente bueno?

—¿Cómo está tan segura de que no la echaré? —preguntó casi como un reto.

Si estuviera segura te diría cuatro verdades a la cara.

Aunque debo confesar que me parecía inédito que no me

hubiera echado a patadas después de mi metedura de pata y responderle de aquel modo.

—Soy asistente, no vidente —admití sin dejar de mirarle a los ojos.

Por alguna razón su sonrisa se agrandó y cogió la copa de vino para beber un trago apartando así su mirada, eso hizo que volviera a respirar y destensara un poco los hombros.

—Toma nota, te daré una lista de cambios que deseo hacer en mi casa de Londres y que deberas advertir al personal y contratar los servicios que sean necesarios. Además a finales de mes tendré una exposición en París, tendrás que supervisar los detalles y encargarte de transmitirme todo para aprobar cada decisión que se tome, soy muy específico con mis propias exposiciones y no admito ningún margen de error. ¿Tienes ya el menú de la cena del viernes?

¿Menú?, ¿Eso no lo hacía el chef?

Pasé más de dos horas allí sentada tomando notas mientras él hablaba y hablaba sin parar. Tenía una lista de más de cincuenta cambios en la casa de Londres y quería que los gestionara en solo unas horas que sería el tiempo que pasaríamos realmente allí.

¿Es que se cree que soy una superhéroe o algo así? Más que un asistente, lo que quería era un genio de la lampara que hiciera milagros… puf, menos mal que solo será un mes o me tiro por la ventana.

—Me encargaré de todo —dije más para creérmelo yo misma que para él.

—Puedes retirarte —advirtió permaneciendo aún sentado y con más de media botella vacía que se había bebido en todo ese tiempo él solo.

—Buenas noches Mr. Le Noir —dije dando un par de pasos hacia atrás haciendo que el ruido de los tacones volviera a resonar en el suelo.

—Averiguaré tus razones para estar aquí, Alexa —advirtió

repentinamente cogiéndome totalmente por sorpresa.

—Le deseo suerte, no lo tendrá nada fácil… —admití en voz baja esperando que no me oyera.

—¿Es un reto? —inquirió en un tono de voz tan alto que me hizo dar la vuelta.

—Si lo fuera habría que apostar algo —advertí cruzándome de brazos y siendo consciente de que me estaba metiendo en terreno pantanoso.

¿Qué cojones estaba haciendo?, ¿Por qué le seguía el juego a este tío?

—¿Qué propone? —preguntó con un deje de interés.

Si pudiera elegir… lo que haría con ese cuerpo de Dios salvaje…

«Céntrate Alexa, ¡Que es gay!»

—Tiene hasta el día de su exposición en París para averiguarlo. Si no lo hace, me doblará el sueldo y si lo consigue, su curiosidad quedará satisfecha —advertí sin creer que acabara de soltarle aquello.

Para mi asombro se levantó y comenzó a caminar hacia mi en silencio, aproximándose poco a poco y no sabía si debía retroceder o mantenerme en mi sitio erguida.

—Si lo consigo, aceptarás realizar cualquier cosa que te pida sin objeción alguna —su tono de voz era ronco, masculino, sobrio.

Creo que acabo de tener un orgasmo

CAPÍTULO 11

Cu… al… qui… er cosa? —susurré con voz temblorosa.

Lo que desee —objetó con una voz aún más ronca y sexy junto a esa mirada directa.

¡Oh Dios! Siento los espasmos y todo, ¿Era posible tener un orgasmo sin que nadie me haya ni rozado?

Definitivamente es sobrehumano, ¿Por qué demonios tiene que ser gay?, ¡Hasta bisexual me valdría! Si no fuera porque lo sabía, aceptaría sin pensar lanzándome a los leones por la promesa que aquellas palabras entrañaban, pero si su deseo no era de índole sexual, ¿Qué narices iba a pedirme ese tío si averiguaba porqué estaba allí?

Las probabilidades de que consiguiera saber para qué necesitaba el dinero eran bajas, más bien nulas, porque únicamente lo sabía mi grupo más cercano de amigos y estaba claro que no iban a contárselo a este tío. Así que, ¿Podía perder? Obviamente no, en mis ojos ya se estaba formando el símbolo del dólar.

Catorce mil euros por un mes aguantando las chorradas de este capullo buenorro y sus extravagantes peticiones, ¿Podría hacerlo? Así

tuviera que lamerle los pies, pero esta de aquí por fin lograría su sueño.

—Mientras no implique quitarme un órgano, peligrar mi vida o infringir dolor, acepto —dije solo por si acaso.

En sus ojos vi el resplandor de lo que implicaba el placer, como si aquel reto le hubiera dado un aliciente, ¿Tan insulsa era su vida que averiguar la de su empleada le parecía excitante?

Los ricos y su vida de miseria.

Casi no podía creerme lo que había ocurrido cuando me tumbé sobre la cama y no sabía si contarles a mis amigos lo sucedido a través de un audio o por escrito.

¿Tendría micrófonos por la casa?, ¿Quizá cámaras? Siendo como era no me extrañaba, pero al mismo tiempo ese tipo de chismes pueden ser objeto de infiltración y dudaba que al caballero negro le molase verse pululando por internet medio desnudo o haciendo quien sabe qué.

—Al carajo… —pulsé el botón del micro, aquello se merecía un audio bien largo—… así que como no tiene ni la menor idea de quienes sois y solo vosotros sabéis los motivos por los que me encuentro aquí, ¡Voy a cobrar el doble! No me puedo ni creer que esto esté pasando, definitivamente ese tío debe tener una vida personal inexistente.

Vi enseguida que Charlie y Ana se conectaban y escuchaban mi audio.

«¿Estás de coña?» Charlie fue el primero en escribir. «Haz que te lo firme» añadió después y vi que empezaba a grabar un audio.

«¡Que triunfada tíaaaaaaaaaa!, ¡Ahí tienes la prueba de que este tío ni es gay, ni odia a las tías!, ¡Joder que suertudaaaaaaaaa!» gritó Ana y empecé a reírme.

Por si acaso cogí los AirPods ya que se avecinaba audios de Charlie que seguramente no serían aptos para oídos ajenos.

«Puedes estar tranquila, que si Michael me pregunta algo seré una tumba. Solo es un juego para él Alexa, los tíos como Chev no están acostumbrados a que alguien responda con evasivas» advirtió riéndose.

«¡Y siento decirle a la petarda de Ana que no hay ninguna mujer que afirme haberse acostado con Chevalier Le Noir!, ¡Lo siento nenas, es gay de pies a cabeza!» reitero y resoplé mientras recordaba aquel brillo en su mirada.

¿De verdad había pensado que podía ser deseo? Evidentemente eran mis ganas y lo que deseaba ver en aquel hombre que me alteraba hasta los sesos.

Nos quedamos debatiendo hasta la una de la mañana la condición sexual de mi peculiar jefe, Lorena se unió casi a media noche y fue la primera en despedirse para irse a dormir, ella se mantenía neutral al respecto, no inclinando su balanza hacia ningún lado pero dando la razón tanto a Charlie como a Ana de sus argumentos.

Al final me quedé dormida con el teléfono en la mano y los auriculares puestos, por eso cuando pegué un brinco de la cama sintiendo que no sabía ni donde estaba, pensé que había sido algún audio que habría saltado sin querer en mi móvil, pero estaba apagado y sin batería por completo.

Algo confusa por despertarme de ese modo tan abrupto, enchufé el cable y lo encendí. Eran las cuatro y dos minutos de la mañana.

¿Qué pasaba siempre a las cuatro de la mañana en esa casa?

Me levanté y me asomé a la ventana pero no había ningún vehículo entrando en la mansión, así que me fui hasta la puerta y coloqué la oreja, solo había silencio.

Giré el pomo, la abrí lentamente y todo era oscuridad.

Estaba claro que fuera lo que fuera lo habría soñado y cuando estaba por cerrar la puerta y regresar de nuevo a mi cama oí el ruido

de zapatos de tacón subiendo unas escaleras.

Pero… ¿Qué leches?, ¿Es una mujer?, ¿O este tío se pone zapatos de tacón por la noche? Era incapaz de imaginármelo después de verle con esos trajes a medida tan increíblemente varoniles y que de pronto decidiera vestirse de mujer o simplemente calzarse tacones para estar por casa.

Aquí había algo raro, pero raro de narices.

Estaba descalza así que caminé lentamente hasta la escalera y vi que había luz en la planta baja. Me asomé un poco y el refilón de una tela roja vibrante captó mi atención conforme el ruido de los zapatos de tacón proseguían.

¡Dios mío!, ¡Dios mío! Pero no alcancé a ver nada porque aquella figura se dirigía hacia la puerta de entrada.

Regresé corriendo a mi habitación con el corazón acelerado, sintiendo que de un momento a otro se me iba a salir por la boca ante la falta de aliento y cuando miré por la ventana allí estaba, la misma figura con la capa roja brillante caminando hacia un vehículo negro en marcha.

Esta vez sabía una cosa: hombre o mujer, amante o no, usaba zapatos de tacón.

Resoplé en el momento que me vi sentada en aquel asiento de primera clase rumbo a Londres. ¿Cuántos años hacía que no visitaba la ciudad? Había perdido la cuenta y eso quería decir que eran muchísimos. Casi no podía creer que me hubiera dado tiempo a encontrar un traje decente de los años cincuenta para mi jefe y que el sastre me dijera que lo tendría a punto para el jueves. Contraté al personal, aunque eso debía agradecérselo en parte al chef, que me recomendó a un equipo con el que solía trabajar para ese tipo de ocasiones y por suerte estaban libres el viernes. El menú que ofreció Durand pareció agradar al estirado de Le Noir así que no hubo que hacer grandes cambios, solo ajustar un par de cosas y para mi asombro me había quedado algo de tiempo libre para comenzar con la larga lista de cosas pendientes que el tío quería hacer en su casa de

Londres.

Una suerte que el ama de llaves que tenía en esa casa fuera un encanto, seguro que le duraba porque apenas visitaba la casa.

Desde que habíamos salido de Barcelona apenas había cruzado una palabra conmigo, parecía enfrascado en su teléfono como si apartar la vista del terminal le hiciera perder un millón de euros por segundo, pero me daba igual… yo disfrutaba de la experiencia aunque tuviera a un bulto con ojos al lado como compañía.

Mientras miraba por la ventanilla escuché como una azafata le indicaba que debía apagar el teléfono porque íbamos a despegar, no pareció contradecirla, así que supuse que la obedecería, pero seguí con la vista fija en la ventanilla mientras despegábamos.

Por un momento me giré y vi que estaba echado hacia atrás, con los ojos y puños cerrados como si estuviera concentrado.

—¿Le da miedo volar? —pregunté sin pensar realmente en mi pregunta.

—Si me diera miedo tal cosa, ¿Montaría en avión? Simplemente me desagrada la sensación del despegue, eso es todo —argumentó abriendo los ojos y noté como su cuerpo se relajaba en cuanto entramos en la fase crucero y el avión había dejado de subir altura.

—¿Y viaja con frecuencia? —pregunté y después me di cuenta de que le estaba haciendo preguntas personales—. Lo digo por saber si tendré que acompañarle a menudo…

—Depende de lo que se considere frecuencia, pero suelo visitar Reino Unido y Francia casi todos los meses y en ocasiones más de una vez. No suelo quedarme demasiado tiempo a menos que sea implícitamente necesario.

¿Y le compensaba tener casa en ambos sitios? Sería más cómodo hospedarse en un hotel donde todas las necesidades estaban cubiertas en lugar de tener mansiones que mantener con personal incluido. Tal vez en Francia era normal, puesto que era su país de

origen, pero en Londres no veía la necesidad, aunque ¿Quién era yo para decir tal cosa si ni siquiera tenía casa propia? Lo más cerca de tener una casa que había estado era el pequeño apartamento de alquiler y ni siquiera podía pagarlo.

No sabía que responder que no implicase una demanda personal, así que decidí guardar silencio y esperar que fuera él quien eligiera un tema de conversación, pero en lugar de eso, vi como se ponía unos auriculares y cerraba los ojos dando a entender que no deseaba ser molestado.

No supe si se durmió o no, pero mientras él permanecía así todo el viaje, yo aproveché los lujos que ofrecía ir en primera clase.

Tomé champán, un breve aperitivo y antes de darme cuenta ya estábamos aterrizando en Londres donde un coche privado con chofer que había contratado nos esperaba a la salida.

Al final esto de ser asistente no se me daba tan mal, hasta yo misma estaba sorprendida.

Ginevra era un encanto al teléfono y en persona, al menos podía contar con ella para absolutamente todo lo que necesitaba hacer y se encargaba de mantener la casa impoluta en plenas condiciones.

¿Por qué demonios no tenía un ama de llaves en Barcelona? Sería más necesaria allí que en Londres.

Ni siquiera sé porque me hacía ese tipo de preguntas cuando era evidente que jamás podría comprender las decisiones de aquel hombre.

Mientras yo me encargaba de hacer llamadas, programar citas y porque no admitirlo, marujear con Ginevra, el caballero negro había desaparecido en combate llevándose el coche de alquiler con chofer incluido.

—Eres un encanto, al fin se ha dignado a contratar una mujer, seguro que duras mucho más que esos otros ineptos a los que solía traer —comentó el ama de llaves sincerándose.

No quería admitir que pensaba largarme en cuanto cobrara una

mensualidad, mis aspiraciones en la vida iban mucho más allá que ser la asistente de un tío extravagante, pero no pensaba propagarlo a los cuatro vientos, o al menos no de momento.

—Solo llevo unos días trabajando para el señor Le Noir y todavía no le veo muy convencido —sonreí mientras me comía otro de esos bollos de mantequilla que había traído—. Esto está increíblemente delicioso —admití esperando cambiar de tema.

—Cada vez que vengas te estarán esperando querida —admitió Ginevra guiñando un ojo—. Y no te preocupes querida, la mayoría de ellos ni siquiera sabía hablar correctamente inglés, debes tener muy buenas referencias porque hace al menos seis años que yo recuerde que ninguna mujer ha sido su asistente.

¿Es que en algún momento la tuvo?

—¿Conoció a una asistente mujer que trabajase para el señor Le Noir? —exclamé sorprendida.

—Desde luego querida, recuerdo al menos a dos de ellas pero eso fue hace muchos años, ni siquiera sabría decirte sus nombres —sonrió y supe que de algún modo no era cierto, probablemente no tuviera permitido dar referencias, pero tuve claro en el momento que apartó su mirada que recordaba perfectamente como se llamaban o al menos una de ellas.

Tampoco es que me importara la verdad, así que cambié de argumento a pesar de que el hecho de saber que no había sido la primera asistente mujer me había producido una inmensa curiosidad.

¿Por qué dejaría de contratar a las de nuestro sexo?, ¿Habría sucedido algo? Inmediatamente recordé el día de la entrevista, donde mencionó que dábamos muchos problemas. ¿Qué problemas podrían haberle dado? Quizá estaba exagerando y seguramente se habría limitado durante todos esos años a contratar hombres porque se sentía mucho menos incomodo al tratar ciertos asuntos con ellos.

A pesar de que Le Noir no había regresado a casa, comencé a prepararme, tampoco es que tuviera demasiado en lo que pensar

puesto que el atuendo ya lo tenía más que escogido y pensaba llevar una cola alta solo para que el cabello no me pudiera molestar, así que me entretuve con el maquillaje, no era una gran experta pero sabía lo básico para enfatizar mis rasgos y que fueran resultones. Un delineado potente, mucha máscara de pestañas, marcar bien los puntos de luz y el colorete y finalmente un poco de brillo de labios… habría optado por un labial rojo si no creyera que me estaría pasando de la raya, mejor ir a lo seguro.

Me coloqué el vestido, calcé los zapatos que debía reconocer no eran tan incomodos como había pensado y con el iPad en la mano y el teléfono en el bolso salí de la habitación dirigiéndome al salón principal de la casa, al pasar por el espejo de la entrada me hice una foto y la pasé al grupo, lo cierto es que ahora no estaba tan segura de mi atuendo… tal vez debería haber escogido algo más discreto pero era tarde para hacerlo, así que necesitaba apoyo moral de inmediato para asegurarme de mi decisión.

«Estoy por hacerme lesbiana, ¡Joder, estás cañón!» decía Ana.

«Si existe la más mínima posibilidad de que no sea gay, esta noche lo descubrimos, ¡Estás guapísima!» escribía Lorena.

«Hasta yo te follaría, ¡Que pibonazo!» exclamó Charlie entre emoticonos de fuego y caritas babeantes.

Miré a mi alrededor y vi pasar a alguien del personal de limpieza de la casa, me puse roja de inmediato.

Si es que nunca escarmiento con Charlie. Menos mal que aquí nadie entiende el castellano.

Silencié el teléfono y lo metí de nuevo en el bolso con la intención de no mirar el chat hasta mi regreso. A diferencia de la gran mansión en Barcelona, aquella casa era antigua, victoriana y a pesar de estar increíblemente reformada, había mantenido su origen a la perfección, otorgándole esa peculiar identidad propia que contrastaba increíblemente con los cuadros modernos que colgaban en sus paredes de madera.

Miré la hora e intuí que llegaríamos tarde, llevaba esperando más de veinte minutos y se suponía que ya deberíamos estar en camino, recordé que él siempre llegaba tarde a todas sus citas, pero que siempre exigía puntualidad, ¿No era contradictorio?

—Como me eche la culpa de llegar tarde le mandaré directamente a….

—¿Alexa?, ¡Donde demonios está esa chiquilla? ¿Ginevra? —El tono de voz de exasperación atrajo primero mi atención, pero ¿De verdad me había llamado chiquilla?, ¡Si tenía solo seis años menos!

¡Lo que me faltaba por oír!, ¡Se va a enterar este!

—Estoy aquí desde hace media hora —exageré saliendo del salón con la cabeza bien alta y moviéndome a posta para menear bien las caderas.

Cualquiera diría que trataba de seducirle sabiendo perfectamente que juega en otra liga.

Cuando su mirada azul impacto con la mía sentí como la garganta se secaba por completo. No era solo que el traje le sentara como un guante y su cabello peinado hacia atrás le diera un atractivo masculino comparable a uno de esos modelos que aparecen en los anuncios de perfumes, es que era toda su aura en general, desprendía algo que nunca jamás lo había percibido en ningún otro hombre.

Magnetismo.

Vi como su mirada azul viajaba recorriendo mi atuendo, supuse que debía dar su visto bueno y pasar el control, pero pareció fruncir el ceño y no supe si lo hacía porque estaba sorprendido de que hubiera elegido un vestido así o porque no le gustaba lo que estaba viendo, pero cuando volvió a fijar sus ojos azules en los míos casi pude sentir un escalofrío.

¿Qué demonios era eso?

—¿Me llamaba señor? —La voz de Ginevra irrumpió lo que fuera que fuese aquello y vi como apartaba su mirada dirigiéndose hacia su ama de llaves.

¿Había brillo en sus ojos?, ¿Lo había imaginado?

Si. Definitivamente eran imaginaciones mías, no podía ser de otro modo, era imposible que Chevalier Le Noir sintiera deseo.

Estaba claro que había sido mi imaginación, ¿De que otro modo sino? Charlie jamás se equivocaba en esas cosas y si los rumores habían llegado a sus oídos eran ciertos, en esos ambientes no existían tales rumores de no ser verdaderos. Definitivamente quería confundir aquel brillo de aprobación con deseo carnal.

Necesito un polvo urgente a la voz de ya.

Estaba empezando a írseme la olla de verdad, ¿Cómo podía pensar que un hombre gay me miraría con deseo? Era evidente que mi falta de sexo estaba comenzando a hacer estragos de verdad, aunque el verdadero estrago era tener a semejante hombre al lado inundando todo el habitáculo del vehículo con su perfume al punto de sentir toda mi piel erizada con aquel simple hecho.

¿Desde cuando me excitaba un perfume? Quizá era él en su conjunto, esa mirada azul, esos trajes que le sentaban como un guante, ese aura tan varonil que hacía que una parte de mi se negase a creer que fuera gay.

Un absurdo, ¿Desde cuando ambas cosas no podían darse? Charlie era un claro ejemplo de ello sin ir más lejos.

Había guardado silencio desde que habíamos salido de casa tras despedirme de Ginevra y eso solo hacía que aumentara mi tensión. Además, la oscuridad dentro de aquel pequeño espacio no ayudaba en absoluto.

—Esta noche deberás ser mi sombra y no separarte de mi. — Aquella voz recorrió cada fibra de mi ser, quizá era porque estaba expectante, pero hasta que no oí su voz en medio de aquel silencio irrumpido únicamente por el trafico que sorteábamos no fui consciente de que había estado conteniendo el aliento todo el tiempo.

—¿Desea que permanezca a su lado o detrás de usted? — pregunté solo para ser concisa.

—Detrás —puntualizó dejándome claro que no era su igual—. Te apartarás disimuladamente cada vez que establezca conversación, pero deberás estar pendiente y escuchar, se generará más de una cita, acuerdo o encargo que deberás programar en mi agenda.

Estaba allí para trabajar no para disfrutar y aunque fuese vestida de firma, Le Noir acababa de recalcar que aquello solo era mi uniforme de trabajo.

—Llevo el iPad al cien por cien de batería —sonreí a pesar de que ni siquiera me estaba mirando.

La noche era fresca, pero una vez que entramos en el establecimiento donde se celebraba la exposición todo estaba climatizado e incluso hacía calor.

Si había esperado que Mr. Le Noir me presentara a la gente como su asistente, estaba claro que yo era un objeto más de su colección porque ni tan siquiera se dignaba a mirarme cuando en alguna ocasión le preguntaron si iba con él, simplemente hacia un gesto diciendo que era su nueva asistente, pero ni tan siquiera mencionaba mi nombre. Nunca en toda mi vida me había sentido más invisible para alguien que aquella noche para él.

—¿Visitando a la competencia? —La voz masculina francesa hizo que alzara la vista y vi al hombre rubio en cuestión abrir los brazos.

—Sería competencia si se alzara de la mediocridad, cosa que aún no logras querido amigo. —Le Noir sonrió y copió el gesto abriendo los brazos para darle un ligero abrazo.

¿Estos dos serían amigos o algo más? Me quedé observándoles fijamente y debía admitir que el franchute nuevo era bastante guapo, ¿Todos los tíos que rodeaban el circulo en torno a mi jefe iban a estar tan buenos? Igual era yo que estaba más salida que el pico de una plancha y lo veía de ese modo.

Definitivamente aquellos dos se debían llevar bien porque en respuesta al insulto de Le Noir, el hombre rubio comenzó a reír.

¿Mi jefe gastaba bromas? Cualquiera lo hubiera dicho, acto seguido el franchute alzó la vista y me vio detrás del caballero negro observándole.

—¡Por el amor de Dios!, ¿De donde ha salido esta belleza? —exclamó en francés y dando un paso hacia mi—. Si la belleza natural pudiera personificarse, no tengo duda alguna de que estoy ante la mujer más hermosa —añadió en un perfecto inglés pero se notaba su acento francés.

Por respuesta natural sonreí y probablemente como una pava idiota porque nunca se habían currado tanto un piropo, aunque fuese consciente de que estuviera exagerando y de que no era real, después de ser un fantasma a la sombra de Mr. Le Noir no me había dado cuenta de cuanto lo necesitaba.

—Las manos quietas Alexandre, ella es mi asistente Alexa y no está disponible para ti —terció la voz ronca del caballero negro antes de que pudiera responder.

—Eso es imposible —inquirió el franchute cuyo nombre ahora sabía—, tú nunca tienes como asistente a una mujer. —A pesar de que sus palabras eran dirigidas hacia mi jefe, en realidad me estaba observando a mi.

Aunque me parecía graciosa la disputa, decidí intervenir.

—En realidad, lo soy —puntualicé alzando el ipad y observando al rubio simpático. ¿No podía haberme tocado uno así de majete? No. Tenía que ser el raruncio de turno.

El gesto del tal Alexandre fue fruncir el ceño, casi tanto que me sorprendió.

—Te pagaré el doble de lo que te da él si trabajas para mi —susurró cogiendo mi mano e inclinándose para darle un beso.

Había más que palabras en esa mirada y lo supe de inmediato, lo cierto es que no sabía si me agradaba o no su oferta. Estaba claro que el tipo de trabajo que me ofrecía incluía acostarse con él.

Y yo no era ese tipo de mujer...

Una cosa es que un tío me guste y si quiero tengo sexo con él, otra muy distinta que me pague para que lo haga y se crea con derechos que no tiene.

Ni hablar.

Me niego a que un tío intente creerse mi dueño o algo similar.

Por otro lado, saber las claras intenciones de aquel franchute hacía que mis pensamientos sobre el hecho de que esos dos fueran amantes se difuminasen. Estaba claro que al amiguinchi de mi jefe no le iban los tíos y de algún modo me hizo recordar a la persona con tacones bajo la capa roja. ¿Podría ser un hombre vestido de mujer y por eso le hacía esconderse bajo aquella capa?

Todo aquello era un misterio y conforme más tiempo pasaba, ese misterio se hacia aún más interesante e intrigante.

—¿Está seguro de podérselo permitir? —exclamé con cierto tono de incredulidad.

CAPÍTULO 12

En primer lugar no tenía ni idea de quien era ese franchute llamado Alexandre, aunque seguramente fuera rico si era amigo de Mr. Le Noir.

—Absolutamente querida —susurro sonriente creyendo que ya estaría derretida a sus pies.

—Tendrá que mejorar su oferta, solo el doble no me tienta —aseguré manteniendo el mentón bien alto y mi respuesta pareció sorprenderle.

—¿De donde diantres la has sacado? —exclamó ahora mirando hacia Mr. Le Noir que se encogió de hombros y parecía evitar a toda costa una sonrisa.

¿Le agradaba mi respuesta?, ¿Quizá porque no le había dejado en evidencia aceptando sin más la propuesta de su amigo?

Probablemente no fuera un premio Nobel de inteligencia, pero de ahí a ser imbécil redomada había un gran trecho y aunque necesitara la pasta, no me valía conseguirla a cualquier precio.

Aunque pensándolo bien el franchute tampoco estaba tan mal

según se mirase. Eso si, incomparable al caballero negro.

Ni de lejos.

—¿Por qué no discutimos una mejor propuesta cenando? —insistió importándole un bledo que Le Noir estuviera delante, ¿Quizá era una provocación?, ¿Tal vez no le importaba en absoluto?

—Me encantaría, pero mi acuerdo laboral es explicito y no dispongo de tiempo libre, trabajo las veinticuatro horas para el señor Le Noir. —La excusa era cierta, pero ya sabía yo cual era el trasfondo de aquella cena y no precisamente un acuerdo laboral, sino más bien como acabar en la cama de su hotel.

No había mirado a mi jefe mientras decía aquello, la verdad es que no tenía la menor idea de si estaba molesto o gozando de mi bochorno.

—Seguro que a mi querido amigo Chevalier no le importará concederte la noche libre, ¿No es así? —inquirió hacia el caballero negro y este pareció pensativo.

—Por supuesto que no —advirtió y le miré amenazante. ¿Me estaba lanzando a los lobos? —. Alexa no dispone de ninguna noche libre, ni siquiera para ti Alexandre.

En el rostro de Le Noir no existía una sonrisa cómplice, ni tan siquiera un gesto que implicara que se estaba regodeando con aquello. ¿Igual estaba molesto? A ver si ahora iba yo a tener la culpa de que tuviera amigos promiscuos que no supieran callarse delante de él.

Afortunadamente el franchute llamado Alexandre no hizo ningún drama, sino que más bien parecía extrañado ante la decisión de Le Noir y tras un breve intercambio de palabras, se despidió de nosotros alegando que disfrutáramos de la velada, no sin añadir antes de marcharse que esperaba poder tener la oportunidad de verme de nuevo y pensara seriamente en su propuesta.

A pesar de estar segura de que tendría su numero en la agenda que me había proporcionado Le Noir con todos sus contactos, Alexandre Moreau me había dado su tarjeta personal, de ahí que

supiera su apellido y a qué se dedicaba.

Pintor.

¿Otro artista? Ahora empezaba a entender un par de cosas.

Si esperaba que Le Noir me reprochase algo respecto a mi comportamiento, no fue así, el caballero negro siguió avanzando por la galería deteniéndose a observar los cuadros expuestos. Por un momento creí que pertenecerían al franchute, pero no rezaba su firma en ellos, sino el de una mujer.

Era extraño mantenerse detrás de él, observándole la nuca y esperando algún tipo de señal o llamada que me indicara que me acercase a él, pero seguía siendo inexistente para él.

Y yo que creía que vistiendo ropa de marca y taconazos caros me iba a tratar como a alguien que está a su altura, es evidente que este tío es un snob con serios problemas mentales.

Observé el cuadro porque no me apetecía ver la perfección de su corte de pelo y lo increíblemente suave que tendría que ser hasta el punto de fantasear con tocarlo pasando mis dedos, fue entonces cuando empecé a darme cuenta que los cuadros que yo había pensado como abstractos sin más, esos que cada uno interpreta una cosa distinta pero que en realidad los podría haber creado un niño de dos años, eran algo más.

Una figura escondida entre las sombras, la silueta de una mujer muy bien camuflada entre todo aquel bosquejo de colores. Me fijé en el cuadro de al lado, tardé un poco más en encontrarla, pero allí estaba de nuevo.

¿Eran percepciones mías?, ¿Sería un juego de la artista?

—¡Alexa! —exclamó y volví a la realidad de mi abstracción momentánea buscando siluetas en los cuadros.

—¿Si señor? —pregunté dando un paso hacia él, pero permaneciendo detrás.

—Encárgate de adquirir este, que lo lleven a mi casa de

Londres.

—Esto... si, claro, por supuesto —admití no teniendo ni la más mínima idea de como se compraban esos cuadros.

¿Por qué quería ese? Desde luego no era mi favorito, pero a saber que demonios habría visto en él.

Como seguía allí parada, el caballero negro se giró hacia mi fijando aquella mirada severa y fruncida.

—¿A qué esperas?, ¡Ve antes de que se adelante otro comprador! —increpó haciendo que me sintiera realmente como una niña pequeña a la que acababan de reprender por mal comportamiento.

Juro que empiezo a ponerle cereales integrales en el desayuno a este imbécil desde mañana, porque está insoportable.

Cuando regresaba después de dejar un cheque por la friolera cifra de ochenta mil euros como adelanto, —porque en realidad el cuadro costaba el doble—, casi no podía creerme que hubiera gente que se permitiera gastar en un simple cuadro decorativo lo que para muchos sería una vivienda donde pasar toda su vida. Definitivamente el mundo era frívolo e incomprensible, pero imaginaba que todos los allí presentes tendrían dinero suficiente para comprar cada pieza de aquella colección sin que sus bolsillos se resintieran, y como ejemplo principal tenía a mi jefe.

Tardé en encontrarle, pero cuando finalmente lo hice parecía estar discutiendo con su amigo el franchute y aquello me extrañó.

¿Qué hacía yo ahora?, ¿Me acercaba?, ¿Les dejaba? No tenía la menor idea de cual sería el motivo, ¿Quizá se peleaban por algún cuadro?, ¿Alguna técnica? Al fin y al cabo ambos se dedicaban a lo mismo.

—Tu cara no me suena, ¿Eres de aquí? —La voz de una mujer me hizo apartar la vista de la escena que tenía a unos metros de distancia.

—Lo cierto es que no, soy la asistente del señor.... —Mis

palabras murieron al oír mi nombre.

—Chevalier Le Noir —dijo aquella mujer con el cabello extremadamente largo.

Lucía canas que se mezclaban con su color natural de cabello, probablemente tuviera la edad de mi madre, quizá unos años más ahora que veía el surco de arrugas bajo sus ojos, pero no pude contestar porque el caballero negro pronunció mi nombre y le vi caminar hasta nosotras.

—He adquirido el cuadro, lo entregarán mañana en su casa señor Le Noir —dije pensando que su forma de llamarme era debida a mi retraso.

—¿Por cuál se ha decidido? —Le pregunta de la mujer iba dirigida hacia mi, no hacia él.

—La esperanza mermada —dije dando el nombre del cuadro y ella hizo un mohín.

—¿Cuál habría seleccionado usted? —insistió haciendo caso omiso de mi jefe que nos miraba expectante.

—Si debo ser sincera no es mi tipología de estilo, pero sin duda alguna me habría quedado con aquel —dije señalándolo puesto que no sabía el nombre.

—La oscuridad iluminada... interesante, ¿Puedo saber porqué? —continuó aquella mujer y miré a Le Noir, que no entendía porqué no nos interrumpía sin más con alguno de sus caprichos o la razón por la que me había llamado de aquella forma como si fuera un reclamo por mi tardanza.

—Porque es el único cuadro de la sala que no esconde una mujer entre las sombras y seguramente es porque guarda un secreto —admití pensando que muy probablemente había pegado el patinazo con mis teorías ya que de cuadros, estilos o esas cosas no entendía ni papa.

Vi como la mujer sonreía y esta vez si giraba su rostro hacia Le Noir.

—Me gusta tu asistenta Chevalier, por primera vez en mucho tiempo tienes a una con personalidad propia, es una pena que en cuanto a gusto no coincidas con ella —mencionó en tono alegre.

—Eso parece. Yo también me alegro de verte, Manelle.

Espera un momento, ¿Manelle?

Mierda... ¡Los cuadros eran de ella!, ¡Tenían esa firma!

—No te preocupes querida, probablemente seas una de las pocas personas en la sala o la única que ha sido capaz de percibirlo —puntualizó y me quedé sin saber que responder.

¿Entonces no habían sido imaginaciones mías?

—Sus cuadros son magníficos —mencioné porque me parecía lo más correcto.

—Teniendo en cuenta para quien trabaja, resulta un halago. Ha sido un placer conocerla Alexa, espero volver a verla pronto. Gracias por venir Chevalier.

Asentí y vi como Le Noir se acercaba a mi cogiéndome del brazo y arrastrándome junto a él hacia la salida.

—Llama al chofer para que nos recoja y espérame en la puerta, tengo un asunto que resolver antes de marcharnos —dijo con aquel tono de voz autoritario y sentí como soltaba su mano de mi brazo dejándome libre mientras él se alejaba.

Se perdió entre los pasillos de la galería y supuse que fuera lo que fuera lo que necesitaba hacer, no quería que lo supiera, así que me encaminé hacia la salida y esperé en la puerta como me había indicado.

Aquella noche había sido extraña, rara e increíblemente misteriosa, no tanto como Caperucita Roja visitando cada noche la casa del caballero negro, pero si que había resultado singular. Empezando por aquella mirada antes de salir por parte de mi jefe, seguido por el franchute pervertido y acabando por la autora de los cuadros que escondía una mujer en todos ellos.

¿Habría alguno normal en el círculo de los millonetis? Sinceramente empezaba a dudarlo muy mucho.

Igual ser rico y extravagante iban dados de la mano visto lo visto.

El chofer abrió la puerta y si había esperado que mi jefe fuera un caballero en ese sentido, estaba claro que no. Entró él y no se desplazo, sino que me hizo dar toda la vuelta al vehículo para que entrara por el otro lado mientras el chofer volvía a su asiento de conductor.

—Enciende el iPad —dijo en medio del silencio y simplemente le obedecí desbloqueándolo—. Abre el navegador y busca la definición de sobriedad en el idioma que prefieras.

Durante un momento me quedé estática. ¿Qué bicho le ha picado a este ahora?

Aún así le obedecí, la busqué en francés solo porque era el idioma que utilizaba siempre cuando hablábamos, muy esporádicamente se había dirigido hacia mi en castellano.

—Aquí está —dije ofreciéndole el dispositivo.

—Léelo en voz alta —mencionó girando su rostro hacia la ventanilla.

Estaba oscuro y apenas podía verle salvo por la luz que emitía el dispositivo electrónico.

—Cualidad de sobrio. Persona que no está bajo los efectos del alcohol o aquel, aquello que no tiene adornos superfluos y que resulta moderado, simple y discreto —recité leyendo la primera definición del navegador que me había sugerido.

—¿Entiendes que significa sobriedad? —exclamó como respuesta.

Mierda y mil veces mierda... esto es por el puto vestido.

—Si —afirmé bloqueando el ipad para que la oscuridad cegara mi rostro enrojecido.

—¿Y puedes explicarme que parte de discreta y sobria has

estado esta noche? Especifiqué que no debías llamar la atención y creo que fui muy claro a la hora de decirte que compraras un vestido respecto a sus características, por no mencionar que también lo especifica el contrato que firmaste. —A pesar de que parecía alterado, su voz no sonaba enfadada... o al menos no me lo parecía, pero quizá era debido a la oscuridad lo que me hacía pensar aquello.

—Si lo desea, la próxima vez que alguien se dirija directamente a mi no contestaré a menos que me de permiso —refuté.

A ver si ahora voy a tener yo la culpa de que la gente me hable y todo...

—¡Maldita sea Alexa!, ¡He despedido a otros asistentes por mucho menos! —gritó y esta vez si parecía enfadado.

¿Qué bicho le ha picado a este ahora?

—¿Y que le impide despedirme a mi? —pregunté nerviosa.

Se suponía que refutarle no me haría bien, sobre todo si quería aguantar hasta cumplir los treinta días y que me pagase mi sueldo, además doble porque este no iba a saber ni en broma la razón por la que trabajaba para él tragándome todas sus pajas mentales o traumas infantiles para ser como era.

—¿Tú que crees? —exclamó hastiado como si yo tuviera que saberlo.

En realidad lo sabía, de la agencia no le mandarían a nadie más y vivir sin un asistente que supliera todas sus necesidades era más suplicio que aguantarme a mi y mis supuestos inconvenientes añadidos.

O quizá no fuera para tanto y decía aquello solo para meterme miedo.

Seguro que si hubiera sabido que después del último no le mandarían a más, no lo habría despedido con tanta facilidad.

Sinceramente no me apetecía en absoluto contestar aquella pregunta así que guardé silencio porque fuera cual fuera mi respuesta

parecería insolente. Después de todo ya me había dado a entender que mi actuación o mi vestimenta no había sido lo suficientemente sobria como se esperaba.

Si mis días allí estaban contados, que fuera él quien lo dijera porque yo no pensaba abrir boca.

En cuanto llegamos a la casa de Londres, Le Noir bajó del vehículo sin esperar a que el chofer le abriera la puerta, la confusión de este hizo que en su lugar me la abriera a mi y saludó con cortesía para despedirse quedando a nuestra disposición para el día siguiente.

No tenía ni la más mínima idea de los planes de mi jefe, solo que teníamos el vuelo de regreso a Barcelona por la tarde y el jueves debería ultimar los detalles para la fiesta de cumpleaños del viernes.

Empiezo a pensar que no paga lo suficiente…

Suspiré porque creí que la reprimenda y la noche había terminado, quizá solo necesitara unas buenas horas de sueño para que aquel humor de perros se le pasara. Siendo sincera no sabía a santo de qué venia aquella actitud. ¿No le gustaba el vestido?, ¿Quizá estaba molesto porque pensaba que era la causa de que su amigo el franchute se fijara en mi? Que se desquitara conmigo no tenía ningún sentido, al final decreté que Charlie tenía toda la razón del mundo, al caballero negro no le gustaba que le eclipsaran y menos aún alguien que él consideraba de nivel inferior al suyo.

Su propia asistenta.

¡Pues le pueden ir dando por saco al giliponguis este!

—¿Os podéis creer que el misógino de tres al cuarto se ha cabreado porque uno de sus amigos ha intentado sobornarme para que me fuera con él y le dejara tirado?, ¡Es un cretino!, ¡Un imbécil redomado!, ¡Un subnormal de tres pares de….

«Toc. Toc. Toc»

Mierda

Al final borraré esa palabra de tanto mencionarla.

Supliqué. Recé. Incluso mencioné a todos los arcángeles de los que recordaba el nombre para que la persona que fuera tras la puerta no fuera él, ¿Tal vez era el ama de llaves ofreciéndome un té?

Cuando abrí la puerta todas mis pesadillas cobraron realidad. Si había algo de lo que ese hombre no carecía era de sordera, me había tenido que escuchar por huevos. Ya estaba viendo mi culito fuera de aquella casa o quizá tuviera la consideración de dejarme estar allí hasta regresar a España.

—¿Si? —Mi voz sonaba como si no hubiera roto un plato en mi vida a pesar de que estaba despotricando contra él al teléfono hacía escasos segundos.

—¿Vas llamar a Alexandre? —preguntó con descaro y de todas las posibles cosas que pensé que me diría, en la única que no había pensado era precisamente en su amigo el franchute.

¿Perdona?, ¿Y a él que le importaba si le llamaba o no? Tenía muy claro que no pensaba hacerlo, pero ahora ganas no me faltaban.

—Si su temor es que le deje tirado, el contrato especifica una cláusula por la que debo dar un preaviso.

—Me da igual la cláusula, quiero saber si tienes intenciones de llamarle o no y no quiero una evasiva por respuesta —atenazó dejándome sin nada más que decir que no fuera la verdad.

—No —negué—. No tengo ninguna intención de llamarle por muy tentadora que resulte su oferta.

Vi aquella mirada intensa sobre mis ojos, el brillo oscuro, el mismo que había visto justo antes de salir de aquella casa y que había confundido con deseo. ¿Seguía equivocada?, ¿Por qué me miraba de ese modo?

Hizo un asentimiento y se largó echando humo de mi puerta, dejándome allí clavada como un pasmarote no comprendiendo aquella actuación por parte de mi extravagante jefe.

¿De verdad no iba a tener él la última palabra?, ¿No iba a soltar algún improperio o lo que fuera que le hiciera parecer como un

auténtico gilipollas?

Me asomé al pasillo y vi aquel culo perfecto embutido en sus pantalones a medida que gracias a no llevar la chaqueta podía degustar a mis ojos de forma suculenta y perdiéndose hasta doblar la esquina para bajar las escaleras al piso inferior.

¿Eso era todo?

Ni un mísero buenas noches. Está claro que en las cualidades a repartir cuando nació se lo llevó todo el imbecilismo.

Miré el chat y vi que estaba encendido entre caras de enfado, audios e insultos hacia mi jefe, entonces caí en la cuenta de que no me había despedido a pesar de que era evidente que me habría oído ponerle a parir.

¿Por qué no me había echado a patadas después de insultarle? Y más aún teniendo en cuenta como había ido la noche con mi nefasta forma de acatar sus órdenes explícitas.

—Chicas —susurré con el móvil cerca de la boca, pasaba de que por algún motivo pudiera escucharme otra vez si le daba por volver—. El caballero negro ha escuchado mientras le insultaba en el anterior audio y por algún motivo que desconozco se ha hecho el sueco como si no lo hubiera sentido. Ha venido a mi habitación exigiendo saber si iba a llamar a su amigo el franchute, ese que os comentaba que me había tirado los tejos esta noche y quería que me fuera con él, ¿Qué le importará a este tío si llamo o no a su amigo? Cambia más de asistente que de calzoncillos, una más una menos no creo que le perjudique.

Mientras oía los insultos, sobre todo por parte de Ana llamándole miserable engreído de pacotilla, no dejaba de pensar porque narices no me había reprochado insultarle de mil modos. ¿Quizá es porque eso le haría parecer un cotilla escuchando detrás de las puertas conversaciones ajenas?

«Quizá está acostumbrado a que le insulten y por eso ni se inmuta» vi que escribió Lorena y eso me hizo pensar que con el

carácter que se gastaba, verdaderamente tendría que estar acostumbrado a que la gente le llamara de todo menos guapo.

Y eso que era parecía una versión mejorada de un dios griego.

«Hostia tía, ¿Y no será porque le molas?» exclamó Ana con sus ideas fijas de que el caballero negro no era gay.

—Buah... ya me gustaría a mi molarle a ese tío, con ese culamen que tiene, os juro que tiene el mejor culo que he visto en mi vida, pero si fuera hetero os aseguro que ya habría visto a más de una mujer pavonearse por su casa y desde que vine solo he visto que le saluden o vengan tíos buenos. Es gay fijisisisimo —asumí compungida.

Tenía un buen polvo, había que admitirlo, pero más allá de eso no le aguantaba ni la madre que lo había parido.

«Yo sigo albergando mis esperanzas, ese oculta algo y dudo que le molen los rabos» soltó Ana haciendo que estallara en risas.

Charlie se unió a la fiesta como siempre exponiendo sus evidencias y las razones por las que mi jefe era gay y a Lorena se le ocurrió la brillante idea de hacer un encuentro casual entre Le Noir y él para salir de dudas...

¿Charlie y mi jefe?

¡Ni hablar!, ¡Lo que me faltaba por oír!

—Ni de coña. Como intentes algo con este tío te rebano el pescuezo Charlie, ¿Me has oído? —casi grité.

Lo último que necesitaba es a Charlie pavoneándose desnudo por aquella mansión o peor aún, oír sus gemidos teniéndole en la habitación de al lado.

Genial, ahora no podría quitarme la imagen de la cabeza. Muy bien Alexa, eres una genia.

Ni hablar.

Es que ni de broma.

Eso por no decir que sería capaz de soltar la verdadera razón por la que estaba allí y adiós a mi dinero, teniendo encima que hacer lo que fuera que ese hombre quisiera de mi.

¿Qué podría pedirme? Algo lo suficientemente escalofriante para no haberlo mencionado, pero daba igual, era imposible que averiguara las verdaderas razones por las que había aceptado ser su asistenta.

Aquella noche no hubo ningún visitante con tacones y capa roja, al menos no a las cuatro de la madrugada como solía suceder siempre, en lugar de eso reino el silencio por completo en aquella casa.

Ni al día siguiente, ni los sucesivos hasta la fiesta del viernes tuve mucho contacto con Le Noir, era como si me estuviera evitando o quizá eran sensaciones mías, pero apenas ejercía contacto visual, casi no me miraba y menos aún me hablaba porque todas sus peticiones venían por email. Me pedía que le dejara el almuerzo y la cena antes de que llegara, una vez que le servía el vino me marchaba y no albergaba ninguna petición más, cuando terminaba se levantaba y se marchaba esperando que alguien, es decir yo, recogiera todo.

Había sobrevivido una semana, solo necesitaba tres más para largarme y mi sueño estaría al alcance de mi mano.

El timbre de la casa comenzó a sonar, aquello era un caos entre decoradores, camareros, repartidores y eso que la fiesta consistía en una cena para un numero de comensales bastante reducido, no quería ni pensar lo que sería un numero de invitados elevado, casi daba gracias a dios que este tío no fuera un fiestero. Mientras me peleaba al teléfono porque habían enviado la vajilla equivocada y quería que subsanaran el error de inmediato, el timbre seguía sonando, evidencia de que nadie abría la puerta y solté un improperio porque era técnicamente imposible que habiendo cincuenta personas pululando por allí ninguno pudiera abrir la maldita puerta.

—¡Mire señor me importa tres cojones como se llame!, ¡O me trae la vajilla que encargué o le pongo una reclamación que le costará

todas las vajillas que tiene de alquiler, así que llévese la porquería que me ha traído y deme lo que le he pagado y encargado como acordamos!, ¡Y lo quiero ya! —grité ofuscada antes de alzar la vista resoplando para apartarme el pelo de la cara haciendo que la visión de hombre enmarcada apareciera ante mis ojos.

—Hostia puta... —jadeé.

Era el jodido chef y las fotos no le hacían justicia ni de coña... estaba cañón, pero cañón de polvazo bueno.

Si hasta le veo los pectorales a través de la camisa.

—¿Alexa? —exclamó con ese acento francés que podría derretir a media España y que hicieron que mis piernas flaquearan.

Si. Lo admito. Estaba tremendamente cañón, no tanto como cierto caballero negro pero apuntaba maneras.

Es que a ver quien era capaz de superar al caballero negro…

—No sé si quiero responder a esa pregunta —gemí en un susurro y por suerte se me había escapado en mi idioma.

¿Habría entendido algo de lo que le estaba gritando al encargado cuando abrí la puerta? No tenía ni la más remota idea de si ese tío venía directamente desde Francia o por el contrario vivía en España, ¿Entendería mi idioma? Seguramente lo descubriría pronto.

—Mi nivel de castellano no es muy bueno, pero puedo defenderme —dijo sin perder aquella endiablada sonrisa.

A freír monas mi escudo de defensa, seguro que me había entendido a la perfección.

—Ah, qué bien —sonreí queriendo que la tierra me tragara.

—¿Dónde quiere que pongamos esto, señorita Alexa? —Uno de los floristas me enseñó un enorme jarrón con una composición floral preciosa.

—Será mejor que le pregunte al decorador —dije por inercia y volví la vista hacia el chef cañón.

—Es Alexa —afirmó ahora que alguien había mencionado mi nombre—. Mucho mejor de lo que esperaba... —agudizó con un tono más ronco provocando que me estremeciera por partes de mi cuerpo que llevaban tiempo sin que nadie lo hiciera.

¡Ay que joderse!, ¡Puta mierda de vida!, ¡Un tío que verdaderamente tiene un polvazo, que además me tira los tejos y yo teniendo que trabajar sin siquiera diez minutos libres!

—Podría decirse lo mismo chef Durand —respondí en francés —. Sígame, le llevaré a la cocina.

Porque a mi cama por desgracia no puedo en estos momentos.

Me di la vuelta y comencé a caminar delante de él sintiendo como mis tacones golpeteaban el suelo cerámico.

—Empiezo a entender muy bien las razones por las que Le Noir la contrató —Sus palabras hacían referencia a mi trasero, estaba tan segura como del puñetero nombre que mis padres me habían dado.

—Supongo que se refiere a la organización de la fiesta, ¿No es así? —coqueteé dándome la vuelta ahora que habíamos entrado en la cocina para mirarle directamente a los ojos.

—Desde luego, diría que roza la perfección en todos los sentidos —susurró con aquella mirada y casi sentía que mi garganta se resecaba.

Me va a dar un ataque.

No estaba acostumbrada a que un hombre como él fuera tan claro en sus intenciones o quizá es que estaba demasiado desfasada de ligar sin llegar a ninguna parte. Había pasado tantos meses centrada en encontrar trabajo, frustrada con las negativas y con los empleos de pacotilla que me salían que me había perdido en mi misma a la hora de conocer a un hombre. *A uno de verdad.* Y no niñatos como estaba acostumbrada, aunque también debía reconocer que mis hormonas revolucionadas por cierto hombre venían acompañándome una semana y estaba mucho más susceptible que en cualquier otro momento de mi vida.

—¿Solo rozar? —exclamé siguiendo su juego—. Quizá deba indagar más para saber si existe o no la perfección —advertí irguiendo el mentón como si le estuviera retando.

Vi su expectación, sus ganas de jugar a ese juego que le estaba proponiendo y casi podía advertir que salivaba de solo pensarlo.

Y eso que llevo el jodido uniforme que el caballero negro me obligaba a ponerme a diario, tendrías que haberme visto con el vestido negro.

—Puedes estar segura de que lo haré, Alexa —vi como daba un paso hacia mi, no sabía cuales eran sus intenciones pero me mantuve firme sin mover un ápice de mi cuerpo. No tenía la menor idea de si iba a darme un beso, a tocarme, a rozar alguna parte de mi cuerpo, pero sus labios no se acercaron a los míos, sino que se dirigieron hacia mi oído—. Y disfrutarás mientras lo hago.

La madre que parió al chef.

Me quedé allí como una estatua mientras le vi alejarse y comenzar a moverse por la cocina como si ya la conociera. En ese momento caí en la cuenta de que ya habría debido estar varias veces para eventos de ese tipo, conocía a Le Noir, trabajaba con con él en sus fiestas privadas... ¡Soy idiota!, ¡Definitivamente idiota!

Salí de allí mientras veía por el rabillo del ojo que desplegaba su manta de cuchillos y se disponía a trabajar, estaba segura de que si me quedaba dos minutos más era capaz de lanzarme a su cuello como un vampiro porque hasta ese momento no había admitido que mis hormonas estaban aceleradas al mil por mil por culpa del morenazo de ojos azules de mi jefe.

¿Cómo puedo estar así por un tío que ni me mira a la cara desde hace cuatro días?

Aunque eso no importaba. Le veía nadar cada atardecer en la piscina, aquellos músculos ejercitarse, podía verle por los pasillos con aquel traje inmaculado que marcaba ese culazo perfecto y las camisas que se ajustaban a sus brazos evidenciando esos bíceps que no tenía la

menor idea como había logrado, empezaba a creer que igual tenía un gimnasio completo en el sótano y se entrenaba por las noches o definitivamente había hecho un pacto con el diablo para tener aquellos abdominales dignos de un Dios nórdico.

O son de pega habiendo pasado por el quirófano… pero a simple vista no lo parecía *y los había visto desde bastante cerca.*

Aunque de nada le servía toda aquella perfección, era un imbécil redomado.

Por suerte en tres semanas estaría muy lejos de allí y comenzando una nueva vida, aquella experiencia solo sería un lejano recuerdo, aunque eso no compensaba el hecho de que mis piernas aún flaquearan por las palabras que había susurrado el chef.

Yo y mi falta de sexo harían que cometiera una locura, lo estaba viendo venir.

—¡Alexa! —El grito fue ensordecedor y evidenciaba una clara señal de enfado, de algún modo la bestia se había despertado.

Subí las escaleras y cuando alcé la vista me dio un vuelco el corazón, probablemente hasta dejó de latir. Le Noir estaba con la camisa abierta la pajarita sin hacer colgando a ambos lados al igual que el chaleco, iba descalzo y aun despeinado.

Por todos los dioses… mis bragas acaban de convertirse en la inundación del Támesis.

—¿Qué es todo este alboroto? —expresó con manos abiertas como si no diera crédito a lo que estaba sucediendo.

CAPÍTULO 13

Probablemente puse cara de pez globo sin saber muy bien a qué se refería, era una fiesta, ¿Qué esperaba?

—Están organizando la cena para que todo quede perfecto —respondí en un tono formal dando a entender que aquello era lo normal.

—Es una fiesta íntima con pocos comensales, no entiendo porque debe estar invadida la casa con demasiado personal. Si se filtra alguna fotografía o desaparece algún artículo de valor, te haré responsable de ello —amenazó con el dedo de forma incriminatoria como si yo tuviera la culpa de todo.

¿No era esto lo que él deseaba? Lo último que necesitaba era que me culpara a mi por sus peticiones.

El decorador trae a su equipo y se marcharán en cuanto finalice, el personal de servicio está preparándose y el chef junto a sus ayudantes se encuentran en la cocina. El resto de personas solo vienen a realizar entregas.

—¿Ha llegado el chef? —inquirió ahora con la mirada profunda y fija en la mía.

—Si, hace unos minutos —advertí sin querer darle demasiada importancia.

—Muy bien. No quiero que te acerques a él.

¿Perdona?, ¿Acababa de decirme que no me acercase al chef Durand?, ¿A santo de qué?

—Eso será difícil teniendo en cuenta que debo supervisar que todo salga bien —dije como si estuviera loco.

¿Qué bicho le ha picado a este ahora para que no quiera que me acerque al cocinero?

—Te he dado una orden Alexa. Limítate a obedecer —soltó tan pancho con la intención de darse la vuelta para marcharse.

Muy bueno estás, pero que pedazo de cretino eres…

Apreté mis puños con la intención de callarme y no saltar, pero la rabia era más fuerte que mi autocontrol.

—Soy su asistenta no su esclava, así que no obedezco ordenes si no tienen justificación alguna. Tengo pensamientos y sentimientos propios, si su deseo es que le obedezcan puede comprarse un perro o un mono ya puestos.

Que gustito me he quedao.

—Alexa…. —Aquella voz indicaba un *No colmes mi paciencia.*

—¿Quiere que le compre un perro? —advertí inocente.

Le oí resoplar… no, si al final iba a hacer las maletas esa misma noche.

—Conozco a Durand, es mejor que te mantengas lejos de su alcance… sus intenciones nunca serán buenas —insistió como si supiera algo que yo desconociera, pero por alguna razón no quería revelar.

—Agradezco su advertencia, pero no soy una niña y sé cuidar de mi misma. Si no le importa, tengo demasiados asuntos que atender para que la cena de su cumpleaños salga bien. —Ni siquiera sabía si

era o no de verdad su cumpleaños o si ya lo había sido, lo único que sabía es que lo celebraba esa noche, pero no tenía ni la menor idea de si era verdaderamente su día. ¿Debía felicitarle? Después de tantos días sin cruzar una palabra con él que no fuera por email o un escueto saludo, hablar aunque solo fuera para discutir parecía extraño.

Iba a marcharme, pensé que la conversación con el caballero negro y su tabla de chocolate bien formada que me aceleraba el pulso cada vez que mis ojos viajaban hacia ella habría terminado, pero cual fue mi sorpresa que en cuanto puse un pie en el peldaño de la escalera para descender por esta, noté su mano ceñirse a mi antebrazo impidiendo mi perfecta huida ahora que estaba victoriosa.

—Aléjate de él, es mi último aviso. —Su tono era intimidatorio, serio, incluso casi enfadado.

—¿Va a despedirme si no acato su orden? —advertí subiendo el mentón.

Estaba cansada de callar y obedecer, yo no era así, de hecho nunca había sido así en mi vida. Tal vez las cosas no me habían ido bien precisamente por eso, por mi carácter rebelde, pero no servía para estar callada y limitarme a la obediencia, yo no era de ese modo y no iba a comenzar a serlo ahora.

Quizá Le Noir tenía sus razones, no digo que no, pero no pensaba obedecerle sin más, sin rechistar solo porque era su santa voluntad. Necesitaba una buena razón o un buen argumento más allá de unas supuestas intenciones.

Porque si las intenciones del chef eran las de acostarse conmigo sin querer nada más, estaba más que encantada de que así fuera. Lo último que necesitaba era meterme en una relación, ni siquiera sabía donde estaría en tres semanas o a donde me llevaría el destino, no estaba dispuesta a posponer o condicionar mi futuro por alguien más, eso lo tenía muy claro.

—No tolero la insolencia, Alexa —advirtió en lugar de contestar a mi pregunta.

—Ya somos dos —respondí colocando mi mano sobre la suya para soltar su agarre y por alguna razón sus dedos se abrieron para soltarme.

Mientras descendía por las escaleras podía notar que seguía en el mismo lugar donde le había dejado, como si observase mi silueta marcharse, quizá por no creer que le hubiera dado aquella respuesta. ¿Qué esperaba? Llevaba ignorándome días, estaba claro que no le apetecía estar en el mismo lugar que yo o eludía mi presencia. Yo no le agradaba y probablemente no me echaba porque no tenía más remedio que mantenerme al menos hasta que finalizase la fiesta para no tener que comerse el mismo todo el marrón de los preparativos, así que si pensaba echarme de todos modos, no iba a quedarme callada.

—Y encima me viene con que no me acerque al único tío bueno de la casa aparte de él… *váyase usted a la mismísima mierda*… —susurré entre dientes mientras bajaba los últimos peldaños de las escaleras.

¿Quién se ha creído que es?

¿Será porque le gusta el chef y lo quiere solo para él? *Manda huevos como sea por eso*…

Tenía unas enormes, gigantescas e irrefrenables ganas de sacar mi teléfono para contar absolutamente todo en el grupo, que don capullo alias prepotente misógino de pacotilla quería decidir hasta con los tíos que podía o no tener sexo.

Lo nunca visto.

—Y encima tiene los santos cojones de echarle la culpa al otro diciendo que sus intenciones no son buenas… *es que flipo*.

Afortunadamente el timbre sonó y era la vajilla que había encargado, al menos el rapapolvos por teléfono que me había marcado delante del chef Durand había dado sus frutos.

El decorador y sus ayudantes se marcharon cuando todo estaba listo, lo cierto es que habían dejado el salón espectacular, una mesa digna del gran Gatsby con todo el decorado, flores y adornos de la

época. Plumas, perlas, dorados, flecos y brillantinas por todas partes… ojalá fuera una invitada más y no una simple asistenta para poder disfrutar de aquello.

La comida estaba lista así que en cuanto el último invitado llegó, el caballero negro hizo su aparición entre vítores y aplausos por atreverse a dar una fiesta de ese tipo en su trigésimo cuarto cumpleaños.

Treinta y cuatro años, está buenísimo y encima forrado… el cabrón lo tiene todo. Bueno, todo no… es un gilipollas de remate.

Me preguntaba si todos los invitados allí presentes que según Mr. Le Noir eran su circulo privado más cercano, serían amigos de verdad o esas típicas personas que fingen ser amigos por puro interés. Teniendo en cuenta que él se movía por intereses, no sabía exactamente si sus amigos tendrían las mismas características que él.

Había un camarero por cada invitado y entre ellos al único que reconocí fue al hombre de los sueños de Lorena; Joan. Al parecer él pertenecía a su círculo más cercano junto a otros seis hombres y cuatro mujeres aparte de ellos dos.

La velada parecía ir bien, podía oír las risas de vez en cuando y apenas me asomaba al salón para comprobar que todo iba bien porque cada vez que lo hacía sentía la mirada furtiva del anfitrión como alfileres clavándose en mi cara, eso hacía que el resto de comensales también viajaran con su mirada en mi dirección. En la mayoría existía desconcierto ya que nadie sabía quien era yo, pero podía ver la sonrisa de Joan a la que respondía de igual modo.

Cuando acabaron de servir la cena y los comensales comenzaron a alzarse para degustar cocteles y alcohol mientras jugaban a cartas y demás ocio preparado con la misma dinámica de la época, me escabullí a la cocina esperando que entre el caos de ayudantes, pinches y camareros pudiera encontrar algo suculento de lo que había podido ver en los platos para llevármelo a mi estómago vacío. Mi sorpresa se incrementó cuando vi que todo el personal de cocina había desaparecido y en su lugar solo se encontraba Durand

con los brazos cruzados como si me estuviera esperando.

—¿Dónde están todos? —pregunté extrañada.

Ni siquiera habrían pasado veinte minutos desde que se llevaran los platos vacíos del postre, solo me había entretenido un poco más por si requerían de mi presencia, pero viendo que no, decidí aprovechar la oportunidad.

—Se han marchado. La cocina ha cerrado —sonrió señalándome una bandeja con varias porciones de lo que había servido esa noche—. Debes estar hambrienta, no te he visto probar bocado.

Y encima considerado, lo que viene siendo un caballero a día de hoy… igualito que quien yo me sé.

—¿Y no se supone que tu también deberías haberte ido? —dije acercándome a él mientras cogía un tenedor para pinchar del plato.

Nunca me había avergonzado comer delante de un hombre y desde luego no pensaba comenzar ahora por mucho que el chef me atormentase con aquella mirada llena de ardor y de lo más prometedora.

—Tengo una buena razón para quedarme —contestó provocando que mis piernas temblasen de nuevo.

—¿Fregar los platos? —exclamé solo para provocarle y conseguí que exclamara una sonora carcajada.

Hice aspavientos con las manos para pedir que bajara el tono, la cocina estaba alejada del salón, pero con aquel estruendo era posible incluso que nos escucharan.

—Hacía tiempo que no encontraba a una mujer tan fresca y divertida como tú, además de guapa —recitó acercándose lo suficiente para sentir que debía dar un paso hacia atrás por ver sus intenciones claras.

Aún así su mano atrapó mi cintura y sentí sus labios sobre mi cuello, provocando que casi no supiera como reaccionar al pillarme

desprevenida. Sus manos comenzaron a descender atrapando mi trasero para alzarme y colocarme sobre la encimera de la isla de la cocina. A pesar de que sus labios seguían en mi cuello era incapaz de cerrar los ojos porque casi no podía creer que de verdad estuviera sucediendo y yo aún tenía la boca llena.

Si es que no tengo remedio…

En cuanto tragué el último bocado mis manos se alzaron para atrapar su cuello y entonces sus labios se dirigieron hacia los míos atrapándolos con tanta intensidad que era incapaz de concentrarme ante tal avasallamiento o quizá era por el hecho de que estaba en mitad de aquella cocina y que en cualquier momento podría entrar alguien a descubrirnos.

—Dulce y exótica, como me gusta —oí en un jadeo y entonces vi el filo de la hoja afilada que sacaba de su cintura con la intención de rozar mi cuello.

Me aparté de él como si hubiera visto un fantasma, de hecho mi cara debió convertirse en una faz blanco nuclear al ver ese pedazo de cuchillo entre nosotros.

—Tranquila, tengo mucha mano y aunque está afilado no te haré daño, créeme… no pasará nada —susurró como si no fuera un juguete erótico.

¿Perdona?, ¿De verdad me estaba insinuando que quería jugar con aquello?

Te conozco de dos conversaciones telefónicas y cuatro minutos mal contaos, si crees que voy a dejar que acerques eso a mi, te puedes colgar de un pino, guapo.

—Va a ser que no —advertí con la intención de darme la vuelta y pirarme de allí.

Si era un pirado de esos que le va el rollo sado pero con cuchillos, que se busque a otra.

—He venido esta noche aquí solo para esto, si crees que voy a dejar que te marches sin follarte es que eres idiota. —Su tono era soez,

soberbio y no existía ni rastro del tipo supuestamente caballeresco que se suponía que era hasta hacía escasos cinco minutos.

¿Hola?, ¿He entendido bien? Por un momento quise creer que no, pero su mano apretando fuertemente mi brazo indicaba lo contrario, que por muy mal que hubiera sonado aquella frase, era real, la había pronunciado tal cual había sonado traducida en mi mente.

Vale. Tranquila. Estás en una casa llena de gente y seguramente en cualquier momento alguien entrará por la puerta así que no hagas un drama y trata de ser civilizada.

Si no fuera porque tiene un pedazo de cuchillo enorme en la mano, le soplaba una buena bofetada.

Quizá debería tener miedo, pero no lo tenía, más bien estaba indignada y no sabía muy bien si lo estaba solo con él o también conmigo misma.

Ni de coña pienso admitir que esto me pasa por no hacerle caso al puto caballero negro.

¿De esto trataba de advertidme? Pues podría haber sido más especifico ya puestos…

—Suéltame ahora mismo —dije con todo el civismo del que fui capaz sin gritarle, sin maldecir y sobre todo sin perder los estribos.

No lo hizo, sino que en su lugar sonrió de un modo extraño, como una persona que estuviera bajo los efectos de la locura y mi petición le pareciera ridícula o graciosa, pero no me hizo ni puñetera gracia que la punta de aquel cuchillo se dirigiera a mi escote e hiciera saltar un botón de mi camisa… luego otro… y después un tercero con tanta facilidad que empezaba de verdad a acojonarme.

—¿Aún quieres que te suelte? —su pregunta casi parecía una amenaza, como si creyera que infundiendo miedo conseguiría lo que de otro modo no obtendría.

—¡5Aléjate de mi loco de mierda! —advertí tratando de soltarme, pero evidentemente no conseguí que lo hiciera, sino que él parecía incluso más enfadado por el tono de rojez que había en su

rostro.

—No has entendido que…

—Ha dicho que te alejes de ella Durand. —La voz profunda que procedía de la entrada de la cocina le hizo alejarse de mi rápidamente y una vocecita interior casi dio las gracias a pesar de reconocer a la perfección de quien procedía.

No tenía ni la menor idea del porque el anfitrión de la fiesta había decidido abandonar a sus amigos para ir a la cocina, pero fuera cuales fueran las razones, en aquel momento no me parecía un misógino idiota, sino todo lo contrario.

Alcé la vista y vi su mirada intensa, aquellos puños apretados que evidenciaban las ganas de propinarle una paliza, pero sobre todo estaba cabreado, enfadado, increíblemente irritado.

—Chevalier… —susurró en un tono muy diferente el chef.

—Lárgate de mi casa ahora mismo —advirtió Le Noir sin responder a su nombre y sin saludarle.

—Creo que ha habido una confusión, ¿No es así? —Ahora la voz de Durand era mucho más amigable, serena e incluso parecía intentar buscar una cómplice en mi.

¿Iba en serio?

—¡Que te largues! —gritó Mr. Le Noir haciendo que diera un pequeño salto ante tal torrente de voz dejando clara su autoridad.

El chef Durand asintió y recogiendo su manta de cuchillos se esfumó de allí sin siquiera decir un simple adiós.

¿Qué demonios acababa de pasar?

De nuevo estaba a solas con un hombre en la cocina, pero en aquella ocasión era el caballero negro y tenía un cabreo de mil demonios, incluso podía escuchar su respiración agitada que de algún modo trataba de controlar.

—Me iré esta misma noche —susurré adelantándome al hecho de que me echara de su casa e hice ademán de irme de allí.

Lo último que necesitaba después de lo sucedido era un rapapolvos o algo similar, bastante heavy había sido enfrentarme a un tío con el que incluso había fantaseado tener sexo y que resultase ser un loco maniático al que no le habría importado violarme con tal de saciar sus fantasías.

—No te irás a ninguna parte —dijo atropelladamente tratando de detenerme.

¿Ah, no?

—¿Por qué no te limitaste a obedecerme?, ¿Tan complicado era mantenerte lejos de aquí? Ni siquiera sé porque tengo que discutir contigo, se supone que no debía estar aquí, sino en el salón junto a mis amigos, pero sabía que me desobedecerías, ¡Desde que te oí hablar de él por teléfono, supe que lo harías! —continuó gritando con evidente enfado.

¿Desde que me oyó hablando de él por teléfono? Recordé vagamente que había enviado un audio a mi grupo de amigos haciendo referencia, pero tampoco era para deducir que quisiera montármelo con el chef, ¿no?

—¡Si hubiera sido más conciso quizá le habría obedecido! —contesté cruzándome de brazos—, ¿Cómo demonios iba a saber que era un loco pervertido que me amenazaría con un cuchillo de cocina afilado?

—Existen muchos tipos de perversión, Alexa. —Su tono ahora era mucho mas ronco, pero aún podía evidenciar su rabia—. Todos tenemos un lado oculto.

De algún modo sus palabras me hicieron intuir que él también lo tenía… *y fijo que estaba en ese sótano*

Tragué saliva porque no podía ni imaginarme cual sería su tipo de perversión, ¿Tal vez tenía un cuarto oscuro ahí abajo lleno de objetos sexuales para hacer daño?, ¿Le molaría el sado?, ¿Quizá la persona o personas con capa roja eran sus esclavos sexuales? Pensar en ello me creaba una sensación extraña, un querer saber y no

desearlo al mismo tiempo.

—¿Usted también? —No pude evitar preguntar y percibí su mirada intensa sobre la mía.

—Retírate a tu habitación y olvida lo que ha sucedido aquí —respondió con una evasiva dándome a entender que no pensaba responder a mi pregunta.

—Dudo que pueda pensar en otra cosa que no sea….

Sentí el tirón y noté mi cuerpo chocando contra el suyo, ni siquiera me dio tiempo a reaccionar cuando tuve sus labios sobre los míos, moviéndose para hacer que entreabriera la boca. Cuando su lengua entro en contacto con la mía sentí que flotaba, que viajaba a través de un mundo desconocido y paralelo como si no estuviera allí, como si hubiera dejado de ser yo, como si aquello fuera pura magia.

Notaba la calidez de su cuerpo junto al mío, era abrasador y excitante… y repentinamente todo se esfumó. En el instante en que sentí que se alejaba de mi cuerpo y volví a la realidad casi no podía comprender que demonios había pasado, pero era real, el jodido caballero negro me había dado el mejor beso de toda mi puñetera vida.

¡Ay que joderse!

—Ya tienes otra cosa en la que pensar —soltó y se piró de allí dejándome en shock.

¿Qué demonios?, ¿Qué mierdas acaba de pasar?

CAPÍTULO 14

Decir que estaba en shock era quedarse corta, ¡Qué digo corta!, ¡Cortisisisima! Ni siquiera fui consciente de como mis pies habían llegado hasta la que era mi habitación en aquella casa pensando en lo que acababa de ocurrir.

Me había besado…

¡El caballero negro me había plantado un beso de película en tó los morros!

«Ya tienes otra cosa en la que pensar»

¿En serio creía que su beso me haría olvidar al loco del chef y sus cuchillos amenazándome?

Para ser sincera, el puñetero ególatra tenía algo de razón puesto que era incapaz de olvidar aquel beso, incluso tenía los dedos tocando mis labios para cerciorarme de que había sido real.

¿Significaba eso que no era gay?

¡Vamos!, ¡No me jodas!

Mi cerebro volvió en sí y cogí mi teléfono personal abriendo

rápidamente el chat de las emergencias, ese donde cualquier consulta sería solucionada de inmediato. Mis dedos temblaban así que descarté la opción de escribir de inmediato.

—Pregunta directa para Charlie, ¿Tú besarías a una mujer con lengua? —exclamé soltando el icono del micrófono que había en el chat grupal para que se enviara el mensaje.

En cualquier otra circunstancia podría haber dejado el teléfono sobre la encimera del baño mientras me desmaquillaba esperando una respuesta, pero en aquella ocasión mis pies se paseaban de un lado a otro visualizando la pantalla esperando que mi amigo Charlie respondiera.

«Esa pregunta viniendo de ti me parece un tanto extraña. ¿Ha pasado algo?» escribió Lorena y dudé en responder o no, pero preferí esperar a la respuesta de Charlie para no condicionar lo que tuviera que decir a mi pregunta.

«¿Has visto al jefazo besando a otra?» soltó Ana y casi tuve que morderme la lengua para no gritar a los cuatro vientos que había sido a mi a quien había besado.

Vale. Admitamos que lo hizo en condiciones un tanto extrañas, que estaba lo suficiente aturdida, asustada y traumatizada para que mi cerebro reaccionara a otro estimulo que no fuera lo que acababa de suceder con el chef cretino, pero… ¿Por qué me besaría?, ¿Pena?, ¿Lástima?, ¿Tal vez no quería un escándalo y que denunciase al francés por intentar forzarme en su casa? Por más vueltas que le daba al asunto no comprendía nada, ¿Estaría dispuesto Le Noir a rebajarse besando a su asistente teniendo presente que ni le gustan las mujeres?

Mi cerebro se iluminó repentinamente. ¿Y si fuera bisexual?

El mensaje de Charlie entró en el chat y lo pulsé tan rápido como los latidos de mi corazón bombeaban la sangre de mi cuerpo.

«¿A otra?» exclamaba Charlie e imaginaba que respondía al audio de Ana «Si Alexa me hace esa pregunta es porque el jefazo le ha plantado un beso en los morros… ¿O me equivoco? Aunque

respondiendo a tu pregunta, te diré que si tuviera que besar con lengua a una mujer, esa mujer serías tú sin duda alguna. ¡Ahora desembucha y cuenta con pelos y señales todo! »mencionaba un Charlie con tono alegre, señal de que llevaba un par de copas de más.

¿Cómo demonios sabe este tío que Le Noir me ha besado?, ¡Si ni siquiera se puede intuir por mi pregunta!

Me conoce mejor que mi madre, de eso no hay duda.

«¡No me jodas!, ¿Es eso cierto Alexa?» exclamaba Ana.

«Es posible» escribí en el chat cerrando los ojos y dejándome caer a la cama sabiendo que tendría que contar toda la historia, incluido el dramático altercado con el chef cretino.

Tras escribir aquello el chat se incendió, creo que no se habían escrito tantos mensajes e iconos en tan poco tiempo desde que Ana pilló a su ex en la cama con otra. Si. Definitivamente el chat no había ardido tanto desde entonces y ya habían pasado cuatro años de eso.

«¡Hostia puta!, ¡Te dije que no era gay!»—gritaba Ana mientras mandaba emoticonos sin cesar.

«¡No me lo creo!, ¿Y así sin más?, ¿Te ha plantado un beso en los morros como si nada?» exclamaba Lorena atónita, y eso que hasta ahora estaba escribiendo, señal de que no podía hablar, pero evidentemente no lo había podido evitar.

«¿Cómo se va a resistir a ese culo y esa cara?, ¡Si es que nuestra Alexa es mucha Alexa!» respondía Ana.

«Tiene que ser como mínimo bisexual» seguía hablando Lorena.

«Empieza a rajar ya o me presento en diez minutos en la fiesta, tú veras…» amenazó Charlie y sabía que de broma tendría poco.

—Vale. Vale. Que no cunda el pánico… coged palomitas porque esto va para largo… —comencé mientras relataba el inicio de la fiesta incluyendo la entrada del chef cretino en escena y todo lo que había sucedido en el transcurso de la noche hasta aquel increíble beso.

Cuando terminé el relato, capullo de mierda fue lo más sutil

que recibió el chef francés como apelativo, pero casi pasó inadvertido cuando les revelé que el caballero negro había admitido que todos tenemos un lado oscuro, lo que hacía entender que él también.

«A saber que perversiones guarda en el sótano. No me gusta nada» escribió Lorena.

«¡Ya está la otra gafe!, ¿Qué va a guardar? A lo mejor le mola el sado o algo así, tampoco es para tanto… mira todo lo que ha movido el de las sombras y estaba majara perdido» bufaba Ana.

«¡Era ficción! Dudo que en la vida real te mole que te azoten» gritó Lorena.

«Pues hay mogollón de peña a la que le mola ese rollo, igual es cuestión de probar, ¿no? Yo desde luego probaría con uno que tuviera el aspecto de ese caballero negro sin duda alguna» replicó Ana.

«A la que le tiene que importar es a Alexa, no a nosotros» terció Charlie impartiendo paz, algo extraño en él porque casi siempre era el rey de la discordia y eso me intrigó.

—Probablemente solo me besó por lástima, quizá creyó que sería la única manera de hacerme olvidar lo sucedido drásticamente para tener otro recuerdo que no fuera el de un intento de violación básicamente. —Yo misma trataba de convencerme de que no me había besado porque era técnicamente imposible que pudiera atraerle.

Nunca sería el tipo de mujer de ese hombre aunque fuese bisexual.

Con lo elitista que es, hasta me resultaba extraño que se hubiera rebajado a besar a alguien de la *plebe*.

«Lastima dice… ¡eso es lo que deberías tener tu de nosotras!, ¡Jodida con suerte!, ¡Un tío cañón te da un beso de película y dices que es por lástima!, ¡Tú estás demente!» exclamó Ana.

«La idea de que sea bisexual no me resulta tan descabellada mirándolo en perspectiva…» Las palabras de Charlie retumbaron en mis oídos como bombas atómicas, creando un aluvión de sensaciones encontradas que me hicieron revolotear a mil por hora.

¿Podrían atraerle las mujeres al caballero negro?, ¿Podría atraerle yo? No sabía si deseaba saber la respuesta porque no quería darme un buen hostión.

—Genial. ¿Y qué mierdas hago ahora? —grité entrando en pánico total.

Lo de insinuarme para quedar como una lerda quedaba descartado, ¿Actuar como si no hubiera pasado nada?, ¿Mirarle a la cara como si nunca me hubiera dado el mejor beso de mi vida? Ya… *como si fuera tan fácil.*

«Pues pregúntaselo» zanjó Charlie y yo bufé.

—¿Te recuerdo que he firmado un contrato en el que no admite preguntas personales? —exclamé saltándome varios audios de Ana y Lorena que escucharía más tarde.

«Teniendo en cuenta que te ha besado él, me pasaría por el forro esa norma al menos esta vez» decretó y en parte no le quitaba la razón, pero dudaba tener el valor de preguntarle aquello directamente a la cara.

Y menos aún lo iba a hacer mediante un famoso email.

Estaba jodida. Hundida y jodida.

Hundí mi cara en la almohada y grité, ¿Por qué demonios tenía que ser todo tan complicado? Empezando porque nada con ese hombre era sencillo, estaba claro que cualquier cosa a iba a ser enrevesada hasta el infinito.

Estuve durante al menos una hora mirando al techo evaluando mis posibilidades y convenciéndome a mi misma que el hecho de besarme no implicaba nada fuera del ámbito laboral que establecíamos. Yo era su asistente, él era mi estúpido y ególatra jefe y nada de esas dos cosas iba a cambiar por muy bien que besara y por más bueno que estuviera. ¿Qué podía llevarme?, ¿Un buen polvo en el mejor de los casos y un corazón maltrecho por hacerme ilusiones vanas?

—Va a ser que no —me reafirmé.

Estaba allí por los siete mil euros que obtendría cuando acabara el mes, por hacer mi sueño realidad, por irme de una vez al extranjero a comenzar mi carrera y hacerme un nombre. Así que ni los mejores pectorales, ni la espectacular mirada azul brillante, ni ese aura de amante experto que le rodeaba iban a hacerme cambiar de opinión.

Aquella noche no abrí los ojos a las cuatro de la mañana, no supe si hubo o no alguien bajo una capa roja con zapatos de mujer, pero cuando desperté la mañana estaba avanzada y eran casi las diez.

¡Joder!, ¡El desayuno!

No tenía la menor idea de si habría trasnochado o no, pero habitualmente Le Noir se acostaba tarde y despertaba a la misma hora de siempre, aunque hubieran pasado las cuatro de la madrugada.

A lo mejor es un vampiro…

Si no fuera porque no creía en leyendas mitológicas, me atrevería a pensarlo seriamente.

Pros: Es un elitista. Apenas duerme. Tiene un gusto refinado. Está forrado. Su vida sentimental es un misterio. Esconde algo en el sótano. Viene gente misteriosa envuelta en capas rojas a deshoras. Escuché gritos. Tiene un aura extraña. Es muy reservado. Me ha besado una vez y fue como flotar en una nube.

Contra: No le afecta la luz del sol. Come comida normal.

Visto así… hasta da repelús pensarlo.

Alexa déjate de payasadas y céntrate.

Me puse ropa cómoda, a fin de cuentas necesitaba lavar y secar el uniforme después de la noche pasada así que lo lleve conmigo mientras me dirigía hacia la cocina para tomar un café triple mientras el programa de lavado finalizaba.

Entrar en aquella cocina me trajo los recuerdos de la noche pasada y muy contrariamente, en lugar de recordar al chef y sus amenazantes palabras, solo era capaz de evocar el magnifico beso del

caballero negro que me pilló desprevenida.

¿Cómo demonios sabía él que su beso anularía lo sucedido?, ¿Tan egocéntrico es? Evidentemente tiene razones de peso para hacerlo, porque era una realidad que no podía dejar de pensar en ello.

Iba por el segundo sorbo de café cuando me entró un email.

«Hay diversos asuntos que tratar con urgencia. Ven a mi despacho cuando termines de desayunar» leí mientras miraba a mi alrededor.

¿Las cámaras en este lugar están ocultas? Fijo que las tiene… y fijo que me ha visto espiarle por la ventana de la escalera mientras nada en la piscina.

Ahora me siento una imbécil.

Aquel fue el café que me bebí más despacio de toda la historia de mi vida, pero después de media hora, atrasar lo inevitable era una idiotez, así que alcé el mentón y fui con paso decidido al despacho de Le Noir.

Podía notar mis nervios. Mi pulso acelerado. Mi temblor que llegaba hasta la punta de los pies y quizá solo era por ver el reflejo que habría en sus ojos al verme después de lo sucedido la pasada noche.

Seguro que solo son pájaras mías y que para él no significó absolutamente nada. Ahí, en ese preciso instante es cuando empezaba a ser consciente de que para mi absoluto pesar, deseaba fervientemente que para él no hubiera pasado inadvertido.

Golpeé la puerta y escuché su voz, deslicé la manivela y mientras se abría la puerta pude ver que su rostro estaba fijado en la pantalla de su ordenador, ni siquiera tenia la intención de verme entrar, aquello en parte me desilusionó.

—Buenos días señor Le Noir —decreté en tono formal, haciendo ver que nada había cambiado pese a lo sucedido.

—Mis invitados parecieron quedar satisfechos con la fiesta, de

hecho mencionaron que había sido el mejor cumpleaños que he celebrado en mucho tiempo, supongo que en parte es gracias a ti —dijo sin siquiera mirarme a la cara.

¿Eso era un halago?, ¿Quizá una especie de halago que le costaba bastante admitir?

—Me alegro —dije por decir algo.

—En vista de que hay algo que parece que no se te da tan mal, he decidido que trabajes con mi gestor de exposiciones para organizar mi exposición —añadió esta vez apartando la vista para verme y su ceño fruncido no me pasó inadvertido.

¿Quería que organizase su exposición de cuadros en París?

—¿No se encargan expertos de ello? —exclamé extrañada.

—Quiero que en esta ocasión sea diferente. Un toque especial, quizá les puedas sugerir algo nuevo para variar.

Mi gesto era de confusión total, ¿Sería ese el modo de admitir sin decirlo que le gustaba mi trabajo?

Anoche casi habría asegurado que me despediría por no obedecerle y ahora reconocía que hacía bien mi labor, eso sí, sin afirmarlo abiertamente.

—¿Y si no lo hago bien? —pregunté alarmada.

—Si crees desde un principio que no lo harás bien, evidentemente lo harás mal —terció él.

—Y entonces me despedirá —puntualicé.

—Y entonces te despediré —afirmó con lo que casi podía atisbar que era un deje de sonrisa, aunque evidentemente no sonrió.

—Muy bien. ¿Desea algo más? —pregunté antes de darme la vuelta para irme.

—Si. Llama a mi abogado, tiene un preacuerdo de confidencialidad para ti, si estás de acuerdo con la cantidad establecida fírmalo y lo de anoche quedará en un simple mal recuerdo.

—Sus palabras sonaban formales, como si dijera aquello con total y absoluta normalidad.

¿Hola?, ¿Preacuerdo?, ¿Abogado?, ¿Mal recuerdo? Creo que me he perdido.

—¿Un preacuerdo? —exclamé aturdida.

—No te conviene iniciar un pleito contra Durand y yo no me involucraría en un asunto de esa índole, lo mejor es un acuerdo legal en el que él no volverá a acercarse a ti y tú no iniciarás una demanda legal en su contra ni le difamarás por una compensación económica acordada. Si tienes alguna duda coméntaselo al abogado, es lo mejor para ambas partes. —Algo me decía que parecía demasiado acostumbrado a hacer cosas de este tipo, ¿Quizá porque le había sucedido a él mismo?

—¿Y si no estuviera de acuerdo? —exclamé solo por curiosidad.

—Mi abogado te explicará las consecuencias de no ajustarte al preacuerdo. En tu caso es mejor firmar y olvidarte de lo sucedido, como si jamás hubiera pasado.

No sabía reaccionar, quizá era normal porque gracias al cielo no tenía demasiada experiencia en asuntos de aquel tipo, algo que tal vez otra persona en mi lugar no habría podido tener tanta suerte.

Yo no era de las que cogen el dinero y miran hacia otro lado para que alguien que venga detrás sufra por lo que yo no he evitado. Ni hablar. Yo no era así y eso que nadie más que yo necesitaba urgentemente ese dinero.

—Está bien —admití sin entrar en detalles de lo que opinaba al respecto.

—Y cuando me refiero a todo, significa todo Alexa —dijo ahora haciéndome comprender a lo que se refería exactamente.

Nuestro beso.

¿Quería que olvidara eso también?, ¿Cómo si no hubiera

sucedido? En realidad nadie más que yo necesitaría hacer como si aquello no hubiera ocurrido, su simple mención ya me incomodaba.

—Por supuesto —afirmé con la intención de marcharme, pero aquella espinita de curiosidad no me dejaría en paz de por vida si no la saciaba—, solo si me responde a una pregunta personal.

Vi su expresión de incomodidad, por un segundo pensé que no accedería, que se negaría en rotundidad.

—Hay una cláusula que especifica el hecho de no hacer demandas personales de ningún tipo y la firmaste —aclaró por si tenía alguna duda—, pero haré una única excepción esta vez y solo esta vez.

Aquello me causó gracia, ¿Tanto anhelaba que olvidase aquel beso?

—¿Es bisexual? —exclamé antes de siquiera poder formular una frase para que mi pregunta no sonara tan abrupta.

Mi pregunta no le causó ninguna emoción, ni siquiera una sonrisa o una carcajada que pudiera evidenciar los motivos de aquella pregunta.

—No lo soy —respondió con tanta firmeza que todas aquellas banales ideas soñadas cayeron con el mismo aplomo que su respuesta.

Era gay. Definitivamente era gay.

CAPÍTULO 15

—¿Por qué no le has preguntado directamente si era hetero? —decía una Ana casi enfadada al teléfono.

Me apetecía hablar con alguien para contar la travesura que acababa de realizar con el posterior chasco monumental. Sabía que Charlie estaría liado con trabajo, tenía eventos todos los fines de semana y Lorena estaba fuera de cobertura porque se iba de ruta por la montaña, eso me dejaba únicamente libre a Ana que siempre podía responder al teléfono desde la clínica con cualquier absurda excusa.

—¡Porque no lo es! La única duda era si fuese bisexual y ya ha respondido que no… —advertí dándome jaqueca aquel asunto.

O más bien el haber quedado con cara de idiota frente al misógino de malas pulgas.

¿Por qué demonios me tendría que haber besado? Si no lo hubiera hecho, yo no me estaría quebrando la cabeza en aquellos momentos de esa manera y asunto resuelto.

En realidad estaba molesta de que no fuera bisexual, de que fuera verdad que era gay y detestara a las de mi especie. Aunque visto

así, no había tenido ningún miramiento en besarme, tanto no nos odiaría si lo analizaba de ese modo.

Aunque a mi no me traga, de eso estoy segura.

—¿Y quien dice que no sea una invención o vete a saber qué? Nadie le ha visto con mujeres pero tampoco con hombres, de hecho no hay ni una sola foto en internet que le relacione con una pareja sea del tipo que sea, ¿No te parece un poco extraño el asunto? —exclamó metiéndome el gusanillo de la duda.

Desde luego extraño era. Le Noir era alguien conocido en el mundo del arte, lo suficiente famoso para ser una persona de interés a la prensa y me extrañaba que ni un solo artículo, revista, periódico o medio de comunicación hubiera conseguido sacar algún idilio confirmado de él con alguna persona, ya fuera hombre o mujer. Había rumores, gente que decía saber o haber visto algo, pero ni una sola imagen que lo constatara para saber si era cierto o simples habladurías sin fundamento.

—Ya, pero si el río suena será porque agua lleva, no creo que digan que es gay y el se quede tan campante sin desmentirlo, ¿Qué conseguiría con ello? Los tíos se le echarían encima para insinuarse creyendo que lo es y si verdaderamente no lo fuese se correría el rumor entre ellos de que no se acuesta con ninguno —puntualicé.

Para mi era evidente, ¿Qué persona fingiría o dejaría que la gente creyera que tiene una tendencia sexual contraria? Si fuera bisexual todo cambiaría, pero su respuesta había sido contundente.

—Ahí tienes razón —soltó Ana con un bufido—. Joder… con lo bueno que está y no se puede catar, pero sigo sin creer que te besara solo por simple compasión, tía ahí debe haber algo más, algo que se nos escapa a las dos.

Quizá Ana tuviera razón, pero no iba a darle más vueltas a algo que no me llevaría a ninguna parte. Le había dicho a Le Noir que me olvidaría del asunto y eso haría, fingiría que aquel beso jamás habría sucedido y teniendo en cuenta nuestra nula comunicación física durante los últimos días era más que probable que lo consiguiera.

Solo eran tres semanas más y me iría, no volvería a verle de nuevo. Ni a él, ni a ese magnetismo del que era incapaz de lograr que no me afectara.

Me estoy volviendo loca.

¿Qué magnetismo ni qué leches? Tenía una personalidad de mierda, por no decir que era un egoísta misógino que me trataba fatal la mayor parte del tiempo… *y eso que solo llevaba allí nueve días.*

Por suerte para mi, me largaría con el doble de mi sueldo si cumplía de verdad su palabra, eso me permitiría poder residir en el extranjero sin preocupaciones una buena temporada, al menos hasta encontrar trabajo y replantearme mis nuevos objetivos.

Con la idea de mi futura vida que se visualizaba en mis pensamientos, decidí darme una ducha que me despejara de todas las tonterías relacionadas con Le Noir y cuando estuve lista me di cuenta de que tenía siete llamadas perdidas de una tal *agencia de modelos.*

¿Por qué me llamaban ahora?, ¿Y tantas al mismo tiempo?

Marqué el teléfono y esperé a que respondieran sin tener la menor idea del motivo por el que me contactaban. ¿Tal vez Le Noir quería una modelo o la habría pedido en algún momento?

—Agencia de modelos RedStar, soy Fátima ¿En que puedo atenderle? —respondió una voz femenina al otro lado del teléfono. ¿Estrella roja? Por alguna razón la idea de una mujer envuelta en una capa roja con tacones me vino al pensamiento, ¿Sería posible? —¿Hola?

—Si, hola disculpe —respondí atropelladamente—. Tengo varias llamadas perdidas de este numero de teléfono, soy la asistente del señor Le Noir.

—¡Mr. Le Noir! He intentado contactarle durante toda la mañana sin respuesta alguna, la modelo que había solicitado no se encuentra disponible hoy por motivos personales, llamamos para saber si estaría interesado en que le enviásemos una modelo en sustitución, pero al no obtener respuesta ya no existe esa opción.

¿No existe opción?, ¿No tenían más modelos?

—¿No tienen a nadie? —exclamé sin comprender un carajo de que iba aquello o para qué quería a la modelo.

—No de las características especificas que requiere Mr. Le Noir —puntualizó.

¿Características específicas? Si solo era un posado, ¿no? Por alguna razón empezaba a mosquearme todo aquello.

—Entiendo —contesté sintiéndome una idiota.

—Hable con Mr. Le Noir y llámeme para fijar otra cita cuando esté disponible —dijo colgando el teléfono sin decir siquiera un hasta luego de modo cordial.

Ya me cae mal la tal Fátima de las narices, seguro que está allí porque quiere ser modelo pero no la contratan ni para propaganda del supermercado.

Ahora venía la mejor parte, decirle al caballero negro que la super modelo no viene… *y que mayoritariamente la culpa es mía por no haber respondido al teléfono*, pero eso no pienso admitirlo ni de coña.

Le habría enviado un email, pero teniendo en cuenta que se había encerrado en su estudio y que no solía responder al teléfono ni a nada en general, fui hasta allí con la seguridad suficiente de saber soportar la reprimenda que pensaba echarme por lo sucedido. Conforme cruzaba el jardín dejando la piscina atrás podía percibir el sonido de la musica a todo volumen, metí los códigos y entre en la antesala, para mi asombro la puerta de su estudio estaba abierta y algo me hizo pensar que sería porque estaría esperando visita… *la dichosa modelo que no vendría.*

Me acerqué hasta que vio mi sombra y ahí estaba de nuevo, ese maldito cuerpo de infarto vestido únicamente con vaqueros gastados y llenos de pintura.

La madre que le trajo al mundo… definitivamente era una amante de Zeus porque aquello resultaba inhumano.

O yo estoy demasiado necesitada que también es cierto.

—¿Qué haces aquí? Te he dicho en varias ocasiones que no deseo que me molesten mientras estoy trabajando —contestó secamente, incluso evitando mirarme.

—Los de la agencia han llamado para advertir que la modelo que has solicitado no puede venir —dije haciendo amago de marcharme.

Ya lo había dicho, ¿no? Había cumplido y diciéndolo a la cara me hacía ser menos culpable.

—¿Y la modelo de sustitución? Siempre avisan para preguntar si envían a otra —exclamó con el ceño fruncido.

Mierda. Mierda y mil veces mierda.

—Es posible que no escuchara el teléfono y fuera un poco tarde cuando les llamé…

Me despide. Ahora fijo que me despide.

Solo oí un gruñido por respuesta y después se levantó apretando los puños.

—¡Perderé el día entero por tu culpa! —gritó tras varios segundos de lo que evidentemente era contener su furia.

—Si me dices que características especificas son las que estás buscando quizá pueda…

—¡Lárgate! —me interrumpió evidentemente cabreado.

No pensaba quedarme a rebatir, me di la vuelta sin saber si se refería a irme de allí o de su casa, pero antes de cruzar la puerta del estudio me llamó de nuevo.

—¡Espera!, ¡Ven aquí! —exclamó airado pero algo menos enfadado.

Conforme caminaba hacia él notaba que me observaba detenidamente mientras movía un objeto por sus manos, ¿Era un quita estrés?

—¿Alguna vez has posado como modelo? —preguntó como si eso fuera algo tan común como hacer bizcochos.

Si. A diario, no te jode. Tengo amigos artistas por todas partes. ¿De verdad pretendía que posara yo? Bueno tan difícil no sería y al menos subsanaría mi culpa por pasar más de media hora al teléfono con Ana.

—No, pero si puedo ayudarte y me indicas que debo hacer yo obedezco —añadí con una mueca sonriente esperando que de ese modo no indagase en los motivos por los que no había contestado siete llamadas.

Y la culpa la tenía él, él y su puñetero beso que era incapaz de olvidar viendo esa tableta de chocolate que tenía por abdominales moverse todo el tiempo.

Mírale a los ojos. A los ojos Alexa.

—Muy bien, desnúdate y colócate sobre la butaca.

Que me, ¿Qué?

Desnuda. Desnuda. A dicho desnuda.

¡Tierra trágame!

CAPÍTULO 16

Durante varios segundos que a mí me parecieron una eternidad no sabía reaccionar. ¿A estas alturas de mi vida tenía pudor? No era ninguna mojigata y desde luego estaba muy lejos de ser una chica virginal, además ni que fuera la primera mujer que ese hombre viera desnuda, seguramente estaba habituado a ello si venía una modelo expresamente a posar para él, pero saber que tenía que desnudarme frente a él me creaba una ansiedad desconocida.

¿Por qué me sentía de aquel modo? Yo no suponía una tentación para él, ni un símbolo de atracción puesto que había dejado muy claro al negar que fuera bisexual que en efecto era gay. Entonces, ¿Por qué me sentía cohibida frente a él? Como si el hecho de que me viera desnuda pudiera revelar la atracción que inevitablemente creaba en mi a pesar de rechazarlo constantemente.

Era imposible no sentir atracción por ese hombre viendo ese cuerpo esculpido por dioses.

—¿Hay algún problema? Has dicho que querías ayudarme y si no te importa me gustaría continuar cuanto antes, ya he tenido suficiente retraso con la ausencia de la modelo y necesito captar la luz

de inmediato antes de que sea más tarde.

—Si, por supuesto —advertí saliendo del trance y comencé a desvestirme hasta quedarme en ropa interior.

—No hace falta que te quites la parte inferior —oí la voz ruda del caballero negro y de algún modo sentí un leve alivio por ello.

Aunando el poco valor que tenía, me deshice del sujetador y rodeé a Mr. Le Noir tratando de que no pudiera verme mientras me dirigía hacia el diván, aunque eso era una absoluta estupidez porque en menos de treinta segundos estaría completamente expuesta a su vista y se pasaría probablemente al menos una hora sino dos o quizá más observando cada minúsculo detalle de mis tetas.

Virgen santísima en qué líos me meto yo solita… mis tetas van a protagonizar uno de sus cuadros. Genial.

Por un segundo me las miré y agradecí al firmamento que a pesar de no ser suficientemente generosas eran firmes, redondas y equilibradas.

Pero habría sido mejor que retratara mi culo puestos a pedir.

Me subí al diván y me incliné ligeramente hacia atrás pero no sabía exactamente que postura debía adquirir, lo último que me apetecía era alzar la vista para ver como aquel monumento del cielo me observaba con ese cuerpo endiablado y el hecho de saber que me iba a pasar contemplándolo una infinidad me ponía aún más nerviosa de lo que en un inicio estaba.

No voy a sobrevivir a esto, voy a mojar el diván entero y ni siquiera he alzado la vista, ¡Joder!

Antes de poder dar voz a mis pensamientos sobre que posición mantener en aquel precioso pero más que incómodo diván, probablemente me parecía así por la situación que se había generado de absoluto estupor y no porque el mobiliario en sí no fuera acogedor, las manos de aquel hombre vislumbraron mi eje de visión y eso provocó que mi piel se erizara a pesar de que allí no hacía precisamente frío, sino más bien todo lo contrario.

—Inclínate hacia atrás, déjate caer sobre el respaldo. —No llego a tocarme, pero sus dedos casi rozaban mi piel como si tuviera que hacerlo en el caso de que no lograra hacer lo que me pedía y en efecto, cuando note como colocaba sus manos sobre mi cuello para inclinarme hacia un lado, me fue inevitable mirarle.

Mi respiración se detuvo, le tenía demasiado cerca, ese hombre, ese medio inhumano tenía sus pectorales a tan solo dos centímetros de mi boca.

Voy a desfallecer. Estoy segura. ¡Y mi puto móvil está demasiado lejos para intentar desfogarme con alguien! Ahí madre cuando yo cuente esto en el grupo… *arde Troya.*

—¿Tengo que… esto… tengo que estar mucho tiempo en esta postura? —conseguí decir cerrando los ojos porque ya había podido contar exactamente cuantos cuadraditos de chocolate tenía en su abdomen y me parecían más que suficientes para comérmelos todos.

Es gay. ¡Es gay!, ¡ES GAY! A ver si te entra de una puta vez en esa mollera que tienes.

En realidad daba igual lo que fuera, no tenía control alguno de lo que su insólita presencia me provocaba y aunque quisiera hacer un trabajo de concienciación mental sobre lo misógino, controlador y detestable que era, ninguna de esas cosas aminoraba la sensación de entumecimiento que comenzaba a tener en partes demasiado explícitas de mi cuerpo.

Por dios… que no me mire los pezones ahora… que no se de cuenta te lo ruego…

—Solo una hora, quizá dos. ¿Tienes frío? —advirtió repentinamente y supe que si, que efectivamente se había fijado en ellos.

—No, es que soy muy sensible —advertí sin mirarle como si todo fuera tan normal, como si el hecho de que estuviera allí tendida prácticamente desnuda a excepción de unas braguitas negras con un borde de encaje que era lo único que podía darme un poco de

dignidad fuese algo común en mi.

Si hizo algún gesto a su respuesta no lo vi, pero no escuché contestación alguna, sino que sentí como él se alejó y el aire volvió a mis pulmones por el momento. Al menos no tenerle cerca implicaba que me sintiera menos agitada.

—Mírame —oí con voz ruda, exigente, ese característico tono que él usaba casi siempre pero esta vez impregnado de algo más que no supe descifrar.

Alcé la vista y le observé directamente, sin reservas, comiéndomelo con los ojos y resultando imposible no hacerlo, sintiendo que era inevitable perderse en aquel mar de ojos brillantes que me observaban a una discreta distancia. Inconsciente o no tanto me mordí el labio sintiendo el flujo en la parte inferior de mi cuerpo y agradeciendo al universo que no estuviera expuesta para que él no fuera consciente del deseo que me provocaba simplemente su presencia.

¿Estaría acostumbrado a ejercer ese poder en sus modelos?, ¿Sería la única que se sentía de aquel modo? Tal vez era así, quizá era todo un conjunto de factores lo que me hacía sentir un coctel de hormonas a punto de reventar. Lo único que tenía claro es que si debía permanecer allí dos horas contemplándole de ese modo iba a terminar loca o babeando hasta la saciedad.

Durante lo que parecieron minutos me dediqué a estudiar aquel ceño fruncido, la forma peculiar en que me observaba, el detalle de su cabello oscuro sobre la tez clara de su piel, las pestañas oscuras sobre sus ojos de un profundo azul que me obnubilaban. Si… el caballero negro era mucho más que un simple cuerpo esculpido en musculatura, es que todo en su conjunto le hacían rozar la perfección y eso lograba que me cayera aún peor dado su carácter agrio de misógino despreciable, pero al menos tuve que reconocer que era creído con razón, para el resto de cualidades simplemente un imbécil redomado sin remedio alguno.

Me sorprendía que durante un buen rato no había pronunciado

palabra alguna e imagino que su proceder sería guardar silencio mientras permanecía concentrado en la pintura, aunque la musica continuaba en un volumen bastante bajo que permitía la comunicación, él estaba lo suficientemente concentrado y seguí observándole esperando alguna reacción.

Y entonces mis ojos se percataron en la cintura de aquellos vaqueros gastados que usaba, en como se ajustaban perfectamente a su trasero a pesar de que no podía contemplarlo del todo desde su posición, pero durante unas milésimas de segundo él se giró para coger lo que fuera que necesitara de una mesa auxiliar y entonces senti que una tormenta de calor inundaba todo su cuerpo.

No eran imaginaciones mías. No. No era producto de mi excitación. No. No me había desmayado o estaba en un sueño. No. Lo que estaba viendo era real. Muy real.

El caballero negro estaba excitado y el bulto que estaba viendo en sus pantalones era una clara señal de ello.

Cerré los ojos porque no era capaz de asimilar lo que estaba viendo. ¿Realmente me podría haber mentido y ser bisexual? Aunque la respuesta se hacía cada vez más clara, mi confusión era palpable, sobre todo porque no quería creer ni por un atisbo de instante que aquella inconfundible erección que había bajo esos pantalones fuese causada por mi.

No.

Imposible.

Doblemente imposible.

Me encontraba en una vorágine de contradicciones hacia mi misma por cada pensamiento que tenía al respecto y al mismo tiempo era incapaz de no mirar hacia esa parte de su anatomía cada vez que abría los ojos. Probablemente mis mejillas estaban coloradas, todo mi cuerpo enardecía y estaba al límite de estallar en fuego por la simple idea de que él pudiera estar excitado y que el motivo por ilógico que fuese, pudiera ser yo.

Es imposible que ese sea su tamaño normal.

Y sabía la razón. No era la primera vez que miraba con cierta exhaustividad esa parte de la anatomía de Mr. Le Noir.

¡Oh Dios mío!, ¡Piensa en otra cosa Alexa!, ¡Se va a dar cuenta como no apartes tus ojos de su jodido paquete!

Un pequeño quejido o más bien gemido se escapó de mis labios cuando se pasó la mano por el cabello para colocarlo en su lugar. ¿Por qué tenía que ser tan increíblemente sexy? Lo peor es que era demasiado consciente de ese hecho, seguramente por eso tenía esa presuntuosidad y trataba a los demás con aquel despotismo innato.

Si, por ahí vas bien Alexa, sigue pensando en eso y quizá te resulte menos atrayente.

¡Y una mierda!, ¡El tío está más bueno que el pan con chocolate!

—¿Estas incomoda?, ¿Necesitas parar? —Sus palabras provocaron que la tensión en mi cuerpo aumentara.

Por lo menos ha confundido el gemido con un quejido.

—Es el cuello, esta postura es un poco incómoda —mentí como una bellaca, pero para mi estupor le vi dejar las herramientas sobre la mesa auxiliar y acercarse.

No… no… tu y tu poll…digo erección quedaros bien lejos de mi.

Pero una cosa eran mis deseos y otra la realidad, aunque esa realidad consistía en que era como una cerilla a punto de arder y ni yo misma reconocía ese estado de fervor en mi. Jamás en todos mis años de conciencia sexual había sentido una ínfima parte de la tensión con la que enardecía en aquellos momentos.

¿Tal vez era porque me resultaba un imposible? No. Era porque esa maldita erección bajo sus pantalones me hacían fantasear un mundo inimaginable de posibilidades.

Cuando se acercó lo suficiente sentí los labios secos, absolutamente sedientos y no de agua precisamente. Podía notar mis

pezones erectos, mi sexo caliente y febril, la piel de todo mi cuerpo ardiente y mi corazón latiendo apresuradamente como si aquellos fueran mis últimos minutos de vida.

Estaba excitada. Estaba desnuda. Y tenía al objeto de mis deseos a tan solo dos centímetros de distancia.

Sus manos se colocaron en mi cuello, para ser precisos en la parte posterior de mi cuello y al notar el roce de sus dedos se escapo otro gemido de mis labios, esta vez era imposible confundirlo con un quejido, habría que ser muy ignorante para hacerlo.

Le miré.

Me miró.

Y por una décima de segundo vi el ardor. Creí ver la pasión, el fuego, la inmensidad del placer que podía otorgar con su cuerpo.

Y esa décima de segundo se evaporó cuando se dio la vuelta y adoptó una actitud fría y distante.

—He recordado que esta noche debo acudir a una gala benéfica —soltó como si quisiera hablar de lo primero que pasara por su mente.

—No está en su agenda —advertí porque sabía que aquella noche no tenía nada programado, al menos nada que me incumbiera.

—Como he dicho, acabo de recordarlo. Será mejor que te vistas y salgas a comprar algo apropiado, debes acompañarme.

¿Tenía que ir con él a una gala benéfica?, ¿Qué se pone la gente para esas cosas?

—Debo irme… ¿Ahora? —pregunté dirigiendo la vista a su espalda desnuda.

—¡De inmediato!, ¡Fuera de aquí! —rugió como si el hecho de que estuviese allí le molestase.

¡Vete a tomar por culo cabrón de mierda!

Toda mi excitación se esfumó en una milésima de segundo y tal

cual estaba cogí el montoncito de ropa junto a los zapatos y salí pitando de allí sin esperar a vestirme siquiera.

¿Por qué tiene que ser tan capullo?, ¡Menudo imbécil!

Nada más llegar a la entrada de la casa que daba al jardín mi móvil me advirtió de un email.

Remitente: Chevalier Le Noir. Asunto: velada formal. Cuerpo del mensaje: No quiero ser molestado durante el resto del día, sírveme el almuerzo a las catorce horas en punto en el gran salón y márchese. La velada de esta noche es de etiqueta, elija un vestido apropiado para la ocasión, ésta vez no sea discreta. Firmado: Mr. Le Noir.

Leí dos veces el final del mensaje. ¿Qué no fuera discreta? Según él la otra vez no lo fui, ¿Era quizá una advertencia para ver si esta vez lo era?

Pues se va a dar con un canto en los dientes… ¡Pienso ir de amarillo!, ¡O rosa fucsia! No… mejor todavía, ¡Naranja butano!

Debía ser realista. Estaba cabreada porque ese capullo de mierda me había excitado como si no hubiera un mañana y ni siquiera había hecho ni un solo gesto para provocarlo, todo había sido con su mera presencia. Si. Definitivamente estaba indignada de lo que ese imbécil era capaz de provocarme y que a su vez resultaba inevitable negarlo. ¿Por qué?, ¿Por qué demonios tenía que sentir aquello precisamente por él? Pero había algo que no estaba teniendo en cuenta y que me intrigaba y hostigaba como si no hubiera un mañana, que me hacía perder la razón y el juicio hasta no pensar con claridad y dejarme avasallar por el odio que él también me provocaba.

¿Estaba realmente el caballero negro excitado por mi?

CAPÍTULO 17

No porque no los hubiera buscado incansablemente, es que no ni rosa chillón, ni amarillo fluor, ni naranja butano… y parecían existir ese tipo de colores en las tiendas de lujo a las que había acudido. En su lugar había recurrido a un rojo potente, uno de esos de quitan la respiración cuando se ven y a pesar de que no era mi idea inicial, estaba bastante satisfecha porque era precioso, sería mío y había costado un pastizal.

Vale. Admito que en el fondo me da un pequeño resquemor haber gastado la osadía de cinco mil euros en un vestido de firma que es apto para una pasarela roja, pero estaba realmente cabreada, o más bien frustrada con cierto caballero negro y mi resentimiento había hecho que la vocecita del demonio que habita en mi interior se saliera con la suya.

Probablemente ese vestido vale más que lo que yo me gastaría algún día en mi traje de novia si me casara.

Algo que tenía poca probabilidad de que sucediera si tenía en cuenta que mis relaciones duraban menos que un caramelo en la puerta de un colegio.

¿Será que no aguanto a mindundis o soy yo la inaguantable? Era un absurdo pensar en ello ahora cuando ni siquiera había encauzado mi vida y eso me había conducido hasta la situación en la que estaba: corriendo como una loca con una bolsa de Chanel en la que llevaba un vestido que costaba un ojo de la cara y en la otra un pedido de sushi del que me importaba muy poco si no le gustaba mi elección de menú, la cuestión es que faltaban exactamente tres minutos para las famosas "catorce horas" y yo ni siquiera había atravesado la puerta, menos aún había dispuesto la mesa, pero la comida estaría aunque no fuese servida como que me llamo Alexa.

Eso si no me escoño primero con los putos tacones. Definitivamente el caballero negro saca lo peor de mi.

¿Por qué no lo admites Alexa? Lo que tienes es un calentón del copón y con las prisas no has podido usar a Poseidón y desahogarte bien después de la explosión de hormonas que ese hombre te ha hecho padecer. Recordó mi subconsciencia.

Fortuna o no, la presencia de Mr. Le Noir brillaba por su ausencia, así que dispuse las bandejas repartidas, saqué varios platos, cubiertos y una copa con el primer vino que mis manos encontraron en la vinoteca y me piré de allí echando leches antes de que él apareciera.

A las catorce y catorce minutos exactos estaba cerrando la puerta de mi habitación con la respiración entrecortada y completamente acalorada. Ni tan siquiera había probado bocado alguno, pero aquel imbécil me había robado hasta el apetito.

No había tocado el teléfono en todo el día, raro en mi, tan raro que cuando me dispuse a hacerlo noté que había preocupación por parte de mis amigos, pero… ¿Cómo decirles lo que había sucedido sin sentirme imbécil? A estas alturas incluso comenzaba a dudar si lo que había visto era real o producto de mi imaginación, quizá solo había sido el despectivo modo de echarme de allí el que me hacía creer que en mi nivel extremo de excitación lo había imaginado completamente.

Me había dicho que no era bisexual y en su modo de afirmarlo

tan contundente supe o quise creer ciegamente que era verdad. ¿Acaso me había mentido? Es técnicamente imposible que lo de ser gay fuera una simple invención, ¿Qué razón iba a tener para dejar que la gente lo creyera?

No. Imposible. Si Charlie afirmaba que Mr. Le Noir era gay es porque era gay. Punto.

Pero aquella imagen de él casi desnudo, únicamente vestido con aquellos vaqueros, incluso me había fijado que no usaba ningún tipo de calzado, sino que permanecía descalzo, despreocupado, tan increíblemente sexy…. ¿De verdad había podido imaginar en un momento así que él tenía una erección?

Ese hombre hace que dude hasta de mi propia cordura.

Si le gusto o no mi elección de comida asiática no me lo hizo saber, porque no supe nada más de él hasta las siete de la tarde en la que puntualizaba que en dos horas debía estar lista y esperándole en el hall de entrada a la casa.

Genial.

A sufrir por lo menos tres horas una situación incomoda después de que me haya visto en todo mi esplendor.

Tenía la sensación de que de algún modo su forma de echarme del estudio era una clara señal de que no servía para posar, de que me había visto tan incompetente que me había echado de allí completamente ofuscado por ser la culpable de que la modelo de sustitución no estuviera en mi lugar e inevitablemente se había visto obligado a perder el tiempo por mi culpa. Esa sensación de sentirme poco válida provocaba que estuviera aún más ofuscada conmigo misma.

Finalmente decidí hablar en el chat pidiendo disculpas por mi ausencia y comenté que el caballero negro me había tenido entretenida, al final como siempre ocurría, Charlie me picó y acabé contando que había posado para él medio desnuda.

Lógicamente el grupo se prendió, pero cada vez que escribía

que había creído ver un empalme por parte del buenorro de mi jefe terminaba borrando lo escrito porque era como si yo misma quisiera olvidarlo o desecharlo de mi mente. El afán de Ana era saber si había ocurrido algún tipo de reacción en Mr. Le Noir al verme y el de Charlie el de revocarla diciendo que no iba a tener ninguna reacción porque estaba más que acostumbrado a ver mujeres desnudas que posaran para él.

Y ahí había que darle la razón a Charlie.

¿Era posible que lo que había visto solo fuera un efecto del pantalón? Me daba vergüenza absoluta escribir aquello sabiendo al noventa y nueve por ciento que ese hombre no se sentía atraído por ninguna mujer.

Al final me excusé diciendo que tenía que arreglarme para el evento de esa noche y prometí mandar foto cuando estuviera arreglada. Miré la hora y solo tenía cuarenta y cinco minutos para estar lista.

Si es que no aprendo, debería saber que escribir en el grupo hace que me absorban el tiempo y pierda la noción por completo.

Ducha rápida, por suerte tenía el pelo limpio así que no tuve que lavármelo y simplemente me hice varias ondas con la plancha, maquillaje rápido, delineado negro y labios rojos para que pareciera que iba más maquillada, cuando en realidad apenas había usado un poco de rubor y mascara de pestañas. Me planté el vestido con los tacones y unos pendientes largos mientras metía el monedero y algunos pañuelos en el bolso, cuando me miré al espejo me sorprendió el efecto.

Vale que no soy creída, pero joder... ¡Estoy cañón!

La pedazo de raja del vestido dejaba ver toda la pierna y el escote en forma de corazón me hacía un pecho increíble —a pesar de no ser abundante obviamente— así que estaba satisfecha conmigo misma. Si al puñetero caballero negro no le gustaba que otros llamaran la atención más que él, esta noche se iba a ir a la mismísima mierda.

Me hice una foto frente al espejo posando como una modelo y la envié al grupo, ver los mensajes de; *buenorra*, *pibonazo* y *estás tremenda* hacía que mi ego se subiera a las nubes y me diera toda la autoestima que me faltaba para enfrentarme cara a cara con Mr. Le Noir después de lo sucedido.

Es agua pasada, actúa como si no hubiera sucedido nada, como si él no se hubiera percatado de que estabas completamente excitada en su presencia y te ha echado como si le dieras asco.

Bajé las escaleras pensando que él no estaría, que como de costumbre me haría esperar, así que iba despreocupada. A fin de cuentas faltaban cinco minutos para la hora precisa, pero cuando alcé la vista estaba allí, vestido de esmoquin e impresionantemente guapo.

J-o-d-e-r

Ni siquiera pude reaccionar, llevaba el pelo repeinado hacia atrás seguramente con gomina o lo que fuera, su traje impecable, su expresión indescifrable pero con el rostro serio.

Le miré mientras continuaba avanzando hacia él, su mirada no se apartaba de la mía y vi como sus ojos se paseaban por toda mi silueta.

—Nada discreta —susurró en un quejido casi inaudible y en un francés tan ronco que de no ser porque éramos los únicos en la casa habría pensado que no se trataba de su voz.

—Fueron sus órdenes —dije algo altiva.

—Y veo que se le da muy bien cumplirlas cuando lo desea —contestó esta vez con más autoridad en su voz, pero con aquel sonido grave que en algunas ocasiones le caracterizaba.

—A veces mis deseos y sus órdenes coinciden plenamente —puntualicé pensando que con eso concluiría la conversación.

Aproveché el momento para apartar la mirada y guardar el teléfono en el bolso, su presencia con aquel esmoquin y ese perfume tan febril me ponían nerviosa, excitada, en un estado de alerta desconocido para mi. Quise alejarme de él así que di un paso hacia la

puerta, pensando que era hora de marcharnos y que el chofer nos estaría esperando.

Al menos no me había reprochado que no le estaba esperando, pero teniendo en cuenta que no había llegado tarde suponía que no podía rebatirme nada.

Su brazo rodeó mi cintura. No me había detenido del brazo, ni me había dicho algo para impedir que avanzara. No. Directamente había colocado su brazo en mi cintura y me giró con fuerza para ponerme frente a él.

—¿Deseabas posar realmente hoy para mi? —preguntó con un brillo en sus ojos que me hacían perder la noción de todos y cada uno de mis pensamientos. Ni siquiera había comprendido la pregunta, era incapaz de procesarla. ¿Qué había dicho? Estaba tan perdida en esos ojos azules que era imposible razonar. —Responde Alexa.

—Si —dije sin saber realmente que estaba afirmando.

Vi que él emitía una ligera sonrisa, ni siquiera llegó a sonreír del todo, solo esbozó los labios como si eso fuera todo lo que me pensaba deleitar.

—Bien, porque volverás a hacerlo —susurró tan cerca de mi rostro que casi podía notar su aliento.

¿Quiere volverme loca?, ¿En serio está jugando conmigo porque sabe que me excita?

Capullo de mierda.

—¿Está seguro? Porque no se me da muy bien como ha podido comprobar —conseguí decir sin que la voz me fallara.

—Te aseguro que aprenderás —jadeó y casi pude sentir su nariz rozar la mía antes de que la puerta se abriera y nos pillara a los dos a escasos centímetros del otro.

¿Estoy soñando o habría sido capaz de besarme?, ¿Y qué demonios es eso de que volveré a posar para él?

La cara de estupefacción del chofer hizo que me avergonzara

desde la cabeza hasta las puntas de los pies, evidentemente la situación en la que nos había visto dejaba muy poco a la imaginación y estaba muy lejos de ser la imagen que supuestamente deben proporcionar un jefe y su empleada. Mejor dicho *asistente personal,* y mas aún la reputación que precedía al susodicho del que solo se sentía atraído por hombres y nada más.

¿Estaría jugando conmigo?, ¿Para qué?, ¿Con qué motivo? Sinceramente cada vez estaba más perdida con respecto a él. A momentos pensaba que era gay, otros que me había mentido descaradamente y si era bisexual, lo único cierto es que el silencio se pronuncio hasta llegar a la gala benéfica donde Mr. Le Noir se dejó fotografiar y para mi estupefacción siendo una completa desconocida, también me fotografiaron a mi junto a él.

—¿Desea que permanezca detrás de usted tomando nota de sus compromisos? —pregunté con aire tan inocente que a la vez que decía aquello no dejaba de flipar en colores sobre la cantidad de gente famosa que allí había concentrada.

¡La madre que me parió!, ¿No es ese el actor Miguel Ángel silvestre? ¡Joder!, ¡Está más bueno en persona que por la tele! ¿Y aquella no es Blanca Suárez? ¡Dios mío es guapísima!, ¡Que piel!, ¿Y esa no es….

—Esta noche no, permanece a mi lado y si te realizan alguna pregunta incomoda, simplemente no respondas, finge que no lo has entendido y responde algo en francés —mencionó haciendo que mirase en su dirección y abriese los ojos lo suficiente para provocar un deje de sonrisa en él.

El segundo en lo que va de noche.

¿Perdona?, ¿Qué pregunta incomoda?

—¿Exactamente que se puede entender por pregunta incomoda? —exclamé porque no tenía ni la más mínima idea de que podrían llegar a preguntarme.

Hasta la fecha todo el mundo se sorprendía por ser su asistente,

pero no había recibido ningún tipo de demanda incomoda.

—La gente querrá saber si posas para mi —respondió firme.

¿Eso es una pregunta incomoda? Definitivamente a este se le ha ido la olla, aún así no dije nada por no contrariarle, si no quería que la gente pensara que podría ser su musa o algo así no iba a ser yo quien lo publicase a los cuatro vientos, pero seguía sin entender porque podría suponer una pregunta incomoda que simplemente quisieran descubrir si era su nueva imagen.

Pensaba que a Mr. Le Noir se le habría ido la pinza y nadie preguntaría tal cosa, pero descubrí que cada persona que se acercaba a nosotros insinuaba antes o después la gran pregunta.

—¿Eres su nueva musa? —preguntaron por enésima vez y en esta ocasión no debí fingir no comprender la pregunta, sino que fue el propio Le Noir quien lejos de afirmarlo o negarlo dijo que esa era una gran incógnita.

Por un momento pensé que tal vez no le gustaba revelar la identidad de sus modelos para que no pudieran identificarlas con sus cuadros y de hecho tampoco había encontrado ninguna en fotos junto a él cuando le busqué por internet. Todo en él estaba debidamente calculado, como si ese secretismo que le envolvía le hiciera parecer aún más interesante.

A pesar de esa situación algo extraña, tuve que reconocer que mereció la pena el evento para poder codearme de gente famosa y de la alta sociedad española, incluso hubo momentos donde me quedé hablando a solas con cantantes que he idolatrado durante años y gritado sus canciones a pleno pulmón en mis años más dorados.

Puedo morirme en paz. Pensé cuando vi la sonrisa de Alejandro Sanz.

—Veo que alguien acaba de tachar uno de sus propósitos de vida antes de morir de la lista. —Su voz me sobresaltó por estar tan cercana y cuando al fin me giré para ver de quien se trataba reconocí el rostro de Joan, el amigo de Le Noir que vino a casa en un par de

ocasiones.

—Es posible que no haya sido solo uno —contesté sonriente y alzando mi copa de champán para brindar con la suya, un gesto que aceptó encantado.

—¿No se supone que debes estar pegada a tu jefe?, ¿Donde está? Llevo un buen rato buscándolo, pero aquí hay demasiada gente, aunque tú y ese vestido… ¡WoW! juro que me costó reconocerte —dijo recorriéndome con su mirada.

No voy a mentir, me sentía bastante sexy con aquel vestido y tener una apreciación del sexo opuesto hacía que mi ego se subiera un poco por las nubes.

—Lleva un buen rato hablando con ese hombre —advertí señalando en su dirección y Joan hizo un gesto de aprobación—. Sorprendentemente esta noche no quiere que actúe como su asistenta, ¿Tal vez le doy vergüenza? —exclamé divertida y con una gran sonrisa.

—Dudo mucho que tu efecto en él sea ese… —susurró y volvió su mirada hacia la mía.

Su forma de decirlo provocó mi interés.

—Pues yo no lo tengo tan claro, me advirtió que no debía responder si me preguntaban si era su musa, que fingiera no comprender la pregunta —dije sin admitir que en realidad no era su musa, pero si que había posado para él y según me había advertido antes de salir de casa quería que lo volviera a hacer.

Joan comenzó a reírse.

—Querida, solo te está protegiendo. Posar para él y acostarse con él forman parte del mismo paquete.

En aquel momento mis oídos retumbaron pensando que no había escuchado bien.

—¿Cómo? —Mi cara debía ser un completo poema—. ¡Si me dijo que no era bisexual!

—¿Él te dijo eso? Será muy divertido averiguar en que contexto te confesó tal cosa —mencionó a punto de reír en carcajadas —. Bueno, en realidad no te mintió… Chevalier será muchas cosas pero en cuanto a su tendencia sexual te aseguro que no hay duda alguna —dijo acercándose hasta rozar con sus labios mi oído sin que yo moviera un solo músculo de mi cuerpo—. ¿Por qué crees que sus musas son únicamente mujeres? A su cama solo entran las de tu especie.

Creo que acaba de darme un infarto porque no siento ninguna parte de mi cuerpo.

No me jodas… ¡No me jodas!, ¡No me puto jodas que he hecho el imbécil todo este tiempo creyendo que era gay y es más heterosexual que yo!

—Creo que no me encuentro bien… —susurré sintiendo que de verdad me iba a dar algo.

¡Joder!, ¡Que me ha visto desnuda!

¡Joder!, ¡Que de verdad tenía una erección mientras me pintaba!

CAPÍTULO 18

Ay mi madre… ¡Ay que me va a dar de verdad un filichi de esos que siempre advierte mi madre!

—¿Quieres que llame a un médico?, ¿Aviso a alguien?, ¿Te acompaño fuera? —La voz de Joan era de preocupación e incluso en mi estado de estupefacción podía saber que hablaba en serio y seguramente tendría cara de leche desnatada; blanca, pajiza y como si me hubieran chupado toda la grasa.

¿Cómo santos demonios vuelvo a mirar al caballero negro a la cara? No había sido tan difícil hacerlo teniendo la seguridad de que era gay, pero ahora que… *¡Oh dios!*, ¿Por qué puñetas Charlie estaba tan seguro de que si lo fuese? ¡Es evidente que los rumores no valen una mierda!

—¿Sucede algo? —Era su voz.

Su jodida y sexy voz.

Mi corazón estaba acelerado, sentía que me iba a dar un síncope en cualquier momento porque no sabía como gestionar la

información en tan poco tiempo.

Se me había frito el cerebro; literal.

—Alexa se ha mareado —advirtió Joan sin saber realmente que podía sucederme, pero sus suposiciones me venían genial en aquel momento.

—¿Has comido algo? —exclamó en tono de reclamo.

Echando la vista atrás lo cierto es que no había comido desde la mañana y por mi expresión él comprendió cuál sería el motivo de mi supuesto mareo.

Lo que me importará a mi comer en estos momentos. Si pensaba en probar bocado y se me cerraba el estómago automáticamente del estado en el que me encontraba.

—Lo que imaginaba —bufó con voz despectiva e hizo una señal que no comprendí, pero por algún motivo Joan asintió—. Nos vamos.

¿Nos íbamos? Apenas llevábamos allí un par de horas.

Antes siquiera de poder rebatir o contradecir su acción me vi forzada por su brazo sosteniéndome de la cintura conforme me guiaba hacia la salida esquivando a todas las personas allí presentes y para ser sinceros, era incapaz de pronunciar palabra alguna para detenerle.

¿Es que no pensaba despedirse de nadie?

Si tuviera la mente fría, tal vez y solo tal vez podría llegar a pensar que no sucedía nada con la información que Joan me había revelado, ¿Al fin y al cabo que más daba que fuera heterosexual y que me hubiese visto en bolas?, ¿Qué mi habitación colindara con la suya y que fuéramos los únicos huéspedes en esa casa?, ¿Qué estuviera tremendamente bueno y que Joan me hubiese dicho que se acuesta con sus musas? No pasaba nada, absolutamente nada salvo por el hecho que antes de salir me advirtió que volvería a posar para él.

¿Podría ese hecho dar a pensar que…?

No. No quería pensarlo y no sabía porqué me turbaba tanto.

¿Quizá era porque había interiorizado tanto que era gay que no podía asimilar el hecho de que no lo fuese?

—Es una irresponsabilidad de tu parte no probar bocado, te he visto con al menos tres copas de vino, ¿Qué pretendías con esa actitud? —increpó conforme salíamos del edificio y el fresco me azotaba la cara haciendo que un poco de aire entrase en mis pulmones.

Mi silencio pareció enfurecerle porque profirió un gruñido y después vi como sacaba la llave del coche y pulsaba el botón para abrirlo. ¿Dónde esta el chofer?

—Sube —mencionó antes de que mi reacción por la sorpresa fuese evidente.

¿Conduciría él? Nunca me había montado en un vehículo en el que él estuviera al volante, pero efectivamente iba a llevarlo él.

Pensé que regresaríamos a casa, que iríamos directamente hacia su mansión a las afueras de la ciudad y en cambio me sorprendió que lejos de alejarse, se adentró en la ciudad hasta aparcar en un parking privado y se bajo del vehículo sin decir nada. Estaba enfadado, no hacía falta ser un genio para averiguarlo, si algo había aprendido en todos esos días que había pasado junto al caballero negro era a descifrar su rostro cuando algo le molestaba y ahora estaba infinitamente molesto.

¿Tanto le fastidiaba que le hubiera chafado la noche? Bien podría haberle pedido a Joan que me acompañase, obligarme a comer algo del catering aunque solo eran pequeños bocaditos que no saciarían a nadie o directamente pedir un taxi y enviarme de regreso a casa. ¿Por qué se tomaba la molestia de acompañarme él mismo?

Era su asistente. Su empleada. Alguien de quien poder prescindir con un simple chasquido de dedos y lo que me sucediese a él poco le importaba. Yo no era nada para Mr. Le Noir.

La puerta de mi asiento se abrió e hizo un gesto de cabeza para indicarme que bajara. Tenía la sensación de que me estaban llevando

al matadero, podía notar mi nudo en la garganta y no comprendía nada de todo aquello, hasta que estiró de mi mano y me hizo seguirle a pasos rápidos mientras recorríamos varias calles y llegábamos finalmente hasta un lujoso restaurante, de esos en los que yo jamás entraría por mi limitado presupuesto.

¿Nos habíamos ido de la gala benéfica para cenar?

—Podría haber comido cualquier cosa en casa —susurré cuando atravesamos las puertas.

—Si quisiera que comieras cualquier cosa habría pedido comida para llevar —decretó dando por zanjado el asunto.

Cada vez me parecía mas extraña aquella actitud. Un día no le importo nada y al otro quiere saber cosas sobre mi. Unas veces me trata como si fuera escoria y al cabo de un rato se acerca tanto que incluso siento que podría llegar a besarme aunque al final sepa que solo está jugando.

No entiendo nada. No entendía nada referente al comportamiento de aquel hombre, estaba claro que era un misterio, pero cada vez estaba más convencida de que escondía algo, *algo verdaderamente siniestro.*

Y por algún motivo desconocido, no me daba miedo.

Mr. Le Noir no me dejó pedir, sino que él pidió directamente la orden como si supiera el menú de aquel restaurante de memoria, entonces vi el bordado en la servilleta y supe que era un restaurante francés. Seguramente era cliente habitual o lo frecuentaba lo suficiente para saber de sobra que platos eran su especialidad, aun así era una completa descortesía no preguntar que quería o que me apetecía.

Cuando la camarera se marchó se limitó a poner ese rostro de soberbia y satisfacción que detestaba desde lo más profundo de mi alma.

—Vuestro sentido de la amabilidad es tan reconfortante como una piedra en el riñón —admití en voz baja esperando que nadie más

que él pudiera escucharme.

—¿Perdona? —exclamó—. Estamos aquí en lugar de la gala donde debería estar hablando con mis potenciales clientes por tu irresponsabilidad.

—Nadie le ha pedido que se marchara, podría haber cogido un taxi o pedirle a su chofer que me acompañara.

—Trabajas para mi y por tanto eres mi responsabilidad —asumió por toda excusa, pero sabía que eso no era cierto.

—Ha despedido a otros asistentes por mucho menos, siempre me lo echa en cara, me pregunto porque razón se toma tantas molestias en lugar de despedirme. —Le reté alzando el mentón y él pareció algo incomodo con mis palabras.

Para su suerte el camarero regresó con un ligero aperitivo hasta que la comanda estuviera lista y nos sugirió la carta de vinos, pero él la rechazo.

La cena prosiguió en silencio, aunque mi estomago estaba revuelto, el aroma de aquella comida suculenta me recordó que estaba vacío y acabé probando todos los platos que nos sirvieron hasta sentirme realmente saciada o lo que el caballero negro consideró que podría estarlo, porque antes de sugerirnos el postre pidió la cuenta y nos marchamos a casa.

Esa había sido sin duda la cena más extraña con un hombre que había tenido en mi vida, básicamente porque él se había limitado a verme comer.

Mientras le observaba conducir no podía evitar sentirme excitada. Sabía que era un cretino, un imbécil y aún así no podía mermar ese deseo ferviente que me atraía hacia él. Su magnetismo era tal que a pesar de ser consciente de todas las razones por las que tendría que detestarle hasta la saciedad, mi cuerpo decidía obrar en mi contra sintiéndose enardecido con su simple presencia.

Al llegar a casa todo estaba en silencio, las luces completamente apagadas señal evidenciando que no había nadie en el

lugar. A pesar de llevar todos aquellos días a solas junto a él en la gran mansión, solo esa vez me percaté de que estábamos verdaderamente solos. No había chofer, ni cocinera, ni personal de jardinería o limpieza, ni siquiera estaba acompañado por alguna de sus modelos o alejado en su estudio, estábamos los dos solos llegando a ese lugar por primera vez y la tensión se acumulaba en mi estómago de nuevo hasta el punto de sentirme mareada y esta vez no existía excusa alguna en la que refugiarme por ello.

Bajé del vehículo antes de que él me ordenase hacerlo o abriera mi puerta como había ocurrido en el restaurante, no necesitaba más reprimendas por esa noche, solo quería refugiarme en mi habitación y desahogarme en el teléfono contando todas mis miserias. A lo largo de mi vida me había enfrentado a múltiples situaciones, a jefes que incluso habían intentado sobrepasarse o extralimitarse y aún así por nada del mundo me había intimidado o rebajado aceptando aquello, pero la seguridad que siempre me había caracterizado, esa decisión y determinación que me perseguían a todas partes se había esfumado por completo haciéndome sentir muy pequeña a su lado.

—Gracias por la cena —advertí cuando abrió el gran portón de entrada y esperó a que me adelantase para entrar en casa.

—Agradécemelo haciendo que no se vuelva a repetir —contestó con un tono de hastío que hizo que apretase los puños e impidiese que avanzara.

—¿Tanto me detesta? Porque si es así no entiendo porque sigo trabajando para usted —Mi tono de voz fue más alto de lo normal, de hecho hizo eco por el gran hall de entrada y me dio exactamente igual si había sido impertinente o no.

Ya estaba harta de aquella actitud irascible hacia mi. Probablemente me echaría. Seguramente aquella sería mi última noche allí, pero sentía que iba a explotar y arrasaría con todo a su paso.

—¿Cómo dice? —Apenas había luz salvo la que podía filtrarse por las luces exteriores del camino de entrada, aún así pude ver como

fruncía el ceño.

—¿No lo sabe? Le ilustro entonces. Es evidente que no me soporta, que por algún motivo que desconozco no puede ni verme. Me evita. Me esquiva. Me trata como si no valiera nada y se dirige hacia mi con ese tono despectivo para recalcar mis errores o mi falta de competencia. Un momento trata de ser amable y al siguiente me hace sentir despreciable. Si tan insufrible ha sido para usted compartir conmigo una cena para no desear que se repita de nuevo ¡No sé porque razón no me despide!

Ya está, lo había soltado, mis palabras habían salido tan atropelladamente que había sido incapaz de contenerlas. Sentía mi corazón latir atropelladamente, casi tanto que pensé que se me saldría del pecho en cualquier momento o que desfallecería de un momento a otro.

Había esperado una respuesta. Cualquiera. En realidad estaba esperando a que me despidiera, que me echase de allí a pesar de ser media noche y no supiera si tenía un lugar al que marcharme, pero no estaba preparada para su silencio.

—Muy bien, le ahorraré el trabajo. Me marcharé esta misma noche —advertí sabiendo lo que implicaba y las consecuencias que tendría para mi renunciar a esos ingresos.

Di tres pasos, el único sonido que se oía era el de los tacones de mis zapatos retumbando fuertemente sobre el suelo de mármol, sentía el refulgir de mi sangre y una mezcla de quemazón con impotencia. Antes de que pudiera dar un cuarto paso noté su agarre en mi brazo provocando que me detuviese y me giró contra él de inmediato.

—No es desprecio lo que me haces sentir Alexa, está muy lejos de serlo. —Su voz era calmada y casi me daba rabia que no estuviera colérico.

—Es difícil creerlo teniendo en cuenta como se dirige hacia mi —advertí alzando el mentón para verle a pesar de la poca luz que había.

—¿De verdad quieres saberlo?, ¿De verdad quieres saber porque te evito?, ¿Por qué te esquivo?, ¿Por qué te aparto de mi lado cada vez que estás cerca? —Estaba exaltado, furioso, cabreado.

—¡Si!, ¡Maldita sea!, ¡Si! —grité del mismo modo.

Estaba preparada para todo, para cualquier cosa absurda que me pudiera echar en cara, pero no lo estaba para la furia con la que apresó mis labios tan ferozmente que casi sentí que me desplomaba.

Me estaba besando, el caballero oscuro se había apoderado de mis labios con tanta firmeza que la forma candente en la que su lengua se entrelazaba con la mía era exquisitamente sublime.

—Porque quiero poseer tu cuerpo de todos los modos inimaginables —jadeó con aquel tono ronco antes de morder mi labio y volver a besarme de nuevo con un frenesí inconfundible.

Aquellas palabras hicieron eco en mis oídos repitiéndose constantemente una y otra vez mientras sentía sus manos en la nuca aferrando mis labios contra los suyos en aquel beso abrasador que consumía hasta el último trozo de piel que hubiera adherido a mi cuerpo.

¿Me deseaba? ¿El tío buenorro con el que había tenido más de uno y de dos —y todo hay que decirlo— diez sueños eróticos quería acostarse conmigo? Era demasiado bueno para ser verdad, seguramente estaba soñando. Si, definitivamente aquello era un sueño porque nunca en toda mi jodida vida me había sentido flotar de ese modo.

Estaba en una puta nube.

Cuando mi cuerpo se alineó junto al suyo y sentí la erección entre mis muslos supe que indudablemente no era un sueño.

¡Joder!, ¡Joder!, ¡Joder!, ¡Está pasando de verdad!

Dejé caer el bolso a los pies para entrelazar mis manos en su cuello y entonces noté como las suyas descendían por mi espalda recorriendo la tela suave del vestido hasta llegar a mis nalgas y apretarlas contra él.

Dios mio que bien se siente. Gemí interiormente mientras de mis labios profería un quejido de absoluto placer.

Mordió de nuevo mi labio y después hizo un recorrido de pequeños besos por mi garganta hasta llegar al escote de mi vestido, sentí que sus manos de nuevo se alzaban hasta la cremallera y la bajaba lentamente mientras la prenda cedía hasta el punto de que mis pechos quedaron expuestos al no llevar ningún tipo de ropa interior en esa zona de mi anatomía.

Tenía los pezones erectos, puede que más erectos que en toda mi vida y no porque hiciera frio, sino porque estaba literalmente estremecida por la cercanía de su cuerpo. No podía razonar, ni siquiera era capaz de ser consciente de lo que estaba sucediendo porque sentía que lo había estado esperando toda mi vida. Mi cuerpo respondía a sus caricias como si fuera natural, como si él estuviera reclamando algo que le pertenecía y sabía exactamente donde tocar para hacer que me sintiera de aquel modo sublime.

Paseó lentamente su lengua por uno de mis pezones y di un pequeño grito, improvisadamente y de un solo movimiento me cogió en volandas y me apretó contra él haciendo que el vestido quedase arremolinado en el suelo. Me agarré a su cuello para no caer a pesar de que no era necesario porque Mr. Le Noir tenía fuerza suficiente para mantenerme erguida como si pesara menos que uno de sus lienzos, no sabía a donde me llevaba pero no me importaba en absoluto, simplemente agaché de nuevo la cabeza y devoré esta vez por cuenta mía su boca, con tanta intensidad que sentía que me moría.

Le había deseado desde el primer instante, desde el primer momento y fui consciente de que toda la represión que había contenido en todo ese tiempo había explotado en aquel momento, era como si toda esa tensión sexual acumulada se hubiera transformado en puro fuego.

Lo necesitaba.

Lo necesitaba con tanta urgencia que me sentía abrumada.

Conseguí deshacer un par de botones de su camisa y mis manos

se metieron bajo la prenda tocando su pecho, estaba tan firme, tan increíblemente duro que me provocó aún más placer del que tenía si es que eso fuera posible, quería explorar más, sentir más, tocar más, pero entonces noté que me apoyaba sobre algo duro y cogía mis manos para impedir que siguiera explorando, solo entonces fui consciente de que estábamos en las escaleras, pero me daba igual, no necesitaba ni una cama, ni un sofá, ni ningún lugar cómodo para tenerle, lo mío era pura necesidad.

Intenté de nuevo llevar mis manos a la cintura de su pantalón y volvió a detenerme en el intento agarrando mis muñecas con una sola de sus manos e impidiendo que pudiera tocarle.

De mi garganta se escapó un gemido de necesidad y por respuesta obtuve un ligero mordisco en mi cuello que propulso mi cuerpo hacia él, con su mano libre recorrió mi cintura paulatinamente mientras su boca engullía uno de mis pechos y entonces sentí como sus dedos se perdían tras la única prenda que aún llevaba puesta, unas braguitas de encaje negro.

Bendito sea que llevo unas bragas decentes y dignas de ver por una vez en mi vida.

No había estado más excitada en toda mi vida, ni tan poco había deseado con tanto ahínco que me follaran por pura agonía. Era una puta locura, una jodida locura lo que ese hombre me hacía sentir teniendo en cuenta que hace menos de dos horas creía que era gay, y eso que ni siquiera había tenido un orgasmo aún, aunque dudaba que tardase en llegar, estaba tan expectante que sentía que me iba a partir en dos en cualquier momento.

No sabía si la impotencia de no poder moverme o tocarle era la culpable de que me estuviera volviendo loca de excitación, pero cuando noté como sus dedos se abrían paso hacia mi interior a la vez que su boca engullía con fiereza uno de mis pezones, creí que moriría y grité de puro deleite.

—Eres como una flor que abre sus pétalos para mi. Suave, delicada, con un aroma excitante —jadeó llevando su boca hacia mi

ombligo y ahí creí que moriría, que de verdad iba a morir de puñetero placer—. Y completamente húmeda para mi… voy a follarte hasta que grites mi nombre Alexa —rugió con voz ronca provocando que mi necesidad fuese aún más creciente.

No me quitó las bragas de encaje, sino que apartó los dedos con cuidado al tiempo que su mano soltaba el agarre de mis muñecas y dio un mordisco sobre la prenda haciendo que gimiera retorciéndome de placer. Se alzó y le observé, rozó su entrepierna con la mía mientras se desabotonaba el resto de la camisa y se la sacó del pantalón para tirarla al otro lado de la escalera, lo hacía mientras me observaba, mientras no perdía ni un solo detalle de mi cuerpo y yo era incapaz de dejar de morderme el labio mientras con la poca luz que se filtraba de la entrada iluminaba esa parte de su anatomía.

Ya le había visto desnudo de cintura para arriba otras veces y con mucha más luz que ahora, pero nunca con aquella mirada tan oscura, con aquellas facciones duras y esa expresión que gritaba sexo a toda costa.

De alguna parte de su pantalón sacó lo que supuse que sería un preservativo a juzgar por el reflejo plateado que pude atisbar de su envoltorio y se lo colocó despacio, como si estuviera gozando de ese momento mientras me observaba expuesta para él.

De algún modo ese hecho me hizo sentir deseada y aún más excitada si cabe, era como si me estuviera demostrando con su forma de mirarme que le gustaba lo que estaba viendo y eso era indiscutiblemente enardecedor.

La expectación era plausible, podía notar mi respiración acelerada, el ritmo cardiaco apresurado y cuando me alcé para acercarme a él con la intención de colgarme literalmente de su cuerpo, me alzó las piernas impidiendo que pudiera avanzar porque tuve que poner mis manos en los peldaños de aquella escalera para impedir que cayera.

Con suavidad fue deslizando sus dedos por el filo de mis braguitas tan húmedas que probablemente el encaje se hubiera ido al

traste y las deslizó lentamente por mis piernas como si se estuviera deleitando con ello, aún llevaba puestos los zapatos de tacón y noté como se detenía cuando la prenda interior llegaba a ese punto para quitármela por completo no sin antes darme un beso en el empeine, en el tobillo y hacer que mis piernas le rodeasen.

Ese deleite, esa forma de tocarme me volvía loca y mucho más impaciente.

Quería tocarle, quería enroscarme en él con todo mi cuerpo para sentirle por completo, pero cuando traté de alcanzarle de nuevo noté como cogía otra vez mis manos para impedirlo y esta vez sin más demora se hundía por completo.

—¡Dios! —grité.

—Dios no, soy el caballero negro —rugió saliendo lentamente para volver a embestir con tanta fuerza que cerré los ojos creyendo que verdaderamente podría morirse de placer.

CAPÍTULO 19

El caballero negro.

¡Jode… joder, joder! ¡Me he tirado al caballero negro!, ¡Ay madre! Eso no ha sido simple sexo… eso era un empotre salvaje, ardiente y brutal.

¡Si aún podía sentir las palpitaciones ahí abajo del increíble orgasmo que había tenido!

Para que negarlo, había fantaseado con el hecho de tener sexo con el caballero negro mil veces, creyendo que sería increíble, pero la realidad superaba la ficción.

Con creces.

Dios mío.. si ya me costaba mirarle a la cara después de descubrir que no era gay, ¿Cómo leches iba a mirarle ahora después de empotrarmelo de ese modo? Casi parecía desesperada por como había actuado, aunque había sido él quien se había lanzado y me había hecho gritar hasta perder el sentido.

—Dios mío que vergüenza… —susurré escondiendo el rostro en la almohada.

Todavía tenía muy presente el momento en el que me había corrido, dejándome arrastrar por ese increíble orgasmo como nunca antes lo había sentido y él se venía pocos minutos después embistiéndome con tanto frenesí que llegué a tener un segundo orgasmo de seguido, algo que jamás en toda mi carrera sexual me había sucedido, y no se puede decir que me haya acostado con pocos tíos, aunque tampoco poseía una lista infinita, pero eran los suficientes para estar realmente sorprendida.

Solo cuando recuperé la consciencia y él salió de mi interior liberando también el amarre de mis muñecas con sus dedos, me acarició suavemente las mejillas, acogiéndome rostro entre sus manos, después me dio un cálido beso lo suficientemente dulce para que permaneciera en mis recuerdos un largo tiempo y me indicó que fuera a descansar ya que él iba a trabajar en su estudio el resto de la noche.

No sabía si servía de excusa para deshacerse de mi y de la situación embarazosa que ahora nos albergaba a ambos. Yo trabajaba para él. En su casa. Conviviendo bajo el mismo techo las veinticuatro horas del día. ¿Me despediría ahora que habíamos tenido sexo?

Eso no iba a funcionar se mirase por donde se mirara.

No podía dormir, era media noche y supuse que en el chat estarían despiertos, o al menos alguien lo estaría para poder desahogarme. Tecleé rápidamente, me negaba por completo a mandar un audio, primero porque notarían que mi voz temblaba y segundo porque no quería correr el riesgo de que por alguna razón incomprensible Le Noir pudiera oírme a pesar de estar al otro lado de la casa.

«Definitivamente el caballero negro NO ES GAY» pulsé enviar y esperé que alguien escribiera.

La primera en leerlo fue Lorena o al menos la más hábil en escribir.

«¿Cómo estás tan segura?» Fue su respuesta escueta.

La idea de escribir *me lo he tirado* pasó por mi mente, pero aquello había sido más que un polvo, había sido *el polvazo del siglo* y no se podía definir de forma escueta.

«Quiero todos los detalles ahora mismo; como, cuando, donde y lo más importante de todo… ¡Puntuación!» soltó Charlie y se oía musica de fondo, clara señal de que estaba en una fiesta o lo más probable; uno de los eventos que organizaba por trabajo.

Casi se me escapa una carcajada con su audio, hacía años que no puntuábamos a los tíos con los que nos acostábamos, de hecho hacía los mismos años que él llevaba en Barcelona y ya no salíamos de fiesta juntos para compartir a la mañana siguiente un café resacoso rajando sobre quien había obtenido la mejor puntuación con su ligue nocturno.

Todo hay que decirlo; casi siempre ganaba Charlie o quizá es que yo era más exigente con los tíos.

«¿Qué me he perdido?, ¿Qué no es gay?, ¡No me jodas que se ha llevado una tía a casa y les has oído chingando?» preguntó Ana contrariada.

«A la que se ha empotrado el caballero negro es a nuestra Alexa y ha debido de ser lo suficientemente bueno para que escriba en mayúsculas que no es gay» escribió Charlie y me mordí el labio.

El capullo me conoce demasiado bien.

«¡No me jodas Alexa!, ¡No me jodas!, ¿Es cierto?» exclamaba Ana emocionada mientras Lorena ponía emoticonos de caritas avergonzadas.

—Es un diez —dije en en audio sabiendo lo que ello significaba.

Puntuábamos del uno al diez a los tíos y creo que jamás había dado más de un siete, ese había sido mi récord. Con aquello estaba confirmando que el caballero negro era la excelencia suprema.

«¡Hostia puta que cabronaaaaaaa! —gritó Ana—. En estos momentos no sé si te envidio más que te odio o viceversa, ¡La madre que te parió, tía!, ¡Te has tirado a un millonario!, ¡Si ya os dije yo que no era gay!, ¡Jodida con suerte!»

En lo que menos había pensado mientras me lo estaba tirando era que fuese millonario y la verdad es que me importaba bien poco que lo fuera. De todos modos era consciente de que aquello no iba a llegar a ninguna parte, pero ahora me enfrentaba a un hecho demasiado incomodo, aunque… ¿No había dado por sentado que aquella sería mi ultima noche? Quizá me daría la carta de despido o mejor dicho *el email* esa misma noche.

«Te recuerdo que ese millonario es mi jefe y esto no debía ocurrir, ¿Qué mierdas hago ahora?, ¿Me voy?, ¿Me quedo?» escribí compungida.

Para que mentir, era incapaz de mandar audios y ya no era solo el hecho de que cierto espécimen pudiera oírme, cosa bastante improbable porque estaba encerrado en su estudio salvando las distancias entre ambos. No le culpaba por ello, a fin de cuentas era una empleada de la cual prescindir.

No quería ser una incomodidad, menos todavía que sintiera lastima o algo similar. ¿Y porque iba a tener lastima ahora que lo pensaba? Dudaba que entre todo lo que pudiese generarle al caballero negro, lástima entrase a formar parte de dicho vocabulario.

«Tu misma has dicho que es un diez, ¿En serio lo tienes que preguntar?» increpó Charlie y casi me sorprendía su escueta respuesta y que no hubiera mencionado nada más para sacarme todos los detalles.

Ese debe estar trabajando fijo.

«Ah, y no creas que me olvido, solo que estoy demasiado ocupado ahora mismo, pero quiero todos y cada uno de los detalles más escabrosos, ¡Quiero saberlo todo!» agregó por escrito.

«¿Nadie está pensando en porque la gente cree que es gay

cuando en realidad no lo es? —preguntó Lorena—. A ti te dijo que no era bisexual, ¿Verdad Alexa? Esto me parece de lo más raro. Ten cuidado, no me fio de ese tío.

«Ya estás con tus pajas mentales Lorena, seguramente ha hecho correr el rumor de que es gay para que las tías no se le echen encima, ¿Tu has visto lo tremendo que está? —increpó Ana.

—Hay algo que no os he contado… —admití en un susurro.

«¿Más aún?, Mira que tengo mi dosis de envidia colmada y a este paso voy a salir y a tirarme al primer pringado que encuentre solo para no sentir que soy la única que no pilla en este grupo» bufó Ana.

«Eso díselo a la cajera del super donde compras los condones, que ya te tiene fichada —contestó Charlie y se me escapó una carcajada—. Alexa, ya puedes ir soltando todo o me presento en tu casa en cuanto acabe la fiesta —amenazó sabiendo que era más que capaz de hacerlo.

—Está bien, está bien —dije comenzando por el principio, desde que había posado para él, nuestra discusión, el bulto que creí ver en sus pantalones y me convencí de ser alucinaciones, su petición de continuar posando para él, la revelación de que sus musas son sus amantes, la ilustración de Joan sobre la verdadera condición sexual de Le Noir y el enfrentamiento que habíamos tenido al llegar a casa con el arranque final de besarme.

Eso si, me reservé para mi la vorágine de sentimientos que me había provocado todo aquello, incluso el hecho de que por primera vez en mi vida había sentido que de verdad flotaba.

«¿Y ahora estás sola en tu habitación y él en su estudio? A ver que no pasa nada, a menos que te moleste que sea así» escribió Lorena.

A veces su forma de ser tan directa llegaba a resultar un poco incomoda.

O dolorosa según se mire, porque te daba un golpe de realidad bestial.

«Si yo fuera tú, iría al estudio, me lo volvería a tirar y le preguntaría que pasa ahora entre vosotros» Habló Ana siendo un poco más cauta a la hora de querer expresar lo mismo que Lorena pero con otras palabras.

Quizá inconscientemente, Le Noir había dejado muy definida nuestra situación una vez había terminado nuestro encuentro sexual, porque si había algo claro en ese hombre, es que no tenía parejas, solo amantes *y eran sus musas.*

¿Iba a convertirme en el paradigma de sus obras?

Necesitaba la respuesta de Charlie, porque las palabras de Lorena solo habían creado en mi la inseguridad que pocos minutos antes no tenía y la opción de Ana podía tentarme, pero no me veía capaz de hacerlo bajo ningún concepto.

Vi entonces que entró un mensaje privado, uno de mi mejor amigo y sabía que iba a decirme algo que no quería que escucharan las demás, era un audio, seguía en el evento por que la musica se oía a lo lejos, pero evidentemente se había apartado en algún rincón para enviármelo.

«Si él no te importa, quédate y disfruta del sexo que te ofrece porque no te dará nada más, pero si ves la mínima señal de que te estas pillando por él, huye… lárgate antes de que pueda ser demasiado tarde Alexa. No me gusta tener que admitirlo, pero Lorena no está errada en sus conclusiones, esconde algo y si mis sospechas son ciertas, los hombres como él no se comprometen jamás. No te enamores de él Alexa o terminarás con el corazón destrozado.

No podía dormir. ¿Cómo narices iba a hacerlo si el corazón me latía a mil? No era una chica enamoradiza, es más, podría contarse con los dedos de una mano las veces que me había pillado por un tío lo suficiente para llegar al punto de importarme y aún así tampoco lo consideraba amor, o por lo menos no la clase de amor que te venden en las películas de sobremesa. ¿Corría el riesgo de poder enamorarme de alguien como el caballero negro?

En absoluto.

Que fuera un diez en el sexo y tuviera un físico comparable al de un dios del Olimpo no restaba el hecho de que era egoísta, misógino y lo suficiente capullo para saber que jamás perdería el sentido por un hombre como él.

Definitivamente no corría peligro en ese sentido, distaba mucho de hacerlo. Lo único que me preocupaba en aquellos momentos era reconocer que tipo de relación debía mantener hacia Le Noir después de lo ocurrido y si lo ocurrido seria una excepción o entre nosotros existirían más encuentros.

Esa incertidumbre me consumía y creaba un anhelo de curiosidad sobre lo que él opinaba al respecto bastante inquietante.

¿Tal vez debería hacer caso a Ana y acudir a su estudio? El silencio que embriagaba la casa era desolador, así como la oscuridad que invadía cada rincón, me asomé al hueco de escalera y divisé por los grandes ventanales la luz que procedía de su estudio al otro lado del jardín.

Cuando puse un pié en el escalón con la intención de bajar a pesar de no estar muy convencida, vi como la luz del estudio se apagó e instantes después él salía de allí para dirigirse hacia la casa principal por lo que regresé corriendo a mi habitación antes de que me pudiera escuchar.

Contuve la respiración. Esperé pegada a la puerta con la intención de oír sus pasos, de saber si se detendría o no en la puerta de mi habitación. Seguí esperando lo que me parecieron largos minutos pero no oí nada, no se escuchaba nada. ¿Dónde demonios estaba?, ¿Es que ese hombre no dormía?

Me importó muy poco estar en ropa interior, a fin de cuentas no había nadie más en la casa, ¿no? Así que bajé decidida con la excusa de ir a la cocina a por un vaso de leche caliente, agua o lo primero que se me pasara por la mente, pero en realidad solo quería investigar donde demonios estaba el espécimen buenorro.

No había rastro alguno de luz por la entrada, ni por el salón, despacho o cocina. ¿Dónde diantres se ha metido?

Fui hasta la cocina, encendí todas las luces, abrí la nevera, me serví un vaso de leche e incluso esperé a que se calentara en el microondas solo para ver si de ese modo escuchaba algo.

¿Se habría marchado? Imposible. No había oído las ruedas de ningún vehículo en la gravilla de la entrada.

Solo quedaba un sitio por mirar. Un sitio al que yo tenía prohibido ir: *El famoso sótano.*

La idea de bajar a echar un vistazo pasó por mi mente, pero de igual forma la deseché. No quería parecer una mujer cotilla, desesperada o celosa, en realidad ni siquiera sabía porque estaba dando vueltas por la casa como una zombie. Mentira, lo sabía perfectamente, buscaba un encuentro casual que definiera nuestros nuevos límites después de lo sucedido, ¿Para que engañarme? En realidad quería saber que actitud iba a tener Mr. Le Noir a partir de ahora conmigo, sobre todo tras aquel gesto tierno y beso cálido en mis labios antes de marcharse.

Di por sentado que no obtendría respuestas a mis demandas hasta el día siguiente, pero el hecho de saber que él andaba despierto por algún rincón de la casa me hizo creer que quizá tampoco podría dormir del mismo modo que que me ocurría a mi. Con el vaso en la mano y mis pensamientos a flor de piel pensando en esta última idea, me di cuenta conforme recorría el pasillo que conducía desde la cocina hasta el hall de entrada de que se oían pisadas y susurros en algún lugar de la casa. Cuando divisé la amplitud de la entrada donde nacían las escaleras que llevaban al piso inferior, vi la figura envuelta en una capa roja de seda, el cabello largo y ondulado caía sobre la parte delantera y a pesar de tener la prenda bien ceñida al cuerpo, se podían contemplar las piernas desnudas y unos zapatos de tacón alto mientras se movía.

Pero si aquello me había creado estupefacción, aún lo hizo más ver al caballero negro sin zapatos, sin camisa, con el cabello completamente peinado hacia atrás y con marcas rojas por su pecho.

¿Qué mierdas era aquello?

Que no sea pintalabios por Dios… que no lo sea.

¿De verdad se acaba de zumbar a una tía después de acostarse conmigo? Me quedé estática contemplando la escena, estaba en ropa interior y con un vaso de leche caliente en mi mano mientras que en la otra tenía el teléfono en modo linterna para no darme un hostiazo mientras regresaba a la habitación, pero lo que menos esperaba era encontrarme con eso.

No esta pasando. Realmente no está pasando.

—Alexa, ¿Por qué demonios no estás en tu habitación? —Me reprendió al ser consciente de mi presencia.

De todas las posibles cosas que podía decirme, ¿Me regañaba? Ni que fuera una niña de cinco años para tener que reprenderme por estar fuera de la cama a deshoras.

—Ha sido un placer Mr. Le Noir —dijo aquella voz ante mi evidente silencio y la silueta de mujer cuyo rostro no había podido ver con claridad comenzó a caminar hacia la entrada perdiéndose tras la puerta y dejándome allí boquiabierta con lo que acababa de ver.

Igual mi mente iba muy rápido en mis propias conclusiones, pero si no era lo que imaginaba, ¿Por qué iba a venir una mujer con esas pintas a altas horas de la madrugada?

Quería gritar. Quería desaparecer de aquella escena bochornosa. Quería pirarme cuanto antes.

—Buenas noches señor Le Noir —zanjé poniendo un pie en la escalera deseando retener mis ganas de llorar.

En realidad no estaba dolida, ¿O sí? Quizá no me esperaba significar tan poco, tan sumamente poco para él hasta el punto de no tardar ni cuatro horas en tirarse a otra mujer.

—Alexa, ¿Qué hacías aquí? —Su pregunta parecía querer averiguar si estaba intentando hostigarle o probablemente fisgoneando para averiguar algo sobre él.

—Tenía sed —abrevié escuetamente pensando que así daría

respuesta a su insistente pregunta y continué subiendo la escalera sin mirar atrás.

Si creía que le iba a dar una sola muestra de autocompasión, iba a quedarse con las ganas. Fingiría que no había pasado nada, que lo que había sucedido entre nosotros no tenía mayor importancia y continuaría como su asistenta dos semanas más hasta cobrar mi sueldo y largarme de allí sin mirar atrás.

Antes de poder llegar al rellano de la escalera, pude sentir el calor de su cuerpo en mi espalda. No intentó detenerme, pero sabía que estaba justo detrás.

—Tú y yo sabemos que no estabas aquí porque tuvieras sed —susurró sin tocarme, sin siquiera rozar un solo ápice de mi piel.

—¿Y porqué estaba entonces? —exclamé fingiendo desinterés.

—Por la misma razón por la que yo no podía dormir —respondió empujándome hacia la pared y apretando su cuerpo contra mi espalda—. Deseo… —gimió—, deseas tanto que vuelva a poseerte como yo de estar dentro de ti gimiendo de nuevo.

No puede ser. Esto no puede estar pasando después de lo que acabo de ver.

Y a pesar de lo que mis ojos habían visto, de tener la prueba viviente de que una mujer acababa de salir del sótano junto a él teniendo más que claro que era su amante, no podía evitar sentir aquella sensación de inquietud placentera, esa inconfundible muestra de excitación que pedía a gritos ser poseída de nuevo.

Se suponía que lo que hubiera tenido o dejado de tener con esa otra mujer no me importaba. No era asunto mío. No debía generarme ningún tipo de alteración sobre lo que deseaba.

¡Valiente mierda!, ¡Me importaba!, ¡Y tanto que me importaba!

CAPÍTULO 20

Si este tío me cree tan pillada de él como para dejar pasar lo que acabo de ver, ya puede colgarse de un pino —y bien alto— Seguramente tenía vetado preguntar, pero a fin de cuentas habíamos sobrepasado el límite jefe - empleada, ¿no? Hasta donde yo sé, las asistentes no se acuestan con su superior.

—No parecías sentir ese deseo hace un instante —respondí esperando que mi voz no se entrecortara con algún jadeo.

Pensar que era o no lo correcto era muy distinto de las emociones que seguía mi cuerpo, expectante al suyo, demandante y deseando entregarme a él de nuevo.

—Olvida lo que has visto —susurró sin apartarse.

¿Qué lo olvide?, ¿Así sin más? Ya está, que se esfumen las imágenes de esa beldad con cuerpo de diosa —porque seguro que así sería la mujer bajo aquella capa a juzgar por sus largas piernas con aquellos taconazos— y de paso todo lo que imagino que habrán hecho ahí abajo.

Este se esnifa caspa si cree que puedo olvidar algo así, más aún después de tener un sexo brutal conmigo. ¿Lo mismo para él ha sido una mierda y necesitaba más?

No. Imposible. Si así fuera ¿porque narices iba a tener intenciones de volver a acostarse conmigo?

Respiré hondamente como si de ese modo mis neuronas funcionasen correctamente y no se dejaran arrastrar por la excitación que sentía en esos momentos de forma inevitable.

—¿Y porqué exactamente debería olvidarlo? —insistí y escuché un pequeño gruñido de hastío, momento que aproveché para darme la vuelta y poder verle vagamente con la luz que entraba del ventanal enorme de la escalera.

Aún seguía lo suficiente cerca para percibir el olor a perfume de mujer.

De esa mujer para ser concretos, porque el mío desde luego no era.

—No te incumben las razones ni el motivo, Alexa.

En aquel momento mis ganas de abofetearle eran tales que agradecí llevar el vaso de leche en la mano para no clavarme las uñas hasta sangrar.

¿Qué mierda de respuesta era aquella?, ¿Y de verdad creía que con eso iba a quedarme tranquila y modosita?

—Me ha quedado perfectamente claro, buenas noches Mr. Le Noir —zanjé con voz abrupta emprendiendo camino hacia mi habitación.

¿Había sido una clara afirmación de que se había acostado con esa mujer y ahora me buscaba a mi de nuevo?, ¿Qué clase de depravado sexual me he tirado por Dios?

Tengo que salir de esta casa o me voy a volver majara.

No sabía como sentirme, conforme avanzaba una parte de mi quería que me detuviera, otra por el contrario que no lo hiciera porque necesitaba poner distancia hacia ese hombre y lo que me

provocaba. ¿Cómo era posible que me hubiera sentido en el cielo hace unas horas y en el jodido infierno ahora?

Aquella casa iba a pasar de ser un mausoleo a un manicomio, de allí no salía cuerda, de eso estaba segura.

También tenía la opción de recoger mis cosas y pirarme de allí en aquel mismo instante, aunque eso diera pie a pensar que era una cobarde, que de algún modo me importaba lo que acababa de ver cuando ambos sabíamos perfectamente que solo había sido sexo sin ningún tipo de implicación emocional al respecto.

Por qué había sido sexo sin más, ¿no?

—¡No la he tocado! —alzó la voz para que pudiera oírle cuando estaba en el ultimo peldaño de la escalera que llevaba al piso superior y a punto de desviarme hacia el pasillo que llevaba a mi habitación *y a la suya, obviamente.*

El sonido de su voz hizo que me detuviera de inmediato. ¿Por qué me decía aquello? Y lo peor de todo ¿Estaba mintiendo? Podía oler el perfume de ella en él, señal de que había estado lo suficiente cerca para impregnarse de aquel aroma teniendo en cuenta que no llevaba prenda alguna puesta.

A pesar de su confesión aquello no era suficiente, al menos no para mi y menos después de decirme que no era asunto mío. ¡Joder si lo era! Vivía en aquella casa y acabábamos de cruzar el umbral de los límites en la relación laboral que teníamos, quizá no tenía derecho alguno a pedir explicaciones, pero al menos sí a que no me tratara de ese modo.

¿Y que había estado haciendo con ella si no la había tocado? No la llevó a su estudio donde posaban sus musas. ¿Para qué demonios la llevaba al sótano envuelta en una capa roja y en plena madrugada?

Las alarmas estaban ahí, como la sirena estridente de un camión de bomberos en un incendio y a pesar de oírlas en mi cabeza avisándome que debería huir antes de terminar achicharrada, les hacía

caso omiso.

No contesté. No me giré para ver si en sus ojos encontraba verdad o no, simplemente continué el recorrido hasta mi habitación con paso firme y cerré la puerta en cuanto entré dándome cuenta que había contenido el aliento durante todo aquel trayecto, como si de algún modo intuyera que él acabaría deteniéndome y todas las barreras que se tambaleaban cayeran finalmente provocando que me rindiera ante él de nuevo.

Dejé el vaso de leche sobre la mesita siendo consciente de que me temblaba el pulso. ¿Por qué razón me sentía de aquel modo?¿Y de verdad no le había puesto una mano encima a Caperucita Roja? La curiosidad, el afán de saber, la inquietud por conocer que demonios habían hecho esos dos quemaba por dentro como un fuego abrasador.

Decía que no la habita tocado, ¿Y si solo se refería a sus manos? Y si había utilizado algún otro tipo de… ¿instrumento?

—Dios… ¡Como le ponga el sado me muero! —gemí interiormente entrando al baño para echarme agua fresca en la cara.

Sentía calor, un fuego descomunal crecer por dentro a pesar de que estaba en ropa interior. ¡Esa mujer me ha visto así y le ha dado completamente igual! Evidentemente no es una pareja, ni alguien con algún tipo de compromiso. ¿Sería una de esas escort que pagan por servicios?

Me metí en la ducha creyendo que el agua podría arrastrar aquel torbellino de emociones y de paso calmar mis nervios, o al menos atenuarlos. ¿Cómo narices iba a continuar en aquella casa tras lo sucedido?, ¿Qué carajos iba a decirle cuando volviera a verle?

En una sola noche, el hombre que creía gay acababa de convertirse en un hetero promiscuo —o tal vez erraba en mis conclusiones—, ¿Y si lo que esconde en el sótano es algo realmente oscuro y terrorífico?

El recuerdo de nuestro primer beso llegó de pronto a mis pensamientos y la razón del porque me lo había dado hizo que aquella

teoría cobrara fuerza. ¿No fue él quien dijo que todos tenían alguna perversión?, ¿Un lado oculto? En aquella ocasión la idea de que él lo tuviera en aquel sótano pasó fugazmente por mi cabeza, pero no le había dado importancia, no hasta ahora que resultaba demasiado evidente para negarlo.

¿Tan horrible era para que sus amantes, esclavas o lo que fueran tuvieran que ir tapadas?

No quería saberlo. No deseaba saberlo.

Mentira. Me moría de ganas por descubrirlo aunque me negara por completo a reconocerlo.

Me desperté de un sobresalto, incluso tardé al menos un minuto largo en darme cuenta de donde estaba y coordinar que aún seguía en la casa del caballero negro haciendo que todos los recuerdos de la noche pasada me inundaran.

Sentí el dolor de cabeza al segundo, esa jaqueca por falta de sueño inconfundible… *lo que me faltaba para querer arrancarme el cerebro.*

Rebusqué en el fondo del armario mi kit de emergencia, un neceser viejo y roído donde siempre tengo alguna tirita, aguja e hilo —porque nunca se sabe cuando lo puedes necesitar—, un par de preservativos —que seguramente estén caducados y más me vale tirar —aspirinas y alguna que otra pastilla suelta que suelo tomar cuando me baja la regla. En realidad no sé porque le llamo kit de emergencia si en realidad es un popurrí de cosas que para mi tienen sentido y que de otro modo jamás encontraría.

Saqué la caja de cartón con la que parecía ser la última aspirina y me puse como nota mental tener que comprarlas en cuanto viera una farmacia, ni siquiera recordaba la última vez que me toma una, seguramente sería tras una noche pasada de copas con Charlie en la que tendría una jaqueca nivel Dios recién levantada y de eso hacía por lo menos un par de años. Por puro instinto giré la caja y vi que efectivamente: estaban caducadas.

Valiente mierda. Está claro que nada me va a salir bien hoy.

Ni siquiera pensé en que podría encontrarme de nuevo a Le Noir o que no sabía como actuar después de lo que acababa de pasar. ¡Joder que me había acostado con él! Por mucho que mi mente quisiera olvidar ese hecho era absolutamente imposible no evocar el recuerdo.

Como tampoco el de la mujer esa bajo la capa roja subiendo las escaleras que llevan al sótano.

Me había pasado horas dando vueltas en la cama, literalmente hasta el amanecer porque los primeros rayos iluminaron la habitación y aún así era incapaz de pegar ojo pensando que demonios había podido hacer con aquella mujer en el sótano infernal.

Lo de infernal lo había puesto yo, aunque lo mismo la cosa no andaba muy lejos de aquello y más tras sus condenadas palabras.

Esa jodida frase justo antes de marcharme no dejaba de repetirse una y otra vez de forma constante; *No la he tocado.*

¿No la había tocado con sus manos pero si con otro artefacto? Dícese un látigo o similar… o tal vez no la había tocado porque ella le había tocado a él. Sea como sea todo me llevaba a algo de índole sexual y es que ¿Por qué sino lo iba a tratar de ocultar? Eran demasiadas preguntas. Innumerables incógnitas y volver a pensar en todo aquello me hacía sentir que iba a explotarme el cerebro.

Bajé al piso inferior tal cual estaba, sin prestar demasiada atención a que se me veía medio culo que no tapaba aquella camiseta que normalmente utilizaba para ir al gimnasio y que había sido lo primero que encontré a mano, en aquel momento me urgía más encontrar una aspirina que no estuviera caducada que el hecho de lucir mis nalgas.

Sabía que los medicamentos estaban en la cocina, había visto algo de las veces que tuve que preparar el desayuno de su señoría *don estirado* y aunque no había husmeado mucho, ¿En que casa no hay aspirinas? Ni siquiera era consciente de la hora, pero me había

despertado por la alarma del teléfono, así que no podían ser más de las siete y media u ocho ya que había remoloneado un buen rato en la cama, era plenamente consciente de que Le Noir dormía plácidamente teniendo en cuenta las horas a las que se había ido a dormir, así que cuando entré en la cocina lo hice segura, tan convencida de ese hecho que casi se me cae la barbilla al suelo cuando le vi de punta en blanco trajeado y dejado caer sobre la encimera con tanta naturalidad como si estuviera acostumbrado a hacerlo a diario.

—No si ya decía yo que no auguraba un buen día… —gemí internamente pero salió un pequeño aullido de voz de mis labios.

Noté que me miraba y me di cuenta de que tenía una taza pequeña en la mano, intuí que se estaba tomando un café. ¿Tenía que haberle preparado el desayuno? Ya no sabía ni en que día vivía pero juraría que era lunes, o en todo caso martes… sea como sea la respuesta era negativa.

—Buenos días Alexa —alzó la voz probablemente por ser cortés o porque yo me había quedado muda tras mi maldición. En su voz no percibía ningún matiz de reprensión o deje de arrepentimiento.

—Buenos días —contesté a secas pasando por delante de él y seguramente dandole una buena vista de mi trasero.

Ahora me arrepentía de no haberme puesto un jodido pijama, aunque fuera de osos, ciervos o el endiablado animal más cursi de la historia, ¡Pero al menos me taparía el culo!

Me ha visto en bolas y me preocupa que me vea el trasero, como si no estuviera acostumbrado a ver cientos que hasta los dibuja y todo, seguro que ni se da cuenta, o tal vez era lo que esperaba porque no pensaba girar la vista para ver si sus ojos estaban fijos en mi culo.

«Actúa como si no estuviera, tú a lo tuyo» me dije abriendo el mueble donde estaban los medicamentos y refunfuñé porque estaban en la balda más alta, a la que apenas llegaba.

—¿Necesitas un médico? —Su pregunta llegó a la par su mano

acercándome la caja en la que se encontraban todos los medicamentos, no sabía si era cordialidad o su deber como jefe el preguntarlo.

—No. Solo es un simple dolor de cabeza —admití sin mirarle, puesto que removía todo el contenido para tratar de encontrar lo que buscaba.

—Tómate una de estas con el estómago lleno, en media hora te hará efecto y no sentirás molestias.

Su voz. Su cercanía. Su presencia en si me alteraba más de lo que admitía, ¿Por qué era amable?, ¿Por qué no se limitaba a hablarme con el hastío de los últimos días? Precisamente en aquellos momentos lo agradecería, porque pondría esa distancia entre nosotros que tanto necesitaba hasta aclarar mis ideas.

Asentí en lugar de contestar y cogí la caja tratando de no rozar bajo ningún concepto sus dedos, la aparté a un lado y le di la espalda con la excusa de coger lo primero que tuviera sentido de la nevera, solo porque así no tendría que mirarle a la cara. ¿Era muy evidente que le evitaba? En realidad me importaba un rábano, pero era lo que estaba haciendo, crear un vacío para obligarle a pirarse y dejarme a solas, pero por alguna razón mi táctica no funcionaba porque llevaba dos minutos mirando la nevera y el tío no se largaba.

¿Se puede saber porque narices un chupito de café le duraba tres horas? La taza era minúscula y no tendría más de dos sorbos antes de vaciarla, ¿Por qué seguía allí como un pasmarote?

—Voy a pasar toda la mañana y parte de la tarde fuera de casa con algunas gestiones importantes que no puedo eludir más tiempo —dijo finalmente ante mi aclamado silencio.

—¿Debo acompañarle? —Pregunté cerrando el frigorífico y dejando un cartón de leche sobre la encimera mientras abría un mueble para coger un vaso.

—No es necesario. —Su respuesta me hizo relajar los hombros, no iba a poder evitarle constantemente, en algún momento tendría

que romper con aquella actitud estúpida, pero por el momento no me veía capaz de hacerlo, quizá porque quería respuestas a preguntas que sabía que él no me daría— Tienes el día libre para hacer lo que te plazca hasta las ocho.

Casi se me escapa un gracias a modo de graznido porque realmente necesitaba aquello.

—¿Desea la cena a las ocho en punto? —exclamé porque intuía cual era la razón.

—Deseo nuestra cena a las ocho en punto, para los dos y a tu elección —decretó con ese tono autoritario. Instintivamente le miré no dando crédito a su afirmación y me encontré con la profunda mirada azul que siempre paralizaba los latidos de mi corazón. ¿Por qué tenía que observarme de ese modo? —A partir de ahora cenarás siempre conmigo en el salón principal y no admito una negación por tu parte.

¿Qué no podía negarme?, ¿Y a este que bicho le ha picao?

—¿Y se puede saber la razón de este hecho? —exclamé ni corta ni perezosa cruzándome de brazos.

Me dolía la cabeza, pero no era ingenua o idiota, ¿Acaso aquello eran remordimientos?

—Así estaré seguro de que te alimentas y no vuelva a suceder lo de ayer —soltó indignándome aún más.

—Le puedo garantizar que no volverá a ocurrir nada de lo que sucedió ayer —bufé refiriéndome no solo a mi supuesto mareo por falta de alimentarme, sino al hecho de acostarme con él.

—¿Nada? —ironizó y casi pude atisbar una sonrisa—. Eso sería contraproducente para ti.

¿De que va este tío?, ¿Contraproducente?

—N-a-d-a —aseguré como si fuera un reto para él.

—Muy bien —soltó mientras se inclinaba sobre mi y yo me echaba hacia atrás alejándome de su rostro, no sabía si su intención era besarme, pero desde luego no iba a dejar que lo hiciera. Vi que

dejó la taza vacía sobre el fregadero, pero ni siquiera apartó la vista de la mía cuando lo hizo, solo sentí el ruido de la cerámica chocando contra el acero—. Te garantizo que antes de media noche estarás gritando mi nombre entre jadeos mientras me corro dentro de ti, Alexa.

Mi cuerpo tembló y no precisamente de temor, sino del más puro e instintivo deseo carnal. ¡Joder! No eran solo palabras, era la promesa escrita en su mirada.

Creo que ya no necesito esa aspirina, se me acaba de ir el dolor de cabeza y hasta mi último hálito de vida.

CAPÍTULO 21

Seguramente mi cerebro se había frito porque era incapaz de articular palabra, como si fuera imposible que él hubiera dicho aquello y tratara de procesarlo una y otra vez para cerciorarme que verdaderamente me había lanzado aquella especie de certeza a la que no sabía ni definir en su contexto.

¿Me lo garantizaba?, ¿Tan seguro estaba?

«Ni en tus sueños» Le habría dicho una Alexa rebelde no mucho tiempo atrás, en cambio allí estaba. Patidifusa. Extasiada. Confundida. Apabullada.

¿Por qué demonios ese hombre me hacía sentir una confusión de sentimientos?

Reaccioné cuando dio media vuelta y comenzó a caminar para marcharse sin decir siquiera que se largaba.

—¡Eso ya lo veremos! —bufé con la seguridad que me daba no ver esos ojos intrigantes llenos de promesas por cumplir y a las que no estaba tan segura de poder rechazar.

Si es que mi propio cuerpo me traiciona el muy capullo.

Y entonces oí su risa, esa que pocas veces dejaba entrever o había podido escuchar, pero no rebatió mi respuesta, ni se dio media vuelta para volver a lanzarme su advertencia, simplemente se fue dejándome allí de nuevo aletargada y con la inexplicable sensación de que había perdido la batalla.

¿La había perdido?, ¡Ni de coña!, ¿Quién se ha creído que es el cretino este para pensar que me voy a abrir de piernas para él solo porque le da la gana?, ¡Se va a enterar de quien es Alexa Vázquez.

Me tomé un café con leche y decidí que era un buen día para desayunar fuera, quizá con suerte podría ver a Charlie y almorzar juntos, así que le mandé un mensaje mientras subía la escalera. Tenía que estar de regreso antes de las ocho y con la cena, ¿Habría algo en particular que el caballero negro detestara? Dudo que haya alguien al que le guste la coliflor hervida o al menos el hedor que emana anulara toda la tensión sexual que haya en el ambiente.

Uf, necesitaba salir de aquella casa de inmediato. Quizá un cambio de aires, charlar con alguien y desahogarme o simplemente ver que hay vida más allá de cierto francés de ojos endiablados me haga volver a tener un poco de cordura.

No había revelado en el grupo aún lo ocurrido y no por falta de ganas, sino por evitar que mis amigos se preocuparan demasiado o me dijeran que me pirase de inmediato de aquella casa.

Algo que con sumo gusto habría hecho, de no ser porque era mi pase hacia mis sueños y proyectos de futuro.

Si mantenía la mente fría sabía que no debía importarme, entre Le Noir y yo solo podría existir una relación de índole sexual aparte de la situación laboral y cada quien tomaría el rumbo de su vida en cuanto me largase. Seguramente él ni recordaría mi nombre pasadas unas semanas y yo le tendría en mis recuerdos como los mejores polvos de mi vida, pero una cosa era acostarme con él sabiendo que solo sería puro sexo y otra que al mismo tiempo no dejase de tirarse a otra mujeres en mis propias narices.

Eso era humillante aunque tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo, aún así no dejaba de ser denigrante para mi propia moral, no porque quisiera ser la única mujer en su vida; *ni de lejos*, sino porque me hacía sentir que no era suficiente como si no colmara sus deseos.

Como si a mi me importaran sus deseos.

Quizá lo que más me molestaba era que ni de lejos yo podría pensar en otro hombre tras haberme acostado con él y sin embargo él había puesto a otra mujer en su vida en solo un par de horas.

Tenía que dejar de pensar en el caballero negro de inmediato por mi salud mental, ya estaba bastante desquiciada con el tema y mi dolor de cabeza persistente lo corroboraba.

En cuanto me subí al taxi llegó el mensaje de respuesta de Charlie diciendo que tenía toda la mañana ocupada, pero sacaría un hueco para almorzar conmigo. Reconozco que había imaginado que podría pasar todo el tiempo libre junto a mi mejor amigo, pero no me desmotivó, así que me fui a desayunar a una cafetería del centro degustando un segundo café relajadamente mientras veía el ritmo frenético de la gente que pasaba por allí, muy al contrario de los paseos relajados de turistas que contemplaban todo a su paso. Barcelona era una ciudad preciosa, llena de monumentos, espectáculos y lugares por visitar y en las dos semanas que allí llevaba no había visto más que las calles de las tiendas de firma y lo que mi vista alcanzaba a ver desde la ventanilla.

Visité varias galerías de arte y dos museos. Cualquiera diría que más que tratar de abstraerme del caballero negro le estaba invocando, puesto que no dejaba de comparar los cuadros de los artistas expuestos con los suyos aunque no tuviera nada que ver con su estilo, pero me dije a mi misma que solo se trataba de cultura. En cuanto salí del museo de Picasso, mi querido mejor amigo me estaba esperando en la puerta mientras hablaba por teléfono, me hizo una señal para avisarme y llegué hasta él con una sonrisa de alegría.

No me había dado cuenta hasta ahora de cuanto necesitaba

una cara amiga. En cuanto colgó la llamada me pidió disculpas y me abrazó tan fuerte que casi se me escapan un par de lágrimas.

—Y ahora dime porque tienes el día libre después de echarte un polvazo —mencionó en voz baja como si supiera que realmente había ocurrido algo entre nosotros.

¿Por donde empezaba? Había hablado por privado con él aquella misma noche incluso me dio su consejo, pero después había sido incapaz de decirle lo que ocurrió entre nosotros, así que cuando nos sentamos en un precioso restaurante en el que Charlie había reservado mesa, comencé a relatar todos los detalles que ocurrieron tras esa escabrosa noche y mencioné a la mujer de la capa roja.

—¿Te has planteado que pueda ser alguna modelo especial?, ¿Alguien que utilice para sus trabajos más oscuros? —exclamó dando un sorbo a su copa de vino—. No es que quiera justificarle, mi mente tiende a pensar en lo más obvio al igual que tú, pero tal vez en esta ocasión no sea así y mas aún teniendo en cuenta que confesó no acostarse con ella, un detalle que no hay que pasar desapercibido porque no tenía porque hacerte ninguna confesión respecto a su vida privada.

—Si así fuera, ¿Por qué no decirme que solo era una modelo?, ¿Por qué esta prohibido el acceso al sótano? Me va a explotar la cabeza y sigo sin entender una mierda de todo este secretismo.

—Pues pregúntale directamente —atajó encogiéndose de hombros como si eso lo solucionara todo.

—¿Cómo no lo había pensado?, ¡Soy imbécil! —ironicé—. ¿Tal vez porque he firmado un contrato en el que me está prohibido realizar preguntas personales?

—Esto no es una pregunta personal, solo quieres saber que oculta ahí, ni estás intentando entrar, ni es una pregunta personal, al menos no bajo mi punto de vista. —Charlie hacía que las cosas fueran tan fáciles que me sentía tonta de verdad—. Además, lo vuestro ha pasado la frontera que cruza el límite entre lo laboral y lo personal. Te lo has tirado amiga y eso tira por tierra varías cláusulas de tu

contrato.

—Hasta donde sé sigo trabajando para él y eso significa cumplir el contrato —bufé sintiendo que las cosas no habían cambiado tanto.

—Tú misma has dicho que a partir de ahora quiere que cenes con él, que poses como modelo para él y que te volverá a zumbar antes de media noche o ese es su deseo. ¿Y de verdad sigues pensando que las cosas no han cambiado? Lo han hecho y mucho, a ese tío le gustas y me atrevería a decir que demasiado —admitió con una sonrisa traviesa.

—No está el horno para bollos Charlie, no quiero una clase de subidón de autoestima para motivarme a seguir tirándomelo, lo que necesito es más bien todo lo contrario —renegué dejándome caer sobre la silla.

—Está bien. Está bien —dijo alzando las manos en señal de paz —. Se merece que le hagas sufrir un poco, al menos hasta que averigües o te cuente que leches hace en ese sótano. Le he preguntado a Michael y tampoco tiene idea de que hace ahí, de hecho ni sabía que había uno en la casa. —Charlie se encogió de hombros y se quedó pensativo durante un buen rato—. ¿Y si le pides que te lleve? Por lo menos averiguarás que hay, si no te gusta te largas y si te mola el rollo… igual hasta te diviertes. Eso si tienes razón y de verdad las capas rojas son escort de lujo.

La charla con Charlie sirvió para despejarme, aunque me hizo plantearme algunas cuestiones que ni siquiera había pensado. ¿Podría de verdad pedirle que me llevase al sótano? Una parte de mi quería y a la otra le aterraba averiguar la verdad.

¿Qué verdad?, ¿Qué tuviera sexo con otras mujeres o que escondiera un secreto que no iba a ser capaz de aceptar?

Por primera vez en mi vida la tentación y la prudencia se equiparaban al punto de no saber que decisión tomar.

—Espero que no te importe que Michael se nos una para tomar

un café, no he podido verle en varios días porque ha estado fuera de la ciudad —Y mientras Charlie decía eso, el responsable de que yo estuviera en la casa del caballero negro entraba en el restaurante y se quitaba las gafas de sol como si fuera un modelo de Armani.

No me extraña que Charlie esté de verdad pillado por ese tío, si es un bombón con patas.

Michael le plantó un señor beso en toda regla a Charlie mientras yo fingía que miraba hacia otro lado y después me dirigió una sonrisa antes de sentarse a mi lado.

—Bueno… bueno… bueno… —comenzó a decir—, ¿Qué clase de magia has obrado querida? Solo he recibido una llamada en quince días por parte de Chev, ¡Una! —exclamó como si estuviera realmente sorprendido—. ¡Y encima era para preguntarme por ti!

¿Qué?, ¿Por mi? Probablemente mi cara lo dijo todo.

—Es que mi amiga guarda polvos mágicos en su arsenal —siseó Charlie y le miré en modo asesino, algo que él pareció obviar porque sonreía como si estuviera disfrutando el momento.

—¿Es que hay algo entre Chev y tú? —exclamó como si no diera crédito—. Eso podría darle sentido a sus preguntas.

—¿Qué te preguntó exactamente? —dijo Charlie adelantándose a mi.

—Cosas triviales, tampoco le di mucha importancia salvo el hecho de que quisiera saber ese tipo de cosas puesto que por ningún otro asistente ha preguntado nada —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué quería saber? —pregunté ahora yo.

—Me pidió tus referencias, quien te había recomendado, si sabía porqué querías trabajar para él y sobre todo hizo gran hincapié en si conocía la razón para la que necesitabas el dinero —contestó calmado como si todas las preguntas fueran rutinarias y normales, pero obviamente él no sabía la razón por la que realmente las hacía.

Teníamos una apuesta.

—¿Y que le dijiste? —exclamé con los nervios a flor de piel.

¡Dios!, ¡Por tu madre Charlie espero que no le hayas contado nada a este tío.

—Tranquila que no he dicho nada malo de ti, sino todo lo contrario —continuó tranquilo y alzó la mano para llamar al camarero que pasaba por allí ordenando un café con leche—, solo mencioné que venías recomendada por un buen amigo y con unas referencias muy buenas, en cuanto a la parte del dinero le advertí que no tenía idea… ni siquiera que necesitabas dinero para algo —finalizó encogiéndose de hombros y volví a respirar.

No me había preocupado en sí perder la apuesta por no cobrar el doble de mi sueldo, —que me vendría fenomenal ya puestos—, sino más bien porque no tenía ni la menor idea de que podría pedirme el caballero negro. ¿Quizá algo prohibido a lo que no pudiera negarme? Prefería no descubrirlo, al menos no por el momento.

—Es un desconfiado, pero eso debes saberlo tú mejor que yo, le conoces desde hace años —admití tratando de evadir la razón principal por la que había realizado aquella llamada.

Michael se aclaró la garganta y se removió en la silla como si estuviera incomodo, iba a decir algo y en ese momento le trajeron el café por lo que esperó a que el camarero se marchara después de preguntarnos si faltaba algo más y negarnos.

—¿Desconfiado? Puede. ¿Excéntrico? Si. ¿Peculiar? Por supuesto. ¿Rarito? Bastante. ¿Meticuloso? Ni te lo imaginas. ¿Puntilloso? Hasta la saciedad. ¿Meticuloso? Diría que demasiado, pero bajo ningún concepto es curioso con la vida de los demás, ni siquiera me ha preguntado jamás por algo personal y nos conocemos desde hace cuatro años, menos aún ha preguntado alguna vez por la vida de sus empleados, así que puedes hacerte la inocente todo lo que quieras, pero es evidente que entre Chev y tú hay algo… ¿O me equivoco? —exclamó finalmente mirando hacia Charlie que aguantaba la sonrisa.

—A mi no me mires, eso es cosa suya —dijo mirando hacia

otro lado.

—Y pensar que todos creíamos que era gay, que bien guardado se lo tenía —bufó Michael como si la respuesta de Charlie fuera obvia.

¿Por qué lo daba por descontado?

—La única relación entre Le Noir y yo es laboral, no hay nada más entre nosotros. Además, pienso largarme en dos semanas —bufé dando por zanjado el asunto.

—¿Y él sabe que te vas? —exclamó sorprendido.

—Dudo que logre completar las dos semanas sin que me eche antes —agregué convencida o tal vez no muy convencida de que yo durase esas dos semanas.

Charlie hizo un amago de decir algo, pero por prudencia o quizá por no meter la pata se calló, en cambio Michael no lo hizo.

—Conociendo a Chev como le conozco, no dejará que te vayas —objetó convencido mientras hacia una mueca a modo de sonrisa— Y para ser sinceros, a mi me vendría de perlas que te quedaras.

—¿Y porque no iba a dejar que me fuera? Solo soy una asistente, ha tenido muchos, uno más o uno menos…

—¿No es evidente? —concreto como si fuera obvio—, Chevalier Le Noir jamás ha mostrado interés alguno por nadie. Ni hombre, ni mujer. Absolutamente nadie era de su interés o dejaba entrever que lo fuera y te lo dice alguien que lleva aguantando sus manías durante años. Tú has sido la primera persona por la que se ha interesado lo suficiente para dejar que fuese de dominio publico, ¿O crees que el hecho de que anoche te llevase como su acompañante no iba a generar habladurías? Es la primera vez que lo hace.

No. Imposible.

—Soy su asistente, es normal que me llevase junto a él… —susurré tratando de justificar lo que Michael decía.

Tal vez el caballero negro se sentía atraído por mi, pero no como Michael insinuaba sino más bien como sexo fácil y recurrente.

¿Y si no porque iba a estar allí la mujer de la capa roja después de acostarse conmigo? Tal vez seguía insistiendo en que se había acostado con ella y no había sido así, o al menos el me había dado a entender que no lo había hecho.

—Y por eso no mencionó a ningún invitado que lo eras, ¿no? —ironizó—. Nunca ha llevado acompañante a un evento, siempre ha ido solo o con sus asistentes que se quedaban detrás de él —puntualizó acabándose el café—, pero tal vez tengas razón y esté viendo cosas donde no las hay —se encogió de hombros y se puso en pie—, tengo mil cosas por hacer, ha sido un placer volver a verte Alexa, ¿Te veo esta noche en mi casa? —dijo dirigiéndose hacia Charlie que hizo un asentimiento y se despidieron fugazmente mientras a mi me daba dos besos antes de marcharse y dejarme con una sensación de encogimiento en el estómago.

—Hagas lo que hagas estaré aquí para apoyarte, aunque termines enamorándote de él —dijo Charlie eliminando el silencio que se había creado entre nosotros.

—Eso no va a pasar —dije muy convencida—. Da igual lo que opine Michael porque crea que le conozca, también creía que era gay y los dos sabemos que no lo es, simplemente tiene una opinión errada. Yo sé lo que vi anoche. Yo sé como es alguien como él y créeme cuando digo que jamás podría enamorarme de una persona que es incapaz de sentir empatía por los demás. ¿Empotrarmelo unas cuantas veces? Si, pero nada más.

Charlie comenzó a reír y eso provocó que yo también me riese de mi propia confesión.

—Aguanta dos semanas y dale la patada, tus sueños están a la vuelta de la esquina nena, no dejes que se pierdan.

Con la moral por las nubes y una seguridad en mi misma que casi creí perdida llegué a las siete y media de la tarde a la gran mansión del caballero negro. Dejé las bolsas sobre la encimera de la cocina y me fui directa a mi habitación para darme una ducha y ponerme ropa fresca. Cara lavada, el pelo me caía grácil en ondas por

los hombros y me puse un vestido de punto que se pegaba al cuerpo pero al mismo tiempo era absolutamente discreto sin enseñar ni un ápice de piel de mi cuerpo.

Me calcé de nuevo los zapatos de tacón y bajé a preparar la mesa cuando eran las ocho menos cinco. ¿Volvería a reprenderme por no estar todo listo a las ocho en punto? Estaba colocando las copas cuando noté su presencia, ni siquiera me hacía falta verle, podía notar su olor detrás de mi y era consciente de que me estaba observando minuciosamente como solía hacer siempre.

¿Lo haría también con sus otros asistentes?

—¿Comida mexicana? —preguntó acercándose y viendo las fuentes.

—Dijo que fuese a mi elección —contesté secamente.

Si no le gustaba que se jodiera, no puso excepciones.

—En realidad solo iba a decir que me resulta afrodisiaca —jadeó y maldecí mil veces por mi selección.

Lo que me faltaba, ahora solo voy a poder pensar en que va a estar empalmado toda la cena.

—Lo será para usted, para mi no —bufé al sentir una ola de calor.

—Deja de llamarme usted constantemente, solo tengo seis años más que tú, puedes tutearme —mencionó sorprendiéndome.

—La cláusula de su contrato requiere que le llame Mr. Noir o señor Le Noir, ¿Se le ha olvidado? —puntualicé sin mirarle, solo fingía colocar las cosas en la mesa adecuadamente, como si las copas tuvieran un lugar exacto y cada platillo también.

—Me importa una mierda lo que diga ese contrato, quiero oírte decir mi nombre —bramó con tanto ímpetu que sentí un temblor y no precisamente de miedo, sino de excitación.

¿Por qué era tan importante para él? Quizá solo era por el hecho de haberle evitado alegando una de sus cláusulas, sinceramente

dudaba que para él fuera importante que le llamara por su nombre, y entonces recordé su promesa antes de marcharse esa mañana.

«Antes de media noche estarás jadeando mi nombre mientras me corro dentro de ti» Bueno… o algo muy similar a eso porque ya era imposible recordar las palabras exactas.

¿Por eso quería que dijera su nombre?, ¿Para cumplir al pie de la letra su advertencia?

Este juego no se va a jugar a tu manera, guapo… ya va siendo hora que alguien te enseñe que todo no gira a tu alrededor.

—¿Y si no quiero? —advertí por no decir más bien ¿Y si no me da la gana? Porque en realidad llamarle por su nombre implicaba un acercamiento, una cercanía que muy a mi pesar deseaba.

—No insistiré —concluyó sorprendiéndome por su poca paciencia o más bien empeño. No parecía que fuese a ceder tan fácilmente hace solo treinta segundos cuando había bramado con ímpetu que le importaba un cuerno las reglas de aquel contrato.

Es bipolar. No hay duda.

—¿Alguna petición especial que desee sobre el vino? —exclamé cambiando de tema, como si no me importara en absoluto que aún estuviera detrás de mi esperando un acercamiento o lo más importante, que le tutease. Con mi respuesta le habría quedado muy claro que no pensaba hacerlo, si eso implicaba ceder y creer que tenía todas las de ganar para volver a tener sexo con él antes de media noche, mejor que se fuera sentando, porque de pie iba a agotarse.

—Lo traeré yo mismo —puntualizó desapareciendo y me imaginé que se dirigía hacia la pequeña reserva que mantenía a temperatura idónea en su vinoteca.

No solo regresó con un vino blanco de buena cosecha, sino que también trajo una botella de tequila.

¿Este se cree que cederé fácilmente a sus deseos si estoy borracha?

Deseché rápidamente la respuesta, el caballero negro no era de

los que recurrirían jamas a ese ardid, incluso me atrevería a asegurar que era de los que deseaban que una mujer estuviera más que cuerda y con los cinco sentidos a pleno rendimiento cuando tenía sexo con ella para comprobar el placer que él le otorgaba.

—¿Qué tal le ha ido el día? —pregunté como si nada entre nosotros hubiera pasado, tratando de hacer aquella situación lo menos desagradable —o más bien tensa— posible.

—Aburrido, eso me recuerda que debo ir a París dentro de dos días. Vendrás conmigo—. ¿Has pasado todo el día fuera de casa? —preguntó como si quisiera cambiar rápidamente de tema.

—Si, estuve… —no iba a contarle que había estado con Charlie y Michael, así que rápidamente cambié mi respuesta—… disfrutando de la ciudad.

—No has almorzado, ¿También voy a tener que obligarte a almorzar conmigo? —exclamó frunciendo el ceño y yo le miré extrañado.

—Si he almorzado, ¿También tengo que decirle las calorías que he ingerido? —ironicé pensando en la absurda conversación que estaba teniendo con el que era mi jefe, aunque me empezaba a resultar difícil verle como tal después de darme el mejor orgasmo de mi existencia.

Tampoco exageremos, seguro que ahí fuera hay mil tíos que me darían la misma satisfacción en cuanto a sexo se refiere.

—Recibo constantemente alertas de los gastos con la tarjeta que te di, aparece el cargo de la cafetería por la mañana, pero ningún restaurante a la hora de almorzar. —Casi me atraganto al saber que llevaba un control exhaustivo de mis gastos, ¿Eso quería decir que también sabía cuanto me había gastado en zapatos y vestidos? Se ve que no le parecía mal la exorbitada cantidad porque no me había dicho nada al respecto… ¡Joder!, ¡Y yo pagando el desayuno creyendo que no iba a darse cuenta de siete míseros euros!

En realidad no se había quejado de que gastara su dinero, sino

más bien de lo contrario ahora que me daba cuenta.

—Eso es porque no he pagado yo, me han invitado —dije cogiendo la copa de vino que acababa de servirme y llevándomela a los labios.

Igual si que me vendría bien ese tequila para soportar la tensión que ahora mismo sufría.

Si era curioso o no por saber con quien había almorzado ese día no lo hizo notar, pero podía entrever por su silencio que esperaba una respuesta por mi parte.

Sigue esperando bombón, igual que sigo esperando yo a que me cuentes quien era la mujer vestida de caperucita que metiste en casa anoche.

—Hablas con bastante fluidez francés, ¿Tienes algún familiar o has tenido una pareja con la que conversar frecuentemente? —Su pregunta me desconcertó, pero trate de pensar que quizá aquella cena se convertiría en algo trivial después de todo, aunque la sensación de sentir que estaba en alerta preparada para la guerra con los cañones listos a punto de disparar no se amilanaba.

—Mi único contacto con su lengua materna ha sido las charlas que mantenía con una profesora de la universidad con la que mantenía una buena relación de amistad —aclaré dando un gran bocado a mi primer taco de pollo.

Las preguntas triviales continuaron; ¿Tienes hermanos?, ¿Hace tiempo que te independizaste?, ¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad?, ¿Qué países has visitado?, ¿Practicas algún deporte? Y la ristra continuó mientras respondía escuetamente y él parecía aceptar mi contestación sin insistir o indagar más sobre ello.

¿De verdad le importaba mi vida o solo lo hacía por rellenar el silencio? Fuese cual fuese su intención, lo cierto es que no me importaban aquella clase de preguntas que no le revelarían mucho más de mi persona y que de algún modo me hacían sentir menos incomoda. ¿Habría sido esa su verdadera finalidad? Con aquel hombre

acababa replanteándome absolutamente todo y cuando llegamos al postre me estaba arrepintiendo de no negarme a contestar aquellas preguntas personales teniendo en cuenta que en su contrato yo no podía hacerle ninguna pregunta de esa índole.

—Creo que reclinaré el tequila —dije cuando le vi servir dos pequeños vasos.

—Lo necesitarás, tras la cena posarás completamente desnuda para mi —objetó sin ningún tipo de matiz en su voz, como quien hubiera dicho que iba a misa o a comprar el pan.

Inmediatamente sentí que estaba roja, que el fuego bullía por mi interior y casi no era necesario el tequila, o sí… ya puestos a pensar lo que me esperaba igual necesitaba tres en vez de uno.

Posar desnuda para él. Visto así, ya lo había hecho antes, ¿no? Y él mismo me había advertido que lo seguiría haciendo.

Espera, espera, espera. ¿Ha dicho completamente? Y de inmediato cogí el vaso y lo bebí de un trago. Estaba fuerte, lo suficiente para provocar que tosiera inevitablemente.

—En realidad no está estipulado en ninguna parte que deba posar para usted —me atreví a decir en voz alta sin mirarle.

—Tampoco está estipulado que tengamos sexo y lo hemos tenido —bufó relajado y alcé la vista para verle dejándose caer sobre la silla—. Trabajas para mi, estás a mi servicio y si tu trabajo requiere que poses para mi, lo harás.

¿Este tío es imbécil o se ha caído de un quinto piso?

—Muy bien —zanjé levantándome de la mesa de mal humor—. Ya no trabajo para usted, me iré esta misma noche —dije sin pensar realmente lo que estaba haciendo, pero no iba a aguantar mas sandeces de un misógino sin cerebro que no dejaba de repetirme que no tenía ni voz ni voto solo porque era su empleada.

No llegué ni a la mitad del hall cuando sentí que me detenía cortándome el paso mientras se colocaba frente a mi.

—No puedes marcharte sin preaviso. No puedes irte sin más —alegó cortante.

—¿Qué no puedo? —exclamé airada—. ¡Míreme! —insistí tratando de apartarle. A la mierda mi sueño de ir al extranjero. A la mierda mi futuro. A la mierda todo. Y entonces él me rodeó por la cintura para girarme en dirección contraria a mi paso acercándome a él.

—Dime que quieres —susurró—. Dime tu precio para quedarte —insistió con una voz que casi recurría a la desesperación.

¿Un precio?, ¿Creía que me quedaría por una cifra? Habría sido fácil que así fuera para que mentir. Necesitaba realmente el dinero si deseaba crearme un porvenir, pero en aquel momento me importaba un cuerno su dinero.

A decir verdad me importaba una mierda, quizá porque no pensaba con claridad.

—Quiero saber que hay en el sótano —admití mirándole a los ojos y vi un brillo oscuro en ellos.

—Quédate y te lo enseñaré —admitió acariciando mi mejilla, casi rozando mis labios—. Cuando estés preparada —añadió paseando sus dedos hacia mi cuello.

¿Cuándo estuviera preparada?, ¿De que iba eso?, ¿Era solo por ganar tiempo?, ¿Y si nunca estaba preparada según él?

Y entonces supe que si no averiguaba que había en ese lugar, iba a ser incapaz de continuar en aquella casa.

—Tiene hasta la media noche para abrir esa puerta o le aseguro señor Le Noir que no dormiré bajo este techo nunca más —advertí sintiendo que por alguna razón era la perdedora en aquella batalla.

¿Qué razones tendría él para desear que continuara en aquella casa? Era prescindible, un peón fácil de reponer, pero a pesar de esa clara certeza, no dejé que viera ni un ápice de debilidad que le diera fuerzas para hacerme ceder.

CAPÍTULO 22

Noté como hinchaba los orificios de su nariz, era como si estuviera armándose de paciencia para no explotar o tal vez reconsiderando mi propuesta. ¿De verdad le había lanzado un ultimátum?

—Ven conmigo —Su voz era grave. Lo suficientemente grave para llevarme a pensar que no le resultaba agradable.

¿Quizá no estaba acostumbrado a no ser él quien estuviera al mando? Le seguí a cierta distancia, no se dirigía hacia el sótano como en un principio pensé que haría, sino que rodeó la escalera y entró en su despacho dejando la puerta abierta para que le siguiera. ¿Debía cerrarla? Decidí que no era necesario, al fin y al cabo estábamos solos en aquella casa y nadie iba a interrumpir aquello que fuese para lo que me estaba llevando allí.

Me quedé a media distancia, entre la puerta de acceso y su mesa que se encontraba al otro lado de la estancia, vi como se sentaba en su silla y rebuscaba por los cajones de su escritorio hasta sacar una

carpeta de color negro. No decía nada, yo simplemente le observaba y estuve atenta a cada movimiento mientras sacaba un documento y escribía en él con su puño y letra.

—Firma aquí —dijo finalmente ofreciéndome el documento o más bien, poniéndolo al otro lado de la mesa para que me acercase y le obedeciera.

En su mano había un bolígrafo y lo cogí por inercia, pero no entendía porque tenía que firmar un documento. ¿Era mi carta de despido?, ¿Me estaba echando antes de que yo misma me marchase sin más? Miré el documento y vi que había escrito mi nombre a mano en una línea en blanco y entonces vi una cifra, una exhorbitante cifra astronómica que no podía ser ni de lejos lo que iba a pagarme por llevar trabajando aquellas dos semanas.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunté decidiendo por mi misma leer desde el principio.

—Si quieres que te lleve al sótano, tendrás que firmar este documento —mencionó poniéndose en pie y leí básicamente lo que venía a ser un contrato de confidencialidad.

No podría revelar nada de lo que viera, sucediera o hiciera allí abajo, en caso de hacerlo podría someterme a una demanda por parte de Mr. Le Noir que ascendería a la exhorbitante cifra astronómica mencionada; casi un millón de euros.

Ya debe ser gordo lo que hay allí abajo.

¿Podría ser un modo de proteger su privacidad para que nadie hablara sobre él? Si tenía en cuenta que hasta hace un día creía que era gay, no sería muy errado pensar de ese modo.

Firme el documento y lo dejé sobre la mesa, en cuanto lo hice vi como lo recogía y lo guardaba esta vez en un cajón bajo llave mientras aguardaba en silencio.

¿Cuántos de esos contratos habría firmado previamente al mío? No me importaba. Estaba pasando. Realmente iba a ver la Baticueva del caballero negro, pero no me esperaba una astronave que volaba o

armas letales con las que combatir al enemigo junto a trajes de combate impenetrables. No. Aquello no era una peli de DC sobre super héroes, era un excéntrico pintor de cuadros que me iba a llevar al sótano de su casa y empezaba a ser consciente de que estábamos completamente solos, absolutamente solos en aquel mausoleo.

¿Me estaba acojonando en el último minuto? Tenía que admitir que tal vez un poco.

—Como he mencionado antes, te llevaré al sótano cuando estés preparada —dijo con toda la calma del mundo y yo pensé que me estaba gastando una broma.

¿Qué?, ¿Es que no había sido tajante?, ¿Me hacía firmar ese documento para llevarme cuando supuestamente estuviera preparada?, ¿Y preparada para qué exactamente?

Mira chato, estás buenísimo, pero si crees que voy a dejar que me azotes con un látigo o similar, te puedes colgar de un pino porque tan zumbada no estoy. Al menos no de momento. Con todos mis respetos a la gente que le gusta ese rollo, pero dudaba que fuera lo mío.

Todo es probar. Diría Ana, pero a mi lo de que me pongan el culo rojo esperando sentir placer, *como que no.*

—Creo que he sido muy contundente cuando le he…

—Y yo lo he sido cuando te he dicho que te llevaré. Además, me has mentido —interrumpió y alcé una ceja no comprendiendo a qué se refería—. ¿He mentido?, ¿Sobre que demonios he mentido? —. Tu supuesta experiencia siendo asistente. Tu imaginario curriculum y tu inexistente conocimiento sobre arte —puntualizó haciéndome sentir pequeña.

Muy pequeña. Infinitamente pequeña ¡Mierda!

¿Cómo leches lo ha podido averiguar? Tampoco es que fuese necesario ser un genio para indagar un poco y cerciorarse de que era mentira.

—Supongo que eso ya no importa, teniendo en cuenta que me iré esta misma noche, ¿No cree? —advertí cruzándome de brazos y

seguí en la misma tesitura.

Si esperaba que me disculpara por ello, ¡Al cuerno! Bastante había aguantado con sus desaires y malos modos durante dos semanas.

—Importa —advirtió tranquilo—. Teniendo en cuenta tus razones para mentir. ¿Has decidido ya en que ciudad vivirás? París podría ofrecerte lo que buscas, aunque Londres tendría más salida para lo que deseas cuando regresaras de nuevo a España.

Imposible. No puede saberlo, ¿Cómo ha podido averiguarlo? No. Es técnicamente imposible, ¡Imposible!

Y aún así lo sabía… ¡Lo sabía, joder!

Adiós a doblar mi sueldo.

—Eso no es de su incumbencia —proclamé sintiéndome vulnerable, ¿En que momento se me ha escapado el control con este tío?, ¿Cómo es posible que sepa todo sobre mi y yo no sepa absolutamente nada sobre él?

—Accediste a aceptar cualquier petición que te hiciera, Alexa. Lo que fuera —recalcó mirándome con tanta intensidad que me sentí más diminuta que una pulga.

¡Dios!, ¿Por qué me tiene que imponer de ese modo? Imponer y poner… porque joder el morbo que daba. Eso era innegable.

—¿Y que es lo que desea exactamente? —pregunté sin negar que de algún modo inexplicable hubiera averiguado la razón por la que quería ser su asistente, por la que había aguantado todos aquellos desprecios uno tras otro.

—Que seas mi musa —aclaró contundente.

¿Ser su musa significaba posar para él?, ¿O implicaba algo más que aquello?

—¿Y si decido no serlo?, ¿Y si decido irme esta misma noche? —Me atreví a preguntar como si quisiera saber las consecuencias.

—Si quisieras irte ya te habrías marchado. Tu y yo sabemos lo

que realmente deseas Alexa.

Pues si tanto sabes lo que deseo dímelo, porque ni siquiera yo se lo que quiero en estos momentos.

¿De verdad quería irme?, ¿Quería quedarme? ¡Joder! Una parte de mi me pedía a gritos que hiciera las maletas y me largase sin mirar atrás y la otra me susurraba que si no permanecía allí me pasaría el resto de mi vida queriendo averiguar que habría pasado si me hubiese quedado.

—Si me convierto en su musa, ¿Seguirán viniendo esas mujeres de madrugada envueltas en capa roja? —pregunté intuyendo que no era la misma, sino que eran distintas.

—No. —Fue firme en su respuesta, como si la clave estuviera en eso. ¿Tal vez serían ellas sus musas?

No lo descubriría si no permanecía allí para averiguarlo. ¿De verdad lo estaba reconsiderando? Ni siquiera sabía las implicaciones que llevaba convertirse en su musa.

—Y me llevará al sótano si accedo. —No era una pregunta, era una conclusión.

—Si —volvió a afirmar.

Durante unos segundos le observé importándome muy poco que se diera cuenta de ello. Sus ojos de aquel profundo azul, el cabello peinado hacia atrás, sus carnosos labios tan deseables, ese aura varonil, el aroma de su perfume que embriagaba incluso a la distancia a la que me encontraba. Todo en él inspiraba sexo. Todo en él proclamaba sexo. Todo en él hacia que le deseara sintiéndome inevitablemente atraída cual polilla hacia la luz.

Y descubrí algo innegable y que me resultaba apoteósico. *Me deseaba*. Realmente aquel tipo excéntrico me deseaba.

—Dos semanas —dije sin pensarlo detenidamente—. Seré su musa durante dos semanas y después me iré —advertí sabiendo que si no hacia aquello, pasaría el resto de mi vida arrepintiéndome de lo que podría descubrir si me quedaba.

Vi su sonrisa, esa que sería capaz de derretir el mismísimo Ártico al completo.

—Perfecto —dijo acercándose hasta mi lo suficiente para rozar mis labios con los suyos—. Ahora estás preparada.

Alcé una ceja sorprendida, pero sentí el estirón y noté como su mano había agarrado mi muñeca.

¿Qué?, ¿Hace un minuto me dice que no estoy preparada y ahora si?, ¿Qué se supone que ha cambiado? Preferí guardar silencio por si cambiaba de idea, entonces vi que realmente se dirigía hacia la escalera que daba al sótano.

En cuanto bajé el último escalón y vi la doble puerta con el teclado numérico al lado exactamente igual que el de su estudio supe que iba a ocurrir de verdad, que descubriría su gran secreto y lo que hacía allí durante la madrugada. Tecleó una combinación importándole muy poco que pudiera verla y después colocó su huella dactilar, imaginaba que por eso mismo no le importaba que la viera. El sonido de un clic avisó de que se había abierto y cuando él colocó la mano para abrirla del todo descubrí que el lugar estaba parcialmente iluminado, no podía verse nada con nitidez, sino con una tenue luz dorada.

Estiró de mi y cerró la puerta en cuanto entramos.

¿Eso eran zapatos? No había una habitación sin más, sino que aquello era un pasillo del que no se podía apreciar el final, pero a ambos lados había baldas llenas de zapatos de mujer.

Zapatos de tacón alto y fino.

¿Qué significado tenía eso?, ¿Quizá un fetiche? Fuera cual fuera la respuesta no dije nada, decidí asimilar toda la información antes de hacer preguntas.

Mientras avanzaba aún sujetada por su mano como si creyera que pudiera escapar o perderme en el trayecto, continué avanzando. Aquel pasillo era largo y ni siquiera había podido ver un solo hueco en aquellas baldas que rellenar con otro par de zapatos.

¿Por qué me hace comprarme unos zapatos si aquí tiene cientos? Eso era cada vez más raro o retorcido según se mirase.

Llegamos a la puerta del final del pasillo, era metálica o al menos eso deduje por el ruido que hizo al abrirla y la luz seguía siendo tenue pero parecía ser una habitación grande. Mis ojos se fueron de inmediato a la enorme cama central, pero entonces llamó mi atención el reflejo, ¡Todo estaba lleno de espejos!

¿Qué demonios era aquello? Aunque la gran pregunta era. ¿Qué hacía exactamente él allí?

Todas y cada unas de las paredes de aquella habitación estaban forradas con espejos, mi vista se fue hacia arriba para ver mi reflejo. ¡Había incluso en el techo! Cuando mi mente aceptó aquel hecho considerando que no era para tanto, fijé mi vista en la cama, ¿Tal vez solo le molaba verse teniendo sexo? Eso tampoco era tan malo… hasta que divisé las cuatro cosas que colgaban del techo.

¿Qué cojones era eso?

La piel de mis brazos se erizó cuando comprendí que eran cadenas, cuatro cadenas que colgaban del techo y tenían una especie de argolla o amarre al final que no llegaba a tocar el lecho.

¿Las ataba?, ¿Ataba a las mujeres que traía hasta allí?, ¿Y pensaba atarme a mi?

¡Ay joder!… ¡Que si que va a ser el clon del Grey ese de los libros! Por inercia busqué alguna pared con algún potro del dolor o las cosas esas que utilizan los que les mola el sado. Mi mente ya viajaba a pinzas para los pezones, látigos para azotar, cuerdas para amordazar, pinchos, mazas. Lo reconozco, he visto la peli un par de veces, ¿De verdad le molaba ese rollo al caballero negro? No sabía que decir, ni siquiera sabía como actuar y lo peor de todo es que estaba allí porque yo había insistido en ello.

Si me hubiera estado calladita, estaría más mona. También es cierto que pensaba que no accedería tan fácilmente ya puestos a decir verdades.

Fijé mi vista en el único mueble que existía aparte de la cama y era un sillón de un solo asiento ubicado frente a la gran cama.

Entonces lo comprendí.

Comprendí que él se sentaba allí a mirar, pero ¿A mirar qué? O mejor dicho, ¿A quien?

—¿Qué hace exactamente aquí? —Fui incapaz de evitar la pregunta.

La curiosidad, el frenesí por descubrir de que iba todo aquello era muy superior a mis nervios.

Y los espejos ¿Por qué?, ¿Para qué necesitaba que absolutamente todas las paredes estuvieran forradas de espejos?, ¿Y que significaban aquellas cadenas que colgaban sobre la cama?, ¿Y los zapatos de la entrada? Mi mente se llenaba de preguntas sin respuestas, aunque lo cierto es que no estaba tan abrumada como había esperado estarlo, quizá y solo quizá era porque no había descubierto aún los látigos.

—Observo —susurró en voz grave acercándose a mi.

Muy bien, hasta ahí llego por mi misma. ¿Y que leches observa?

—¿El qué? —pregunté sintiendo que mi garganta se secaba.

Estaba nerviosa. Estaba tensa. ¡Que mierdas!, ¡Estaba excitada! Y ni siquiera sabía la razón de porqué lo estaba, se suponía que todo aquello no era mi rollo, no debería darme aquel morbo bestial por estar en la cueva oscura del caballero negro, ¿O era el hecho de que me hubiera llevado hasta allí lo que me hacía sentirme de ese modo?

Muy probable.

—Para eso tendrás que aceptar ser mía —susurró—. Mía por completo. —Aquella voz grave sonaba tan cerca de mis labios que casi podía apreciar como se mojaban con su aliento.

¡Ay que joderse!, ¡Probablemente es un zumbado mas loco que una cabra y a mi me pone a mil con solo una frase!

Empiezo a sentirme perturbada de verdad.

«Alexa, no digas la primera patochada que te venga a la mente, se cuerda, se consciente, razona en tus pensamientos y en aquello que vas a soltar por tu preciosa boquita» me dije a mi misma porque en aquel momento mis neuronas debían estar fritísimas.

—¿Qué implica ser suya? —exclamé deseando que mi voz no temblase al decirlo.

—Seré el dueño de tu cuerpo, de tus anhelos, de tu lujuria, de tus deseos, de tus jadeos, de tus orgasmos, de tu sexo… —advirtió con voz rota de un cargado erotismo que casi hacia que me corriese de placer allí mismo—. Te entregarás por completo a mi.

Parpadeé un par de veces, quizá necesitaba comprobar que aquello era real, que era cierto, que no estaba en una peli o un sueño erótico de los míos.

Era real. ¡Jodidamente real!

—¿Y que ganaría haciendo eso? —jadeé esta vez con la voz entrecortada.

—Placer infinito… como nunca antes lo has sentido —advirtió tan seguro de sí mismo que dudaba seriamente que fuese incierto.

—No creo que sienta placer si va ligado al dolor —puntualicé en un momento de cordura, porque siendo sincera casi estaba por firmar mi sentencia de muerte de lo extremadamente excitada que me sentía en aquel preciso instante.

—¿Dolor? —exclamó y sonrió parcialmente—. El único dolor que vas a sentir será el de tu propio cuerpo reclamando que te posea y te aseguro que gritarás y rogarás porque lo haga. Puedo notar tu excitación, percibo el olor de tu deseo… tus ganas porque te tumbe sobre esa cama y te haga mía. Solo tienes que decirlo Alexa. Dime que lo deseas.

Creo que acabo de tener un orgasmo. ¡Ay que joderse!, ¡Ay que joderse pero bien!, ¿Estaba dispuesta a confesar que lo deseaba?, ¿Qué anhelaba fervientemente todo lo que él había dicho?

Era inútil negar lo evidente, que mi cuerpo se moría por probar aquellos placeres ocultos que escondía aquel lugar, que estaba infinitamente excitada por descubrir todas las promesas que había en sus palabras y que por más que me lo negase le deseaba hasta lo impensable.

¿Era tan malo disfrutar aquellas dos semanas del placer que él me podía proporcionar? No existía romanticismo, ni amor. Ninguna banalidad sentimental que implicase algo que no fuera sexo.

Puro sexo sin más.

La mujer de la capa roja pasó fugazmente por mi mente, ¿Qué habría hecho ella aquí?, ¿Se sentó él a observarla?, ¿La ató a esa cama? Sus palabras recordándome que no la había tocado me hicieron querer desechar la imagen. En realidad lo que hizo o dejo de hacer no debía importarme porque no existía ningún tipo de relación entre el caballero negro y yo.

Nada unía a Mr. Le Noir y a mi.

Y así seguiría siendo dentro de dos semanas cuando me largase de allí con el dinero suficiente para vivir en el extranjero una larga temporada.

—Si aceptase, ¿Podré retractarme cuando lo desee? —pregunté en un acto de coherencia que casi me sorprendía por ello.

Ni siquiera sabía a que me estaba enfrentando más allá de que supuestamente no habría dolor, pero las cadenas las estaba viendo con mis propios ojos.

¿Qué perversión ocultaba ese hombre?

Sentí su inspiración profunda y como rodeaba con su mano mi cintura para acercarme a él lo suficiente para que su olor impregnara cada célula olfativa de mi ser.

—No desearás hacerlo —jadeó en voz tan grave que podía percibir un ápice de desesperación—, pero jamás te retendría.

¡Demonios!, ¡Quería aquello!, ¡Y tanto que lo quería! Podía

notar las oleadas de frenesí anticipando el placer que obtendría si aceptaba.

Jamás me había rendido a un hombre, ni me había entregado por completo y menos aún me había puesto en sus manos decidiendo por mi misma ser suya para hacer conmigo su entera voluntad.

¿Era aquello sumisión absoluta? Si iba en contra de mis propios deseos, si desobedecía lo que realmente pedía a gritos mi cuerpo, saldría por aquella puerta y no regresaría, pero si me quedaba, si aceptaba, si me "sometía" quizá descubriera un placer inimaginable o quizá solo la convicción de que aquello que experimentaba hacia el caballero negro era pura atracción pasajera.

La vocecita de Ana replicaba en mi cabeza martilleando que me lanzara al abismo por una vez en mi vida.

Y le hice caso.

—Deseo ser suya —admití con la voz entrecortada, quizá porque ni yo misma estaba tan segura de lo que realmente estaba aceptando con aquello.

Acto seguido noté como acariciaba mis labios con los suyos y antes de profundizar aquel beso sentí que se separaba bruscamente y me arrastraba hacia el lecho.

—Desnúdate —ordenó dejándome al pie de la gran cama y dando varios pasos hacia atrás como si deseara analizar meticulosamente mi cuerpo—, pero no te quites los zapatos, jamás lo hagas —advirtió sin perder el contacto ni un segundo mientras seguía dando pequeños pasos lentamente alejándose de mi.

Tiene un fetiche con los tacones, no hay la menor duda.

Comencé a desvestirme lentamente, aquello era extraño, ¿Quizá le gustaba observar como se desnudaba una mujer? Rápidamente me quedé en ropa interior y aunque me parecía inusual desnudarme frente a un hombre que me estaba observando, tenía que reconocer que me sentía excitada al pensar que me deseaba de aquel modo.

Que él me deseaba de aquel modo.

En cuanto las minúsculas braguitas quedaron fuera de mi cuerpo, oí tres palmadas y las luces cambiaron. Todo quedó en penumbra, sin poderse apreciar absolutamente nada salvo aquella cama que permanecía iluminada por unos grandes focos desde el techo.

¿Dónde estaba él? Ni siquiera podía verle.

—Súbete a la cama —ordenó desde algún lugar frente a mi.

¿Pensaba quedarse lejos?, ¿Pensaba permanecer allí observándome desnuda? Aún así me senté sobre aquel colchón y noté que era bastante rígido, aunque cómodo al mismo tiempo, pero la suavidad extraña de aquella sabana me indico que sin lugar a duda debía ser seda, seda negra. Me impulsé con los brazos hacia atrás sin saber si poner o no los pies con aquellos tacones sobre las sabanas y ante mi duda llegaron sus manos apresando mi tobillo derecho y con gran habilidad me colocó la argolla que colgaba cerca de mi pierna. Repitió la misma operación con mi tobillo izquierdo y en cuanto lo hizo se alejó de nuevo dejándome las manos libres pero los pies ligeramente colgando sobre el lecho.

—Ahora te darás placer para mi —dijo su voz entre las sombras y por un momento creí que no había oído bien.

—¿Qué? —Fue inevitable preguntar.

—Córrete para mi con tus manos —insistió diciéndolo de otro modo que no dejaba duda alguna a su petición.

¿De verdad quería que me masturbase mientras él me miraba? Joder… ¡Joder!, ¿Dónde coño me he metido?

CAPÍTULO 23

Estaba bloqueada, mi cuerpo era incapaz de reaccionar ante aquella petición, porque era algo que jamás había hecho. ¿Masturbarme mientras me observaban? Eso sin contar con que estaba parcialmente encadenada a una cama.

Ok. Quizá todo estaba en los prejuicios mentales que nos meten desde pequeños, en la timidez y pudor de lo que es debidamente correcto o no —y eso que no me consideraba alguien vergonzosa en cuanto a tema sexual se refiere—, pero jamás había llevado a cabo una práctica de ese tipo mientras me miraban y a pesar de que todo estaba en mi mente seguía sin mover un solo dedo esperando encontrar el valor para negarme o finalmente hacerlo.

¿Realmente tenía algo de malo darme placer a mi misma como tantas otras veces había hecho?

Podía ver el reflejo de mi cuerpo desnudo en el techo y a pesar de no verle, ni sentirle, percibía la esencia del caballero negro a tan solo unos pasos de distancia observándome, aguardando pacientemente a que su espectáculo comenzase.

Porque eso era para él, una obra a la que admirar.

La cuestión no era si estaba bien o no darme placer frente a él, agudicé mentalmente, el verdadero dilema estaba en si yo quería hacerlo o si por el contrario la timidez y el decoro eran superiores a mis deseos.

Para mi propia sorpresa vi que en el reflejo del techo donde se proyectaba mi imagen mis manos comenzaban a tocarse los pechos y cuando los acogí con fuerza me mordí el labio porque era plenamente consciente de que él veía exactamente lo mismo que yo estaba viendo.

Me excitaba.

Tenía que admitir que me excitaba el hecho de que él me observara en un acto que hasta ahora había sido íntimo y privado del que absolutamente nadie —salvo ahora él—, había gozado.

Me arqueé involuntariamente emitiendo un suave gemido de placer conforme mis manos bajaban lentamente por mi abdomen con firmeza, recorriendo suavemente aquel trayecto hasta perderse en los pliegues de mi sexo.

Por un leve instante dejé de pensar en lo que estaba haciendo y como él lo observaría minuciosamente. Decidí concentrar todos y cada uno de mis sentidos en mi propio placer. En obtener mi propia satisfacción abandonándome por completo al movimiento de mis dedos buscando el ritmo preciso sin necesidad de pedir, exigir o ambicionar más, puesto que yo era la única dueña de mi beneficio.

Estaba expuesta, abierta para él, devorándome en mi propia pleitesía tan absorta del mundo exterior que cuando cerré los ojos esperando un orgasmo que me hiciera temblar por completo sentí sus manos apartando las mías abruptamente y su boca se hundía en mi sexo haciendo que gritase en medio de un orgasmo inmenso.

Joder, ¡Joder!, ¡Jodeeeeeeeer! Podía sentir los espasmos de la oleada de placer que me estremecían por completo provocando una sacudida colosal.

Antes siquiera de poder recuperar la cordura, de volver al

mundo real tal como lo conocía, de poder abrir los ojos para verle en toda su plenitud, sentí como se hundía en mi interior de un modo arrollador al punto de tener otro orgasmo por la invasión.

Abrí los ojos y le vi, vi su reflejo en el espejo, vi la posesión que ejercía sobre mi cuerpo, vi su estremecedora virilidad conforme los músculos de su espalda se movían con cada empuje, cada embestida, cada estocada que me llevaba un poco más a un paraíso no terrenal.

Si aquello era un sueño, quería seguir soñando porque estaba inmersa en una vorágine de placeres inauditos jamás experimentados.

Estaba a punto de liberarme de nuevo, de sentir como mi mente abandonaba mi cuerpo anticipándose a esa sumersión inaudita cuando sin entender como o de que manera, las cadenas a las que estaban atadas mis pies ascendieron provocando que mis piernas se alzaran y mi cuerpo se elevase en el aire provocando que sus embestidas fuesen más profundas, haciendo que por primera vez creyese que tocaba el cielo.

Jadeé. Grité. Seguramente incluso exclamé alguna palabrota debido a mi enajenación mental por aquel frenesí, hasta que me desvanecí momentáneamente cuando aquel orgasmo emergió desde la profundidad de mi interior para avasallarme de un modo inhumano.

El tercero de ese encuentro. Una puta locura.

¿Cómo coño era posible que hubiera experimentado el mayor placer de mi vida estando encadenada? Aunque solo fuera parcialmente, pero ¡Ay que joderse!, ¿Esto era cosa del caballero negro o es que acababa de descubrir que ese rollo de las cadenas me molaba?

Ni siquiera había abierto los ojos batallando conmigo misma por aquella revelación de lo más inaudita.

Y encima tendría que darle la razón al muy capullo por decir me haría gritar su nombre antes de media noche mientras teníamos sexo. Aunque su nombre como tal no lo he pronunciado, al menos en

eso le había ganado.

Noté sus dedos en los tobillos de mis pies mientras los acariciaba y vi que ya estaban fuera de aquellos grilletes que colgaban de las cadenas. La verdad es que eran suaves y no había sentido ningún tipo de daño, solo una ligera presión pero nada insoportable, aún así Le Noir los acariciaba con empeño sin emplear ni una sola palabra al respecto.

¿Qué se supone que debía decir ahora? O mejor dicho, ¿Qué pasaría ahora? Sus otras musas se iban cuando acababa, yo misma había sido testigo de como se marchaban. Sin embargo, yo vivía allí, ¿Actuaríamos el resto del día como si no ocurriese nada manteniendo una relación jefe-empleada?

—¿Alguna de tus musas ha vivido aquí contigo? —La pregunta se escapó de mis labios antes de procesar si era correcto o no formular ese tipo de demanda.

O más bien si quería saber la respuesta.

—No —Negó sin apenas darle importancia a la respuesta.

—¿Quieres que me vaya? —exclamé resistiéndome al hecho de que sus manos seguían acariciando mi cuerpo.

—Absolutamente no. Me satisface poder tenerte cuando quiera, donde quiera y como quiera a cualquier hora del día —jadeó acercándose lo suficiente para rozar mis labios.

Solo fue un roce, casi una caricia y por un momento deseé que me besara con esa fuerza arrolladora que él poseía.

¿Sus palabras significaban que el sótano no sería el único sitio donde tendríamos sexo? En realidad si debía viajar con él a Francia, dudaba que existiera un sótano de características similares a este ahora que lo pensaba. ¿Podría pedirme que durmiera en su cama? Preferí no preguntar aquello, aunque lo cierto es que una parte de mi deseaba que no fuera así, entre nosotros debía existir una distancia y dormir juntos la acortaba.

En dos semanas me marcharía y lo último que necesitaba era

que aquel hombre se convirtiera en alguien indispensable, o al menos lo suficientemente indispensable para que no le olvidara.

¿De verdad podría olvidar el sexo que acababa de tener con él? *Ni en cien vidas dudaba que pudiese olvidar semejante placer.*

Mientras salíamos de aquel sótano completamente desnudos a excepción de mis zapatos de tacón los cuales aún llevaba puestos, no pude dejar de observar todos aquellos zapatos expuestos en el pasillo de entrada. ¿Eran nuevos?, ¿Eran usados?, ¿Tendrían dueña?

O mejor dicho*, dueñas,* en plural.

La idea de que cada par de aquellos zapatos hubiera pertenecido a una de sus musas apremiaba en mi cabeza, martilleaba constantemente esa idea y no dejaba de apostillar con la certeza de que yo solo sería una más de sus muescas, una mujer más que añadir a su lista infinita.

Pero, ¿Acaso no lo había sabido desde un principio aunque así fuera?

Cuando salimos al jardín pensé que me llevaría a su estudio, que querría que posara para él desnuda tal como me encontraba, pero en lugar de eso me alzó como un un novio levanta a su recién esposa y se lanzó sin ningún tipo de aviso a la piscina.

Para mi sorpresa el agua estaba tibia a pesar del fresco que había fuera.

—¿Estás loco? —exclamé tratando de quitarme los zapatos porque me sentía extraña tratando de nadar con ellos puestos.

—Si. Lo estoy —afirmó con voz ronca rodeándome la cintura con el brazo para acercarme a él y esta vez sin ningún titubeo apresó mi boca con tanta fiereza que se me olvidó como se debía respirar—. Tú me vuelves loco Alexa.

Debía admitir que aquellas palabras habían provocado que sintiera mariposas en el estómago, que mi pulso de acelerase de cero a cien en un microsegundo, que tuviera un ligero mareo y que el cosquilleo en mis extremidades fuese real, tan real como aquellos ojos

azules que me devoraban en tan solo una mirada sintiendo que me derretía por completo.

Solo es pasión. Solo es deseo. Solo es porque está increíblemente bueno. Trataba de decirme a mi misma para no perturbarme y salir corriendo.

Y es que esa faceta suya nueva tan cercana, pasional, arrolladora y excitante era sin lugar a duda, conmovedora.

Por un momento pensé que tendríamos sexo de nuevo allí mismo, dentro de la piscina, pero para mi asombro solo se limitó a besarme durante varios minutos más mientras permanecía pegada a su cuerpo y después comenzó a nadar como si estuviera necesitado de gastar la energía sobrante.

¿Ese hombre jamás se cansaba? Se acostaba tarde y se levantaba temprano. Era evidente por su físico que hacía bastante deporte y dedicaba muchas horas a su trabajo como pintor para barajar la hipótesis de que no hacía nada durante el día.

¿Tal vez era inhumano? Si no fuera porque le había visto comer y tenía un gran apetito, habría jurado que era un vampiro.

Al fin y al cabo poseía una cueva oscura.

—Ve a descansar, estaré en mi estudio hasta el alba —dijo atrayendo mi atención y mi mirada perdida volvió a fijarse en él, entonces descubrí que estaba más cerca de lo que pensaba.

Lo que yo te diga, un vampiro.

—¿Duermes alguna vez? —Mi pregunta tenía bastante matices de ironía, pero me sorprendía realmente que pudiera estar tan fresco durmiendo apenas tres horas al día.

Una especie de sonrisa ladeada se dibujó en su rostro, a pesar de mi pregunta personal, —algo que supuestamente tenía prohibido hacer—, no estaba molesto o no parecía que lo estuviera.

—Nunca he necesitado dormir demasiado. No me gusta perder el tiempo.

No hace falta que lo jures con lo preciso y metódico que eres.

Dudaba que a alguien le gustase perder el tiempo, pero las únicas veces en las que había dormido poco por estudios o trabajo, había terminado con un humor de perros y ganas de matar al cajero del supermercado, no comprendía como existía gente que pudiera dormir tan pocas horas al día.

—Le veré mañana, señor le Noir —advertí sin salir de los formalismos aunque me hubiera empotrado hasta el alma en aquel sótano hacía tan solo unos minutos.

—¿Continuarás sin decir mi nombre? —preguntó divertido.

—Aún no le conozco lo suficiente, ni sé nada sobre usted para poder tutearle o llamarle por su nombre de pila —agudicé solo con la intención de averiguar más cosas sobre él.

Seguramente no funcionaría, pero tampoco tenía mucho que perder teniendo en cuenta que en dos semanas me iría.

—¿Quieres conocerme? Pensé que en dos semanas te marcharías.

—Y me iré, pero eso no significa que tenga curiosidad en saber cosas sobre usted.

—¿Qué tipo de cosas? —Ahora su voz era con un deje mucho más serio.

—No lo sé. Amigos, gustos musicales, familia…

—¡No tengo familia!, ¡Ni quiero preguntas al respecto! —Alzó la voz mientras acto seguido salía de la piscina y cogía una de las toallas que había sobre la silla.

Soy yo, ¿O eso ha sonado a problemas familiares? No. Desde luego que no era yo, quizá lo de establecerse en España no era por la prensa después de todo, sino porque tenía asuntos pendientes sin resolver en su país natal.

Uno no dice que no tiene familia de ese modo tan abrupto si de verdad hubieran fallecido por muy trágico que hubiera sido el asunto.

Ahí pasaba algo, algo gordo.

—No quiero saber nada que no desee contarme —aseguré saliendo del agua y sintiendo el frío arrollador de la noche.

¡Joder!, ¿Cómo era posible que no se estremeciera si hacía un frío de mil demonios?

A que al final si va a ser un vampiro…

No duerme. Tiene un mausoleo. Es rico. Alberga un sótano oscuro. Dice que no tiene familia. Si no estuviera de broma, realmente me daría miedo.

Al menos se refleja en los espejos. Sonreí interiormente.

Me envolví en la toalla y decidí que era hora de marcharme a mi habitación, a darme una ducha caliente y pensar en todo lo que había ocurrido esa noche.

Si. Desde luego tenía mucho que procesar, pensar y sobre todo elegir que podía revelar, porque si de algo estaba segura es que necesitaba compartir con alguien aquello. Al menos todo lo que aquel contrato que había firmado me permitiese decir.

Por un instante había pensado que él me detendría para que nuestra noche no acabara de ese modo, pero atravesé la puerta y me di cuenta de que no lo haría, de que había dejado que me marchase confusa y molesta.

¿Cómo iba a saber yo que estaba prohibido o no podía preguntar? Supuestamente no debía preguntar nada. Muy bien, no preguntaría nada de ahora en adelante..

¡Como si me importase su vida! Más bien lo definiría curiosidad. Después de todo él sabía casi todo sobre mi, incluso el motivo por el que estaba allí.

Y eso me llevaba a la siguiente cuestión; ¿Cómo leches ha sabido para que quiero el dinero? De mis amigos no había salido la información, de eso estaba segura… ¿Y entonces?

Mientras le daba vueltas al asunto en la ducha conforme el

agua caliente caía, podía oír los mensajes entrantes en el chat común tras revelarles que Le Noir había averiguado mi secreto. Decidí no confesar nuestra discusión, ni el hecho de que me había llevado al sótano y me había encadenado a una cama, pero sí decidí compartir que había tenido el mejor sexo de mi existencia con ese pedazo de buenorro que era un Dios en la cama.

Cuando me envolví en la toalla y me dejé caer sobre la cama aún con el pelo mojado, comencé a leer los mensajes sin pensar mucho en ello. Aún sentía una especie de inquietud por dentro al escuchar como me había gritado de malos modos arruinando la noche por completo.

«Si ha llamó a Michael preguntando por ti, ¿Quién dice que no llamara a tus padres?, ¿A algún ex jefe o compañera de trabajo que tuvieras?, ¿Se te ocurre alguien aparte de nosotros? »escribió Charlie convirtiendo la posibilidad de que hubiera llamado a mi madre muy real.

¡No me jodas!, ¿Se habría atrevido a tanto?

Me alcé rápidamente porque no pensaba dormirme con aquella duda, ni siquiera pensé en ponerme las zapatillas que usaba estando en pijama, estaba tan obcecada que no pensé en nada. Abrí la puerta tan abruptamente para dirigirme hacia su estudio que me quedé noqueada al verle de pie frente a mi puerta.

¿Qué demonios hacía allí?, ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Le miré.

Me miró.

Él parecía algo confuso, nervioso ¿Tal vez inquieto? No. Imposible. Era la persona mas segura de si misma que había conocido en mi vida así que no podía ser eso.

—Te necesito de nuevo —rugió antes de abalanzarse contra mi y poseer mi boca de un modo arrollador conforme me hacía avanzar hacia atrás hasta que finalmente caía sobre mi cama sintiendo todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

Y era delicioso.

CAPÍTULO 24

Antes de verme envuelta de nuevo en la neblina que ofuscaba mi juicio cuando él me besaba, me vi alzada entre sus brazos mientras volvíamos de nuevo al sótano.

Esta vez apresó con aquellas cadenas mis cuatro extremidades impidiéndome tocarle y estando a su merced por completo, pero la intensidad con la que hacía aquello me indicaba que su descontrol era evidente y sin premuras, sin juegos previos, sin ningún tipo de preludio, me poseyó de nuevo.

¡Dios!, ¿Cómo podía sentirlo así de intenso otra vez? Se suponía que debía estar saciada teniendo presente los tres orgasmos que había tenido no hacía ni una hora, pero allí estaba yo, gritando como una demente mientras cada una de sus embestidas era más fuerte que la anterior, sintiendo que no deseaba estar en ningún otro lugar del mundo que no fuera ese y sabiendo al mismo tiempo que iba a ser como una droga de la que me volvería completamente dependiente.

—Tengo que irme —dijo en cuanto me liberó de aquellas cadenas tras tener aquel sexo frenético.

¿Qué tenía que irse?, ¿A esas horas? Si no fuera porque siempre había traído a sus “musas” barra “amantes” a casa, habría pensado que escondía algo de esa índole.

¿Tal vez lo escondía pero ahora evitaría que yo lo viese? Eran casi las tres de la madrugada, ¿Dónde demonios va uno a esas horas? Si necesitaba estar solo podía hacerlo perfectamente en su despacho, en su estudio o en su habitación, ¿Es que me estaba evitando?

Prefiero no saber la respuesta a esa pregunta y en el fondo me tiene que dar igual lo que haga con su vida. No tenemos una relación, tenemos una especie de trato estipulado y pasadas aquellas dos semanas de placer sexual para ambos, yo me pensaba largar con el dinero de mi salario muy lejos de allí.

Y de él.

Por muy memorable que fuera el sexo con el caballero negro, estaba claro que eso tendría un principio y un fin, así que me mentalicé para no importarme una mierda lo que él quisiera hacer fuera de nuestro acuerdo.

—Me iré a dormir —contesté sin mirarle, quizá porque tal vez de ese modo, lograría que de verdad no me importase por más que quisiera convencerme de ello.

Si notó molestia o no en mi tono de voz no dijo nada, simplemente dejó que me marchase y a diferencia de la primera vez, él no me siguió.

Cuando se cerró la puerta que daba al largo pasillo de zapatos de tacón, no pude evitar coger un par. Es cierto que había poca luz, de hecho estaba tan poco iluminado que era casi penumbra, pero incluso con ese resquicio de claridad se podía apreciar perfectamente que estaban usados.

Mi corazón latió un poco más rápido, no sabía si porque él podía salir por esa puerta y verme o por saber que habían pertenecido a alguien. Los dejé en su lugar y cogí otros. Parecían nuevos, pero también habían sido usados solo que no tenían el tacón tan

desgastado.

¿A quien habían pertenecido todos esos zapatos?, ¿Podría haber tenido cientos de musas?

Y la gran pregunta era ¿Colocaría también mis zapatos allí?, ¿Sería otra de sus reliquias a coleccionar?

Debería no importarme. Debería darme igual, pero la sensación de malestar interior que se acumulaba dentro de mi indicaba otra cosa y sentirlo no me gustaba. No quería por nada del mundo que me afectara.

Quizá me sienta así porque es la primera vez que me acuesto con un tío de esta índole, decreté tal vez solo para sosegarme.

La teoría era fácil, pero la realidad fue que me quedé despierta sin poder dormir hasta que le escuché regresar a casa dos horas más tarde. Contuve la respiración. Oí los pasos acercándose por el pasillo. Sentí como se detuvieron y el ruido de la puerta se abría, había pensado que era su habitación, pero fue la mía. Fingí que dormía haciéndole creer que el hecho de que se hubiera marchado no alteraría mi sueño en lo más mínimo. Percibí el olor de su perfume embriagándome, haciéndome detener el pulso porque de lo contrario sería incapaz de seguir simulando que dormía. Y cuando pensé que tal vez me despertaría, que quizá deseaba llevarme al sótano una tercera vez durante esa noche, advertí que se marchaba de nuevo cerrando silenciosamente la puerta de mi habitación.

¿Es que quería cerciorarse de que no me había marchado?, ¿Por qué entraba a hurtadillas en mi habitación?, ¿Quizá esperaba encontrarme despierta? Con él todo eran preguntas sin respuestas. Preguntas que no podía realizar porque era un enigma sin resolver y su carácter no ayudaba en absoluto.

Si escribía en el grupo de mis amigos que me estaba volviendo loca con todo aquello o lo que escondía el flamante caballero negro en el sótano, sabía perfectamente lo que me iban a soltar:

Sal cagando leches de esa casa ya.

Y la verdad es que razón no les faltaría. ¿Por qué seguía allí entonces?, ¿Era realmente por el dinero?, ¿Por el buen sexo?, ¿Por qué no deseaba regresar a casa con el rabo entre las piernas y sintiéndome una fracasada? Todas eran buenas razones desde luego y podrían ser válidas para justificar que allí siguiera, pero sabía perfectamente que no permanecía aún allí por eso, sino porque quería descifrar el gran misterio que envolvía a ese hombre y tenía clarísimo lo que suponía aquello.

Me gustaba. ¡Joder si me gustaba! Y reconocerlo ya era un gran fracaso en toda regla.

Dos semanas Alexa. Dos semanas y te piras como no hay Dios de esta casa. Me dije a mi misma de forma severa.

Sin miramientos. Sin prorrogas. Sin un aplazamiento por escaso que este fuera. En dos semanas me iría y no volvería la vista atrás ni un milímetro.

En algún momento cerré los ojos o más bien me pudo el agotamiento, pero cuando los abrí, la luz que entraba por la ventana me decía que era tarde. y al mirar el reloj del teléfono comprobé que eran las diez.

—¡Hostia! —exclamé dando un salto de la cama.

Si la alarma había sonado era evidente que la había apagado completamente dormida porque no lo recordaba.

Eso me pasa por dormirme a las cinco de la madrugada.

Al poner un pie en el suelo noté una ligera molestia, era como tener agujetas y entonces recordé el ejercicio del día anterior, el placer inmenso que había experimentado junto al caballero negro y no pude evitar estremecerme por completo.

Me vestí a la velocidad del rayo, casi tan rápido como me lave la cara, los dientes y me puse mascara de pestañas para que no pareciese que acababa de despertarme, sino que llevaba trabajando un buen rato.

Abrí la pestaña del correo electrónico con miedo, no tenía

ninguna llamada perdida, pero fijo que tendría veinte emails reprochándome mi impuntualidad.

Nada.

Ni un mísero email del caballero negro. Cero patatero. ¿Es que había muerto? Con la mosca detrás de la oreja decidí salir e investigar. La puerta de su habitación estaba cerrada. ¿Era posible por un milagro divino que él estuviera durmiendo? Decidí bajar y tanto el salón como su despacho estaban desiertos. Llegué a la cocina y estaba la señora Rodríguez preparando el almuerzo, el olor era exquisito y se me abrió el apetito por completo.

—¿Ha visto al señor Le Noir? —pregunté acercándome para investigar que estaba cocinando.

—Estaba en su estudio cuando llegué esta mañana y aún no ha salido de allí. Me pidió que no la molestara. —Hizo hincapié y aquello me causó impresión.

¿Por qué no quería que me molestasen?

—Estupendo, gracias —sonreí robándole una zanahoria pelada y cortada mientras me preparaba un café y robaba unas cuantas galletas para dejarla de nuevo a solas.

Por primera vez desde que estaba en aquella casa, no tenía ni la más remota idea de qué hacer. Se suponía que debía organizar el viaje a París, pero no tenía las fechas exactas, sabía que iríamos en dos días, pero ¿Reservaba vuelos para la mañana o la tarde?

Estaba por escribir un correo electrónico precisamente para preguntar eso cuando recibí un email con el asunto urgente proveniente de él.

«Reserva el primer vuelo con destino a París inmediatamente» ¿Y ya está?, ¿Eso era todo?, ¿No había fecha de regreso?

Evidentemente debía haber surgido algo urgente y me preguntaba cuál sería la razón.

El vuelo duraba exactamente una hora cincuenta y cinco

minutos para se precisos más el tiempo de espera en el aeropuerto, tiempo que Mr. Le Noir pasó de un lado para otro hablando por teléfono en la zona vip, así que me comí todo el menú degustación que ofrecían de puro aburrimiento.

Bueno, eso y hablar en el chat, desde luego.

«¿Y no tienes ni idea del porqué esa urgencia en ir a París?» insistía Lorena.

Ella siempre buscando los cinco pies al gato, aunque tenía que reconocer que muy errada no andaba respecto al caballero negro y su lado oscuro.

Y que placentero era ese lado oscuro.

—Está de lo más extraño y mira que es más raro que un piojo verde, pero nunca lo había visto así —confesé en voz baja.

Ya me había cansado de escribir. Además, él permanecía lo suficiente lejos de mi para que no pudiera oír su conversación, sin añadir que, parecía lo bastante enfrascado en la suya propia para prestarme atención.

Ni siquiera me había mirado a la cara en todo el día.

Cuando le avisé que el primer vuelo salía en dos horas, me dediqué a darme una ducha y preparar la maleta sin saber siquiera una fecha de vuelta. Todo aquello me parecía demasiado extraño, con él no había existido esa clase de prisas, ¿Habría ocurrido algún desastre con su exposición dentro de dos semanas? Intuía que el viaje era para repasar algunos detalles o asuntos personales, pero esa forma de adelantarlo tan apresurada no era propia de él y eso que apenas le conocía.

Por otro lado estaba el hecho de que la noche anterior habíamos tenido sexo en dos ocasiones. Tras la primera acabamos en una especie de discusión por la simple mención de su familia y después de la segunda se piró de casa.

Por no hablar de la primera vez donde le había pillado salir del sótano acompañado.

No sé porque tengo que recordar eso cuando ni siquiera sé que hizo con esa mujer ahí abajo. *Por mucho que él dijera que no la había tocado.*

¿Tal vez ella se dio placer así misma para él? La sola idea de imaginarlo me inquietaba.

¿Por qué buscó el placer en otra mujer tras acostarse conmigo?, ¿Y por qué ahora me decía que siendo su musa no existiría ninguna otra?

Mas preguntas sin respuestas.

Si no tuviera ese carácter de mierda que tiene, quizá me atrevería a preguntar algunas cosas, como quienes son las dueñas de los zapatos que exhibe en su sótano. Aunque para eso ya intuía la respuesta.

¿Llevaría el número exacto de amantes que habían pasado por esa cama?

Lo dudaba.

«—Mira que sois cotorras. Fijo que no es nada, se le habrá cruzado el cable y querrá ir un par de días antes por ir a una fiesta o por disfrutar de su tierra natal y en cuanto al comportamiento… querida, ese está pillado hasta las trancas por tu culo y ni siquiera sabe como actuar. El caballero negro se nos ha enamoraoooooo —» canturreó Ana como colofón final.

¿Enamorado?, ¿Pillado? Esta ve muchas pelis ñoñas con finales felices.

Charlie tenía razón, Mr. Le Noir es del tipo que jamás se enamora o se queda pillado por una mujer y menos de alguien anónimo como yo.

Seguro que proviene de una familia adinerada con más pasta de la que yo veré en mi vida y no precisamente de la que se come.

—Ana vete a urgencias, estás sufriendo alucinaciones —advertí divertida y entonces vi que mi jefe-polvazo del momento se guardaba

el teléfono y se dirigía hacia donde estaba sentada, así que le imité metiendo el móvil en el bolso.

—¿Cuánto falta para el embarque? —preguntó hastiado.

—Diez minutos para que empiece —dije viendo la hora en un reloj enorme que tenía enfrente.

No respondió, sino que emitió un leve quejido y se cruzó de brazos. Se notaba a leguas que no estaba acostumbrado a esperar y casi se me hacía extraño que volase en vuelos comerciales en lugar de tener su propio avión privado, pero quizá no viajaba tanto para que mereciera la pena tener uno.

—Cuando aterricemos llama a Michael, dile que te de el numero de la galería donde tendrá lugar mi exposición en dos semanas, reúnete con ellos para repasar todos los preparativos y que todo esté acorde. La música, el menú de degustación, la bebida y sobre todo la iluminación debe ser perfecta —mencionó siendo preciso.

—¿Usted no vendrá? —exclamé pensando que él mejor que nadie tenía que opinar sobre como lo quería todo.

—No —negó sin dar más explicación y el misterio continuaba.

¿Para qué íbamos a Paris si no era precisamente a supervisar todo lo de la exposición?

—Muy bien. Tomaré notas de todo y se lo haré saber para que esté a su gusto —respondí no teniendo ni la menor idea de como se organizaba una exposición.

¿Luces?, ¿Menús? Tampoco podría ser tan complicado, a las malas tenía a Charlie como recurso, él era un experto en realizar eventos.

Todo el vuelo permaneció en silencio, como si fuéramos dos completos extraños y me sentía de lo más inquieta solo por ese hecho. ¿Es que seguía molesto por preguntarle sobre su familia? Era evidente que si puesto que apenas me dirigía la palabra para lo estrictamente necesario.

¿Tan horrible era su familia para ponerse de ese modo por su simple mención?, ¿Quizá le había ocurrido algo realmente espantoso y no quería recordarlo?

Tardamos media hora en llegar desde el aeropuerto hasta la villa en Versalles y cuando me bajé del taxi sentí que me quedaba sin respiración ante aquel espléndido espectáculo.

Era inmensa. Grandiosa… era incluso mejor que la gran mansión de Darcy en la peli de orgullo y prejuicio. ¡Joder!, ¡Si parecía de la realeza!

Una villa dice… ¡Eso era un jodido palacio!

—El servicio esta avisado de nuestra llegada —mencionó haciendo que saliera de mi ensoñación momentánea y me pusiera en marcha.

Mármol, techos altos con molduras, la decoración en tonos blancos, negros y dorados junto a grandes cuadros de pinturas clásicas. Olía a flores frescas, lavanda y jazmín, se notaba el cuidado y mimo en cada detalle por cada rincón de aquella casa.

¿Por qué no vivía allí?, ¿Para que tenía esa casa si no la utilizaba?

Ni tan siquiera llevábamos dos minutos en la entrada cuando un hombre joven con el cabello un poco más largo que Le Noir pero exactamente del mismo color y la misma complexión bajó la gran escalinata.

¿Estaba viendo una alucinación o era una copia de Le Noir? Tenía los mismos ojos azules, la misma expresión, pero fijándome un poco más descubrí que parecía mucho más joven y conforme se acercaba noté las diferencias entre ellos.

—¿Qué haces aquí Nathan? —La voz de Le Noir era tan abrupta que casi me puso los pelos de punta, pero el aludido no pareció afectado.

Así que tenía un hermano y se llamaba Nathan, porque debía ser su hermano por narices.

—Alguien tiene que darle uso a esta mansión, nunca vienes por aquí —mencionó despreocupado y entonces dirigió su vista hacia mi para mostrarme una singular sonrisa—. ¿Y tú quien eres? Mi hermano nunca viene tan bien acompañado a esta casa —añadió sorprendido.

—No te interesa y ahora lárgate —bufó Le Noir impidiendo que contestara.

—Soy su asistente —dije pensando que de ese modo su interés en mi dejaría de existir pero en lugar de eso, el tal Nathan alzó una ceja y comenzó a reír como si mi respuesta le causara gracia.

—¿Cuándo pensabas decirme que tienes pareja? La harás feliz si se la presentas, sabes que es cuestión de tiempo que…

—No es mi pareja y no pienso hacer tal cosa. Ahora sal de mi casa inmediatamente —negó con evidente enfado y señalando la puerta de entrada, pero es como si el tal Nathan estuviera acostumbrado y no le importara, desde luego no movió un solo músculo para obedecerle.

—Disculpa los modales de mi hermano, soy Nathan —actuó como si no ocurriese nada y me ofreció su mano.

—Encantada de conocerle, soy Alexa —sonreí amablemente.

—Por favor, tutéame. No quiero sentirme como este carcamal de al lado —advirtió haciéndome un guiño y sonreí.

—Será un placer Nathan.

Oí un reclamo de fastidio por parte de Le Noir y dirigí mi vista para ver su ceño fruncido. Era evidente que aquello le daba fastidio, pero no había usado la fuerza para echar a su hermano de allí.

Así que después de todo sí que tenía familia o al menos un hermano y había mencionado a una *ella*, ¿Se referiría a su madre?, ¿Quizá su abuela?, ¿Tal vez una hermana?, ¿Porque negaría tener familia de aquel modo tan contundente cuando es evidente que si tenía?

—En vista de que mi hermano afirma que no eres su pareja,

¿Te importa que te invite a una copa? —inquirió con un tono meloso.

Joder, para ser hermanos eran completamente diferentes.

CAPÍTULO 25

Aquella petición de lo más inusual, aunque algo me decía que solo antes de que pudiera pronunciar palabra alguna respecto estaba provocando a su hermano y ser consciente de eso me producía risa, vi como Le Noir le propinaba un empujón apartándolo de mí y dirigiéndolo hacia la puerta.

—Es probable que me ausente el resto del día, puedes explorar la casa cuanto quieras.

Me quedé allí observándoles marcharse y no reaccioné hasta varios minutos después. Era la primera vez que veía a alguien contradecirle sin importarle las consecuencias, probablemente estaba muy seguro de si mismo o era consciente de que su hermano mayor no le haría nada.

Me decanto más por la segunda opción.

Acababa de aterrizar en Francia, concretamente en París o para ser más exactos en Versalles que era donde estaba la enorme casa que parecía un palacio y nada más hacerlo descubrí —contrariamente a los deseos de Le Noir— que tiene familia o al menos un hermano más

pequeño que él. ¿Tendría más hermanos?, ¿Padres?, ¿Abuelos?, ¿Tíos?, ¿Primos? Solo sabía la existencia de un ella, aunque podría no ser un familiar, pero el hecho de que Nathan hiciera mención de presentarme ante ella ya me había generado curiosidad.

Era mejor no inmiscuirme en asuntos de su familia y menos cuando era evidente que él no quería. ¿Tal vez alguna disputa familiar le hizo alejarse de ellos? Estaba claro que con su hermano no se llevaba mal ¿Porque no le mencionó? Decidí hacerle caso y me dispuse a cotillear cada estancia de la casa, aquello era como viajar al siglo XVIII a pesar de los toques modernos.

Hice una foto a una de las habitaciones que aún conservaba el dosel de la cama, las molduras en los techos, las lamparas de araña y los muebles propios de la época con tapices actuales de colores vibrantes.

Era un sueño.

«¿Quién va a dormir ahí esta noche?» escribí porque estaba tan emocionada que era incapaz de enviar un audio.

En realidad no tenía la menor idea de donde dormiría, pero siempre había dormido en habitaciones cercanas a las de Le Noir, ¿Sería en esta ocasión igual?, ¿Cuál sería la habitación principal? Todas eran lujosas. Todas tenían doble puerta. Todas poseían baño propio, pero solo en una había pertenencias e imaginaba que eran las cosas de Nathan ya que comentó que se alojaba en la casa sin que su propio hermano lo supiera.

Cuando salí a una de las terrazas de las habitaciones me quedé maravillada con el paisaje, no solo divisaba el jardín, la piscina, lo que parecía un invernadero y un enorme estanque mas al fondo, sino que además poseía su propio viñedo.

¿Cómo puede tener esta casa y no vivir en ella?

Mi móvil comenzó a vibrar y supuse que eran los mensajes de mis amigas que habían visto la foto.

«Dale mi curriculum si te largas en dos semanas» escribió Ana

con emoticonos de plegarias y caritas sonrientes.

Sonreí al ver su respuesta, momento preciso para pulsar el micrófono y decir:

—He conocido a su hermano y me ha tirado los trastos delante de él —indiqué riéndome de las circunstancias porque sabía perfectamente que la única intención de Nathan era la de sacar de sus casillas a Le Noir.

«¿Un hermano?, ¿Cuándo has dicho que puedo ir a conocer al amor de mi vida?» gimió Ana en voz baja y me reí sabiendo perfectamente que había enviado ese mensaje tras la mesa de recepción tratando de evitar que algún paciente la escuchase y sin hacer mención al hecho de que hubiera intentado coquetear conmigo.

Decidí aprovechar el día soleado para pasear por la finca, el servicio me preparó un almuerzo de gala solo para mi, incluso había variedad de entrantes, primeros, segundos y tres postres a elegir. ¿Habría sido cosa de Le Noir o era lo que estaban habituados a realizar? No tenía la más mínima idea, pero devoré todo con ansiedad.

Empiezo a cogerle el gusto a la comida francesa, y lo que no era comida también…

En vista de que no tenía noticia alguna sobre el paradero de mi jefe, aproveché para pasar la tarde en Versalles y conocerla puesto que nunca había tenido la oportunidad a pesar de su fama.

Cuando regresé de nuevo a la villa tenía claro dos cosas: la primera es que me había enamorado de la ciudad y la segunda es que estaba literalmente agotada de tanto caminar.

Me di una ducha, me envolví en la toalla y me dejé caer sobre la cama solo con la intención de descansar unos minutos, lo suficiente para vestirme y bajar a cenar, pero me quedé profundamente dormida hasta que el frío me despertó de un sobresalto.

Aún tenía el pelo mojado, vi que era noche cerrada a través de las ventanas de la habitación, así que me puse el pijama y decidí ir a la cocina a por un vaso de leche caliente para entrar en calor. En

cuanto mis pies pasaron por delante del salón observé que la chimenea estaba encendida y aquello me pareció mejor opción para calentarme. Me acerqué sigilosamente, no había visto a nadie así que imaginé que la habrían encendido solo para proporcionar calor a la casa, pero en cuanto me di la vuelta para que mi cabello se secara vi la figura masculina en uno de los sillones y di un grito provocando que mis pies trastabillaran.

Creí que caería de lleno sobre la chimenea pero afortunadamente para mi, él me sostuvo.

Joder que reflejos tiene. La idea del vampiro volvió a mi mente.

—No deberías dormirte con el cabello mojado, podrías enfermar —susurró ayudándome a estar erguida de nuevo.

—Estaba demasiado cansada —contesté por inercia siendo consciente de que sus manos no abandonaban mi cintura a pesar de que ya no existía peligro alguno en que cayera—. ¿Necesita algo señor Le Noir o puedo retirarme? —inquirí a pesar de su cercanía.

—No conoces a mi hermano y has decidido llamarle por su nombre, ¿Por qué insistes en no pronunciar el mío? —Su ceño fruncido evidenciaba que estaba molesto.

Quizá la excusa porque me contara más sobre él no servía en aquel momento, Tenía razón, ese no era el motivo. Simplemente no quería sentirle cercano, no quería sentir que dejaba de ser mi jefe y que el gran muro existente entre nosotros se resquebrajaba por completo. Debía ser inalcanzable, lejano, seguir siendo ese hombre que detestaba cuando llegué por mucho que le anhelase.

—Buenas noches señor Le Noir —advertí sin responder a su pregunta y haciendo ademán de marcharme, pero él no solo me detuvo, sino que metió su mano entre el pelo mojado y la espalda atrapando mi nuca para forzarme a besar sus labios.

Ni siquiera era necesario que ejerciera presión porque mis labios ya respondían a los suyos con vehemencia. Subí mis manos para acariciar su cuello, quería enredar mis dedos en su pelo, pero en

cuanto comenzaban a adentrarse en su suave cabello sentí que lo impedía y me arrastraba hasta una pared aplastándome con su cuerpo.

Jadeé sintiendo aquel peso sin dejar de besarle ni un momento.

Se apartó ligeramente solo para darme la vuelta y me colocó las manos sobre la pared para desnudarme lentamente mientras exploraba con las suyas mi cuerpo, haciéndome gemir de placer cuando sus dedos se hundieron en mi interior por completo.

Estaba cegada por el deseo. Ni siquiera era consciente de que me hallaba desnuda en el salón de una casa repleta de sirvientes que podrían entrar en cualquier momento o peor aún, donde se alojaba su hermano, el cual podría vernos.

Nada de aquello me importaba salvo mi enardecimiento. Era como el gran fuego de aquella chimenea que necesitaba arder antes de ser consumido.

—No te muevas —jadeó aquella voz ronca en mi oído.

No había ninguna luz encendida, pero el fuego de la chimenea era suficiente para iluminar parcialmente el salón aunque nos encontráramos en una zona oscura. Mis manos seguían apoyadas en la pared, tocando levemente las molduras y el ligero frio que sentía por la desnudez combatía enormemente con mi expectación por aquel ardor interno. Oí como desgarraba el envoltorio de un preservativo, ¿Es que siempre iba preparado? Parecía que si, señal clara de que era un ávido amante. No pensé mucho más en ello porque gemí en cuanto le noté abriéndose paso entre mis muslos.

Salí a su encuentro por puro instinto, siguiéndole el ritmo, acariciando cada nueva embestida más profunda, inclinándome hacia delante solo para sentirle cada vez con mayor intensidad hasta que finalmente la llamarada estalló transportándome a un universo paralelo, haciéndome sentir que flotaba, que me le elevaba como una pluma y volaba como el viento.

Cuando abrí los ojos comprendí que era él quien me había sostenido sobre su cuerpo debiendo emplear una fuerza inaudita para

ello.

La teoría de su deshumanización volvía con más fuerza. Tenía un brazo rodeando mi cintura, impidiendo que de ese modo pudiera caerme hacia delante y con el otro me agarraba la pierna derecha, provocando que me elevase un palmo de suelo y quedase a merced de él mientras aún le sentía dentro.

¿Sería siempre tan intenso el sexo con el caballero negro? Ni siquiera necesitaba formular abiertamente la pregunta para conocer de sobra la respuesta.

En cuanto mis pies tocaron de nuevo el suelo me giré lentamente con la intención de rodear con mis manos su cuello, tocar sus hombros cubiertos aún con la camisa y quizá robarle un suave beso tras la intensidad de nuestro encuentro, pero rápidamente se apartó impidiendo que lo rozara y aquello me dejó algo fría.

—Quédate un rato hasta que tengas el cabello seco antes de acostarte, mañana te llevará el chofer a París para supervisar todo lo referente a la exposición —mencionó terminando de ajustarse el pantalón y mirando hacia otro lado.

Su postura me hizo reaccionar así que comencé a vestirme resultándome tremendamente incomoda mi desnudez.

—Llamé a la galería, me reuniré con ellos a las diez. ¿Está seguro de que no puede venir? —inquirí solo para cerciorarme.

¿Qué podría haber más importante que su propia exposición? Me parecía de lo más extraño no estar al tanto sobre dicho asunto, se suponía que era su asistente personal, quien sabe cada uno de sus movimientos y en cambio tenía más incógnitas por resolver que otra cosa.

—No —respondió a secas—. Que descanses Alexa.

Y sin más se piró dejándome sola.

¿Qué mosca le ha picado a este tío? En cuanto me giré para perder la vista en las llamas que aún ardía con fulgor en la chimenea me llevé los dedos a los labios pellizcándolos de forma inconsciente,

un gesto inevitable por el que más de una vez mi madre me regañaba, pero que evidenciaba que algo por dentro me inquietaba.

¿Por qué no me ha dejado que le toque?, ¿Por qué en ninguna de las cuatro veces que se ha acostado conmigo ha dejado que lo haga? La teoría de que hubiera sido maltratado de pequeño llego a mi mente, ¿Tal vez habían abusado de él?, ¿Tendría algún trauma? Quizá solo pensaba ese tipo de cosas por haber visto al Grey de las narices…

No me parecía alguien que tuviera traumas por resolver, de hecho le había visto desnudo y no tenía marcas. Entonces, ¿Por qué me impedía que le tocara?, ¿Por qué me alejaba constantemente de él?

No me podía quitar aquello de la cabeza, de hecho era en lo único que pensaba mientras permanecía sentada en el suelo frente a la chimenea moviéndome el cabello como un acto reflejo para que se secara. Probablemente terminaría oliendo a humo y tendría que lavarlo al día siguiente, pero el calor del fuego me reconfortaba y no quería ni de lejos pensar que era por la ausencia de él.

Ni hablar.

No me importaba que él se marchara tras tener sexo conmigo, podía con eso e incluso me parecía lo mejor para guardar distancias entre nosotros, pero el hecho de que aún no le hubiera tocado marcaba una diferencia abismal y solo ahora me daba cuenta de ello.

¿Tan sumida en el delirio había estado para no ser consciente de que no me permitía tocarle?

Incógnitas. Incógnitas. Y más incógnitas que jamás resolvería.

Al menos ya sabía que escondía en el sótano.

El ruido de pasos me alertó y pensé que tal vez habría regresado, pero en cuanto la silueta oscura se acercó lo suficiente comprobé que se trataba de Nathan y no de Le Noir, aunque ¿No eran ambos Le Noir? Me negaba a llamarlo aún por su nombre, eso lo haría demasiado personal y ya me había involucrado bastante.

—¿Te disturbo?

Parecía contrariado, como si temiera acercarse cuando él tenía más derecho que yo de estar en esa casa, al fin y al cabo era un pariente de primer grado.

—En absoluto —sonreí—. Veo que aún sigues aquí a pesar de las advertencias de tu hermano.

Mi tono de voz era alegre, nada que ver con el tono que usaba de seriedad para dirigirme a Le Noir, se veía a leguas que Nathan era más jovial, extrovertido y cercano.

De un solo movimiento se dejó caer sobre una de las butacas que había frente a la chimenea poniendo una pierna encima del reposabrazos, básicamente lo que en mi pueblo llamamos "espatarrarse". El gesto me hizo gracia, sobre todo porque jamás pensaría que el caballero negro pudiera hacer algo similar.

Si siempre va como si le hubieran metido un palo por el culo.

—Solo es pura fachada, en el fondo soy su preferido. —La advertencia me hizo pensar que existían más hermanos.

—¿Cuántos hermanos sois?

Ya está. Ni siquiera me había controlado pero mi curiosidad era muy superior a la profesionalidad. ¿Qué profesionalidad?, ¡Si ni siquiera soy asistente! Por no decir que a quien tenía vetado realizar preguntas era a él, no a sus hermanos.

—Cuatro. Chevalier es el mayor con diferencia. Después estoy yo, luego Pauline y por ultimo el benjamín Luc.

Probablemente abrí mis ojos de par en par. ¿Y no tenía familia según él?, Pero ¡Si eran familia numerosa! Manda huevos, ¿A santo de qué se pondría de ese modo cuando le pregunté? ¿Qué pretendía ocultar?

—Debe ser divertido crecer con varios hermanos, yo fui hija única —comenté pensativa porque aún estaba reaccionando a aquella revelación.

Nathan hizo una mueca y se colocó en cuclillas bajando la

pierna del reposabrazos, unió las manos y se inclinó hacia mi que aún seguía sentada en el suelo.

—¿Qué te ha contado Chevalier? —inquirió mirándome fijamente y esta vez su semblante era serio.

¿A que se refería?, ¿Es que había algo que contar?

—Nunca ha hablado sobre su familia —confesé sin admitir que en realidad me gritó de malos modos que no tenía.

Nathan chasqueó la lengua y giró la cabeza hacia otro lado, después se removió con las manos el cabello y acabó colocando el mentón sobre los dedos apoyando los codos en las rodillas mientras aún permanecía sentado.

—Mis hermanos y yo estamos vivos gracias a él —dijo en un tono de voz lejano, incluso había algo de dolor en su voz—. Al menos le debo eso, así que tendrá que ser él quien te lo diga.

¿Decir qué?, ¿Qué podía ser tan horrible?

Cualquier pregunta que hiciera sobraba, ya había confesado que no revelaría nada por respeto a su hermano, porque le debía la vida.

¿Le Noir había salvado la vida de toda su familia?, ¡Dios!, ¡Aquello se enredaba más y más!, ¿Y porqué no se contaba su vida en redes?, ¿Cuántos millones había pagado ese tío para que no hubiera filtración sobre su historia?

Empezaba a hartarme aquel embrollo de misterios, ¡Me iba a explotar la cabeza, joder!

Asentí con la cabeza porque no sabía que más decir, ¿Había algo que pudiera preguntar?

Y entonces se me iluminó una bombilla en el cerebro. Había mencionado hermanos y yo, nada de sus padres. Le Noir era el mayor de todos y se echó a las calles a pintar muy joven. ¿Tal vez sus padres murieron en un accidente y se tuvo que hacer cargo de sus hermanos? Pero no podía ser, eran una familia pudiente, ¿no? Dudaba que sus

progenitores les hubieran dejado con una mano delante y otra detrás. Además, eso no explicaba el hecho de que hubiera renegado de su familia de aquellos modos cuando le pregunté.

—¿Tiene algo que ver con que él sea así? —Hice la pregunta sin esperar una respuesta, sin pretender que en realidad me contestara a ella porque tampoco sabía como se comportaba Le Noir en privado con su familia.

Pasaron casi dos minutos de silencio hasta que vi como Nathan se relajaba hacia atrás y dejaba de observarme a mi para mirar el fuego.

—No ha tenido una vida fácil, pero es persistente y tenaz cuando quiere algo, siempre ha sido así —susurró distante—. Si te cuento esto es porque tú debes ser diferente, él ha visto algo en ti o de lo contrario jamás te habría contratado como su asistente. Hace bastantes años había una mujer que trabajaba para él como su secretaria, ella se le insinuó y Chevalier no estaba interesado en ella, así que la despidió porque no deseaba tener problemas. Esa mujer conocía todos sus pasos ya que le llevaba la agenda, así que sabía con seguridad que pasaría la noche encerrado en su estudio pintando en solitario. A la mañana siguiente una patrulla de policía arrestó a mi hermano y le acusó de violación y agresión a esta mujer.

Me quedé en shock. Por un breve instante pensé si Le Noir sería capaz de hacer tal cosa. ¿Habría agredido a esa mujer?

—Obviamente ella aceptó un acuerdo muy conveniente a su favor y retiró la demanda. Después todo se ocultó, pero Chevalier juró que jamás volvería a contratar una mujer como su asistente y desde entonces solo ha tenido a hombres en ese puesto. Comprenderás mi sorpresa al saber que te ha contratado a ti.

¿Si la comprendía?, ¡Joder!, ¡Ahora entendía la reacción de todos!

—En realidad me contrató porque estaba desesperado y no quedaban perfiles que cumplieran sus requisitos. —¿Por qué esa había sido la razón verdad? Y me había puesto en la habitación de al lado en

lugar de la última estancia al otro lado del pasillo porque…

Ya no me servía la excusa de que fuese gay, era evidente que no lo era. ¿Quizá para vigilarme teniendo en cuenta lo que le pasó?, ¿Para cuidar mis pasos cada vez que salía y entraba por si pretendía jugar la misma carta que su última asistente?

¡La madre que me parió!, ¡Y yo creyendo que odiaba a las de mi género! Después de lo que le pasó podía entender su reticencia a contratar una mujer.

Y nada justificaba que me hubiese contratado a mi a menos que de verdad estuviera desesperado.

—Si eso es lo que quieres creer… —siseó mientras se ponía en pie y jugaba al despiste. Acto seguido se marchó dejándome con aquel mar de dudas.

¿Cómo que si era lo que quiero creer?, ¿Qué otra cosa iba a ser? No me conocía. No me había visto en su vida y desde luego no iba a fiarse de una extraña después de esa fatídica experiencia. ¿Para que contratarme sin siquiera averiguar algo más sobre mi? No tenía sentido.

De hecho nada de aquello tenía sentido y menos aún después de lo que me había contado.

Se suponía que saber mas saciaría mi curiosidad y aquel misterio se atenuaría, pero conforme más descubría respecto a su vida, más preguntas salían a colación. Ahora sabía el porqué de su reticencia hacia las de mi género, pero ese no era el motivo de que él fuera así, eso solo confirmaba porque no había vuelto a contratar a una mujer como su asistente. Y entonces, ¿Qué pudo ocurrir para tener ese carácter?

CAPÍTULO 26

Desconocía en qué habitación dormiría Le Noir o si estaría cerca de la que había escogido su hermano o yo. ¿Se alojaría en una habitación alejado de nosotros? Sentía cierta curiosidad pero en realidad aquello no importaba puesto que si algo tenía claro desde que trabajaba con él es que siempre dormía solo y tenía la intuición de que no le gustaba compartir su cama.

Seguramente estaba relacionado con el hecho de que tampoco le gustaba que le tocaran.

Ni una sola vez había tenido la intención de invitarme a dormir junto a él, de hecho, todas las veces que nos habíamos acostado prácticamente desaparecía después.

Menos la primera vez que me llevó al sótano y acabo enfadado tras la pregunta sobre su familia.

¿Sería una dinámica habitual?

La imagen de las mujeres de la capa roja llegó a mi mente. Las llevaba al sótano, pero nunca permanecían, siempre se marchaban en

aquel coche que venía a recogerlas.

¿Dormiría alguna vez con ellas? La intuición me decía que no, quizá porque era otra de esas normas no escritas respecto a él.

Mientras trataba de conciliar el sueño en aquella maravilla de habitación más lujosa que un hotel de cinco estrellas, no dejaba de pensar si esa razón a la que Nathan había hecho referencia del porqué su hermano era así sería de verdad justificable o no. ¿Tal vez las circunstancias de su vida le llevaron a tener que madurar muy pronto para sacar adelante a sus hermanos? Sabía de sobra que aquello no era asunto mío y que no debería importarme la respuesta, pero era incapaz de no pensar en ello.

Con la mirada perdida a través de las ventanas de mi habitación desde la que podía apreciarse una bella luna menguante, acabé profundamente dormida.

No había rastro de Le Noir cuando me desperté, de hecho una de las doncellas recalcó que había salido muy temprano y que dejó el vehículo con chofer a mi disposición. Debía acercarme a la galería donde tendría lugar la exposición para supervisar y encargarme de todo, siendo sincera me apetecía muy poco, se suponía que aquello era algo que normalmente hacía él para asegurarse de que era a su elección. ¿Que sería más importante que aquello?, ¿Qué asuntos le retenían en otro lugar y habían hecho que adelantásemos el viaje?

Otro de los grandes misterios.

Aún así era algo que no podía posponer o evitar y una hora más tarde atravesé las puertas de la galería sabiendo que pasaría allí gran parte del día. ¿Quizá me diera tiempo de dar una vuelta por ciudad aprovechando que estaba en pleno centro de París? La exposición tendría lugar en la galería de arte Templon, de Daniel Templon, una de las más antiguas y reconocidas en el mundo. Dado el alcance e importancia que Le Noir tenía como pintor de referencia internacional, no era de extrañar que su última colección de cuadros se expusiera en aquel lugar tan emblemático, a tan solo unos cuantos pasos de la Torre Eiffel, la plaza de la concordia o el propio museo

Louvre.

El hecho de que no fuera acompañada por el señor Le Noir no fue de gran agrado para la encargada de la galería, había esperado contar con la presencia del artista para mostrar lo que habían avanzado, así que mi discurso lleno de disculpas duró más de veinte minutos hasta que hizo su aparición el propietario de la galería y comenzó a ser más colaborativa.

¿Tal vez había esperado poder coquetear con Le Noir y de ahí su reticencia? Ciertamente no podía culparla de ello, *ni a ella ni a medio planeta, yo incluida*. Desde que trabajaba para el caballero negro no había lidiado con los intentos de algún hombre o mujer que se le insinuara, ¿Cómo se comportaba él ante esto? Quizá las presunciones de que aquella encargada de galería querría intentar coquetear con Le Noir solo eran imaginaciones mías.

—Bien, queda pendiente elegir la música y la iluminación —dije tachando el menú degustación, la vajilla, cristalería y selección de vinos muy al acorde del gusto de Le Noir.

—La iluminación dependerá de cada cuadro, no se podrá ultimar hasta que todos estén colocados, respecto a la música, Chevalier Le Noir siempre opta por clásicos —mencionó la encargada de la galería con aires de conocerle demasiado bien.

¿Habría existido un flirteo entre esa tal Annette y Le Noir? Estaba claro que no era la primera vez que exponía en esa galería, lo hacía con cada una de sus colecciones.

—No me ha sugerido ningún compositor, así que imagino que no tendrá preferencia —puntualicé apuntando en el ipad “musica clásica” como nota para ver que compositores había usado en sus anteriores exposiciones.

—En su última colección hace dos años usó a Strauss y en la anterior fue Schubert.

—Entonces le preguntaré al señor Le Noir que prefiere en esta oca…

—¡Mr. Le Noir! —chilló Annette tan alto que di un pequeño respingo pensando que había visto un fantasma, pero cuando la vi correr fui consciente de que él estaba allí.

¿Había venido?, ¿No decía que no podría?

—Lamento la tardanza, tenía algunos asuntos de urgencia por resolver. ¿Ya esta todo? —dijo en un tono de lo más formal e incluso cercano.

Solo entonces levantó la vista hacia mi que permanecía allí de pie sin dar un solo paso observándole. No le había visto desde la noche anterior, precisamente desde que me empotró contra la pared del salón dándome un más que satisfactorio orgasmo y después desapareció como ya era habitual en él.

—La señorita Alexa ha hecho la selección de casi todo, aunque si algo no es de su gusto estaremos encantados de…

—Si lo ha elegido Alexa estará bien —La cortó dejándome sorprendida y me miró directamente a los ojos provocando que me temblasen las piernas.

¿De qué iba aquello?, ¿Hasta hace unos días era una inepta y ahora todo lo que eligiese estaba de acuerdo?, ¿Qué había cambiado? Era un quisquilloso maniático con sus exposiciones, bueno, con su vida en general, ¿Es que no le importaba?

—Por supuesto. Ahora estábamos decidiendo la música que acompañará la velada, clásica desde luego, nos preguntábamos que compositor tendría en mente para esta ocasión… —La tal Annette permanecía tan cerca de Le Noir que le rozaba constantemente el brazo con el suyo, pero a él no parecía importarle este hecho.

—No lo tengo decidido aún —confesó Le Noir acercándose hasta mi pero se mantuvo a una distancia prudencial, aunque fijo su vista en el ipad para ver que notas tenía allí.

—¿Y si pusiéramos musica en vivo? Un instrumento diferente por sala, incluso un compositor distinto por instrumento.

La tal Annette se echó a reír como si hubiera dicho algo

absurdo y fuera de lugar, ¿Quizá existía alguna norma no escrita al respecto?, ¿Tal vez es que Le Noir odiaba la musica en directo y no lo sabía?

—Eso es generar una distracción, querida. La gente se quedaría contemplando al músico tocar en lugar de admirar la colección de Le Noir —ratificó altiva.

Dudaba que ambas cosas no pudieran congeniar. Los cuadros de Le Noir serían admirados igualmente y con una mayor apreciación al sentir la emoción que la musica en vivo y real te transmite.

—Discrepo —rebatí—. Todos los asistentes vienen a contemplar la exposición, el hecho de que la musica sea en directo solo incrementará la experiencia de apreciar sus cuadros. La emoción será mucho más autentica.

Vale. Igual me he columpiado, pero para mi tenía sentido.

—No creo que….

—Me gusta su idea —corroboró Le Noir—. Lo haremos así en esta ocasión —puntualizó dirigiéndose hacia Annette que permaneció con la boca abierta y finalmente asintió.

¿Si le pido un aumento de sueldo, un Ferrari y una casa en Bali también me lo dará?, ¿Qué le pasaba a Le Noir para que estuviera de ese modo? Ni una contradicción, como si todo lo que opinase le pareciera bien.

Salimos de allí a primera hora de la tarde, pensé que regresaríamos directamente a la villa de Versalles. A pesar de que tenía un hambre voraz, mis ganas de pasear por París eran superiores al rugido de mi estómago.

—¿Le importa si me quedo un rato más por la ciudad antes de regresar a Versalles? —pregunté a Le Noir en cuanto pusimos un pie fuera de la galería.

Era mediados de Noviembre y hacía bastante fresco, pero afortunadamente era uno de esos días soleados en los que apetecía pasear a pesar de mis tacones altos.

—¿Has estado alguna vez en París? —preguntó con el ceño fruncido.

—En un par de ocasiones, pero no tuve la oportunidad de ver mucho —comenté pensando en la vez que había venido con el instituto para practicar el idioma y otra ocasión de viaje express en la que solo vi lo más emblemático de forma apresurada.

Durante un largo minuto pareció evaluar que responder, ¿Tanto le costaba? Me había enviado hasta allí sola, dudaba que su miedo fuera que me perdiese por la ciudad.

—Vamos, hay un par de sitios cerca de aquí donde se come muy bien y seguro que aún no has probado bocado desde esta mañana —inquirió cogiéndome del codo y obligándome a andar.

¿Él también venía?, ¿No tenía cosas que hacer?

—No es necesario que me acompañe si tiene asuntos que tratar, no me gustaría ser una molestia —insistí a pesar de que no me soltaba del codo.

—Si no quisiera acompañarte o fuera una molestia, no lo haría. Nunca finjo algo que no quiero o deseo —contestó con brusquedad y caminamos en silencio durante un cuarto de hora hasta que entramos en un local de comida francesa en el que parecían dar servicio a todas horas.

Nos atendieron con bastante rapidez, así que hicimos el pedido de la comanda y volvimos a quedarnos a solas. A pesar de estar en pleno centro, no estaba demasiado lleno pero si que había personas tomando café o algún aperitivo y algún que otro turista que se hacía fotos con la comida.

—Si lo desea podemos aprovechar el almuerzo para supervisar todo lo que hemos previsto de cara a la exposición, así podrá darle su visto bueno. —Lo cierto es que no sabía como rellenar aquellos silencios extraños con Le Noir sin un argumento que no fuese de trabajo.

—No deseo hablar sobre la exposición ahora. Además, seguro

que estaré de acuerdo en las decisiones que hayas tomado —dijo sorprendiéndome de nuevo.

¿A que se debía aquel cambio de actitud?, ¿O era falta de interés porque tenía la cabeza en otro lado?

—Muy bien —dije tratando de relajarme y no estar tan rígida como estaba en aquella silla solo por estar comiendo frente a él.

—Esta noche me acompañarás.

Le miré esperando oír algo más. ¿Acompañarle a donde?, ¿Una gala?, ¿Un evento?, ¿Una exposición?

—¿Cómo su asistente? —inquirí esperando obtener más información.

—No. Serás mi acompañante —dijo frotándose las manos, no sé si porque tenía frio o porque estaba nervioso.

¿Le Noir Nervioso? Más bien sería el frío de noviembre.

—Como desee —admití finalmente sin saber que significaba ser su acompañante.

¿Me iba a llevar a alguna cena privada?, ¿Con sus amigos?, ¿Con sus familiares.

—Háblame sobre tus otras veces en París —mencionó y casi estaba agradecida por tener un tema de conversación.

El almuerzo transcurrió mientras relataba mi estancia en la ciudad las dos ocasiones en las que había estado, incluso sonreía cuando mencionaba la ilusión de aquella niña de dieciséis años que salía por primera vez de su pequeño pueblo y se enamoraba de París, incluso mencioné que fue en ese viaje donde me di cuenta que amaba viajar y conocer otras lenguas, por eso decidí estudiar idiomas. No sabía si mi entusiasmo era debido a que Le Noir me prestaba atención o a que me hallaba algo nerviosa debido a la cercanía que teníamos en una situación trivial. ¿Podrían pensar si nos vieran que éramos una pareja normal? Ni siquiera sé porque pensaba en ese tipo de preguntas cuando estaba claro que no importaba lo que aparentásemos o

pudiéramos parecer, yo seguía siendo su empleada.

¿Y si me había pedido que fuera su acompañante porque quería algo más?

Alexa, no empieces a imaginar o ver cosas donde es evidente que no las hay.

Tras el almuerzo dimos un paseo hasta la torre Eiffel, la luz del atardecer era preciosa, el puente, el río, las calles, el ruido, la musica que venía desde varios puntos de la ciudad, incluso el tráfico o sus gentes paseando hacían de aquel momento algo mágico o quizá era yo que lo veía de ese modo por la persona que tenía al lado.

—¿Cuándo fue la última vez que subió a la torre Eiffel? —pregunté cuando me quedé sin argumentos por relatar.

—En realidad nunca he subido —confesó sin ningún tipo de remordimiento.

¿Era de allí y jamás había contemplado la ciudad desde la cima?

—¿Le dan miedo las alturas? —Fue la pregunta más obvia y se echó a reír.

—No tengo miedo a las alturas, simplemente no tuve la oportunidad —admitió encogiéndose de hombros y me pareció una respuesta absurda. ¿Cómo era posible que no hubiera sacado un pequeño hueco para algo tan simple?

La Alexa espontánea resurgió de las cenizas sin saber como, es más, no lo pensé, simplemente le cogí la mano y estiré de él en dirección hacia la torre.

—Pues ahora la tendrá —sonreí viendo como no impedía que le arrastrase tras de mi.

Quizá era uno de esos días extraños donde los planetas se habían alineado y no tenía ningún motivo para reprochar mi actitud, mis decisiones o mi vestuario, siendo así pensaba aprovechar hasta el último minuto de ese tiempo.

Llegamos para el último pase que se daba antes del cierre, casi me parecía increíble, así que mientras el ascensor subía y yo permanecía expectante, Le Noir por el contrario me observaba atento y prudente.

Cuando al fin llegamos a lo más alto que se permite acceder tras subir varias escaleras metálicas, las vistas a la ciudad eran impresionantes y más aún con aquella luz.

—Para ser alguien a quien le gusta observar, se estaba perdiendo una verdadera obra de arte —juzgué admirando el paisaje.

—Admito que las vistas son impresionantes —contestó y me giré hacia él dándome cuenta que no observaba la ciudad, sino que me estaba mirando a mi en su lugar.

Aparté rápidamente la mirada. ¿Era yo o algo estaba cambiando? Su actitud. Su cercanía. Su forma de dirigirse hacia mi e incluso tratarme de manera cordial. ¿Qué había sucedido para que se comportara de aquel modo?

No sabía ni como actuar ante aquella nueva faceta desconocida, aparté la vista para dirigirla de nuevo hacia la ciudad y sentí que se colocaba a mi lado sin tocarme, su brazo apenas rozaba el mío y aunque el momento era mágico, de esos que gritaban a pleno pulmón darse un beso de película, refrené mis ganas de hacerlo.

No sería yo quien diera ese paso.

No iba a ser yo la que mostrara las irrefrenables ganas que tenía en aquel momento de tocarlo o besarlo.

—No me importaría vivir una temporada en esta ciudad —confesé para evitar pensar en su cercanía.

—¿Has decidido mudarte a París cuando acabe nuestro acuerdo? —preguntó en cuanto confesé aquello.

Me acerqué a la barandilla para apoyarme ligeramente y dejar descansar un poco mis pies. Llevaba todo el día con aquellos tacones sin apenas sentarme y comenzaba a sentir el entumecimiento de mis dedos.

—Aún no lo he decidido, sigo indecisa, quizá es porque temo tomar la decisión incorrecta cuando se trata de algo que cambiará el curso de mi vida. —No sabía porque había revelado aquel temor interno, es cierto que nunca había tenido que decidir porque no ahorraba lo suficiente para marcharme, pero en el fondo también era verdad que nunca lo había hecho porque no sabía que decisión tomar.

¿Qué camino era el mejor?, ¿Y si erraba?, ¿Y si no iría lo bien que esperaba?, ¿Y si me arrepentía de no haber elegido el otro destino? La lengua inglesa era muy importante y muy hablada, pero quizá precisamente por eso podría ser un error elegirla y tendría más oportunidades con la lengua francesa, pero… ¿Y si me equivocaba y al elegir el francés no encontraría la salida laboral a la que aspiraba?

—Mientras te decides yo seguiré necesitando un asistente —mencionó como si estuviera dejando caer que podía continuar a su lado más allá de la fecha.

—¿Y esperar un movimiento en falso para que pueda despedirme? Me iré en la fecha acordada. Ni un solo día más —advertí casi más hacia mi misma que hacia él.

Ya estaba jugando en la delgada línea que existía del odio al amor. No estaba enamorada de Le Noir, ¡Dios me valga! Pero empezaba a encontrar un lado de su carácter mucho menos detestable que cuando llegué.

Prefiero no correr ciertos riesgos.

Eso sin contar que mi confesión era cierta, en cualquier momento podría hartarse de mi y echarme.

Su infinita colección de zapatos era un buen presagio de como acababan todas las relaciones con sus musas.

Mi advertencia provocó que diera una risotada, al menos le había causado gracia.

—Hasta ahora no te he despedido y pareces bastante eficiente, al menos mucho más que mis últimos asistentes —dijo ahora en tono jovial.

—¿Es un modo subliminal de decirme que me necesita?, ¿Qué no puede vivir sin mi?, ¿Se está enamorando señor Le Noir? —Mi intención era ser graciosa, solo estaba jugando con la ironía aprovechando ese cambio de carácter mucho más cercano en él, ni de lejos podría pensar que alguien como él pudiera enamorarse de mi o más bien me había vetado el hecho de que algo así pudiera suceder, pero no me había esperado ni de lejos su reacción.

Su rostro se transformó en una máscara de hielo y aquella expresión jovial que había tenido hacía escasos cinco segundos cambió por completo.

—Solo tenemos sexo Alexa, no lo confundas con amor, yo jamás sentiré ese tipo de afecto por ti, tenlo presente —advirtió sin mirarme y con un tono tan neutral y frío que me hizo sentir escalofríos.

CAPÍTULO 27

Nidio que teníamos, tenía muy claro desde el principio que solo sería i en mis lejanos sueños había esperado algo de aquel precisamente lo que él mencionaba; sexo. El hecho de que él lo dijera de aquel modo tan despectivo me hizo sentir pequeña, frágil, como si no fuera lo suficiente para él ni para nadie.

Sentía como mis ojos se empañaban, quería llorar, no sabía si de impotencia, rabia o porque él había herido de algún modo mi orgullo a pesar de que yo era consciente de sus palabras mucho antes de que las pronunciara. Quizá era porque el mero hecho de que las dijera suponía un golpe de realidad que habría preferido no escuchar aunque lo supiera.

—Siempre he tenido presente cuál es mi lugar y donde están los límites —advertí finalmente sin añadir que lo último que buscaría de él, era amor—. Me marcharé en cuanto finalice su exposición la próxima semana. Espero que para entonces haya encontrado a un nuevo asistente que supla mis funciones porque no permaneceré ni un solo día más a su servicio.

Y si lo tomaba como una indirecta de que me había molestado

su respuesta, me daba absolutamente igual. ¿Cómo podía ser tan cretino? Mi comentario era sarcástico, simplemente trataba de hablar en un contexto más cercano y bromista, pero es evidente que con Le Noir no podía existir ese tipo de cercanía. ¿Y si de verdad sintiera algo hacia él? Su forma cortante responder a la vez que hiriente era despectiva, al punto de no importarle en absoluto los sentimientos que pudiera tener la otra persona.

No sabía si me molestaba más el hecho de que fuera tan despectivo o que creyera que me enamoraría de él perdidamente y por eso me advertía.

Si cree que voy a caer rendida a sus pies lo lleva claro.

Nunca podría amar a alguien incapaz de sentir afecto por mi. Más allá de nuestros apoteósicos encuentros sexuales era distante, tanto que ni siquiera me permitía tocarle.

Los únicos momentos donde había mantenido un trato cordial o amable llegaba a ser una persona *casi* normal, pero después regresaba ese ser calculador y frío de mirada penetrante y palabras hirientes que me hacía mantener la cordura respecto a él.

Si no fuera por lo extremadamente déspota que es, estaría irremediablemente enamorada de ese pintor, así que agradecía su carácter dominante que me recordaba constantemente que era lo opuesto a lo que yo buscaría en un hombre.

Lo peor de todo es que debía ser consciente de la dureza de sus palabras, pero jamás existía una disculpa por su modo de actuar, era como si realmente le diera igual arrollar a los demás. Me preguntaba como reaccionaría si la gente tuviera ese mismo comportamiento hacia él, quizá sería un modo de darse cuenta de lo hirientes que podrían llegar a ser sus comentarios.

La conversación entre ambos parecía haber finalizado, así como el buen ambiente que se había creado hacía escasos minutos. Incluso maldije en voz baja por hacer aquella pequeña broma y después me retracté. ¿Iba a tener yo la culpa de su maldito carácter? No pensaba auto culparme por nada y menos aún sentirme mal por un

idiota.

Solo había metido en la maleta el vestido negro que me hizo comprar la primera vez. Ese famoso vestido sobrio que de sobrio no tenía nada gracias a aquella raja hasta la ingle que le daba un carácter sexy y atrevido. ¿Serviría para el evento de esa noche? No tenía la menor idea de donde iríamos, ni si se trataba de algo de trabajo o índole personal.

¿Le Noir llevándome a un lugar de índole personal? Ni de broma, todo el mundo pensaría cosas que no son y menos después de su abrupto comentario:

Yo jamás sentiré ese tipo de afecto por ti.

¿Solo por mi?, ¿Querría decir que me consideraba poco para él? No había mencionado que no sentiría ese tipo de afecto por alguien o por cualquier mujer, *sino por mi.* Hasta ahora lo había sospechado, pero ahora lo tenía claro.

Es evidente que solo sería una muesca más de su colección.

Y no me molestaba como tal ese hecho en sí, sino el modo que tenía de no ocultarlo. Yo no era una de esas mujeres que venían un rato por la noche a satisfacer sus deseos fueran de la índole que fuesen y después se marchaban sin más. No. Yo permanecía junto a él las veinticuatro horas del día a su disposición y me trataba del mismo modo que ellas a la vez que me usaba como su asistente.

¿De verdad podría aguantar hasta la exposición? Quedaba más de una semana para ese día y dudaba poder soportar este tipo de situaciones cortantes.

El personal de la Torre nos avisó del cierre en tres minutos y que debíamos desalojar el edificio, solo entonces fui consciente de que nos habíamos quedado a solas, así que la incomodidad por la situación se vio difuminada por tener que marcharnos y regresar a casa.

Escuché como Le Noir llamaba a su chofer para que viniera a recogernos en un punto exacto del centro mientras descendíamos. Tras mi contestación tajante afirmando que me marcharía la próxima

semana tras la exposición, él había guardado un efímero silencio respecto al tema.

Y eso me molestaba aún más.

Caminamos en silencio hasta el punto de encuentro con su chofer, ni siquiera me pidió que le siguiera, intuí que debía hacerlo. Decidí abstraerme con el teléfono mientras llegaba el vehículo a recogernos solo para tener una excusa y no entablar conversación alguna. Podía observar por el rabillo del ojo como él metía las manos en sus bolsillos y movía los pies sin moverse realmente del lugar. En un par de ocasiones creí que pretendía decir algo, pero quizá eran imaginaciones mías puesto que yo seguía con el teléfono haciendo búsquedas sin sentido, en realidad solo quería matar el tiempo.

—Alexa…

—Creo que será mejor que permanezca en casa esta noche —irrumpí antes de que él dijera nada—. Al fin y al cabo ha mencionado que su programación es de índole personal y no es necesario que le acompañe como su asistente. Prefiero quedarme adelantando asuntos pendientes sobre la exposición para dejarlo finalizado cuanto antes.

Ni siquiera le había mirado mientras lo decía, me limité a seguir observando la pantalla del teléfono, ¿Quizá era porque temía que aquellos ojos azules me hicieran tartamudear?

Probablemente.

—¿Tiene algo que ver tu declinación con lo que he mencionado antes? —preguntó a escasos pasos de distancia.

Obviamente tiene todo que ver, capullo.

—Por supuesto que no —fingí desinterés—. Pero sus palabras me han recordado que cualquier tipo de cercanía entre nosotros que no tenga índole profesional no debería darse, será mejor que mantengamos los formalismos hasta que me marche, ¿No está de acuerdo? —exclamé y sentí como me arrancaba el teléfono de las manos haciendo que al fin le mirase por la sorpresa.

¡Joder!, ¿Por qué tenían que tener ese fulgor tan brillante

aquellos ojos azules? Podrían derretir hasta el iceberg más grande.

—¿Y cuando estemos a solas? —preguntó frunciendo el ceño.

¿Su pregunta hacia referencia a que el sexo entre nosotros se acabaría? Dadas las circunstancias y por más que me pesara el hecho de no volver a sentir un explosivo orgasmo, sería lo mejor.

—Posaré para usted si es su deseo, pero nada más.

Traté de ser contundente y precisa, aunque eso implicase que un pellizco en mi estomago se resintiera porque mi cuerpo le deseaba. Le anhelaba fervientemente al punto de volver a querer que lo poseyera.

Pero debía proteger mi integridad, aquellos sentimientos a flor de piel cada vez que me tocaba. Estaba muy lejos de pillarme por el caballero negro, pero con cada encuentro sabía que estaba un paso más cerca de perder la cordura.

Escuché como chasqueó los dientes produciendo un sonido extraño pero que evidenciaba su desacuerdo.

—Que así sea. —Su voz era algo hastiada, como si no estuviera del todo conforme, pero lo aceptaba.

¿O tal vez le daba igual? No había rebatido, ni siquiera dio lugar a una sugerencia sino que aceptaba sin más mi propuesta.

Cuando al fin llegó el chofer, Le Noir abrió la puerta indicándome que entrara y así lo hice, pero en lugar de introducirse en el vehículo detrás de mi cerró la puerta bruscamente quedándose fuera y le dio instrucciones precisas al conductor para que me llevase de regreso a la villa.

Ni se despidió. Simplemente esperó con las manos metidas en los bolsillos a que arrancase y acto seguido se dio la vuelta marchándose en otra dirección.

Yo cada vez lo flipo más con este tío.

¿Por qué había venido a la galería si le dio absolutamente igual todo lo referente a su exposición?, ¿Y ese trato tan cordial al principio

para acabar de aquel modo?

«Es bipolar. Es bipolar fijo» escribí en el grupo de chat y le di a enviar.

Fui escribiendo todo el camino en el grupo contando lo que había pasado con el caballero negro en la Torre Eiffel, incluido su trato afectivo previo y el cambio de humor respecto a mi broma. No quería mandar audios porque no iba a correr el riesgo de que el chofer pudiera comprender algo de castellano, así que preferí seguir escribiendo relatando como había terminado la situación conmigo sola en el coche de regreso a casa.

«¿A que tipo de evento te iba a llevar esta noche si era de índole personal?» comentaba Lorena.

«Llamadme loca pero ese está enamorado hasta las trancas, lo que pasa es que está confuso y ni él mismo lo sabe» dijo Ana en un audio.

—Estoy convencida que ya tiene la candidata para llevar consigo a lo que sea que quisiera que le acompañase —afirmé en voz alta entrando en la que se había convertido en mi habitación aquellos días con la libertad de que nadie pudiera oírme.

No iba a admitir que ser consciente de eso me molestaba un poco, a fin de cuentas había sido yo la que decidió no acompañarle, ¿no? Pues eso… si me picaba, no quedaba más remedio que aguantarme.

No dejaba de repetirme que romper toda relación intima con Le Noir era la mejor decisión y no porque pudiera correr el riesgo de pillarme por él, sino porque no estaba dispuesta a que me hiciera sentir que no valía una mierda de nuevo.

Por primera vez en muchos días me di una ducha relajada, cené algo ligero porque había comido tarde y no tenía demasiada hambre y me metí en la cama teniendo mas de la mitad del trabajo respecto a la exposición hecho, así que apagué las luces y me dormí cuando apenas eran las once de la noche teniendo una sensación de

nostalgia en mi interior. Me faltaba algo y sabía perfectamente el qué, pero era una cosa que jamás podría tener.

Todo pasará Alexa. Volverás a recomponerte.

Abrí los ojos entumecida, como si algo me hubiera sacado de un sueño profundo no siendo realmente consciente del porqué había despertado. Iba a cerrarlos de nuevo cuando oí un golpeteo en la puerta. Aletargada y con los ojos entrecerrados por el sueño salí de la cama sintiendo el frio fuera del lecho.

¿Por qué narices no me traería un pijama como Dios manda? Yo y mi creencia de que quizá podría dormir en la misma cama que Le Noir.

Ni aunque me lo propusiera. Anoté mentalmente tras recordar su mítica frase hace unas horas en un momento idílico como lo era en lo más alto del monumento más famoso de París.

Coloqué la mano sobre la manivela y la puerta no se abrió, entonces recordé que había puesto el pestillo, ni siquiera sabía porque razón lo hice. Antes de que pudiera quitarlo sentí que volvían a golpear la puerta y esta vez con más fuerza o quizá anteriormente estaba demasiado dormida para apreciarlo. Abrí por segunda vez con el cierre quitado y me encontré la silueta oscura cubriendo todo el marco .

No había mucha luz, tampoco la necesitaba porque la penumbra que aportaban las luces externas eran suficientes para reconocer a Chevalier Le Noir.

Tenía ambas manos abiertas, apoyadas a los lados de la puerta. Su cabello lucía despeinado y su rostro agotado. Llevaba la camisa parcialmente abierta, sin corbata y sin chaqueta. Su perfume se mezclaba con olor a alcohol, evidentemente había estado bebiendo.

—¿Ocurre algo? —exclamé al ver que él no decía nada.

—¿Qué me has hecho? —preguntó como si yo tuviera la culpa de algo y no entendí su pregunta ni a que punto exactamente se refería con que pudiera haberle hecho algo.

¿Estaba delirando?

—No comprendo a que…

—No puedo sacarte de mis pensamientos. No puedo dejar de desearte. No puedo ni siquiera concentrarme en otra cosa que no seas tu, ¡Maldita sea! —bramó dando un golpe al marco de la puerta como si ese hecho le molestase realmente.

¿De qué iba aquel numerito?

—Creo que será mejor que se marche a su habitación y hablemos con calma mañana. Cuando esté sereno y en plenas facultades mentales —admití dando por sentado que sus palabras eran un efecto del alcohol y no de él mismo.

Pensé que con aquello lo disuadiría y se marcharía. *Craso error*. En lugar de eso entró abruptamente en la habitación dirigiéndose hacia el lado opuesto de la puerta de entrada.

—No he estado más cuerdo y sereno en toda mi vida. ¿Crees que para mi es fácil venir hasta aquí? —bramó y eso me dejó aún más confusa aún.

A mi este hombre me tiene más confundida que una garrapata en un peluche.

—¿Y si le resulta tan difícil porque está aquí? —pregunté cruzándome de brazos sin cerrar la puerta.

Aquello me parecía surrealista, de hecho me pellizqué por si estaba en un sueño, pero no.

Era jodidamente real.

—Necesito poseerte o me volveré loco —jadeó en una voz ronca cargada de deseo.

Un estremecimiento interno de puro deseo me hizo reavivar esa llama interna, pero tragué saliva y me reprendí a mi misma diciendo que en aquella ocasión debía actuar mi cerebro.

—No soy una de sus musas con capa roja que vienen y van en mitad de la noche. Ni tampoco otra mujer en su lista de la que lucir

sus zapatos de tacón en una estantería.

Trataba de estar serena. Calma. Dentro de mi refulgía un fuego interno que se debatía entre lo que aclamaba mi cuerpo y muy contrariamente dictaminaba mi pensamiento.

—Ellas no me interesan. Solo te deseo a ti —mencionó acercándose lentamente.

Ok. No voy a negar que mi pulso acaba de acelerarse casi tanto como el velocímetro de un deportivo cuando pasa de cero a cien.

¡Ay que joderse!, ¿Hablaba en serio o solo era un modo para que cayera rendida a sus pies? Porque si era así, muy a mi pesar comenzaba a funcionar. Hasta podía sentir como me temblaban las rodillas.

Le Noir no había sido un hombre de muchas palabras, de hecho jamás hacía confesiones o mencionaba sus intenciones. ¿Podía estar siendo sincero?

—No soy lo que busca señor Le Noir, esta tarde lo ha dejado muy claro —puntualicé no dando mi brazo a torcer.

—Tú eres lo que necesito ahora.

Estaba solo a un par de pasos de distancia, se acerco lo suficiente para acoger con su mano mi mejilla y acariciarla.

—Acordamos esta tarde que mantendríamos las distancias hasta que me marchara —afirmé con la poca voluntad que me quedaba mirándole a los ojos y provocando que diera un paso hacia atrás.

Estaba serio, no parecía complacerle mi respuesta. ¿Alguna mujer le habría rechazado con antelación?

Empezaba a dudarlo.

—¿Qué tengo que hacer para que vuelvas a ser mía? Di una cifra. Pon un precio.

Apreté mis manos fuertemente para no soltar un improperio y sentí como las uñas se clavaban en mi piel rasgando las primeras

capas.

Todavía le suelto un un guantazo como Dios manda y me piro.

¿Podía ser más cretino?, ¿De verdad creía que iba a venderme? Mira que necesitaba pasta, que para mi podría ser muy fácil decir una cantidad y disfrutar de orgasmos infinitos el tiempo que quedaba, pero mi integridad moral valía mucho más que su ego.

—No estoy en venta señor Le Noir —dije con voz entrecortada —. Váyase por favor.

Por no decir *váyase a la mierda* señor Le Noir.

Vi como caminaba hacia la puerta y giré mi vista deseando no ver como se marchaba, aquello estaba resultando demasiado difícil de soportar. ¿Por qué me dolía tanto que actuara de aquel modo?

Tal vez habría deseado que se disculpase por la forma en la que me había tratado y se había dirigido hacia mi, que en algún momento iba a recapacitar dándose cuenta de ello y se retractaría, pero obviamente no fue así. La figura de Le Noir se perdió de vista por el marco de la puerta y la cerré en cuanto se fue dejándome caer con todo el peso de mi cuerpo sobre ella.

Si la situación ya estaba tensa tras lo sucedido esa tarde, ahora estaba infinitamente peor.

La idea de marcharme ya no era simplemente una posibilidad, sino un hecho. No estaba preparada para soportar aquello y menos aún cuando muy a mi pesar estaba demasiado implicada a nivel personal.

Dirigí mi vista hacia la maleta que permanecía en un rincón de la habitación y la coloqué sobre un pequeño aparador. Mientras abría las cremalleras y comenzaba a meter la ropa sin ningún tipo de orden o control, pensaba en como procedería ahora.

Cogería el primer vuelo hacia Barcelona que saliera, tenía que pedirle a Charlie que me recogiera en el aeropuerto y me llevase a la casa de Le Noir para recoger mis cosas. Obviamente tendría que dejarle una carta con mi dimisión, bueno… mejor un email en cuanto

esté sentada en el avión. Cogí el móvil para ver los vuelos y no quedaban asientos disponibles en todo el día.

Genial.

Daba igual. Me iría al aeropuerto y comprobaría si existía alguna cancelación de última hora o dos vuelos con transbordo o un tren aunque tardase doce horas, pero no pensaba quedarme ni un solo día más allí.

Repentinamente me di cuenta de que tenía los ojos empañados. Las lágrimas habían decidido comenzar a salir de forma incontrolada.

¡Joder!, ¡Me está afectado de verdad! Aunque no quería. Por más que detestaba su forma de ser. Ese jodido capullo se había filtrado bajo mi piel.

CAPÍTULO 28

Bajé las escaleras maldiciendo con maleta incluida. ¿Cómo podía haberme dormido? Bueno si… porque había decidido esperar a que Le Noir se marchase despierta el resto de la noche mientras actualizaba la página de vuelos y al final me quedé frita dándome las doce del medio día. Tenía toda la intención de marcharme de igual modo, pero en cuanto llegué a la planta inferior y pregunté si estaba disponible el chofer me dijeron que no.

—Ha acompañado a mi hermano y regresará hasta la tarde, tiene un almuerzo importante ¿Ibas a alguna parte belleza? —La voz de Nathan me hizo darme la vuelta y le vi dirigiendo su vista hacia mi maleta provocando que mis mejillas se tiñeran de rojo momentáneamente.

¿Como podían ser tan diferentes dos hermanos habiéndose criado en el mismo ambiente?, ¿Qué podría haberle ocurrido a Le Noir para ser tan distante?

—Tengo que regresar a Barcelona para gestionar algunos asuntos —mentí —Llamaré a un taxi para que me lleve al aeropuerto —sonreí sacando el teléfono del bolso.

—Es extraño que mi hermano te dejara sin chofer —arqueó una ceja.

—Es que ha sido algo imprevisto de última hora —atajé sin saber como era capaz de mentir con tanta agudeza.

—Te llevaré yo —alegó levantándose y aunque habría preferido el taxi, tampoco me parecía una mala opción.

¿Es que Le Noir me detendría si se enteraba? Mas bien estaría aliviado cuando leyera el email que pensaba mandarle una vez que estuviese rumbo a España.

Nathan recogió mi maleta y el bolso actuando como todo un caballero a pesar de mi insistencia en decirle que no era necesario. Nos dirigimos hacia la parte lateral de la casa donde permanecían guardados los vehículos y él disponía de un deportivo blanco muy acorde a su estilo.

—Con este no llegaremos tarde a pesar del tráfico —sonrió—. ¿A que hora tienes el vuelo? —preguntó ayudándome a entrar, ya que los asientos eran más bajos de lo normal.

—Aún no tengo vuelo, espero conseguir una cancelación de ultima hora o haré un transbordo en otra ciudad —comenté sin siquiera darme cuenta de la información que estaba dando.

—Entonces no hay excusa para llevarte a almorzar antes de que te marches. Te prometo que solo te detendré un par de horas y después te acompañaré al aeropuerto.

¿Dos horas? No. No. No. Eso era demasiado tiempo, el suficiente para que hermano pudiera llamarlo y decirle que estaba conmigo, aunque si Le Noir tenía un almuerzo importante dudaba que diera señales de vida hasta que finalizase.

Y después pensé que no volvería a verle nunca más. Todo aquello se acabaría y jamás vería de nuevo sus ojos azules con ese brillo especial.

Era inevitable sentir un nudo en mi interior, hasta ahora solo había pensado en irme, en poner distancia pero no asimilé que eso

implicaba no volver a verle y que todas mis preguntas quedasen sin respuestas para saber porqué él se comportaba de aquel modo.

—Supongo que puedo echarle la culpa del retraso a la compañía aérea —sonreí con agrado y él dio un golpe en el volante en señal de euforia mientras arrancaba el motor del vehículo.

—Bonito coche —mencioné sin decir que era la primera vez que me montaba en un vehículo de esas características.

Era raro sentir la carretera tan baja.

—Me lo regaló mi hermano cuando acepté entrar en la universidad —admitió.

—¿No querías estudiar? —pregunté tratando de no reírme.

Estaba claro que aquel coche era una forma de coaccionarlo, pero dudaba que sirviera de algo si el chico realmente no quería una carrera.

—No se trataba de eso —dijo con la vista al frente —. Chevalier no fue a la universidad.

—Hay personas que nacen con un talento innato y tu hermano es uno de ellos. Los demás solo somos simples mortales tratando de sobrevivir —sonreí tratando de relajarme en aquel asiento que casi parecía envolverme—. Alégrate, con un hermano famoso seguro que no te faltará trabajo cuando termines de estudiar.

Pude escuchar una risa proveniente de Nathan mientras cambiaba de marcha y aceleraba haciendo que mi cuerpo se impulsara hacia atrás.

—Al menos dejaré de depender económicamente de mi hermano —susurró con un deje gracioso.

¿Su hermano le mantenía? Aquello me parecía extraño. ¿Tal vez murieron sus padres? Aún así deberían tener un patrimonio familiar, ¿no? Le Noir era multimillonario gracias a sus obras, darle un mínimo de su gran fortuna a su hermano era solo pequeñas migajas para él, pero aún así me resultaba muy extraño que fuese él quien

daba sustento a su hermano menor.

¿Haría lo mismo con el resto de la familia? Por como hablaba Nathan parecía que Le Noir se preocupaba por el bienestar de él e imaginaba que de todos en general, ¿Para que ponerse como un energúmeno y decir que no tenía familia si estaba claro que le importaban?

Entramos en una zona de casas residenciales, eran casoplones aunque no a nivel la villa de Versalles, pero se notaba que allí vivía la gente rica de la ciudad, imaginaba que el coche deportivo pasaría desapercibido por esa zona y que por eso habría elegido aquella ruta para pasar.

—¿Y que decidiste estudiar? —pregunté fijándome en las casas tan preciosas que había por allí.

De pequeña siempre había soñado con vivir en una casa así, ahora empezaba a conformarme con poder comprar un piso de una habitación en una ciudad dormitorio de Madrid.

—Leyes —mencionó entrando en una de esas casas que tenía la cancela abierta.

¿Qué hace este tío?

—Dudo mucho que aquí haya un restaurante —admití sin ponerme nerviosa.

—No mencioné que fuésemos a comer en uno —soltó tan tranquilo mientras apagaba el motor y abría las puertas del coche.

Vi como salía de la casa una joven que parecía adolescente, quizá rozaba la veintena, ¿Sería su novia?, ¿Y para que leches me llevaba hasta allí? No sabía si salir del coche o decirle que había cambiado de opinión para que me llevase al aeropuerto de una vez.

—Igual es mejor si me llevas al aeropuerto… —admití finalmente.

—Antes hay alguien que quiere conocerte.

No dejó que respondiera porque se piró dejándome allí sentada

y vi como la chica se acercaba a él.

¿Cómo que alguien quería conocerme?, ¿Quién?, ¿Sería esa joven?, ¿Y para qué?, ¿De qué iba todo aquello y en qué embrollo me estaba metiendo sin comerlo ni beberlo?

Allí parada no haría nada, así que decidí bajar, aunque después llamase a un taxi sin saber donde puñetas decirle que estaba para que me recogiera.

—¿Es ella?, ¡Es muy guapa! —La voz dulce de la chica joven me hizo reaccionar.

—Alexa ella es Pauline —Y antes de que pudiera ofrecer mi mano se lanzó sobre mi para darme un ligero abrazo.

¿Pauline?, ¿Y de qué me sonaba a mi ese nombre? Aquella muchacha sí que era bonita, con el cabello largo en un tono castaño oscuro y unos ojos grandes de un color verde apagado.

—Encantada de conocerte, supongo —mencioné a la vez que tuve un flash.

¿No tenían una hermana llamada Pauline? Ella no se parecía tanto a sus hermanos si es que de verdad lo era, pero había algún rasgo que podría ser similar…

—¿Podéis explicarme que hago aquí exactamente? —pregunté sintiendo que todo aquello era una especie de ardid planeado con anterioridad.

Pauline me miró sorprendida y después dirigió su vista hacia Nathan.

—¿No le has dicho nada? —exclamó aturdida.

—No estaba seguro de que quisiera venir sin que Chevalier lo supiera.

Oh Dios mío… No. No. No. Alguien que yo me sé estallaría como una furia cuando se enterase.

—Pues será mejor que entremos antes de que él llegue y nos vea en la puerta —soltó Pauline.

—Yo me voy. No quiero problemas —pronuncié finalmente girando mis talones y marchándome hacia la puerta.

No tenía sentido meterme en el coche, estaba claro que Nathan tenía la intención de retenerme. ¿Por qué me meto en fregaos donde nadie me llama sin darme cuenta? Por este no pasaba. Me largo de allí aunque sea sin maleta.

Escuché el sonido de la gravilla y la visión de Nathan cortándome el paso.

—Esto es importante y no queda tiempo. Por favor, Alexa. Mi hermano no se enfadará porque estés aquí, te lo aseguro —decía mientras caminaba de espalda y yo continuaba mi avance implacable.

Que poco conoces a tu hermano… aunque tiene razón, no se enfadaría. Entraría en cólera a nivel DIOS.

Yo me quería largar de París sin volver a verle. Es más, teniendo en cuenta lo sucedido esa misma madrugada no sabía ni como mirarle a la cara. ¿Era una cobarde por querer salir por patas? Pues si. Lo admito. La situación se había ido de control y ya no sabía como seguir allí sin verme aún más afectada.

Tenía un dilema. Nathan no iba a permitir que me marchara. Yo había tomado la decisión de saltar del barco a medio hundir y su plan significaba que lo quisiera o no tendría que ver de nuevo a Le Noir. Y encima en una situación de lo más incomoda con su familia presente. Porque estaba claro que aquella era una casa familiar.

Suspiré cuando me puso ojos de cordero y se tiró al suelo de rodillas para suplicar.

De perdidos al río, ¿no? Ya pensaba marcharme. Si se enfadaba o entraba en cólera —como tenía claro que haría— lo peor que podría pasar es que hiciera una escena y acto seguido me despediría.

Ya había decidido largarme de todos modos, así que me daría exactamente igual.

—No sé que tienes en mente, pero te aseguro que esto no va a salir bien —contesté tan segura como que me llamaba Alexa.

Era la asistente de Le Noir, no significaba nada para él. ¿Qué habíamos tenido sexo? Si, pero la única diferencia entre esas mujeres de la capa roja y yo era que también llevaba su agenda.

Fin.

Hasta me trataba de un modo despectivo del que estaba segura que no aplicaba a ellas.

Casi me vi arrastrada hacia el interior de esa casa y no por Nathan, sino por la que suponía que era su hermana Pauline que parecía algo nerviosa. Una vez en el interior el perfume era agradable y comprobé que había flores por todas partes, en realidad me fijé un poco más y era el mismo tipo de flor en diversos colores.

—Camelias. Las favoritas de nuestra madre —dijo Nathan como si me estuviera leyendo la mente.

La decoración era elegante y cuando pasamos a un gran salón vi una mesa dispuesta con todo el servicio al completo listo para servir un almuerzo.

¿Eso estaba preparado con antelación o es que ponían ese tipo de mesa cada día?

Procedía de una familia rural, es más, mi padre trabajaba en el campo y si estaba en temporada de cosecha ni siquiera venía a almorzar, así que ese tipo de mesa —salvando las distancias porque mi madre no tiene porcelana fina—, solo se ponía en navidad.

—Nuestra madre quiso organizar una comida familiar porque este año no estará por Navidad —mencionó Pauline con un deje triste.

Si tenía alguna duda de que Pauline fuese la hermana de Le Noir ya se había disipado por completo, pero el hecho de que mencionara a su madre me dejó noqueada del todo.

Antes de que pudiera decir algo al respecto, un joven con rasgos similares a los hermanos Le Noir apareció ante nosotros.

—¡Luc!, ¿Cómo está? —preguntó Nathan al verle.

—Cansada, pero no ha querido cancelarlo —mencionó

dirigiendo su vista hacia mi y se quedaba observándome detenidamente—. ¿De verdad crees que funcionará? Yo lo dudo —agregó dirigiéndose de nuevo a su hermano.

—A peor no puede ir, así que yo diría que si —respondió Nathan y sentí que hablaban en un código secreto.

Oí como el joven resoplaba.

—Soy Luc, un placer conocerte Alexa —anunció sonriendo de medio lado y no comprendía porque todos sabían de mi existencia.

Ni siquiera pude responder porque Pauline dio un pequeño grito de alerta.

—¡Está aquí!

No hacía falta que dijera quien, era obvio que se trataba de Le Noir.

Ay mi madre, eso iba a ser un espectáculo con fuegos artificiales incluidos.

Decir que estaba tensa era poco. Creo que jamás había tenido mis músculos tan rígidos en toda mi vida, ni con una sesión de dos horas con el fisio sería capaz de relajarlos. Ni siquiera estaba respirando y tuve que obligarme a hacerlo para no desmayarme allí mismo por la falta de oxígeno.

Luc se dirigió a abrir la puerta y Pauline se fue de forma apresurada en otra dirección, miré a Nathan que sonreía tratando de parecer calmado y casi quise ahogarlo allí mismo.

—¡El primogénito hace su aparición! —bramó Luc con sorna lo suficiente alto para que pudiéramos oírle.

—Hoy no estoy para tus bromas Luc. ¿Qué tal ha pasado la noche? —Su voz se acercaba y yo solo quería cavar un agujero para esconderme.

Me froté las manos y me di cuenta que las tenía sudadas, así que me toqué instintivamente el pantalón. No lucía el maldito uniforme, de hecho lo había dejado colgado en el armario de la

habitación pensando que no volvería a utilizarlo. En su lugar llevaba unos vaqueros negros ajustados y una camisa un poco suelta pero que parecía arreglada. Al menos no iba hecha un esperpento para una comida formal.

Antes de que Luc contestara la sombra de Le Noir hizo acto de presencia en el salón comedor donde nos hallábamos y se quedó durante varios segundos mirándome del mismo modo en que lo hacía yo.

Pauline entró casi al mismo tiempo empujando una silla de ruedas donde una mujer de mediana edad con aspecto muy demacrado lucía una ligera sonrisa. Poseía unos ojos increíblemente azules aunque estaban apagados. Era evidente que estaba enferma y por si había alguna duda, el cable que llevaba en la nariz además de la bolsa que colgaba en alto a su lado con un liquido transparente terminaban de disiparla.

Ahora comprendía la ausencia de esa navidad a la que hizo referencia Pauline. Su madre, la madre de Le Noir se estaba muriendo.

Esto era jodidamente chungo y estaba segura de que él no querría que lo supiese.

—¡Pues parece que ya estamos todos!, ¡A comer! —bramó Nathan dando una palmada como si alertara al servicio o a todos los presentes de que nos pusiéramos a la acción.

El último en entrar al comedor tras Pauline fue un hombre algo mayor, probablemente tendría algunos años más que mi propio padre, pero lucía un aspecto cansado y abatido.

—¿Qué hace él aquí? —rugió la potente voz de Le Noir con un matiz de lo más furioso—. ¡Fui muy claro cuando dije que no quería volver a verle!

¿Mi presencia había sido eclipsada por ese hombre?, ¿Quién era? Llamando mi atención me fijé un poco más en él que no parecía desear responder a la furia de Le Noir y si mi vista no me fallaba, podía ver cierto aire parecido con el susodicho. ¿Podría tratarse de su

padre?

—Es la última voluntad de mamá. Solo será esta vez, te suplico que no la alteres —susurró Nathan.

CAPÍTULO 29

La situación era tan tirante que podía cortar la respiración a cualquiera. No tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando, pero estaba claro que Le Noir odiaba a ese hombre. Repentinamente dirigió su vista hacia a mi, el fulgor de sus ojos azules era vibrante y pensé que soltaría alguna bordería o directamente me diría que me largase pagando conmigo su frustración, pero en lugar de eso pareció calmarse.

—Esto no cambiará lo que pienso al respecto —contestó dirigiéndose hacia todos—. Tu y yo hablaremos seriamente después —puntualizó mirando a su hermano.

—Contaba con ello —sonrió de medio lado alejándose de él.

Me crucé de brazos sin saber que hacer y Le Noir se acercó lentamente hacia mi colocándose a mi lado. Tenía muy presente la conversación de esa madrugada, sus palabras, su intención de intentar comprarme para disponer de mi a su antojo sin sentir ningún remordimiento en su forma de tratarme, pero no esperaba que colocase su brazo en mi cintura suavemente.

No sabía que decir, ¿Tenía que excusarme por mi presencia

allí? Todavía me parecía insólito las cartas que había jugado Nathan para hacer ese complot a nuestra espalda.

—No esperaba verte aquí —susurró en un perfecto castellano con bastante acento francés, ¿Sería para que nadie más nos entendiera? A pesar de ello percibí que no estaba enfadado por mi presencia.

—Yo tampoco esperaba verme aquí, pero si lo desea me marcharé inmediatamente —contesté.

—Es un poco tarde para eso. Además, me harías un gran favor si te quedaras.

Pauline se acercó empujando la silla de ruedas con aquella mujer que suponía era la madre de ellos y en cuanto llegó a nosotros Le Noir se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—¿No me la vas a presentar? —exclamó la mujer sonriente sin dejar de mirarme.

—Madre, ella es Alexa.

Las manos frías de aquella mujer acogieron las mías y me incliné parcialmente para que no tuviera que esforzarse en hacerlo.

—Soy muy feliz porque estés hoy aquí. —A pesar de su tono de voz bastante débil era capaz de comprenderla perfectamente.

—Es un honor conocerla —puntualice sin saber qué decir.

Estaba claro que allí todos pensaban algo sobre mi que no era. ¿Qué historia les habría vendido Nathan sobre Le Noir y yo para que todos creyeran que había algo entre nosotros?

—Llevo esperando este momento muchos años, al menos me iré poniéndote rostro —dijo acariciando mi mano y a mi me entró un sentimiento de nostalgia enorme. —Gracias por estar aquí hoy Alexa.

Tierra trágame… ¿Qué respondo yo a eso?

—¿Por qué no continuamos la conversación a la mesa? —exclamó Pauline y me sentí aliviada por no tener que responder a esa mujer.

Me sentía incomoda, sobre todo porque sin pretenderlo estaba asumiendo un papel que no me correspondía. Es cierto que no estaba fingiendo ser alguien que no era, ni mintiendo sobre mi condición porque simplemente no la había aclarado, estaba claro que todos daban por hecho lo que no era.

¿Y por qué Le Noir no les sacaba de su error? Eso era algo que tampoco comprendía.

La mesa estaba preparada para ocho personas, aunque solo había siete servicios dispuestos. Conforme todos comenzaban a sentarse, observé que nadie tomaba el lugar a la cabecera que quedaba libre, ni tampoco el asiento que había a su derecha. Para mi absoluto asombro Le Noir apartó la silla indicándome que me sentara y después ocupó el lugar presidencial frente a su madre que estaba al otro extremo.

A pesar de ser una comida familiar parecía bastante formal. El servicio comenzó a traer los primeros platos. Frente a mi tenía sentado a Nathan. A mi lado estaba Pauline y frente a ella Luc. Al lado de este se situó aquel hombre al que no había sido presentada aún.

¿Sería realmente el padre de todos ellos? Comenzaba a dudarlo, ¿Podría ser una pareja que pretendía ocupar el lugar de su padre y de ahí el odio que sentía Le Noir hacia él? Sus hermanos parecían tolerarle.

Nathan comenzó amenizando la conversación con algunas anécdotas que le habían ocurrido respecto a sus estudios. Luc le secundó añadiendo un par de chistes e imaginé que ambos hermanos eran muy parecidos en cuanto a carácter, tan distante de su hermano mayor.

Pauline en cambio era mucho más reservada, aún así reía con cada broma de sus hermanos que conseguían aliviar la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Ahora que estás aquí Alexa. ¿Por qué no nos cuentas un par de secretos vergonzosos de Chevalier?, ¿Algo con lo que podamos chantajearle? —inquirió Luc fingiendo que su hermano no le

escuchaba y vi como Le Noir sonreía.

Observé como se relajaba en la silla mientras todos esperábamos que sirvieran el postre.

—Duerme con pijama de ositos —susurré y todos estallaron en risas, incluido él.

¿Así que no le sentaba mal que bromeara sobre él delante de su familia? Evidentemente no era verdad, ni siquiera le había visto en pijama y lo más probable es que durmiera desnudo, pero improvisar se me daba genial.

—¿Y ronca? —exclamó Pauline.

—¡Más que un tractor viejo! —aclaré estupefacta—. ¿Crees que mis ojeras son de nacimiento? Apenas me deja pegar ojo…

Las risas volvieron a estallar y sus ojos azules me observaban de un modo muy diferente al que me tenía acostumbrada. No había esa frialdad o esa cegadora pasión a la que me tenía acostumbrada, casi juraría que veía calidez en ellos.

Seguro que son imaginaciones mías.

Nos interrumpieron al traer una suculenta tarta de chocolate con frutas del bosque que tenía una pinta de diez. En realidad cada plato había sido delicioso, desde los quesos, el foie y diversos entrantes, hasta el pato a la naranja, la ensalada de marisco y la menestra de verdura.

—Me complace verte sonreír de nuevo, Chevalier. Hacía años que no te veía hacerlo de ese modo. —La voz de la madre de Le Noir acaparó la atención de todos—. Quería agradeceros estar aquí hoy, se que algunos han hecho un esfuerzo por venir más que otros —sonrió de medio lado y tuvo un ligero ataque de tos. El hombre que había a su lado se acercó para comprobar que estaba bien, pero ella trataba de decirle que la dejara continuar—. Ver a toda mi familia aquí unida, mis hijos y el amor incondicional de mi vida —continuó cogiéndole la mano a ese hombre—, me llena el corazón de gozo y alegría. Hizo una pausa silenciosa en la que nadie decía nada pero sus ojos estaban

clavados al frente, mirando a Le Noir que respondía del mismo modo. —. Te pido que dejes atrás el pasado hijo mío —susurró la mujer.

—No —negó quitándose la servilleta sobre las piernas y colocándola sobre la mesa como si hubiera dado por finalizado el almuerzo—. Puede que mis hermanos no recuerden nada porque eran demasiado pequeños, pero a mi no puedes pedirme que lo olvide. Jamás lo haré.

Ay mi madre que aquí se lía parda…

Era como ver una peli de tensión en primera fila.

—Es tu padre Chevalier —insistió la mujer como si con eso lo aclarase todo.

Si tenía alguna duda al respecto, estaba aclarada. Por un momento había llegado a suponer que dada la evidente diferencia de edad entre Le Noir y sus hermanos, quizá aquel hombre solo era el padre de ellos y no de él a pesar del parecido que guardaba con sus hermanos.

—Yo no tengo padre. No es digno de esa distinción y tú mejor que nadie deberías saberlo. —Acto seguido se levantó y me ofreció la mano.

Sin siquiera dudar un segundo coloqué mis dedos sobre los suyos y sentí la fuerza con la que me acogía para colocarme a su lado.

—Quédate por una vez y escucha lo que tengo que decir —suplicó su madre.

Su expresión era seria. Incluso notaba su respiración agitada como si no quisiera explotar y sacar toda la rabia que llevaba dentro.

—¿Y qué me vas a decir? —exclamó—. ¿Qué ha cambiado?, ¿Qué ya no es el mismo?, ¡Despierta de una vez! —bramó con verdadera furia—. No le debo nada y jamás permitiré que se quede con nada. Ya ha obtenido suficiente de mi para la mísera vida que nos ha ofrecido a todos y tú mejor que nadie deberías saberlo.

Dicho aquello estiró de mi mano saliendo con bravura de

aquella casa mientras observaba como ninguno de sus hermanos intervenía y aquel hombre mantenía la mirada baja sin mediar palabra.

Es evidente que allí había pasado algo gordo, pero bien gordo para que él se enfrentase de ese modo a su madre a la que apenas le quedarían unas semanas o quizá unos cuantos días de vida. En cuanto salimos a la puerta de entrada emitió un sonido de fastidio acompañado por varios improperios que apenas pude descifrar, pero era evidente que estaba cabreado y por lo que pude entender su chofer había desaparecido.

Nathan apareció tras nosotros y Le Noir cambio el gesto de inmediato.

—Dame las llaves de tu coche, Paul no tardará en llegar y podrá llevarte luego —dijo apresuradamente y Nathan se las entregó sin rechistar.

—Tranquilo, me quedaré hasta asegurarme de que mamá está bien. ¿La llevas tú al aeropuerto? —exclamó refiriéndose a mi.

—¿Cómo?

Mierda. ¿No podía quedarse calladito?

Nathan me miró y debió ver por mi expresión que Le Noir no sabía nada al respecto.

—Creo que eso es cosa vuestra, mejor me voy —contestó metiéndose las manos en los bolsillos y dándose media vuelta.

Nathan volvió a perderse dentro de la casa y Le Noir cambió el semblante dirigiéndose hacia el coche de su hermano. Le seguí, ¿Qué iba a hacer si no? Pero ahora no solo tenía que lidiar con lo que acababa de pasar en aquella comida con su familia, sino que había descubierto que pensaba marcharme sin decirle siquiera adiós.

Me coloqué el cinturón y cerró las puertas, aceleró rápidamente mientras nos íbamos de allí como si tuviera prisa.

—¿Cuando pensabas decirme que te marchabas?, ¿Antes de

abandonar París o una vez que llegases a España?

Estaba serio, con ese ceño fruncido que en pocas ocasiones le abandonaba.

—Para ser sincera pensaba hacerlo una vez que estuviera en el avión de regreso —admití porque no tenía nada que perder.

Tampoco era un delito que quisiera marcharme, después de nuestro encuentro durante la noche casi era predecible.

—¿Todavía quieres marcharte? —preguntó y no supe que responder.

Había sido muy fácil tomar la decisión a escondidas, huyendo como si fuera una fugitiva a pesar de que no había cometido ningún delito. Allí. Frente a él, todo era demasiado distinto, pero la situación no había cambiado, ni cambiaría entre nosotros.

—Creo que es lo mejor para ambos —admití sin mirarle y oí un gruñido por respuesta.

—No para mi —aclaró contundente mientras se incorporaba a la carretera principal para coger un desvío hacia las afueras de la ciudad.

¿Cómo debía interpretar su respuesta? Tal vez se refería al hecho de que perdería a su asistente y le dejaría colgado hasta que llegase otro.

—Puedo continuar llevando su agenda hasta la fecha de su exposición como teníamos previsto si es lo que le preocupa, pero sin tener que vernos —expresé pensando que de ese modo todo estaría solucionado.

—No es mi agenda lo que me preocupa. Ni siquiera había pensado en ello hasta que lo has mencionado.

¿Y en qué ha pensado exactamente?

—Le recuerdo que solo soy su asistente —puntualicé para aclarar ese aspecto.

—Si fueras únicamente mi asistente no habría permitido que

asistieras a una comida con mi familia.

Tuve que procesar varias veces lo que acababa de decir porque no era capaz de darle un significado claro.

Y mi nivel de paciencia estalló.

—¿Qué es lo que quiere de mi señor Le Noir? Porque le juro que no le entiendo. Cada vez que intento acercarme a usted, que intento mantener una conversación civilizada o una conversación normal, termina dirigiéndose hacia a mi de un modo despectivo o peor aún, se pone como un energúmeno porque he mencionado algo que no es de su agrado sin saberlo. —Las palabras salían atropelladamente como si las hubiera estado guardando durante demasiado tiempo—. Y ahora dice que no soy solo su asistente, ¿Qué soy para usted cuando me remarca constantemente que no estoy a su altura?, ¿Cuándo ni siquiera me deja tocarle como si le produjese asco que lo hiciera?, ¿Cuándo me dice que ponga un precio a mi cuerpo como si fuese una vulgar prostituta?, ¡Dígame! ¿Que es lo que soy para usted?

Me importaba un cuerno que mis palabras reflejasen que estaba dolida y resentida. Llevaba dos semanas y media acumulando todo eso en mi interior y en algún momento tenía que explotar. Ya no me importaba perder el trabajo, el dinero o renunciar a mis sueños, había tomado esa decisión la noche anterior y no me arrepentía de ello. Me importaba más mi salud mental que cualquier porvenir que estuviera por llegar.

Le Noir se metió por el primer desvió que había a la derecha y llevaba a una vía de servicio campestre, donde no era adecuado meter un vehículo deportivo de ese tipo pero a él pareció darle lo mismo, en cuanto pudo detenerse lo hizo, quedándose parado a un lado de la vía.

En un principio guardó silencio, seguía aferrado al volante y su respiración era agitada, ¿Tal vez estaba buscando las palabras adecuadas?, ¿Quizá me había sobrepasado en mi perorata de culpas hacia su modo de tratarme? Me daba igual, solo había soltado verdades como puños.

—No lo sé —gimió en un aullido de voz casi imperceptible.

¿No lo sé?, ¿Qué es lo que no sabía exactamente? Aún así no dije nada, prefería guardar silencio y esperar a ver si él continuaba.

—A lo largo de mi vida me han sucedido cosas que me han llevado a desconfiar siempre en los demás. —Comenzó a revelar bastante calmado. Aún así hizo una respiración profunda y escuché como soltaba el aire con fuerza—. Esto no es fácil para mi, es algo que no me gusta recordar pero que forma parte de mi —aclaró llamando mi atención y ahora si que le observé con atención.

Por algún motivo el caballero negro autoritario que yo conocía permanecía parcialmente aletargado y en su lugar había alguien que parecía mucho más cercano. ¿Era por haber compartido un momento familiar junto a él? Aunque había visto pinceladas de esa personalidad seguía impactándome que lograra dejar atrás esa parte frívola y hostil.

—A diferencia de lo que casi todos creen, nací en el barrio más pobre de París. Si. El gran Chevalier Le Noir se crió en una casa vieja y abandonada donde las ventanas eran trozos de cartón pegados para salvaguardarnos del frío. —Tuve que rozar mi mejilla para asegurarme que no se me había abierto la boca de la impresión. Le he llamado engreído niño de papá todo este tiempo y tiene un pasado más humilde que el mío propio. ¡Joder! —. Vagaba por las calles desde los seis años descalzo pidiendo comida porque no podía soportar el dolor del hambre en el estómago y mi madre se pasaba todo el día trabajando limpiando casas de una forma honrada, deslomándose la espalda sin descanso alguno. ¿Y todo para qué? Para que su marido alcohólico y ludópata pudiera seguir contento. Si gastaba un solo céntimo de su jornal en comida recibía una paliza. Si aparecía con comida que le daban en alguna de las casas donde trabajaba él se la comía, y si se le ocurría comprar algo de ropa o zapatos no solo la castigaba a ella, sino a mi también.

En aquel momento sentía que mis ojos se empañaban, que no podía llegar a comprender como la mujer que acababa de conocer había podido permitir un trato así hacia ella, pero aún más hacia su

propio hijo al que debía proteger. ¡Dios mío!, ¡Esto era su vida real!, ¡La vida del verdadero Chevalier Le Noir!

—Me hice amigo de varios artistas que dibujaban caricaturas a los turistas, veía como se ganaban la vida, por lo que empecé a dibujar en trozos de cartones cuando tenía ocho años. Hacía cosas sencillas, bosquejos, rostros, mis dedos siempre estaban negros por el carboncillo, pero la gente los compraba. Así malvivimos a escondidas, hasta que nació Nathan, es entonces cuando todo empeoró. Yo tenía doce años y mi madre no podía trabajar con un bebé a su cargo que dependía de ella. Las palizas eran diarias, la culpaba de su desdicha, de su mala suerte, le decía que era una zorra por gastarse todo el dinero, incluso llegó a decir que Nathan no era su hijo, sino el de algún hombre de las casas que limpiaba porque se abría de piernas a todos ellos. Y aún así ella continuaba a su lado a pesar de todo. Un día regresé del colegio y él me esperaba con su cinturón, el que utilizaba para pegar a mi madre cuando volvía borracho. Jamás olvidaré ese día. Jamás olvidaré la expresión de odio en su rostro. No me dolió que me pegara, el dolor se fue con los días, sino que mi madre le dijera que yo ganaba dinero en las calles y después de eso me obligaría a darle todo lo que obtuviera.

Cuando quise darme cuenta estaba derramando lágrimas por mis mejillas. Las sequé rápidamente y miré hacia otro lado. No quería llorar, pero sentía pesar por esa infancia que había tenido que vivir inmerecidamente.

—No necesito que me lo cuentes todo si no quieres —confesé compungida.

—Ahora viene la parte buena —dijo con un comentario en un tono mucho más irónico que me hizo sonreír—. Durante un tiempo se quedaba con todo el dinero, ni siquiera cedió cuando Nathan estuvo a punto de morir porque la leche de mi madre era insuficiente para alimentarle —exhaló antes de coger aire para continuar de nuevo—. Tuve un pequeño golpe de suerte. Uno de esos artistas callejeros cayó enfermo y me regaló todas sus pinturas al óleo, sus lienzos, me dio absolutamente todo y a pesar de que nunca había pintado un cuadro, parecía que no se me daba nada mal. Nadie me había enseñado a hacerlo, siempre me dijeron que nací con ese don, quizá tenían razón,

pero empecé a ganar mucho más dinero que con aquellos trozos de cartón. Tres años después mi madre tuvo a Pauline y poco después una revista de gran renombre de París hablaba de mis obras, así que los precios de mis cuadros se dispararon y dejé de pintar en las calles, porque se vendían en galerías de arte. Logré emanciparme en cuanto cumplí los dieciséis años, le ofrecí a mi madre la posibilidad de venir conmigo junto a mis hermanos, de alejarse de ese hombre y llevar una vida tranquila. No quiso. Tres meses después de que me marchase sin dejarles dinero ella ingresó en urgencias por traumatismo en múltiples partes del cuerpo, ni siquiera sé como pudo sobrevivir a eso ella y Luc, porque estaba embarazada de mi hermano pequeño. Supe que si no actuaba terminaría matándola cualquier día y llevándose a alguno de mis hermanos por el camino, así que le ofrecí un acuerdo por una cifra considerable si se divorciaba de mi madre y se largaba para siempre. Tardó diez segundos en firmar el documento y coger el cheque. —Su voz se acalló durante varios segundos como si le costara asimilar aquello. —Cambió a toda su familia por dinero y solo tuvo que pensarlo diez segundos…

Tenía el vello de punta con aquel relato, era escalofriante y casi me resultaba aterrador a todo lo que había tenido que enfrentarse él solo. ¿Cómo era posible él se preocupase más por sus hermanos que sus propios padres?

¡Dios! Como entendía ahora las palabras de Nathan diciendo que su hermano les había salvado la vida, y como comprendía que durante aquel almuerzo dijera que jamás podría perdonar a su padre y que sus hermanos serían demasiado pequeños para recordar pero él no olvidaría. ¿Cómo podía pedirle su madre que lo perdonase?, ¿Cómo se puede lograr perdonar algo así? Aunque parecía que ella sí lo había hecho.

Alcé una mano sin pensarlo y acaricié su mejilla como si necesitara hacerlo. Vi que se apartaba rápidamente y me miraba extrañado.

—No quiero compasión o lástima —bramó con un tono grave en su voz muy distinto, era evidente que estaba a la defensiva.

—¿Cree que querría tocarle solo por compasión o lástima? Ha llevado esta carga solo durante mucho tiempo y no debería ser así. No tiene la culpa de las elecciones de sus padres. No es responsable de sus actos.

No era capaz de comprender como aquella mujer había podido permitir semejante vejación hacia ella misma y hacia sus hijos, sobre todo Le Noir que fue el que peor lo vivió de todos por ser el mayor.

—Hace años que dejé ese infierno atrás —advirtió—. Antes mencionaste que creías que me daba asco que me tocaras. No dejo que nadie lo haga. Que ninguna mujer lo haga —puntualizó para incluirme no solo a mi, sino a todas las de mi condición—.He visto como mi madre se dejaba matar a ella y a sus hijos por amor. He conocido en primera persona lo que es capaz de hacer. A pesar de la vida de abnegación que tuvimos que soportar por su culpa, de matarnos de hambre, de las palizas y de que prefiriese el dinero a ella en cuanto tuvo la oportunidad, no ha dejado de quererle. —Sus palabras eran de infinito pesar y casi no podía creerme que pudiera existir ese tipo de sentimiento tan tóxico hacia una persona—. Hace cuatro años ese hombre que se hace llamar padre se quedó sin dinero, sin tener a donde ir y me buscó para pedir más. Le advertí que no obtendría ni un solo céntimo por mi parte, pero entonces se fue a por ella. Creí que todos estos años habrían servido para que recapacitase, para que se diera cuenta de la clase de vida que tuvo al lado de ese hombre y en lugar de eso le aceptó de nuevo en su vida como si jamás le hubiese puesto una mano encima o la hubiese abandonado por un cheque. ¿Soy necio por no comprender como puede perdonarle? Alguien así no cambia por más que pase el tiempo. Y cuando a ella le detectaron cáncer terminal supo que su gallina de huevos de oro se iría para siempre dejándole de nuevo en la calle. No le bastó con meterse en la casa que regalé a mi madre, la convenció para casarse a escondidas de todos nosotros y una vez que ella muriese, heredaría una parte de todas las propiedades que puse a su nombre.

—No puedo creerlo… —dije tan sorprendida que de verdad era incapaz de creer que su madre hubiese sido capaz de perdonarlo todo.

—Pues créelo. Llevo días peleándome con mis abogados para que él no reciba nada cuando ella ya no esté —advirtió con rabia—. A mi madre le quedan semanas, puede que días o tal vez horas de vida ¿Y yo tengo que lidiar con mis abogados para que ese despojo humano no se quede con nada en vez de pasar con ella sus últimos días? —Sus manos golpearon el volante con fastidio y no era de extrañar, creo que yo estaría hecha una furia en su lugar —. El verdadero cáncer no es lo que tiene mi madre, sino él.

Y había tenido que lidiar con eso durante años. Llevándolo ahí dentro conforme le creaba un agujero interno que le consumía día tras día. ¿Sería el motivo de que siempre estuviera enfadado?, ¿De que siempre tuviera aquel ceño fruncido? Ni siquiera sé como me sentiría si estuviera en su lugar, pero decepcionado sería una palabra que se quedaría muy corta ante semejante atrocidad.

—¿Por qué me ha contado todo esto? —pregunté teniendo ahora la necesidad de saber como había pasado de ser un muro infranqueable a revelarme algo tan personal de su vida privada.

—Para que entiendas que no intento apartarte de mi porque lo desee o porque sea lo que quiero. No dejo que me toquen, ni que se acerquen porque no quiero tener ningún tipo de relación personal. Soy incapaz de amar a alguien Alexa, tengo rechazo a ese sentimiento y si te alejo de mi sé que te estaré protegiendo.

Ay que joderse… ¡Ay que joderse!

—¿Me está diciendo que es incapaz de amar a una mujer? —exclamé par asegurarme de que no se trataba de mi, sino del sexo opuesto en general.

—Si —afirmó contundente.

La sensación de saber que no me consideraba inferior a él y que solo me había tratado de aquel modo para mantenerme alejada, me generaba cierto alivio por un lado, pero me confundía al mismo tiempo.

—No lo entiendo —admití—. Si no quiere que me acerque. Si

no desea tener ningún tipo de relación conmigo, ¿Por qué ha permitido que conozca todo esto sobre su familia?, ¿Por qué ha dejado que me vean?, ¿Y por qué no me despide sin más?

No lograba comprender su hostigación constante hacia mi. El sexo era increíble. La atracción innegable, pero eso podría tenerlo con cualquier mujer. ¿Por qué empeñarse en que volviera a ser su musa? Podía entender que quisiera ponerme un precio, eso convertía la relación en algo frívolo y sin compromiso, pero ¿Por qué yo?

—Porque no soporto la idea de que te marches de mi lado. Al menos no todavía —increpó observándome con ese fulgor que desprendían sus ojos cuando estaba cegado por el ardor—. Te deseo con tanto ímpetu que percibo el dolor en cada parte de mi cuerpo. Nunca me había sucedido antes y es algo que no puedo negarlo más tiempo. Quiero poseerte. Quiero tenerte bajo mi cuerpo gimiendo de placer cada vez que te hago mía. Quiero… no. Necesito conocer cada curva de tu cuerpo, besar cada ápice de tu piel y que se quede grabado en mis pensamientos. Eres mi inspiración. Mi tesón. Mi ardor diario y constante. ¿Contesta eso a tu pregunta?

CAPÍTULO 30

Su reacción por mi parte y yo estaba completamente anonadada. No esperaba una revelación tan sincera y apabullante al mismo tiempo que me dejaría sin palabras. Sus ojos azules me miraban expectantes esperando una

Abrí la puerta del vehículo y salí sin mediar palabra alguna. Tenía un cúmulo de sentimientos encontrados del que yo misma no era capaz de gestionar para sacar en claro que me hacía sentir todo aquello. Siempre había deseado respuestas y ahora las tenía. Todas esas incógnitas que me habían quitado el sueño estaban ahora resueltas. ¿Qué pasaba a partir de ahora?, ¿Qué sucedía?

Necesitaba respirar aire fresco. Que el viento me azotara en la cara y me despertara de todo aquello.

Sabía que no me amaba, que jamás sentiría algo así hacia mi, pero conocer por él mismo que nunca se había sentido de ese modo con ninguna otra mujer era algo que me costaba encajar después de todo lo vivido. ¿Y no le deseaba yo igual o más a él? Mi cuerpo enfebrecía cuando estaba a su lado, era innegable, como el hecho de que nunca había sentido lo mismo con ningún otro hombre.

¿En que punto nos dejaba aquello?

Escuché sus pasos sobre la tierra acercándose, colocándose frente a mi que permanecía apoyada sobre el vehículo de su hermano.

—Imaginemos por un instante que decido quedarme, ¿Esperaré hasta que te canses de mi y decidas que ya no soy suficiente? —Le vi sonreír y no entendía que le causaba gracia—. A mi no me parece gracioso… —afirmé cruzándome de brazos.

—Es la primera vez que me tuteas.

Abrí los ojos sorprendida y traté de recordar exactamente lo que había dicho. De un modo completamente inconsciente lo había hecho. Sin darme cuenta. Como si la barrera que me impedía hacerlo se hubiera desmoronado de un plumazo.

—Quizá carezca de motivos para no hacerlo —confesé y percibí como se abalanzaba sobre mi cuerpo fusionando su boca con la mía.

El sabor de su lengua entrelazándose en un juego pasional e inaudito con la mía propia era inigualable, ni siquiera por esa tarta de chocolate que apenas había podido probar en casa de su madre. ¡Joder!, ¡Era un exquisito manjar de los cielos!

Mis manos tocaron instintivamente su espalda y las suyas se fueron hacia mi cintura donde me alzó levemente para situarse entre mis piernas y aplastarme con el peso de su cuerpo.

Emití un jadeo de placer. Un sonido tan errático que escapaba a mi control por completo y es que cada vez que él me tocaba era así. Mi cuerpo se desvanecía como un títere bailando la melodía que él guiaba con sus manos.

Se apartó bruscamente y mi cuerpo se fue hacia él por inercia. Buscándole. Anhelando el contacto de nuevo con sus labios.

—Sube al coche o seré capaz de follarte aquí mismo sin contemplaciones —rugió esa voz cargada de un erotismo tan potente que sentí que podría tener un orgasmo sin siquiera desabrocharme los pantalones.

La madre que me trajo al mundo. ¿Cómo era capaz de nublar tanto mi juicio? Ni siquiera había reparado que estábamos en un lugar publico al aire libre donde los coches que pasaban en la carretera principal nos veían y donde cualquiera que tomase el mismo desvío que nosotros podría contemplarnos sin ninguna interferencia.

Y me habría importado un comino. Así de claro. Estaba tan sumamente necesitada de él que lo demás no existía.

Si había límite de velocidad en Francia estaba segura de que Le Noir se lo había saltado por completo. Nunca le había visto conducir de ese modo, tampoco es que llevase a su lado mucho tiempo para comprobarlo, pero podía ver como metía las marchas apresuradamente y jugaba con el acelerador y el freno casi a nivel profesional. ¿Dónde había aprendido a conducir de ese modo? El subidón de adrenalina por la conducción no mermó ni un ápice mis hormonas desatadas, tampoco las suyas. En cuanto la fachada de la casa de Versalles apareció ante nosotros creí que el cielo se abría. Ni siquiera hizo falta una palabra, el motor se apagó y salió disparado hacia la puerta del copiloto donde me encontraba, cogió mis manos para tirar de mi hasta impulsarme contra él donde me besó de nuevo en un arranque aún más pasional que el anterior.

Pensé que entraríamos en la casa, que me arrastraría hasta una de las habitaciones donde tendríamos sexo en la cama, pero en lugar de eso me llevó hacia la parte trasera que daba a la piscina y nos adentramos en el invernadero.

La calidez del lugar dio paso a que nos fuéramos desnudando entre besos, jadeos y la tentación de mordernos mutuamente. Mi vista fugaz por el sitio me hizo contemplar las vidrieras preciosas cubiertas de plantas y una fuente de piedra en el centro, pero mi atención no estaba dirigida para admirar la belleza de las flores, tenía todos mis sentidos puestos en él y en lo que me provocaba.

Aún con la ropa interior puesta me giró de espaldas hacia él y me pegó a su cuerpo, tocando con una mano mis pechos por encima del encaje del sujetador y dirigiendo la otra mano hacia el interior de

mis braguitas, perdiéndose entre los pliegues internos de mi sexo, ahogando en un pequeño grito el placer que con aquello sentía.

—No te haces una idea de lo que me excita que estés tan caliente para mi. Saber que soy el dueño de tus gemidos, que tu cuerpo responda a cada caricia revelándose ante mi, me vuelve loco —gimió en mi oído dando un ligero mordisco después y me incliné para atrapar su boca.

Apresó con fuerza uno de mis pechos provocando que me estremeciera conforme mis manos se entrelazaban en su cabello acercándolo más a mi. Todo quedó en un absoluto silencio únicamente interrumpido por nuestros gemidos de placer con aquellas plantas como testigos del ardor que desprendíamos.

Sus dedos hicieron ceder mi sujetador hasta deslizar la prenda hacia abajo dejando mis pezones expuestos y con el mismo ímpetu hizo lo mismo con la prenda inferior hasta quedar relegada en un lateral de mi ingle mientras rozaba la entrada con su miembro.

Resultaba enloquecedor. Mi propio cuerpo estaba febril solo por la anticipación de lo que estaba por venir y como si me leyera el pensamiento me extendió las piernas para que abriera ante él y se adentró profundamente en un solo movimiento. La invasión de su carne dentro de mi carne era exquisitamente placentera, casi tanto que las oleadas de placer se acontecían sin necesidad de ningún movimiento extra, pero cuando comenzó a bombear no pude soportarlo y estallé sintiendo aquel orgasmo recorriendo mi cuerpo.

Mientras aún sentía la oleada de aquel primer orgasmo, Le Noir se apartó en un movimiento veloz y me giró para quedar frente a él. Me alzó dando varios pasos hasta que sentí que me dejaba caer sobre la piedra fría de aquella fuente. Instintivamente le acerqué con mis piernas y su posesión en aquella postura fue aún más salvaje, pudiendo apreciar cada músculo de su cuerpo a plena luz del día, permitiendo que por primera vez pudiera tocarle.

Decir que estaba extasiada era quedarse muy corto. Estaba literalmente enloquecida y cegada por la pasión que él me transmitía

y mientras se alejaba levemente para hundirse de nuevo con cada embestida más profunda, yo salía a su encuentro gimiendo con cada impulso. Vi como cerraba sus ojos dejándose llevar, instintivamente toqué los músculos de su abdomen con una mano, ascendiendo por su esternón y llegando a la garganta donde toqué su nuez pronunciada.

—¡Chevalier!, ¡Oh si!, ¡Si! —gemí entre sollozos de placer.

Abrió rápidamente sus párpados y sus ojos azules me miraron cegados por la pasión mientras sentía como se corría en mi interior.

Y llegó inevitablemente mi segundo orgasmo ante aquella visión.

Si creía que el sexo con el caballero negro ya era de por sí un espectáculo, ahora creía que era mágico.

Todavía teníamos una conversación pendiente. Una larga y ardua conversación en la que aclarar nuestra situación, pero antes de que llegase la hora de enfrentar ese momento quería disfrutar de que estaba aún dentro de mi y no se había marchado apresuradamente.

Sus dedos acariciaron mi rostro, buscaron mis labios y posteriormente me alcanzó con los suyos dándome un beso. Esta vez cálido. Suave. Sin presiones, ni anhelos. Era uno de esos besos tan dulces y eternos que permanecen en el recuerdo.

—Quédate y sé mi musa —susurró apartándose ligeramente de mi boca pero sus labios aún me rozaban sintiendo su aliento.

Me encantaría responder que si a su petición. Aceptar aquello que tuviera que ofrecerme sin ninguna pretensión. Sin pensar en el mañana o en las repercusiones que podría tener si me quedaba.

Que acabaría enamorada de él hasta las trancas, es obvio.

—Sabes que no puedo —susurré finalmente sabiendo que aceptarlo implicaría mucho más de mi que simple sexo.

—Me aseguraré de que no tengas que volver a preocuparte por tu futuro. Podrás estudiar idiomas donde quieres, te regalaré una casa en París, otra en Londres, te daré lo que desees Alexa. —Aquello era tentador, demasiado, a pesar de que no lo mereciera.

—¿Y qué pasará si me enamoro de ti?, ¿Has pensado en ello?, ¿Qué ocurrirá entonces?, ¿Me darás un billete con algún destino lejano para que desaparezca de tu vida?

Pude ver como cambiaba su expresión y se alejaba de mi, siendo consciente del vacío que me dejaba tras hacerlo y de la falta del calor que su cuerpo proporcionaba al mío.

—¿Te has enamorado de mi? —El tono de su voz había cambiado a uno mucho más grave y autoritario.

—No —negué con calma.

Lo que sentía hacia él no era amor, ¿Verdad? No. Por supuesto que no, aunque la idea de no volver a verle me doliera. Aunque sintiera mariposas en mi estómago cuando estaba cerca. Aunque fuera el único hombre que había conocido capaz de hacerme sentir de aquel modo.

No. Eso no era amor *o eso quería pensar yo.*

—Conoces mi pasado, sabes que nunca podría corresponderte si lo hicieras. —No sabía hasta que punto la historia de sus padres podía haber penetrado en él lo suficiente para desechar por completo ese sentimiento de su vida, pero había visto amor hacia sus hermanos, incluso hacia su propia madre a pesar de haber permitido todo aquello hacia sus hijos. ¿De verdad alguien como él que hizo todo cuanto pudo para salvar a su familia era incapaz de sentir amor?

—Lo sé —afirmé porque en realidad no había nada que discrepar en aquello. —. Por eso es mejor que me marche como tenía previsto.

Chevalier regresó de nuevo al mismo lugar donde había estado instantes antes colocándose entre mis piernas y me acarició el rostro suavemente con ternura.

—Está bien —Su nariz rozaba mi mejilla y sus labios se posaron lentamente sobre mi frente—. Permanece a mi lado hasta la exposición de la próxima semana y después podrás irte a donde desees como tenías previsto.

Aquello podía aceptarlo, es más, quizá era el tiempo que necesitaba yo misma para asimilar que todo se habría acabado.

—Entonces será mejor que me ponga a trabajar, hay mucho por hacer de aquí a la exposición —agudicé con retintín tratando de apartarme de él para comenzar a vestirme de nuevo, empezando por ajustarme el sujetador arremolinado bajo mi pecho.

Chevalier no me dejó, apresó mis manos impidiendo que tocara la prenda y las llevó hacia atrás para que mi pecho se alzase y quedase expuesto a su vista.

—No tan rápido —gimió acercándose a mi cuello para pasear su nariz aspirando profundamente—. Antes quiero correrme en tu boca —advirtió provocando que resurgiera de nuevo esa expectante e ineludible sensación de burbujeo en mi estómago que me incitaba a pecar sin importarme ir al infierno.

Agotada pero feliz, me dejé caer en la cama con una sonrisa que me resultaba incapaz de borrar. Nunca en mi vida había creído que se pudieran tener tantos orgasmos seguidos y con Chevalier lo extraño era tener solo uno.

Y pensar las veces que había tenido que fingir tener un orgasmo cuando el chico era malísimo en el sexo con tal de acabar y que al fin se largase…

Me negué a deshacer la maleta de nuevo, Chevalier había dejado caer que probablemente regresaríamos al día siguiente a Barcelona si terminaba las reuniones con sus abogados, así que cogí el teléfono y comencé a leer todos los mensajes atrasados que tenía en el grupo de chicas.

Tenía tanto que contar que ni siquiera sabía como empezar. Me habían mencionado varias veces para comprobar que seguía viva y leí por encima algún debate entre Ana y Charlie para no variar, entre ellos siempre había pique constante y creo que era algo que necesitaban el uno del otro para darle vidilla a su relación de amistad. Sin embargo lo mío con Charlie iba más allá de la complicidad. A pesar de que Lorena siempre fuese la más discreta y tímida del grupo,

era la pieza que complementaba al resto dándonos un chute de realidad.

—¿Estáis preparadas para flipar de verdad? —exclamé enviando un audio y riéndome al mismo tiempo.

Puede que hubiese firmado contratos de confidencialidad desde que entré a trabajar para Le Noir, pero si no contaba lo que estaba viviendo y como me estaba sintiendo, iba a explotar.

A pesar de que los mensajes no tardaron en llegar reaccionando a mi pregunta con afán de saber que me había ocurrido, ni siquiera supe por donde comenzar ya que después del encuentro fatídico de la Torre Eiffel no había dicho nada más.

—Agarraos a la silla y coged palomitas porque lo vais a necesitar —comencé para hacerlo aún más excitante.

«Me estás acojonando» envió Ana.

«Alguien ha descubierto el verdadero lado oscuro del caballero negro» dijo Charlie.

«Le ha confesado que la quiere… »escribió Lorena con emoticonos de corazones y casi me sorprendió que no estuviera en modo agorera.

Mientras enviaba el primer audio comenzando por la noche anterior cuando se presentó de improviso en mi habitación, podía ver que continuaban enviando audios entre ellos esperando con impaciencia.

—Así que había decidido irme, no pensaba aguantar más sus mierdas, incluso tenía la maleta hecha y todo. —Le di a enviar mientras continuaba con la intervención de Nathan cuando quise ir al aeropuerto, la comida sorpresa con su familia y la confesión de Chevalier sobre su vida.

Evidentemente me salté mil detalles que no veían a cuento y que mis amigos no necesitaban saber porque eso era algo que pertenecía solo a Chevalier.

«Hostia puta» escribió Ana porque evidentemente aún seguía escuchando. «Dios mio», «Que fuerte», «No me lo puedo creer» era lo que más se repetía en el chat mientras mis amigos escuchaban aquel relato que incluía el encuentro apoteósico en el invernadero.

Y no evité decir que había sido multiorgásmico.

«¿Estás segura de querer marcharte? Aunque entiendo perfectamente tu punto de vista, yo tampoco me quedaría indefinidamente hasta que él se cansara de mi y me echase de su vida» concretó Ana dándome la razón.

—Todos sabéis que pensaba quedarme un mes antes siquiera de conocerle. Ese era el tiempo que necesitaba para cobrar la pasta y largarme a seguir con mi vida. Que mi historia con el caballero negro haya transcendido no cambia mi decisión inicial.

«Hagas lo que hagas vamos a apoyarte» escribió Lorena y sonreí.

«Creo que es la mejor decisión que podías tomar, cariño. Aunque haznos un favor a todos y follátelo hasta dejarle seco» Charlie y sus comentarios.

No pude evitar reírme hasta derramar lágrimas incluidas, sobre todo porque pensaba cumplir a rajatabla cada palabra de aquella petición.

—¡A sus órdenes mi coronel! —exclamé mirando la hora y maldiciendo haber perdido tanto tiempo rajando con mis amigas. Aunque ese tiempo no era perdido, sino bien invertido—. Os dejo, tengo que prepararme porque al parecer vamos a cenar fuera.

«¿Cena romántica? Uy, uy, uy que aquí nuestra amiga va a caer rendidita a los pies del caballero negro esta noche» Rodé los ojos escuchando la voz de Ana.

Hasta el momento pensaba que mi corazón estaba a salvo. Además, no podía enamorarme de alguien que sabía que jamás me correspondería, ¿Verdad?

CAPÍTULO 31

Mientras me daba una ducha caliente que me hiciera entrar en calor y revivía todo lo ocurrido las ultimas horas, no dejaba de pensar si lo de esa noche sería una cita. Era la primera vez que iríamos a cenar a un restaurante a solas de forma premeditada. No podía tener en cuenta aquella ocasión en la que me arrastró del lugar en el que estábamos para llevarme de malos modos a un restaurante y obligarme a comer frente a él.

Ni tampoco el almuerzo tras salir de la galería justo antes de subir a la torre Eiffel.

Esta vez me estaba arreglando sabiendo que tendría una cita. Aunque no fuese una cita porque realmente no sé cual era la razón para salir a cenar fuera de casa, pero me agradaba la idea de estar a solas en un restaurante con él a pesar de que no fuéramos realmente una pareja.

Chevalier no era alguien que se dejase ver acompañado. Es más, jamás había dejado que la prensa le viera junto a una persona por muchos rumores que se esparcieran respecto a ello.

Nunca se le había conocido pareja y ahora entendía que era porque realmente jamás la había tenido. Sus musas firmaban un acuerdo confidencial como el que yo había firmado donde no revelarían su aventura con el artista y si existía alguna excepción —que lo dudaba—, habría sido muy discreto.

Cuando estaba repasando el brillo de labios meticulosamente, ya que había decidido que no merecía la pena pintarlos por si me manchaba durante la comida, oí que llamaban a la puerta de mi habitación con varios golpes.

Apresuré el paso todo lo que pude con aquellos tacones y notaba el frescor en mi pierna que quedaba expuesta con cada paso. No me había traído ningún aparato de calor para ondular el pelo, así que lucía una cola baja y sencilla.

En cuanto abrí la puerta allí estaba él, de punta en blanco con un traje a medida y en cuanto me vio, dibujó una ligera sonrisa.

Tendría que acostumbrarme a eso si pensaba sonreír más a menudo porque cada vez que lo hacía me derretía por dentro como un helado en el desierto.

—¿No vas a quejarte de mi impuntualidad? —Me apresuré a decir con cinismo.

Era consciente de que llevaba esperándome al menos diez minutos.

—Podría —contestó paseando su mirada por todo mi cuerpo y haciendo especial hincapié en la raja de mi vestido—, pero tendría que castigarte y llegaríamos muy tarde a la reserva.

Ladeé la cabeza provocándole. ¿Cómo había podido pasar de ser comedida a provocadora en cuestión de horas? Ni siquiera me reconocía a mi misma.

—Que pena… —afirmé chasqueando la lengua y giré mi vista para coger el abrigo que había dejado sobre uno de los sillones de la habitación.

Sentí el tirón de mi coleta provocando que me diera la vuelta

en menos de dos segundos para caer por inercia sobre sus brazos y sus labios se fusionaron con los míos de un modo salvaje, frenético y excitante.

—Eso no me impedirá que te castigue luego. Y te aseguro que rogaras para que no me detenga —susurró apartándose lentamente y asegurándose de que me dejaba de nuevo en equilibrio a pesar de que mis rodillas temblasen con esa afirmación.

Si había aprendido algo en ese tiempo que llevaba a su lado es que cumplía fielmente sus promesas.

¿Se puede morir de un paro cardiaco por ingesta de sexo? Dios mío… nunca en mi vida había sentido esa necesidad constante en todo momento.

No era solo que estuviese increíblemente bueno, que tuviera un cuerpo de infarto, que pareciera esculpido por Zeus o el propio Miguel Ángel, es que encima era un amante experto.

Era extraño sentir su mano sobre la mía, me generaba una calidez que nunca antes había percibido con aquel simple gesto y decreté que solo se trataba de la emoción del momento. Por primera vez no me sentía cohibida o con el temor de decir algo que le haría cambiar de humor por completo. No me sentía alguien inferior, pequeña o minúscula que estaba muy lejos de su status social o posición.

Era agradable. *Infinitamente agradable*.

El vehículo de Nathan había desaparecido y el chofer de Chevalier nos esperaba con la puerta abierta. Me dejó entrar a mi primero y luego lo rodeó para introducirse por la otra puerta trasera.

Mientras íbamos de camino al restaurante misterioso, la oscuridad se cernía dentro de aquel habitáculo y el silencio también reino durante todo el trayecto, pero en aquella ocasión no era por una tensión de incomodidad plena, sino porque nuestros dedos jugueteaban con los del otro y los suyos se dirigieron hacia mi pierna.

A pesar de que llegó a rozarme la ingle, lo cierto es que ya

podía notar como mi ropa interior se humedecía con aquel simple gesto. Chevalier tenía la capacidad de mantenerme excitada todo el tiempo.

Era una noche prometedora y a juzgar por el lujoso restaurante con vistas a la ciudad aún más. Nuestra mesa estaba reservada en la parte más alta donde podía verse la torre Eiffel iluminada. El efecto de la noche cerrada con todas las luces brillando alrededor era magnifico, sobre todo porque ya lucían todos los adornos navideños a pesar de que ni siquiera hubiese llegado Diciembre.

—¿Qué harás esta navidad? —pregunté sin pensar en lo que significaba la respuesta.

Su madre ya no estaría junto a ellos.

—Lo siento —dije antes de que pudiera contestar.

—No. Tranquila —mencionó en un tono apacible—. Ya tengo asumido que mi madre no estará. Además, no suelo pasar las navidades con mi familia desde que él regresó. Este año… —dijo quedándose pensativo—. Estaré en Nueva York si no me equivoco, mi colección se trasladará allí tras la exposición en París. ¿Y tú?

Destensé mis músculos por la increíble sensación de confort que me provocaba tener una charla animada y recíproca.

—Con mi familia supongo —admití encogiéndose de hombros —. Y mis amigos, por supuesto. Lo único bueno de regresar al pueblo es volver a verles.

Ni siquiera me había dado cuenta de la información que estaba dando con aquello.

No esperaba que me ofreciera la posibilidad de ir con él a Nueva York, aunque reconozco que una parte de mi lo deseaba. No sé si por lo excitante que resultaba visitar esa ciudad en una época llena de magia o por el hecho de volver a verle. Chevalier ni siquiera lo sugirió y la cena continuó siendo por primera vez una conversación recíproca.

Tras el postre me acompañó de nuevo al coche donde su chofer

nos saludó cordialmente y una vez que nos adentramos para lo que yo creía que sería un regreso a la villa de Versalles donde nos esperaría una noche llena de lujuria sin apenas dormir, me ofreció una caja cerrada un poco más grande que la palma de mi mano. Era cuadrada, oscura y tenía un lazo por encima que la hacía parecer aún más elegante a pesar de su tacto en terciopelo.

—¿Qué es esto? —pregunté sorprendida.

No era mi cumpleaños, no esperaba recibir ningún regalo.

—Es algo que necesitarás para el sitio al que vamos —dijo abriendo él mismo la tapa y dejando a la vista una máscara negra llena de brillantes plateados y plumas en uno de sus lados.

¿No íbamos entonces a casa?, ¿Dónde pensaba llevarme para necesitar una máscara?

—¿Vamos a una fiesta de disfraces? —pregunté emocionada.

—No exactamente —abrevió mientras cogía la máscara de la caja y comenzaba a colocármela sobre el rostro.

Tenía la impresión de que no pensaba añadir nada más. ¿Era quizá un misterio?, ¿Una sorpresa? Lo cierto es que estaba realmente excitada con la idea de acudir a una fiesta.

Llegamos a una parte de la ciudad totalmente desconocida para mi, aunque eso era fácil para mi puesto que apenas conocía París. Chevalier indicó a su chofer que podía marcharse y le llamaría cuando fuera necesario, supuse que eso era sinónimo de que pasaríamos varias horas en aquel lugar. Parecía un barrio tranquilo, había gente paseando y algo de tráfico, pero si por allí existía una fiesta de disfraces no podía reconocer el lugar.

Chevalier se colocó él mismo su propia máscara y me arrastró hasta lo que parecía una chocolatería con un surtido de bombones que podrían deleitarme por el resto de mi vida. ¿Es que pensaba comprar una caja para llevar como detalle a los anfitriones de la fiesta?

En cuanto entramos dos dependientes saludaron formalmente y yo me detuve pensando que él haría su orden, pero estiró de mi para

que le siguiera hacia la parte más alejada de la tienda donde el surtido de chocolates continuaba. Nos miraban sin decir nada, supuse que pensarían donde irían dos locos con una máscara paseándose a esas horas en una tienda de bombones.

Yo también me lo preguntaba.

Y de pronto Chevalier sacó una llave de su bolsillo y abrió una puerta.

¿Perdona?

Ni siquiera pude procesar lo que acababa de pasar antes de verme bajando unas escaleras estrechas con aquellos tacones que no dejaban de repiquetear en el metal.

La sensación de euforia que sentía en un principio ahora se había convertido en incertidumbre e inseguridad.

¿Dónde íbamos?

La musica comenzó a llegar a mis oídos así que tuve la certeza de que si existía una fiesta. ¿Sería un evento clandestino? Deseché aquella idea descabellada tan pronto como llegó a mis pensamientos.

Al final de la escalera había una doble puerta y un tipo con aspecto de matón se posicionaba en la entrada.

Chevalier sacó de su bolsillo una tarjeta y el hombre se apartó dejándonos entrar sin mediar palabra.

En cuanto las puertas se abrieron mis ojos devoraron todo cuanto pudieron. Lo primero que pude ver es que todo el mundo llevaba una máscara, así que si se trataba de una especie de baile de máscaras pero en versión moderna. En un principio me parecía un local de ambiente enorme con gente que conversaba, lo que cualquier persona podría llamar una discoteca, pero esa idea duró en mi mente tres segundos. Los mismos en los que tardó en aparecer una mujer en lencería sirviendo copas.

Miré hacia las barras de bebida y los camareros también parecían ir ligeros de ropa. De pronto me di cuenta de que algunas

parejas se besaban, de que a más de uno le importaba muy poco que miraran. No es que el sitio estuviera muy iluminado en sí, pero podía apreciarse todo a la perfección.

—Vamos —dijo acercándose a mi oído y comenzó a caminar en dirección hacia alguna parte que evidentemente ya conocía.

¿Cuántas veces habría estado allí? Estaba claro que eso era un club y que él era socio o no tendría una tarjeta y una llave para poder entrar.

Comenzamos a pasar por salones enormes donde había personas vestidas de cuero arrastrando a otras casi desnudas, incluso llegue a ver como una mujer le propinaba un latigazo al que supuse sería su sumiso.

—¿Qué tipo de sitio es este? —pregunté acelerando el paso porque era incapaz de apartar la mirada.

—Una vez te dije que todos tenemos un lado oscuro —mencionó haciendo que recordase ese momento. ¿Cómo olvidarlo si fue cuando él me dio el primer beso? —. Aquí puedes hacer realidad ese lado oscuro —concluyó mientras llegábamos a otra doble puerta donde había otro vigilante impidiendo el paso de cualquiera. Esta vez no enseño una tarjeta sino un anillo.

No me jodas que es miembro vip o algo así.

Entramos a un pasillo largo del que se abrían puertas y comenzamos a caminar hasta que una de ellas estuvo abierta. Chevalier me introdujo y cerró con llave en cuanto él también estuvo dentro.

No lo voy a negar. Mi mente estaba preparada para muchas cosas, pero no para aquello.

Ante mi había un enorme cristal que ocupaba todo el espacio de la pared. Era como tener una ventana gigantesca, pero las vistas no eran a la ciudad, ni tampoco a un lugar digno que admirar, frente a nosotros había una pareja teniendo sexo de un modo salvaje.

No sabía ni qué decir. ¡Es que no podía ni reaccionar! Era

como ver una película porno en primera fila.

Literal.

¿Qué demonios hacíamos allí?

Y entonces comprendí que ese debía ser su lado oscuro, que me había traído allí para mostrarme la parte más sombría de él.

Por una parte no podía evitar que mi mirada fuese hacia aquella pareja que mantenía sexo duro en aquella estancia iluminada frente a nosotros a pesar de que lo sentía algo íntimo y personal. Estaba claro que ellos lo hacían conscientes de que les estaban observando y muy probablemente se les pagaba para hacerlo. ¿Podrían vernos ellos? Inmediatamente supe que no porque me di cuenta que al otro lado se veían lo que parecían espejos y sin duda alguna eran otras "ventanas" que daban a habitáculos como en el que nos encontramos. La sala donde estaba aquella pareja era circular y había una cama en el centro donde se estaba realizando el espectáculo.

Instintivamente la visualización de aquellos espejos me recordó al sótano de Chevalier.

No puede ser…

La idea de que todos esos espejos que había en el sótano de Chevalier fuesen en realidad ventanas a espectadores me erizó la piel.

El calor que emanaba su cuerpo tras el mío me devolvió a la realidad del presente. La situación era surrealista, estaba ligeramente escandalizada ante el espectáculo que tenía de frente, no daba lugar a la imaginación como en un libro erótico o sugerente como una película romántica, era rudo, directo y completamente real. Me costaba creer lo que estaba viendo, pero una vez asimilado el impacto inicial resultaba imposible no sentirse estimulado y seducido al mismo tiempo.

No sabía si Chevalier esperaba ver una reacción por mi parte o comprobar si estaba en shock con la situación. No voy a mentir diciendo que estaba acostumbrada a cosas de ese tipo porque la

realidad es que era una chica tradicional y más allá de diversos encuentros sexuales que como mucho daban lugar a alguna postura diferente del kamasutra, no tenía idea del lado oscuro de la sexualidad que practicaban muchas personas.

—¿Por qué no se oyen? —pregunté mientras sentía que su nariz se paseaba por mi nuca expectante mientras yo seguía con la vista al frente observando a aquella pareja cambiar de postura.

Chevalier se alejó y me giré para verle, le vi pulsar un botón de la pared y segundos después podían oírse los gemidos de ambos en todo el habitáculo. Dejó que se oyeran un par de segundos y después volvió el silencio.

—Soy un ávido observador, no me gusta que el sonido me distraiga —alegó acortando de nuevo la breve distancia que había entre nosotros y se posicionó de nuevo a mi espalda. —¿Te excita lo que ves? —preguntó paseando mis dedos por ambos lados de la cadera sin llegar realmente a tocarla.

A pesar de mis barreras mentales en cuanto a lo que suponía aquel espectáculo para mi visión de un acto que para mi resultaba íntimo y privado, tenía que reconocer que me hacía sentir febril y muy a mi pesar si, excitada.

Sus dedos se perdieron tras la raja de mi vestido y tocó mi entrepierna ligeramente por encima de la ropa interior. Me estremecí con ese gesto jadeando de placer.

—Es evidente que si —susurró en mi oído y dejé caer mi peso hacia atrás mientras él introducía sus dedos en mi interior abriéndose paso tan fácilmente que resultaba encantador—. Voy a hundirme tan dentro de ti que gritarás de nuevo mi nombre.

Solo con aquella promesa mi pulso incrementaba considerablemente y me faltaba el aire.

Caminé empujada por él hacia la gran ventana que ocupaba toda la pared y coloqué mis manos cuando ya no quedaba distancia alguna mientras él seguía instándome a que lo hiciera, notando la

protuberancia de su entrepierna rozándose con mis nalgas y volviéndome aún más demente de lo que estaba.

Sin ninguna contemplación me subió el vestido hasta la cintura y me arrancó la ropa interior rasgándola, haciendo ceder la fina tela del encaje hasta que cayeron al suelo completamente arruinadas.

Me importó un cuerno que fueran unas de mis poquísimas bragas caras, en aquel instante todo me importaba un bledo salvo la enajenación mental a la que él me transportaba.

Grité de pleitesía en cuanto se hundió salvajemente de una sola estocada. Y grité su nombre no una sino multitud de veces mientras el espectáculo ante mi proseguía.

No supe si era la combinación del placer propio con el placer de otros lo que hizo que aquel orgasmo fuera tan intenso, pero en cuanto mi cuerpo se liberó sentí que me quedaba sin fuerzas y que él me sostenía firmemente hasta que eyaculó en mi interior.

Me llevó hasta uno de los sillones colocándome en su regazo sin dejar de acariciar lentamente mis brazos. Ahora no observábamos el espectáculo que había detrás, sino que nos mirábamos mutuamente como si aquello estuviese allí pero no importase.

—¿Por qué me has traído aquí Chevalier? —pregunté finalmente rompiendo el silencio.

Era evidente que estaba relajado, como si ese fuera su sitio y estuviera habituado. Si tenía una llave y un anillo, estaba claro que era uno de los miembros más activos.

—Para darte placer, obviamente —sonrió de medio lado, pero aquella no era la contestación que estaba buscando.

Me coloqué de pie apartándome de él y vi que cambiaba su semblante.

—Como en el sótano de tu casa, supongo. ¿Son los espejos ventanas a habitaciones como esta?, ¿Es eso lo que sucede allí?

Lo noté apartar la mirada como si no quisiera reconocerlo o

quizá porque le costaba hablar sobre ello, pero me había llevado allí, ¿no? Intuía que no era solo por el hecho de le incitara ese juego sexual o en tal caso sabría que me daría cuenta de la similitud que guardaba esa sala con su sótano a excepción de las cadenas.

—No exactamente —advirtió.

Fruncí el ceño porque aquella respuesta no me servía. ¿Qué quería decir con eso?

—A ti te gusta… quiero decir —Joder ni siquiera me salían las palabras para lo que quería preguntar—. ¿Tu haces eso?, ¿Lo que estamos viendo ahora mismo con esa pareja lo haces con tus musas mientras otros te ven? —Ya está. Lo había preguntado.

—No —respondió rápidamente y sentí como volvía el aliento a mi ser.

Por alguna razón pensé que él podría encontrar placer exhibiéndose como lo hacía esa pareja. Ni siquiera sé porque llegó ese pensamiento a mi cabeza.

—Entonces nadie nos ha visto cuando hemos estado en tu sótano. —No era una pregunta, pero aún así necesitaba decirlo en voz alta y que me escuchara.

—No me gusta el exhibicionismo para mi, pero encuentro el placer en el de los demás —contestó dándome respuestas—. Te advertí que me gustaba observar y eso es lo que hago cuando el placer con una de mis musas termina. Ella hace eso para mi —continuó indicándome con la cabeza el gran ventanal donde se encontraba la pareja.

Espera. Espera. Espera. ¿Ella hace eso para él? No sé si había entendido bien.

—Esas mujeres de capa roja, ¿Tienen sexo con otro hombre delante de ti? —No sé ni como era capaz de darle sentido a aquella pregunta porque me parecía tan inverosímil que no podía procesarla.

—Si. —Ni siquiera añadió algo más para justificarse. Aunque pensándolo bien, ¿Debería hacerlo? Es que ni siquiera era capaz de

comprender como podía disfrutar viendo a la mujer con la que él se había acostado hacerlo con otro en sus narices.

Esto es muy heavy… creo que necesito sentarme para procesarlo.

¿Qué clase de satisfacción podía encontrar en ello?, ¿Era algún tipo de masoquismo propio o verdaderamente gozaba porque esa mujer dejaba de interesarle? Probablemente es que ni siquiera habían llegado a interesarle ahora que lo pensaba.

—¿Ibas a pedírmelo a mi también? —exclamé cuando esa idea comenzó a formarse en mi mente no pudiendo dejarla sin respuesta.

—Si —afirmó levantándose para acercarse hasta donde estaba —. Aunque podría entender que no aceptaras.

No voy a mentir. Sentí una abrumadora bofetada de realidad tan fuerte que casi me hizo tambalear. Incluso podía sentir nauseas pensando en aquello. Puede que con su reveladora confesión comprendiera los motivos por los que él se creía incapaz de amar, pero una parte de mi, minúscula pero decidida, quería creer que por más que él dijese eso, el amor llegaba a ser incondicional e ingobernable, aunque quisiera dominarlo terminaría rendido ante él. Y a pesar de que acallaba constantemente esa voz interna, saber que sentía hacia mi algo que jamás había sentido antes hacia otra mujer y eso me hacía creer que quizá podría ser diferente entre nosotros…

Era evidente y palpable que no. Chevalier no sentía absolutamente nada por mi, nada que no fuera ardor y pasión. Solo era sexo para él y era cuestión de días que se hartara de mi y me desechara como un pañuelo usado para cambiarlo por otro aunque insistiera en decir que yo no era como el resto de sus musas.

La única diferencia entre esas Caperucitas rojas y yo es que convivía bajo el mismo techo y quizá eso había podido crear vínculos externos que nunca podría establecer con ellas. Yo era real. Estaba siempre allí y ellas solo serían figuras abstractas que iban y venían para sus encuentros sexuales.

Ahora lo tenía claro y era mucho más consciente de quien era

realmente el caballero negro.

Tan candente y ardiente por fuera como frío y calculador por dentro.

CAPÍTULO 32

Ni siquiera podía concebir acostarme con alguien en aquellos momentos que no fuera él y menos aún delante de él. Quizá cuando me alejase, pusiera distancia y aclarase mi mente por todo lo sucedido, la Alexa alegre, jovial, risueña, divertida y fiestera saldría de nuevo con afán de conquista a pesar de saber que Chevalier Le Noir había ahondado muy profundamente en ella.

Pero de ahí a estar con otro hombre en sus narices, casi me resultaba imposible imaginarlo, figúrate realizarlo.

Llamadme ilusa por creer en la monogamia o en no sentir placer alguno de tener sexo frente a otra persona y más aún si esa otra persona ha sido un amante incondicional durante semanas. Puede que aquellas mujeres con las que Le Noir se relacionaba estuvieran acostumbradas a realizar actos de ese tipo, pero desde luego yo no.

Ni lo estoy. Ni lo estaría. Fin de la conversación.

Aún así no dije nada. No sé si porque no era capaz de articular palabra o porque me veía incapaz de hablar del tema. La cuestión es que solo asentí mientras guardaba silencio y pocos minutos después el

show finalizaba.

Nos fuimos sin pasar por ninguna otra de las salas de aquel local y en lugar de salir por el mismo sitio por donde habíamos entrado, —aquella maravillosa chocolatería—, la puerta nos condujo a un callejón oscuro perpendicular a una vía principal bien iluminada.

¿Los vecinos de aquellos edificios sabrían lo que se ocultaba en el sótano? Si estaba bien insonorizado era probable que ni lo escucharan.

Resultaba extraño que no hubiese nadie con máscara cerca de allí teniendo en cuenta la cantidad de gente que albergaba aquel lugar. ¿Quizá tendría varias entradas aparte del callejón y la tienda de bombones? Con casi toda probabilidad no regresaría a aquel lugar, pero Chevalier si lo haría.

Sin mi.

Con otra mujer que lo acompañase.

Con otra mujer con la que tendría el mismo sexo frenético que conmigo.

No pensaba admitir que este hecho empezaba a no gustarme y decidí desecharlo de inmediato.

Tras llegar a la villa de Versalles, Chevalier me acompañó hasta la puerta de mi habitación. Sería mentir si dijera que no pensé por un momento que entraría y se quedaría a pasar la noche a mi lado, pero en lugar de eso me indicó que sacara vuelos de regreso al día siguiente por la tarde, a pesar de que no sabía si finalizaría sus asuntos con los abogados, necesitaba terminar de pulir el último cuadro de la exposición antes de enviarlo para la próxima semana.

Acto seguido me dio un beso en el cuello y se despidió con un simple *hasta mañana.*

—Hasta mañana —repetí por inercia.

Después de almorzar con toda su familia, contarme la historia de su vida que es un puro drama, montárnoslo en el invernadero, una

cena romántica y revelarme su secreto más oscuro, ¿Se despide con un hasta mañana?

Quizá era mejor así.

Estaba agotada. Había sido un día intenso y a pesar de ello cogí instintivamente el teléfono con una única intención.

Llamar a Charlie.

Los billetes de avión podía esperar. En realidad todo podía esperar menos escuchar su voz.

Él era mi realidad. Mi apoyo incondicional y si existía alguien en el mundo a quien le podía contar aquello era a él.

Cuando corté la breve llamada diciéndole que llegaría a Barcelona al día siguiente y necesitaba verle, no me preguntó que había pasado ni como estaba, solo me dijo que le dijese una hora y allí estaría para recogerme.

Eso era un verdadero amigo y lo demás sobraba.

A pesar de no querer tener aquella conversación por teléfono, sobre todo porque necesitaba sentir el confort de sus manos mientras me desahogaba, admití que todo seguiría igual entre Chevalier y yo hasta la próxima semana.

Sabía que si al menos no le decía aquello, pasaría toda la noche en vela preocupado y preguntándome que tal estaba.

Conseguí los vuelos en primera clase justo antes de quedarme completamente dormida. Tal vez me había venido bien no dormir lo suficiente durante días para no pasarme la noche en vela dandole vueltas al mismo tema:

Que Chevalier deseara que tuviera sexo con otro hombre en sus narices. En realidad no era solo “eso”, era lo que “eso” conllevaba a mi punto de vista.

Cuando baje a desayunar volví a encontrarme con Nathan. Era probable que en unos cuantos años cuando tuviera la misma edad que Chevalier se pareciera aún más a él de lo que ya lo hacía.

Recordé a mi amiga Ana y sonreí. *Si lo viese…*

—¡Buenos días! —exclamé y vi como se levantaba para darme un sonoro beso en la mejilla.

¿Y eso a qué venía?

—Buenos días y gracias por lo de ayer. Sé que te hice una encerrona y no me delataste abiertamente, no he obtenido represalias por parte de Chevalier así que me imagino que es gracias a ti, pero a mi favor diré que las cosas salieron mucho mejor de lo que pensaba.

¿Mejor? No podría clasificarlo como tal teniendo en cuenta como acabó.

—¿Te recuerdo que me quedé sin postre? —exclamé pensando en la tarta de chocolate que no pude acabar de comer.

—En circunstancias normales si no hubieras estado tú, ese almuerzo no habría dado inicio siquiera —advirtió—. Desconozco si Chevalier te contó algo, pero la relación entre él y mi padre es nula, peor que nula, diría que no puede soportar su presencia.

Y razones tiene para no poder ni verle.

—Si. Lo sé —dije despreocupadamente no queriendo darle demasiada importancia a ese hecho.

—¿Te lo ha contado? —Parecía sorprendido.

—Si. Supongo que después de lo que ocurrió se vio en la tesitura de explicarme toda la historia. Por cierto, ¿Tú no tienes clase? —Quería cambiar de tema porque todo ello me volvía a recordar las razones por las que Chevalier rechazaba acercarse a una mujer lo suficiente para amarla.

—Dentro de una hora —confesó mirando su reloj—. Mi madre me pidió que te transmitiera un mensaje sin que Chevalier lo escuchara.

Le miré extrañada porque no sabía que querría decirme esa mujer sin que su hijo lo escuchara pero si creía que iba a tratar de convencerle para que dejase las cosas tal y como estaban respecto al

padre de sus hijos, tenía muy claro que ese terreno no era asunto mío.

—Por supuesto —dije escuchándole atentamente.

—Citaré textualmente sus palabras —pronuncio con la mirada cabizbaja—. Cuida de él como yo jamás supe hacer.

Eran ocho palabras, pero hicieron que mis ojos brillaran con intensidad y traté de evitar que se me saltaran las lágrimas.

Asentí con la cabeza porque era incapaz de poner palabras a aquella petición. Cualquier cosa que dijera sería mentir. Me marcharía en una semana y desaparecería por completo de la vida de Chevalier. Probablemente aquella habría sido la primera y única vez que viese con vida a su madre y quizá sería la última vez que viese a Nathan a menos que todos asistieran a la exposición de la nueva colección y que coincidía con mi marcha.

—Dale de mi parte las gracias por el mensaje —advertí sin añadir ninguna respuesta.

Pasé el resto de la mañana organizando los últimos detalles de la exposición. Encontré a los músicos y pasamos la mayor parte del vuelo de regreso eligiendo las melodías que sonarían en cada estancia según los instrumentos.

No tenía ni la menor idea de como iban a proseguir los siguientes días hasta mi partida. ¿Yo haría de su asistente como si todo fuese normal y tendríamos sexo frenético en cada esquina? En realidad es que no sabía como actuar. No éramos una pareja. No me sentía con la confianza para ir hacia él, besarle o decirle algo sentimental.

En cuanto llegamos a la mansión de Barcelona, Chevalier me pidió que le llevara la maleta a su habitación mientras él se perdía en su estudio e indicó que no fuese molestado, pero si que estuviera a su disposición por si me necesitaba.

La idea de quedar con Charlie se esfumó, así que después de deshacer las maletas me dediqué a mirar apartamentos en París y Londres mientras conversaba en el chat del grupo.

El último cotilleo era el ligue de Ana. Había pasado una foto y Charlie la había picado diciendo que estaba convencido de que tendría la nariz más grande que su entrepierna.

Ni siquiera aquello conseguía saciar mi inquietud, así que dejé el teléfono sobre la cama y comencé a deambular por la casa hasta que me vi frente a la doble puerta del sótano y para mi sorpresa estaba abierta aunque con la luz apagada, se encendió en cuanto pisé un pie dentro de aquel pasillo. Allí estaban todos los zapatos impolutos. ¿Vendría alguien a limpiarlos? Esa vez sin la presión de ser descubierta cogí varios de ellos comprobando los números. Había de todos los tipos y diferentes usos, pero la mayoría de ellos parecían nuevos.

En el momento que la puerta que daba a la habitación de los espejos se abrió, di un pequeño grito ensordecedor.

—¡Joder! —advertí cuando reconocí al hombre de los sueños de Lorena.

Parecía contrariado de verme allí, ¿Estaría solo?, ¿Quizá había traído a alguien consigo para utilizar también el sótano?, ¿Y como sabía de la existencia de aquello?

—¿Sabe Chevalier que estás aquí?, ¿Cuándo habéis llegado? —preguntó inquisitivo.

—Yo también me alegro de verte, Joan —dije en modo hostil por darme un susto de muerte del que casi se me sale el corazón por la boca. Juro que por un momento creí que se trataba de un ladrón o algo así—. Hace más o menos una hora que regresamos y no creo que lo sepa porque está en su estudio pero dudo que le importe.

—Lo siento, es que me ha sorprendido verte aquí. ¿Conoces este sitio?, ¿Te ha traído aquí? —insistió.

—Si —afirmé colocando el último par de zapatos en su sitio ya que habían salido volando de mis manos cuando entró de improviso.

Joan se cruzó de brazos y se dejó caer sobre uno de los estantes pensativo, reflexivo o al menos eso parecía por su gesto.

—Es curioso —dijo finalmente sin comprender que quería decir.

—¿Curioso? —exclamé solo porque no entendía a que se refería.

Su mano derecha se dirigió al mentón para acariciárselo, seguramente en un modo completamente inconsciente y después se inclinó para mantenerse erguido en toda su altura y caminar un par de pasos hacia mi.

—Conozco a Chevalier desde hace muchos años, casi una década para ser exactos. Puedo afirmar que es uno de mis mejores amigos y clientes al mismo tiempo —advirtió con detalle—. Jamás ha tenido una relación estrecha con una mujer y menos aún si convivía bajo el mismo techo que él.

Imaginé que si eran tan amigos debía conocerle lo suficiente para saber la historia de su vida y como esta le había condicionado para actuar de ese modo.

—No tenemos ningún tipo de relación —aseguré—. Hemos pactado un acuerdo y la próxima semana me marcharé.

—Doy por sentado que la decisión de marcharte es tuya. Chevalier no establece nunca una fecha determinada y eso me lleva a la ineludible conclusión de que por alguna razón has logrado atravesar su muro infranqueable. Siente algo por ti, es evidente aunque se niegue a reconocerlo, la pregunta es si tú también sientes algo por él. —La franqueza con la que hablaba para haberle visto dos veces era implacable.

¿Quizá lo hacía porque era su amigo y le conocía? Supuse que debía saber perfectamente lo que Chevalier hacía allí abajo y seguramente era consciente de cada detalle.

—Te equivocas —dije apartando la mirada—. Chevalier no siente nada por mi salvo atracción y deseo, pero nada más.

—¿Tan segura estás? —inquirió acercándose aún más.

—No soy tan diferente a sus otras musas. Me llevó a ese club

de Paris, sé lo que hace aquí y me sugirió que querría lo mismo para mi —admití sin entrar en detalle porque me parecía escalofriante la sola idea de pensarlo.

Si Joan no tenía ni idea de a qué me refería, al menos no habría dado más información de la cuenta, pero si no me equivocaba al respecto, él sabría perfectamente a qué me estaba refiriendo.

—Si sientes algo por él, hazlo. —Mis ojos se alzaron fulminándolo. ¿De verdad me estaba sugiriendo que me acostase con otro tío delante de Chevalier?, ¿Cómo era capaz siquiera de proponerlo? —. No me refiero a que lo hagas de verdad llegado el momento, sino que él crea que lo harás.

—No lo entiendo. ¿Qué ganaría haciéndole creer eso?

Unos pasos bajando las escaleras que conducían hacia el sótano nos hicieron ser conscientes de que con toda probabilidad, Chevalier aparecería ante nosotros en pocos segundos.

—Será la única forma de que averigües realmente si siente algo por ti. Chevalier no permitiría que nadie tocara lo que aún considera que es suyo —susurró rápidamente antes de apartarse de mi.

En cuanto lo hizo la visión de Chevalier apareció ante nosotros con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí Alexa? —inquirió con un tono ligeramente de enfado—. Te he llamado varias veces sin respuesta y he tenido que buscarte por toda la casa sin saber donde demonios te habías metido.

—Bajé a la cocina, oí ruido en el sótano y descubrí que la puerta estaba abierta —mentí encogiéndose de hombros porque en realidad había bajado allí sin saber exactamente a qué—. Pensé que estarías ocupado, mencionaste que no te molestase…

—Y también mencioné que estuvieras a mi disposición —dijo entregándome mi propio teléfono, ese que me había dado él y que había abandonado en la habitación.

Rodeó con su brazo mi cintura en modo posesivo mientras ahora sí, dirigía su vista a Joan. ¿No le importaba mostrarse de ese

modo delante de su amigo? Estaba evidenciando con su gesto que entre nosotros había algo más que una relación laboral.

—¿Todo en orden? —preguntó a Joan sin sorprenderle lo más mínimo que estuviese en su casa o más concretamente en su sótano.

—Si. Todo perfecto. No sabía que llegabais hoy, de lo contrario me habría pasado en otro momento —puntualizó dando a entender que no pretendía molestar.

—No es necesario que te disculpes, sabes que siempre eres bienvenido —advirtió ante la atenta mirada de Joan por su forma de comportarse.

Incluso yo estaba absorta.

—Si tienes tiempo, me gustaría comentarte un par de cosas…

—Voy a estar muy ocupado toda la semana con la exposición de la nueva colección —cortó Chevalier en seco—. Cancela todo lo que tuvieras previsto hasta nuevo aviso.

A mi modo de verlo estaba claro que hablaban en clave, en una especie de lenguaje en el que solo se entendían ellos, pero asumí que se estaba refiriendo a lo que sucedía en ese sótano y que no debía ser muy opuesto a lo que había visto con mis propios ojos la noche anterior en ese club privado de París.

—Por supuesto —confirmó Joan con una leve sonrisa y me miró de nuevo—. Llámame si necesitas algo. Ha sido un placer volver a verte Alexa.

Me despedí de él mientras Chevalier impedía que diese siquiera un paso, manteniéndome firme a su lado. En cuanto Joan salió de aquel pasillo y cerró la puerta, me vi arrinconada por esos ojos azules que me instigaban.

Parecía enfadado. Furioso. Cabreado…, y ni siquiera sabía porque razón lo estaba.

—No vuelvas a entrar aquí si no es conmigo —Su voz ronca me ponía la piel de gallina y no por miedo precisamente, sino porque a

pesar de su tono de enfado, era inevitable sentir ese ardor que su cuerpo desprendía.

¿Estaba enfadado porque había entrado en su guarida sin permiso?

—No sabía que podía molestarte el hecho de que entrase sin permiso, pero no volverá a ocurrir, te lo garantizo. —No me molestaba que considerase aquel lugar un sitio de su propiedad al que nadie —salvo aparentemente Joan—, puédese acceder libremente.

—No me importa que vengas aquí, eso me da igual —advirtió paseando su nariz por mi oreja y descendiendo al cuello para rozar con sus labios el escote de mi camisa ligeramente abierta—. Lo que no me agrada es que estuvieras a solas con él en este lugar.

Su boca se hundió en mi escote a la par que sus manos apresaban mis pechos por encima de la camisa provocando que emitiera un jadeo.

¿Había entendido bien?, ¿Le molestaba que estuviera hablando con Joan a solas?

La idea de un Chevalier celoso se cruzó por mi mente, pero era imposible. Joan le conocía, era su amigo, sabría perfectamente que jamás intentaría algo conmigo. ¿O sí? Ni siquiera pude pensar más en ello porque en un abrir y cerrar de ojos me vi encadenada a la cama de la sala de espejos y gimiendo de placer mientras me hacía suya de nuevo.

CAPÍTULO 33

Aquella noche posé por primera vez completamente desnuda para él mientras le observaba concentrarse en el cuadro a la vez que su mirada devoraba intensamente mi cuerpo sin tocarme.

La situación era tan distinta a la primera vez que lo hice que ahora me sentía una Alexa diferente, poderosa, llena de una energía muy extraña al saber realmente que era deseada por ese hombre. En algún momento me quedé dormida y cuando abrí los ojos descubrí que me había llevado él mismo a mi habitación sin que me diera cuenta.

Un día más… *y uno menos para marcharme.*

Empezaba a ser más consciente que nunca de mi partida y cada vez que pensaba en ello mi corazón se estremecía.

Cogí el teléfono y vi que tenía un email de Chevalier donde me indicaba que disponía de la mañana libre y sugería que fuese a comprar el vestido para la inauguración de su exposición, aunque hizo hincapié en unos zapatos acordes para la ocasión.

Aquella sería nuestra despedida. La última noche que estaría

con Chevalier y todo pasaría a formar parte de un recuerdo que esperaría con anhelo a que se disipara con el tiempo.

Llamé a Charlie y en menos de veinte minutos su coche estaba frente a la mansión. Imaginé que a pesar de no haberme escrito o llamado desde nuestra conversación, era evidente que estaba preocupado por mi.

—Dime que al menos has dormido algo desde nuestra llamada —advertí en cuanto me subí al coche al coche resignada.

Que Charlie hubiese llegado tan rápido en un día normal de trabajo teniendo en cuenta que siempre estaba ocupado, significaba algo.

—Te conozco lo suficiente para saber que pasa algo y ya tiene que ser chungo para que ni siquiera me lo cuentes por teléfono. Dime que no te has enamorado hasta las trancas de él Alexa, porque ya me siento demasiado culpable al ser el responsable de esta situación.

—Charlie… —refunfuñé no pudiendo creer que pudiera sentirse culpable por lo que me pudiera ocurrir—. ¡Creías que era gay! —Le recordé.

—No has contestado a mi pregunta.

—Es que no me has hecho una pregunta… —evité responder.

—¡Dios! —bufó y le dio un acelerón al coche que sentí como mi cuerpo iba hacia atrás impulsado por inercia—. Te dije que no lo hicieras, ¡Joder Alexa!

Me había hostigado tanto a mi misma diciendo que era imposible enamorarme de un hombre como Chevalier que incluso viendo las claras señales de mis sentimientos hice caso omiso dándoles justificaciones sin sentido, pero ya no podía negarlo más, no cuando el simple hecho de pensar en alejarme de él dolía.

No quería admitirlo en voz alta, entonces supondría que de verdad era cierto y no estaba preparada para aceptarlo.

No estaba preparada ni de lejos.

Estaba completamente segura de que si Chevalier lo supiera me alejaría de inmediato y si decidía quedarme una vez finalizase nuestro acuerdo terminaría con el corazón resquebrajado cuando viera por mi misma que él se había cansado.

—¿Qué harás ahora? —advirtió ante mi silencio.

—Nada —dije con calma—. Las cosas seguirán como están hasta la próxima semana, después me marcharé y todo se habrá acabado.

—¿No piensas decírselo? —preguntó como si esa posibilidad existiera—. Tu has llegado con él hasta donde nadie antes ha logrado. Tal vez…

Su voz se acalló.

—¿Tal vez siente algo por mi? —exclamé de forma irónica—. No sé que empeño tenéis todos en creer que soy diferente y que Chevalier podría llegar a amarme. Ya te lo digo yo, no.

—¿Todos? —preguntó confuso.

—Su familia. Joan. Tú… —advertí—. Reconozco que por un momento creí que podría existir la posibilidad aunque fuera mínima, pequeña y casi inexistente, pero desapareció por completo la noche que te llamé.

Charlie se dirigió a un parking subterráneo para aparcar y en aquel silencio con el motor apagado y la penumbra del lugar, no hizo ningún movimiento esperando que le dijera que ocurrió para llevarme a pensar de ese modo.

—A Chevalier Le Noir le gusta ver a otras parejas teniendo sexo —dije sin saber como decir aquello.

—Eso no es tan malo, dentro de la diversidad de rarezas sexuales que te puedes encontrar, diría que es incluso común y aceptable. Todos vemos porno, que él lo quiera ver en directo es justificable —mencionó Charlie—. ¿Eso te molesta?, ¿Qué le mole mirar?

—No —negué con la cabeza y frotándome las manos—. Eso puedo aceptarlo —admití—. Cuando él se cansa de su amante temporal, le pide que tenga sexo frente a él con otro hombre. La misma mujer con la que se ha acostado.

Aquello era de locos…

—Tal vez sea un modo de pasar de página para él. De que esa mujer no vuelva a atraerle. ¿Tu regresarías con un ex que te ha sido infiel? Es un modo de asegurarse que jamás volverá a desear a esa persona. —mencionó dándole un sentido que hasta ahora yo misma no había planteado.

¿Sería un modo que Chevalier usaría para no desarrollar sentimientos por ninguna de esas mujeres? Que otro hombre las poseyera le recalcaría para siempre que habían dejado de pertenecerle.

Si había algo que caracterizaba a Le Noir era su afán de dominar, lo había comprobado en el sexo y en la vida real, incluso la noche anterior Joan me lo había advertido, él no dejaría que nadie tocase lo que consideraba suyo y a juzgar por la reacción de Chevalier cuando éste se fue, podía intuir que tenía razón.

Entonces no lo comprendía… ¿Por qué reaccionaba de ese modo al quedarse a solas con Joan si no le importaría que me acostase con un hombre cualquiera en sus narices?

—Le pregunté si a mi me lo pediría también. Si quería que me acostara con otro tío delante de él y me respondió que si.

Creí que Charlie tendría algo que decir, que daría la vuelta a todo y me haría sentirme mejor, pero era evidente que para aquello no había justificación.

—¿Lo harías? —exclamó finalmente y le miré con el ceño fruncido y cara de póker—. Vale. Vale. Tenía que preguntar —añadió a la defensiva.

—Su amigo Joan me dijo que lo hiciera.

—No sé quien es Joan, pero le puedes mandar a la mierda de

mi parte. —Instintivamente me reí.

—No me dijo que realmente me acostase con otro tío, sino que fingiera que lo haría para comprobar si Chevalier realmente lo aceptaba.

Salimos del coche y nos dirigimos hacia una cafetería que había al lado del parking.

Mientras esperábamos a que nos sirvieran el café y un par de trozos de tarta, pude notar a Charlie pensativo, mucho más de lo habitual.

—Tengo que reconocer que ese tal Joan puede tener razón. Es su amigo, ¿no? Si le conoce y te ha dicho eso, es porque ha visto un modo de actuar distinto contigo que no ha tenido con nadie más. Incluso Michael lo ha notado, todo el mundo en su circulo más cercano habla de ti y de quien eres para Chevalier Le Noir.

—¿En serio? —advertí con la boca abierta y después me di cuenta que había hablado demasiado alto, así que miré a mi alrededor para cerciorarme de que no había llamado la atención.

Charlie sonrió.

—No me sorprende que Chevalier haya caído a tus pies, ya te dije que con ese culo era imposible que se resistiera. Lo que me preocupa son tus sentimientos y que termines con heridas que sean incapaces de cicatrizar si realmente es no es capaz de amarte.

Sabía perfectamente que como amigo mío que era, se preocupaba por mi y por mi bienestar. Siempre lo había hecho y en esta ocasión no iba a ser menos.

—¿Crees que el único modo de saber si soy importante para él es hacer lo que sugiere Joan?

—Si —afirmó—. Pero no sé si estás preparada para aceptar la decepción si él no reacciona con ello, aunque estaré aquí para recoger los pedazos rotos y tratar de recomponerlos.

Instintivamente le abracé sintiendo que necesitaba hacerlo.

—Creo que necesito pensar seriamente sobre ello antes de tomar una decisión.

Charlie me acompañó de tiendas y a pesar de que me costó decidirme muchísimo. Finalmente me decanté por un espléndido vestido con escote bardot que realzaba mis hombros en un azul noche. Toda la falda estaba llena de piedras brillantes y esta vez no poseía ninguna raja, ningún escote pronunciado o algún elemento que lo hiciera sexy e irresistible. El vestido era precioso y elegante, digno de una princesa.

Sería mi última noche y me marcharía de un modo brillante, nunca mejor dicho, pero antes de eso quedaban seis días y cinco noches antes de que sucediera y no pensaba desperdiciar ninguno de ellos.

Ilusa de mi.

Esa misma noche Chevalier volvió a pedirme que posara para él, no había dejado que viera su cuadro, de hecho lo guardaba con recelo oculto bajo una protección oscura. Imaginé que no deseaba ninguna opinión al respecto por buena o mala que fuera. La música se oía de fondo, mis párpados comenzaban a cerrarse y repentinamente su teléfono comenzó a vibrar en alguna parte del estudio.

¿Qué hora sería? Probablemente media noche o quizá más tarde.

—Dime Nathan —le oí responder e instintivamente desapareció el letargo de mi cuerpo—. Gracias por avisarme.

Acto seguido le vi colgar el teléfono y dejarlo sobre la mesa y regresó al cuadro que estaba pintando para coger el pincel y la paleta donde hacía sus combinaciones. En menos de dos segundos la estrelló contra la pared que tenía al otro lado mientras gritaba con furia.

Salí corriendo hacia él con la intención de abrazarle. No era necesario que me dijera el motivo de la llamada de Nathan, era más que obvio: *su madre había muerto*, pero ni siquiera me dejó tocarle, ni siquiera pude llegar a rozarle porque me apartó de un empujón

dándome la espalda.

—Vete. Quiero estar solo.

Di un paso hacia atrás dolida, no porque me hiriesen sus palabras, sino porque quisiera llevar ese duelo en solitario.

—No tienes porqué sentir este dolor tú solo. Me tienes a mi —advertí queriendo compartir su carga, sintiendo que podría hacer cuanto estuviera en mi mano por darle consuelo.

—¡Que te vayas! —gritó con furia y acto seguido me agarró del brazo mientras me arrastraba hasta la entrada y después cerraba la puerta de forma que no pudiera acceder sin el código.

No iba a llorar. No iba a hacerlo, pero antes de llegar a mi habitación las lágrimas ya empañaban mis mejillas al punto que ni siquiera sentía el frío debido al dolor interno.

Sentía impotencia, quería llegar hasta él y no podía. Deseaba consolarle, cuidarle, hacerle ver que no tenía porque estar solo en un momento tan doloroso como ese. Su madre no había tomado sabias decisiones en su vida y eligió a un cobarde como hombre que les dio una mísera vida, pero era su madre. La mujer que le dio la vida, probablemente la única persona de la que había recibido algo de amor. Se había sentido rechazado por su padre desde que nació y por su madre cuando se independizó, podía comprender sus razones para no amar a nadie, para no sentir el dolor, para no obrar en un contrasentido como lo hizo su progenitora, pero él no era ella, él era distinto y con sus actos había demostrado tener un corazón inmenso aunque se negara a admitirlo.

No supe nada de Chevalier en tres días. No fue a París para despedirse de su madre. No salía de su estudio. No contestaba a mis llamadas y tampoco los mensajes e emails que le enviaba. No me habría la puerta. Mantenía la musica siempre alta y si no fuera porque la cocinera volvía con los platos que le dejaba vacíos habría jurado que le pasaba algo serio.

Quedaba un día para la exposición de su colección de cuadros

y la verdad es que no sabía si debía o no cancelarla. No consideraba que estuviese en condiciones de hacer una presentación con su madre recién fallecida, pero por otro lado no me correspondía a mi decidirlo como bien le había dicho Michael a Charlie cuando le transmitió mis dudas.

Llegados a este punto no sabía que hacer, estaba claro que él debía pasar su duelo a su manera aunque encerrarse en sí mismo para hacerlo no fuese la solución más idónea.

Un email entró en mi bandeja, pensé que serían los de la galería para insistir de nuevo en la llegada de los cuadros puesto que a estas alturas aún no habían recibido nada. Ya no sabía que mas excusas dar, se agotaba el tiempo y si no lograba hablar con Chevalier ni siquiera habría cuadros que exponer llegado el momento.

Mis ojos se abrieron de par en par al ver el nombre de remitente. ¡Era de Le Noir! Casi me temblaban los dedos al abrirlo. Leí rápidamente por encima el texto y al parecer había reservado un avión privado al día siguiente donde viajaría personalmente junto a sus cuadros. Daba instrucciones precisas sobre como quería que se realizara el traslado del aeropuerto a la galería y también como debían ser empaquetados. Es decir, me enviaba aquel email para que dispusiera todo y se llevara a cabo según sus órdenes.

El email se limitaba a hablar de trabajo, nada personal. Llevaba tres días sin dar señales de vida y solo recibía aquello por su parte.

Bien era cierto que no éramos nada y no me debía nada, pero vivía bajo el mismo techo, podría al menos dar alguna señal y hacer que no me preocupara.

—Ha muerto su madre —me repetí mentalmente por enésima vez para tratar de no perder el control e ir a gritarle a su estudio.

Ni siquiera sé porque razón seguía allí y no me había marchado. Bueno, si que la sabía.

¡Le quería joder! Y si eso no era amor que viniera alguien a decirme que coño era. No podía irme dejándole así, hundido en la

miseria. Ni siquiera sé que debía estar pensando para encerrarse de aquel modo sin entrar a su propia casa. ¿Tal vez desquitaba su dolor pintando? No tenía ni la más mínima idea porque me resultaba inaccesible. Había cambiado los códigos, desde las puertas acristaladas no se podía ver mas que lienzos que ocultaban el fondo.

El único consuelo que me quedaba ahora es que en unas horas tendría que verle. Y con esa idea mareé el tenedor sobre el plato sin apetito ninguno. Era el tercer día que almorzaba sola.

Vi una ligera sombra y alcé la vista. Allí estaba Le Noir de punta en blanco, como el primer día y con aquel ceño fruncido que le caracterizaba a pesar de que se hubiera suavizado en los últimos días.

—Aún sigues aquí —dijo casi sorprendido.

Tres días sin vernos, sin dar noticias, teniéndome en vilo constantemente ¿Y se sorprende de que aún esté aquí?, ¿Y que demonios esperaba que hiciera?, ¿Qué me marchara sin más?

—Firmé un contrato que me obliga a vivir en esta casa y no recuerdo haber recibido una carta de despido —contesté seria.

—Tu contrato finalizaba mañana, pero lo he rescindido. La galería se ha puesto en contacto con Michael, ya no serán necesarios tus servicios —dijo cruzándose de brazos y evitando mirarme.

—¿Quieres que me vaya?, ¿No deseas que te acompañe a inauguración? —exclamé anonadada.

¿De verdad he estado tres días en vilo para que ahora me diga que me largue sin más?

Ni hablar.

—Iré solo —admitió sin decir que deseaba que me marchase.

—Muy bien —dije arrastrando la silla y provocando que esta se rozase con el suelo para emitir el máximo ruido posible—, pero antes vas a decirme porque has esperado tres días hasta decirme esto.

Caminé hacia él para enfrentarle y a pesar de su mirada azul distante podía ver que sus manos temblaban ligeramente.

—Te pago por tus servicios igualmente, tanto si quiero follarte como si no.—No estaba alterado, más bien parecía excusarse.

«Plaf» El sonido de mi mano en su mejilla hizo eco en aquel silencio.

Vi como se tocaba el trozo de piel marcado, pero no parecía indignado o alterado por la bofetada que acababa de propinarle.

La idea de que me estuviera diciendo que me pagaba para acostarse conmigo era repugnante y no porque resultara una humillación, sino porque él lo viera de ese modo.

—Esto es que he sido siempre para ti, ¿no? Quiero que me lo digas a la cara, quiero que me mires a los ojos y me digas que me vaya porque te has cansado de mi.

Quería gritar. Quería llorar de impotencia. ¡Quería abofetearle hasta que reaccionara de una jodida vez!

Vi como alzaba su vista y sus ojos parecían inexpresivos, su mirada parecía perdida, como si no me estuviera viéndome realmente a mi.

—Me he cansado de ti —soltó abruptamente antes de apartar su vista de nuevo para darse la vuelta y marcharse.

¿Ahí acababa todo?, ¿Así terminaba nuestra historia?

¡Y una mierda!

—¡Pídemelo entonces! —grité haciendo que se detuviera.

—¿El qué? —Le oí sin siquiera darse la vuelta.

—Lo que le pides a todas antes de que se vayan cuando ya no las deseas.

Durante lo que parecieron dos minutos guardó silencio mientras contemplaba su espalda. No dije nada, esperaba un movimiento suyo, un cambio de idea, algo que me pudiera advertir que todo aquello solo era producto del dolor, de un resentimiento interno que había permanecido durante años en su interior y que con la muerte de su madre había brotado con más intensidad que nunca.

—No es necesario que lo hagas… —En su voz pude atisbar un ligero temblor.

—Pídemelo. Soy una más de ellas, ¿no? Entonces dame el mismo trato —insistí y me fijé en como sus puños se cerraban con fuerza.

—Quiero que te acuestes con otro hombre para mi. —Sus palabras brotaron abruptamente, como si las escupiera de su garganta rápidamente.

—Será esta noche y después me iré de tu vida para siempre.

Ni siquiera sabía porqué lo estaba haciendo, aquello podría ser el mayor error de mi vida. ¿Qué pasaría si él no lo detenía?, ¿Qué ocurriría si de verdad viese que no le importaba en absoluto? Algo que con casi toda probabilidad ocurriría.

Tal vez precisamente por eso lo hacía, porque necesitaba la prueba fehaciente de que no sentía nada por mi, que no le importaría en absoluto que otro hombre me tocara tan íntimamente como lo había hecho él.

—Llamaré a Joan —dijo dándome a entender que era él quien le proporcionaba ese tipo de peticiones.

—Lo haré yo —puntualicé—. Será a mi elección.

Chevalier no añadió nada más. Simplemente se marchó dejándome a solas con un corazón tan acelerado que casi se iba a salir de mi pecho en cualquier momento.

Cogí el teléfono temblándome el pulso, incluso me mordí las uñas mientras buscaba la lista de llamadas recientes para pulsar el botón. ¿Estaba nerviosa? Eso era poco para lo que sentía en aquellos momentos.

La voz de Charlie saltó al tercer tono, ¡Bendito seas Dios! Lo último que necesitaba era que estuviera ocupado en uno de sus importantes eventos.

—Necesito que vengas esta noche —advertí rápidamente

mientras salía a la parte delantera de la casa para alejarme y evitar que alguien pudiera oírme.

No tenía un plan como tal, porque aquello no podía definirse plan, pero tanto Joan como el propio Charlie lo habían sugerido días atrás, aunque por entonces no me había planteado ni de lejos que pudiera propiciarse, algo dentro de mi decía que Chevalier no llegaría a pedírmelo siquiera y de hecho lo había hecho hostigado por mi parte.

—¿Tu estas segura de esto preciosa? —insistió Charlie por quinta vez.

—Ya no tengo nada que perder. Si no lo hago nunca sabré si pudo existir una posibilidad entre Chevalier y yo.

CAPÍTULO 34

Lidad y dada la complicidad entre Charlie y yo sumado a todas las veces que me había visto desnuda, estaba claro que no habría problema.

Tras colgar con Charlie, llamé a Joan, desconocía si Chevalier podría comentarle algo, pero preferí que estuviera en alerta por si acaso y me advirtió que no habría ningún problema por su parte, es más, le enviaría un mensaje para advertirle de mi buena elección.

Cuando entré de nuevo en la casa no vi ni rastro de Chevalier. Recogí el almuerzo, subí a mi habitación e hice la maleta. Esa con la que había llegado, pero ahora la tenía llena de recuerdos que marcarían el resto de mi vida.

Tenía un noventa por ciento de probabilidades de salir de aquella casa esa noche junto a Charlie y al menos saber que no lo haría sola de un modo u otro me reconfortaba.

El tiempo corría demasiado despacio o quizá muy rápido según se mirase. Eran las diez en punto cuando Charlie llamó a mi móvil para advertirme que estaba en la puerta. Me había lavado y alisado el

pelo, así que mi melena lucía suelta y brillante cayendo por los hombros. En mi cuerpo lucía el conjunto de lencería más sexy que tenía en ese momento y que había comprado para la que creí que sería nuestra última noche juntos, un sujetador tipo balconet a juego de un culotte en color blanco crudo y en mis pies estaban los zapatos nuevos, esos que él me había pedido que comprara para estar a la altura de las circunstancias en su inauguración. Eran blancos con pedrería a los lados y un tacón de aguja que parecía cristal perlado.

Bajé las escaleras y escuché la música que procedía del sótano. Todo estaba iluminado así que sabía que él nos estaba esperando.

Abrí la puerta y un Charlie con traje marrón chocolate entró de inmediato. ¡Dios!, ¡En mi vida había estado más feliz de que Charlie estuviese tan bueno!

—Nena, si no me pusieran los rabos te devoraba yo mismo. ¿Cómo puedes estar tan buena? —inquirió y si hubiera sido en otras circunstancias me habría reído, pero en aquellos momentos solo un sudor frio recorría mi piel por los nervios.

—Repítemelo cuando todo esto acabe —bufé cerrando la puerta—. Chevalier está abajo, al parecer nos espera.

—Pues que empiece el espectáculo. ¿Quieres que aparezca así o me quito todo y voy en gayumbos?

El físico de Charlie era un monumento, se machacaba en el gimnasio y comía lo suficientemente sano para no tener apenas grasa en el cuerpo.

—Solo la parte de arriba —advertí ayudándole a doblar la ropa que se quitaba mientras la colocaba en una silla de la entrada.

Me agarró la mano fuertemente mientras bajábamos las escaleras y no pudo evitar hacer un comentario sobre los zapatos cuando atravesamos el pasillo. ¿Terminarían los míos también allí? Todos eran oscuros, quizá llamarían demasiado la atención siendo los únicos distintos al resto.

Mis ojos se fueron a la única silla de toda la sala y allí estaba

él. Sentado. Esperando. Con lo que parecía un vaso de whisky y una botella a su lado.

Caminé de la mano de Charlie que me seguía detrás y suponía que estaría flipando en colores con aquel sitio sin poder mencionar palabra alguna. Llegamos al borde de la cama y me di la vuelta para que tuviera una buena vista de mis nalgas, aproveché el momento para empujar a Charlie y que cayera sobre la cama.

Ya había visto que aquello era real, que estaba en ropa interior, que tenía a un hombre sexy medio desnudo en esa cama. Ahora necesitaba ver que él disfrutaba con aquello, saber que no le importaba que lo hiciera, que ya no significaba nada para él y aquel era el único modo de asegurarse de que no volviera según la teoría de Charlie.

Me giré de nuevo hacia Chevalier y vi que su mirada no estaba puesta en mi, sino en el vaso de alcohol que no dejaba de marear en su mano.

Me acerqué hasta él y alzó su vista para verme. Sus ojos brillaban, ¿Estaría borracho?, ¿Se habría emborrachado para poder ver el espectáculo?

—¿Es esto lo que quieres? —insistí de nuevo y no obtuve respuesta así que me incliné sobre él y le besé.

Su lengua atravesó tan rápido mi boca entrelazándose con la mía que gemí al volver a sentir aquello. Esa maravillosa y plácida sensación de confort que solo obtenía cuando me besaba de aquel modo tan salvaje y diestro.

Me aparté bruscamente de él y caminé hacia atrás quedándome delante de él y a mitad de la cama donde había dejado a Charlie.

Sin dejar de observarle noté la presencia de mi amigo a mi espalda. Charlie comenzó a tocar mis hombros con las manos y después bajar lentamente alrededor de mi pecho y ombligo mientras rozaba con su nariz mi cuello y yo me arqueaba.

Chevalier apartó de nuevo su mirada.

—Mírame —alcé la voz de nuevo atrapando su atención y lo hizo.

De sus ojos brotó una lágrima silenciosa y casi me rompí por dentro. Palmeé el brazo de Charlie que se detuvo de inmediato ante aquel gesto.

—Te espero fuera —susurró alejándose de mi hasta perderse tras el pasillo que conducía a la escalera.

Chevalier seguía sin moverse de aquel asiento con la cabeza cabizbaja. Caminé hasta él y me coloqué entre sus piernas abiertas, me incliné de rodillas para estar a su altura y acogí su rostro entre mis manos.

—¿Por qué quieres alejarme de ti? —pregunté serena.

—No soy bueno para ti Alexa. No te merezco y sé que algún día te decepcionaré. —continuaba sin querer alzar la vista, sin querer mirarme.

—Eso he de juzgarlo yo, no tú —admití intentando que sus ojos azules me viesen.

—No puedes amarme…

—Ya lo hago —susurré y al fin sus ojos azules me deleitaron—. Y aunque no me correspondas o creas que no podrás hacerlo, te seguiré amando, la pregunta es si estás dispuesto a intentarlo.

Chevalier cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás.

—No puedo —susurró y suspiré abatida pensando que aquello era el fin. Que por más que luchara o lo intentara, él me alejaría—. Ya lo hago. Ya te amo, Alexa.

Creí que el mundo se abría a mis pies y caía en picado al sentir una sensación de mareo. Alcé la vista y la intensidad de sus ojos azules era tan brillante que podría iluminar el fondo del océano.

Salté sobre él quedando en su regazo mientras le abrazaba y sentía como rodeaba mi cuerpo con sus manos respondiendo a ese abrazo.

Era real. No podía creerlo pero ¡Era real!

—¿De verdad estabas dispuesto a soportar verme con otro? —pregunté aturdida.

—Creí que podría. Me obligué a creer que podría hacerlo porque de ese modo te irías para siempre. Jamás había sentido tanto dolor como hace un instante. Ver que ese hombre te tocaba era como sentir espinas clavándose en mi cuerpo y rasgándome por dentro. No deseo compartirte. No quiero que pertenezcas a otro hombre. Te quiero únicamente para mi, si me eliges.

—Por supuesto que te elijo —advertí enlazando mis brazos alrededor de su cuello para besarle de nuevo.

Chevalier me alzó en brazos y me cargó por el pasillo. Cuando subió las escaleras y rodeó el hall de entrada para continuar subiendo al piso superior, pude ver la sombra de Charlie aparecer desde el gran salón-comedor.

Sonreí, me imitó y posteriormente le vi abrir la puerta tratando de hacer el menor ruido posible para marcharse. Si Chevalier lo escuchó no dijo nada al respecto, porque continuó conmigo en brazos hasta llegar a su habitación.

—¿De verdad me amas? —pregunté cuando me dejó sobre la cama con suavidad.

Que me dijera que albergaba aquel sentimiento hacia mi ya era un logro, pero todavía era incapaz de creerlo realmente, probablemente necesitaría escucharlo unas cuantas veces para procesarlo. Llevaba en aquella casa casi treinta días y a pesar de que había tenido momentos donde el tiempo se me había hecho eterno y otros donde deseaba realmente que se detuviera, siempre había tenido muy presente que aquella historia acabaría.

Era cierto. Lo había hecho.

Había terminado para comenzar de nuevo.

—Profundamente —respondió quitándose la camisa y acercándose a mi de nuevo—. Quiero hacerte el amor, sentir tu piel

junto a la mía y envolverme en tu calidez de por vida.

Aquella noche no existía el caballero negro salvaje y diestro que tantas ocasiones me había hecho suya de un modo instintivamente animal, sino que una parte dulce, tierna y estremecedora que había en él hasta ahora desconocida brotó envolviéndome en una nube de felicidad.

No solo me hizo sentir el firmamento y ver las estrellas de nuevo colmándome de placer, sino que me envolvió en su regazo hasta que el ritmo acompasado de su respiración me provocó un adorado letargo y caí en un sueño profundo como hacía años que no lograba tener.

CAPÍTULO 35

Era la primera vez que montaba en un avión privado y parecía una niña con zapatos nuevos. No solo era la emoción de una experiencia nueva, sino que la dicha de saber que Chevalier me quería lograba hacer de todo aquello algo aún más intenso.

¿Podía estallar de felicidad? Porque me sentía tan plena que casi no podía ni respirar.

Chevalier estaba inmerso en supervisar el mismo el traslado de los cuadros, así que que por desgracia apenas habíamos tenido tiempo de disfrutar de nuestro nuevo comienzo, pero esperaba hacerlo esa misma noche, cuando por fin toda la euforia de su estreno finalizara.

No pensaba que aquello pudiera ser tan agotador, pero repasar cada detalle para comprobar que todo estaba listo era estresante. ¿Cómo podía Charlie dedicarse a esto y no vivir con ansiedad constante? Imaginé que tal vez se había acostumbrado a ello.

—¿Por qué está ese cuadro oculto? —pregunté a la encargada de la galería resultándome extraño.

Ningún otro cuadro lo estaba, ¿Tal vez lo habían olvidado?

—Son órdenes de Chevalier. Su contenido no será revelado hasta la media noche —respondió con retintín.

Estaba claro que le había sentado como una patada que Chevalier se mostrara cariñoso conmigo en público.

Pues se siente bonita, ahora tiene dueña y es esta servidora.

Asentí pensando que formaría parte del misterio Le Noir, así la gente tendría sobre que hablar y la expectación se incrementaría.

A pesar de tener casa en Versalles, teníamos reservada una suite en el hotel que había junto a la galería por cortesía de ellos y cuando terminé de calzarme los zapatos lista para la ocasión, le encontré esperándome en la pequeña sala.

Su traje y mi vestido eran del mismo color y descubrí su sonrisa al apreciar el parecido.

—Será mejor que no se acerque a mi esta noche señor Le Noir o la gente podría pensar que significo algo para usted —comenté acercándome hasta él con la intención de darle un beso.

Sus labios respondieron como los de un amante experto dándome la calidez que esperaba de ellos.

—Entonces confío en que no te separes de mi ni un instante, deseo que el mundo entero conozca a la mujer que ha logrado enamorarme.

—Vayamos pues o llegaremos tarde —sonreí sin añadir lo que aquella revelación me provocaba y volviendo a robar otro beso de aquellos labios.

Caminamos hacia la galería con las manos entrelazadas como tantas veces había deseado. Todo lucía en su lugar, parecía que la velada era perfecta. La gente no dejaba de comentar la maestría de Le Noir en cada obra. Sus trazos. Su forma única de transmitir el sentimiento a través de sus obras hacía que todo el mundo quedase maravillado y como era de esperar, el tema principal de la noche se

convirtió en la obra maestra que aún no había sido revelada.

Nathan, Pauline y Luc aparecieron para acompañar a su hermano. Debía admitir que parecían asimilar bastante bien la muerte de su madre, pero tal como dijo Pauline, era algo que llevaban esperando más de un año y que en realidad había durado mucho más de lo que los médicos habían pronosticado.

—Al menos no sentirá más dolor —advirtió Nathan cuando le di el pésame.

A las doce en punto de media noche, todos los presentes se concentraron en la sala donde se exponía el cuadro oculto. El dueño de la galería hizo los honores dando un leve discurso y Chevalier permanecía al lado con el gesto relajado, como si estuviera muy seguro de la expectación que creaba su misterioso cuadro.

—Tengo el inmenso honor de mostraros la obra principal de la colección del señor Le Noir. ¡Os presento Paradigma! —gritó dejando caer la tela y cuando vi lo que había estado ocultando todo ese tiempo mi sangre se helo.

Dios de mi vida… ¡Era yo!

Sentí un leve mareo, incluso noté como Nathan me agarraba porque debió notarlo y es es que había sentido como la sangre abandonaba mi cuerpo.

El gigantesco cuadro, porque era dos veces yo, tenía mi rostro —o más bien algo más de medio rostro—, mirando hacia el cielo.

En todos mis años de vida en los que había visto mi reflejo frente al espejo jamás me había sentido tan bella como reflejaba ese cuadro.

¿De verdad él me veía así? Tenía el corazón tan hinchado que estaba por pedir un desfibrilador por si acaso.

Chevalier llegó hasta mi y no había que ser un genio para saber que la gente murmuraba sobre mi parecido en relación al cuadro.

—¿Sorprendida? —preguntó sin importarle que nos mirasen

para rozar mis labios.

—Anonadada, ¿De verdad me ves así? —dije viéndome de nuevo allí reflejada.

Era demasiado extraño ver mi retrato colgado de una pared junto al resto de cuadros en los que no se veía ningún rostro con nitidez, Chevalier siempre sabía como desdibujar el rastro para que no se pudieran identificar, algo que conmigo no se había molestado en hacer, sino todo lo contrario, mi cara era el cuadro, tal cual.

—Para mi eres la mujer más hermosa que he conocido Alexa. Ahora el mundo entero sabrá que eres mi única musa.

Le abracé sintiendo que las lágrimas de felicidad estaban a punto de escapar de mis ojos.

—Te quiero —susurré.

—Lo sé —afirmó apartándose ligeramente y colocando sus manos en mis hombros—. Ahora sé lo que es amar y ser correspondido del mismo modo.

Me besó con tanta intensidad que me agarré firmemente a él para no caer. No importaba que la gente nos observara, ni que las cámaras fotografiaran, ni que todo el mundo hablaría de nosotros al día siguiente. Lo único que importaba era que en la inmensidad de posibles circunstancias por las que Chevalier y yo no nos deberíamos haber conocido, la casualidad había deseado que lo hiciésemos porque ese era nuestro destino.

EPÍLOGO

Seis meses después.

Desperté lentamente y sonreí. Todavía no asimilaba que aquello era real y que ese hombre que dormía frente a mi plácidamente me quería de verdad.

Chevalier Le Noir era guapo, atractivo, exitoso y con un poder adquisitivo muy por encima de lo que yo jamás podría soñar, pero no me había enamorado de él por ninguna de esas cualidades superficiales. Durante un tiempo pensé que era egoísta, frío, distante y la persona más narcisista y misógina que había conocido. No podía haber errado más en mis creencias. Solo necesité unos pocos días para comprender que Chevalier podría ser cualquier cosa menos alguna de ellas. Me había enamorado perdidamente de ese hombre generoso, honesto, humilde, indulgente… y porque era el único capaz de hacerme vibrar con una intensidad única cada vez que teníamos sexo, tampoco voy a mentir.

Tras aquella noche en la que confesó amarme todo había sido un sueño del que no deseaba despertar. La presentación de su nueva colección fue un éxito, sobre todo su obra maestra: Paradigma, donde la mitad de mi rostro parcialmente ladeado era el protagonista.

Casi me caigo muerta al verme allí colgada en tamaño gigantesco.

Pasamos varios días en París. Acompañé a Chevalier y sus hermanos al pequeño pueblo donde nació su madre para esparcir sus cenizas. Fue un momento duro, sobre todo porque también estuvo su padre.

A pesar de todo lo que ese hombre le había negado en la vida, de la incuestionable falta de lealtad que un padre debería tener hacia un hijo, Chevalier le permitió seguir viviendo en la casa que había pertenecido a su madre, pero dos semanas más tarde sufrió un infarto dejando a todos los hermanos huérfanos de ambos progenitores.

Supe que de algún modo, Chevalier había perdonado a sus padres, que a pesar de haberse sentido toda su vida rechazado por ellos, terminó comprendiendo que solo eran dos personas que habían formado parte de su vida y que se habían marchado para siempre.

Regresé al presente donde sus párpados comenzaron a moverse y tras abrirse me deleitaron sus brillantes ojos azules. Tendría que acostumbrarme a esa visión cada mañana pronto porque aún me daba un vuelco el corazón cada vez que le contemplaba recién despierto.

—Buenos días —gimió con la voz rota por el sueño y con una ligera sonrisa.

—Buenos días —sonreí y acto seguido me acercó hasta él para robarme un beso.

No fue profundo, ni duradero, simplemente un acto reflejo.

—Felicidades —susurró sin apartar ni un ápice sus manos de mi cuerpo.

Era mi primer cumpleaños a su lado. Veintiocho años. Casi me parecía increíble lo mucho que había cambiado todo en tan poco tiempo.

—Gracias —contesté abrazándole y sintiendo que aquel sería el cumpleaños más especial de mi vida.

Había organizado una gran barbacoa en la mansión de Chevalier, no solo estarían mis amigos y los suyos para celebrar mi vuelta al sol, sino que también era una despedida. Nos mudábamos a Versalles de forma indefinida.

En pocas semanas comenzaría mi nuevo trabajo en la embajada como traductora. Que el embajador de España en Francia fuera un gran admirador de Chevalier y que justamente estuvieran buscando a una traductora solo fue un hecho fortuito, pero estaba tan emocionada que sentía la necesidad de gritar todo el tiempo.

—Tengo algo para ti —advirtió rodeándose para sacar un objeto de su mesilla de noche y después me lo entregó.

Era una caja pequeña con un lazo rojo. Tras deshacerlo y abrirla vi que dentro había un pequeño cofre de terciopelo, de los que albergan una joya.

Lo abrí expectante, creyendo que un precioso collar o unos maravillosos pendientes lucían en su interior, pero en lugar de eso había un anillo con un exuberante diamante que brillaba casi tanto como el sol.

¿Qué significaba eso?

Miré a Chevalier confusa. No comprendía la intención de aquel anillo porque claramente era una alianza de compromiso.

—Tu no crees en el matrimonio —advertí sin reaccionar.

No es que hubiéramos mantenido una conversación extensa sobre el tema, pero tenía claro que Chevalier era alguien que no creía en la promesa del matrimonio y a pesar de que yo siempre había imaginado casándome algún día con el hombre de mis sueños, estaba dispuesta a renunciar a ello.

No me contestó, sino que sacó el anillo de aquel cofre y lo colocó en mi dedo mientras le observaba detenidamente hacerlo.

—He comprendido que por ti merece la pena creer en el amor, quizá también sea lo mismo en el matrimonio.

Salté sobre él derramando lágrimas que era incapaz de controlar, pero esta vez lo eran de absoluta felicidad.

—¿Entiendo que es un si?

—En realidad no me lo has preguntado… —advertí sonriendo.

—Tienes razón. Es la falta de costumbre, ¿Sabes? Nunca me había imaginado haciendo esto, pero tampoco me imaginé que llegaría a conocer a una mujer con la que desearía pasar el resto de mi vida incondicionalmente y menos aún que ella pudiera amarme por como soy sin ningún tipo de reservas. ¿Quieres casarte conmigo Alexa?, ¿Aceptas a este pintor necio y terco en algunas ocasiones, pero que te ama con locura?

Reí a carcajadas ante su pregunta final, por un momento creía que explotaría de felicidad.

—Por supuesto que si quiero, Chevalier. Por supuesto que si —contesté antes de besarle de un modo apasionado.

Dos horas más tarde bajaba las escaleras con una sonrisa tonta en la cara y un anillo de compromiso en el dedo. Por como había iniciado el día se preveía el cumpleaños más feliz de mi vida. Decidí guardar el anillo en el bolsillo momentáneamente para poder darles a mis amigos una sorpresa.

Mis veintiocho años no podrían comenzar de mejor manera.

El timbre de casa no dejó de sonar durante la siguiente media hora. Los amigos de Chevalier fueron los primeros en llegar, Joan me dio un gran abrazo antes de pasar a saludar.

Saqué mi teléfono para comprobar que no tenía ninguna llamada perdida de Charlie, tampoco había mensajes en el chat y eso era muy raro. ¿Habría podido pasar algo? Me moría de ganas por contarle que Chevalier y yo nos íbamos a casar, quería que fuesen los primeros en saberlo, así que cuando Ana, Lorena y Charlie aparecieron por la puerta que daba al jardín acompañados de Michael grité de

emoción y salí corriendo.

—¡Traemos champán para celebrar! —grito Ana antes de fundirnos en un abrazo comunitario las tres.

¡Dios!, ¡Como las había echado de menos!

Se suponía que nos tendríamos que haber visto por navidad, pero me marché a Nueva York con Chevalier para la presentación de su colección, así que cuando fui a ver a mis padres después y presentarles a mi actual pareja, todos ellos habían regresado a sus destinos por reclamo laboral. Aunque a Charlie le había tenido cerca todo ese tiempo, me faltaría ahora que la distancia volvería a interponerse entre nosotros.

—Tía, no me puedo creer que os piréis a Francia y dejéis esta casa vacía —farfulló Ana tras un leve recorrido por la casa y saliendo de nuevo al jardín donde estaba todo el mundo.

—Bueno, si vieras la villa de Versalles donde vamos a vivir te aseguro que no dirías eso.

—A mi me parece todo tan romántico… —mencionó Lorena poniéndose una mano en el pecho.

—¿Huelo envidia? —inquirió con sorna Charlie—. Ánimo, vuestro príncipe azul puede que esté por alguna parte —dijo señalando a la gente que se encontraba allí.

—Hablando de romanticismo… —advertí sacando el anillo que tenía en el bolsillo de los pantalones cortos y colocándolo en mi dedo —, sois los primeros en saberlo.

El grito que dio Ana atrajo la atención de todos. Y cuando digo todos, *es todos.*

—¡No me lo puedo creer!, ¡Una de mis mejores amigas va a casarse! —empezó a gritar informando a todo el mundo.

La discreción y Ana no se llevan de la mano.

Charlie fue el primero en abrazarme, pero a él se sumaron ellas dos y cuando finalmente me dejaron respirar de nuevo vi a Chevalier

acercándose a nosotros.

Su mirada fue directa a Charlie y le ofreció la mano, aún recordaba cuando Michael apareció en casa junto a él y Chevalier casi le echa a patadas. De algún modo Charlie pensó que yo le habría contado que era mi mejor amigo y supuso que la reacción al verle sería muy distinta.

A mi manera de verlo fue gracioso ver a Chevalier celoso, pero tenía que reconocer que ahora se llevaban muy bien, quizá porque sabía lo que Charlie significaba para mi.

—Ellas son Ana y Lorena —dije haciendo las presentaciones debidas.

Chevalier fue amable y les presentó a su amigo Joan que si mi imaginación no me estaba fallando, parecía interesado en Lorena.

Ay Dios… que de aquí puede salir algo.

Siempre había dicho que Joan era el sueño de hombre de Lorena, pero nunca pensé que esos dos llegarían a conocerse teniendo en cuenta que había entrado en esa casa para trabajar solo treinta días. Ahora que el momento se había propiciado, una Alexa pequeñita dentro de mi no dejaba de emocionarse y bailar como una posesa.

El ruido de alguien saltando a la piscina atrajo la atención y cuando la figura bajo el agua terminó de cruzar todo el largo, salió al exterior dejando todo su físico musculado expuesto a la admiración.

—Dime ahora mismo quien es el futuro padre de mis hijos —advirtió Ana provocando que rodase los ojos y diera una carcajada al mismo tiempo.

—Nathan. El hermano de Chevalier —admití comprendiendo la admiración de mi amiga por él. *Al fin y al cabo yo estaba loca por la versión más madura*—. Se ha mudado a Barcelona para terminar su último año de carrera aquí.

—¿Y tendrá toda esta mansión solo para él? —gimió complacida mientras asentía y me reía por dentro.

Vi a Ana coger una cerveza y supe lo que iba a hacer. Si había algo de lo que mi amiga carecía es de timidez.

—Creo que empieza a gustarme mucho esta ciudad —susurró antes de ir en su dirección.

—Tiene veintitrés años —advertí aunque aquello no fuese un impedimento como tal.

—Es perfecto. Así no se quejará de la espalda cuando tenga que salir corriendo detrás de los niños —contestó y tuve que morderme la lengua para no estallar en carcajadas.

Sabía que Ana solo bromeaba al respecto, pero estaba claro que iba a coquetear descaradamente con el hermano de Chevalier y me preguntaba si entre esos dos podría surgir de verdad algo o no.

Busqué con la mirada a Charlie que parecía hablar animadamente junto a Michael con algunos de los invitados. Paseé la vista hasta dar con Lorena, que parpadeaba intensamente ante Joan y vi con mis propios ojos como se perdían dentro de casa.

Mi instinto me decía que buscarían privacidad.

Finalmente dirigí mi vista hacia Chevalier que casi intuyó que le estaba mirando porque alzó la vista hacia donde estaba y me dirigió una sonrisa.

Siete meses atrás estaba perdida, sin rumbo, creyendo que sería incapaz de recomponer mi vida y ahora sentía que no podía pedir más de lo que tenía.

—¿Te encuentras bien futura esposa? —preguntó acercándose a mi y robándome un cálido beso.

—Pregúntamelo mañana cuando sea consciente de que no es un sueño.

—Lo haré mañana. Y pasado. Y cada día durante el resto de mi vida que quieras pasar a mi lado.

Mi corazón se sentía tan pleno cada vez que me deleitaba con palabras de ternura.

—Nunca me has dicho cuál fue la verdadera razón por la que aceptaste que fuera tu asistente y me proporcionaste la habitación que había junto a la tuya.

Aquello era algo que me había venido a la mente en varias ocasiones, pero que nunca le había preguntado abiertamente.

—Te reconocí en cuanto te vi.

No esperaba esa respuesta. De hecho me sentí tan confusa que debió apreciarlo en mi rostro aunque a él parecía divertirle mi reacción.

—No nos conocíamos —contesté como si fuera evidente.

—No —negó—, pero llevaba esperándote desde que comencé a pintar a los ocho años.

En mi estómago brotaron mariposas y comencé a sentir un hormigueo creciente.

—¿Me esperabas? —exclamé aturdida.

—No sabía que aspecto tendrías o como serías, pero si lo que me harías sentir en cuanto te viera. El día que apareciste en mi puerta lo supe, pero necesitaba estar seguro de ello. Por eso te di el trabajo. Por eso dispuse la habitación más próxima a la mía. Quería tenerte cerca y al mismo tiempo mantenerte lejos de mi hasta que me resultó inevitable hacerlo.

Me parecía increíble que hubiera lidiado con todo aquello guardando silencio.

—¿Y si algún día dejas de sentirlo? —No tenía ni idea de que era lo que despertaba en él para que se sintiera de aquel modo.

—Sé que es complicado de entender, pero no es un sentimiento que pueda desaparecer, es algo innato que posees y que yo puedo percibir como afecta dentro de mi.

—¿Soy como una llave que abre una cerradura interna? —pregunté intentando comprender su explicación.

—Exacto —advirtió acariciando mis labios con sus dedos—.

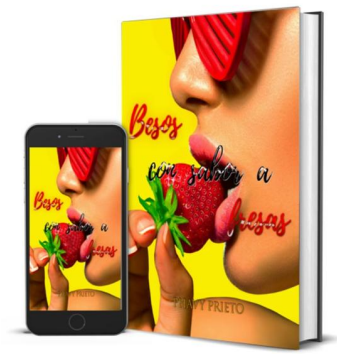
Eres mi única y verdadera musa.

Y así fue como el pintor descubrió a su musa eterna.

SI TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA TAMBIÉN TE GUSTARÁ…

El cuento como jamás ha sido contado.

Mirabella es conocida por todos como Bella, una joven de carácter fuerte y sonrisa dulce cuya tenacidad no conoce límites. Tras la inesperada enfermedad de su padre, su única esperanza de poder salvarlo reside en su propia condena; entregar su vida al servicio de aquel al que todos han apodado como Bestia.
En aquellos ojos solo existía frialdad.
En aquel rostro de belleza innata se escondía la oscuridad.
Y en ese corazón solo residía la crueldad.
Bella descubriría que los rumores eran ciertos y que Bastián de la Rose no era un hombre, sino realmente una Bestia.

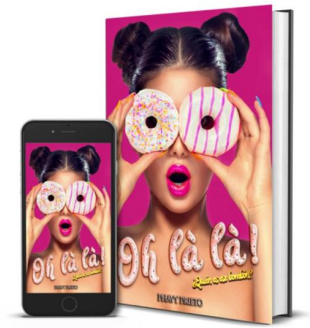


María es contable y su vida gira en torno a los números. Todo lo analiza, tiene que estar controlado, organizado y previsto en su milimétrica agenda, incluso la hora a la que debe lavarse los dientes, ver la tele o tener sexo.

¿Qué pasará cuando esa agenda llegue a las manos de alguien no tan organizado pero que resulta atractivo para ella?

Para recuperarla deberá lanzarse al caos del delirio que inspira ese hombre y tal vez lo imprevisible no esté tan mal después de todo...

Descubre la historia que te hará reír, suspirar y emocionarte desde la primera hasta la última de sus páginas.



Olivia ama a su abuela.

Olivia siente predilección por los donuts de fresa.

Olivia anhela un sueño.

Olivia desea ser diseñadora de moda.

Olivia adora París porque sabe que es la cuna del diseño.

Y gracias a su abuela intentará dejar de fantasear despierta para perseguir sus metas.

Solo hay un problema; no tiene ni puñetera idea de hablar francés, pero quizá poniendo una è final funcione, ¿no?

Aunque ese es el menor de sus problemas cuando cierto bombón nórdico hace acto de presencia.

Ama, siente, anhela, desea y adora junto a Olivia cada una de sus emociones. Descubre como esta pueblerina divertida, ocurrente e ingenua por naturaleza se enfrentará a sus propias inseguridades para perseguir su sueño mientras su corazón se ve envuelto en una vorágine de sentimientos.

Celeste Abrantes es una escritora de veintiocho años alegre y divertida que organiza para su grupo de cinco amigas la despedida de soltera de una de ellas. Mediante un sorteo sobre la elección del destino, viajarán a Las Vegas, Nevada, para pasar un fin de semana, donde cometerá la mayor locura de su vida sin ni siquiera ser consciente de ello.

Bohdan Vasylyk I, príncipe de Liechtenstein y futuro soberano de su país, se encuentra en California por asuntos de Estado. Tras recibir una llamada de sus viejos amigos de universidad, que se encuentran en Las Vegas, no duda en escaparse de incógnito para pasar una noche frenética, quizá la última antes de coronarse como rey. Lo que no esperaba era encontrarse con una joven de ojos celestes que podría convertir su prometedora velada en el mayor desastre de toda su carrera como monarca, o no.

¿Tenía solución? Desafortunadamente para ellos, no.